

Michael Holroyd

Un libro de secretos

Hijas ilegítimas, padres ausentes

El Ojo del Tiempo Siruela



Michael Holroyd

Un libro de secretos
Hijas ilegítimas, padres ausentes

Traducción del inglés de
Andrés Barba

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Créditos

Edición en formato digital: marzo de 2015

Título original: *A Book of Secrets: Illegitimate daughters and absent fathers*

© Michael Holroyd, 2010

© De la traducción: Andrés Barba, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

En cubierta: fotografías © Secondcorner/Shutterstock.com,

© Vadim Georgiev/Shutterstock.com,

© Sharon G J Ong/Shutterstock.com,

© Chris Sargent/Shutterstock.com,

© Bildagentur Zoonar GmbH/Shutterstock.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16396-91-7

UN LIBRO DE SECRETOS
Hijas ilegítimas, padres ausentes

Índice

Dedicatoria

Citas

Prólogo

El mundo al revés

Primera parte

La importancia de llamarse Ernesto y algunas mujeres sin importancia

Ernest se va al extranjero

Todo sobre Eve

Con Catherine en Cimbrone

Segunda parte

Emociones, terremotos y fuga

Mujeres enamoradas

Ultravioleta

Salidas de emergencia

Mirar atrás

Epílogo

El tiempo recuperado

Post-scriptum

Una historia de libros

Árbol genealógico

Agradecimientos

Bibliografía

Notas

A Tiziana, por haberme descubierto las novelas de Violet Trefusis, y a Catherine, por haberme ayudado a comprender a Ernest Beckett y a Eve Fairfax.

*Por un error fatal generado en los huesos
de todos los hombres y mujeres
ansiamos lo que no podemos tener:
No el amor universal
sino nuestro amor particular.*

1 de septiembre de 1939

W. H. AUDEN

*¿Cómo te amo? Deja que te cuente las maneras.
Te amo con toda la profundidad, amplitud y altura
que mi alma pueda alcanzar cuando persigo en vano
las fronteras del Ser y la Gracia ideal.*

*Te amo hasta el nivel de la cotidiana
necesidad más silenciosa, con el sol y la luz de la lámpara.
Te amo libremente, como los hombres luchan por lo correcto.
Te amo con pureza, como los hombres alcanzan la Gloria.*

*Te amo con la pasión que antes puse
en mis viejos lamentos y con mi fe de niña.
Te amo con la ternura que creí perder*

*cuando mis santos se desvanecieron... ¡Te amo con el aliento,
las sonrisas, y las lagrimas, de toda mi vida!... y, si Dios lo quiere,
te amaré aún más después de la muerte.*

XLIII, Sonetos del portugués

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Prólogo

El mundo al revés

Muy por encima del golfo de Salerno, a unos ochenta kilómetros al sur de Nápoles se encuentra la ciudad medieval de Ravello. Desde allí, en un punto aún más elevado y al final de dos carreteras serpenteantes hay un lugar de fantasía que parece flotar en el cielo: un palacio milagroso, ahora llamado Villa Cimbrone, que responde a nuestra necesidad humana de creer en la magia.

Sobre la belleza natural y extraordinaria de Villa Cimbrone se han inventado algunas insólitas historias para entretener y a veces desconcertar a los visitantes. Durante cien años el lugar ha ofrecido consuelo, evasión, entretenimiento y ensueños a quienes lo han visitado. Las leyendas que lo rodean afirman que varios famosos se ahogaron allí, pero se trata solo de habladurías. Existen, eso sí, nombres olvidados de individuos desconocidos que todavía hoy siguen hechizando los jardines y las terrazas. No todas las personas de las que habla el libro vinieron a Cimbrone: una de ellas murió prematuramente antes de que su marido, en su huida de Inglaterra para escapar de sus acreedores, la comprara. Otra, que se comprometió con ese mismo viudo pero no se casó con él por extrañas razones, tampoco llegó nunca a Cimbrone, vivió hasta una avanzada edad y sufrió el abandono y la falta de hogar. Tal vez para ellas el palacio representara la promesa de una felicidad interrumpida o negada.

Para las dos mujeres a las que he dedicado este libro, con quienes estuve en Villa Cimbrone, tenía una influencia igualmente poderosa; una asegura que acrecienta en ella la búsqueda del amor pero que, por otro lado, le deja la sensación de estar incompleta, anulada. La otra piensa en ese lugar como un recinto sagrado en el que puede homenajear a una mujer fallecida a la que ha amado a pesar de no haberla conocido nunca.

Cimbrone es como el escenario de una fábula o de un cuento de hadas, parece darle a las personas lo que desean o lo que creen desear. Pero las plegarias atendidas suelen provocar situaciones irónicas. El aristócrata inglés que tenía la intención de pasar unos últimos años de ensueño en aquel lugar nunca llegó a Cimbrone, pero sí sus cenizas, que están enterradas bajo el suelo de piedra de su templo. Su hija ilegítima, que pasó por

Cimbrone pero solo una vez y para encontrarse con la mujer a la que amaba, escribió más tarde una novela en la que ponía de manifiesto el escaso atractivo que tenía la cultura italiana para ciertos expatriados como aquel padre al que ni siquiera se molestaba en mencionar.

Las personas más conocidas que aparecen en este libro, gente que ha ocupado puestos importantes en política, arte, literatura –como el barón Randolph Churchill, Auguste Rodin, D. H. Lawrence, E. M. Forster–; o los banqueros y parlamentarios de principios del siglo XX que también pasaron por allí (todos hombres) tienen papeles secundarios en este estudio si se los compara con las aparentemente «vidas menores» (todas mujeres). Son ellas (la amante del barón Grimthorpe y del Príncipe de Gales, la novia abandonada del barón Grimthorpe que luego llegó a ser una de las modelos favoritas de Rodin, una norteamericana joven y rica que se convirtió en miembro de la familia Grimthorpe y murió al dar a luz una heredera, y las presuntas hijas ilegítimas de los Grimthorpe) quienes se han transformado en mis personajes principales. A diferencia de los hombres, no tuvieron profesiones fijas y sus vidas estuvieron expuestas y fueron vulnerables. Vivieron bajo la sombra de la aristocracia inglesa, pero su estatus privilegiado no les evitó sufrir privaciones y dramas que habrían llamado más la atención en otras clases sociales, y por si fuera poco impulsaron los movimientos feministas.

Temáticamente, este libro constituye el tercer y último volumen de una serie que comenzó con *Basil Street Blues* –las memorias de mis años en la escuela, en el ejército (durante el servicio militar) y como pasante que jamás terminó su capacitación–. En aquel libro se registraba el imprevisible camino que había tomado hasta convertirme en un biógrafo. Decidí que si nadie me daba trabajo, lo mejor era dármele a mí mismo. El segundo volumen, *Mosaic*, se convirtió en un experimento sobre dos formas distintas de rescate: el que se produce a través de la memoria y el que se produce a través de la investigación. En mi caso los dos estaban relacionados entre sí, ya que intenté rescatar la historia de la perversa mujer de mi abuelo, por un lado, y una intensa historia de amor de mi juventud por otro. En ambos libros se mezcla la biografía con la autobiografía y, al mismo tiempo que trato de desarrollar esos temas, persigo también mi propia invisibilidad. Se trata de las confesiones de un biógrafo esquivo.

Hice dos viajes a Villa Cimbrone. En el primero, como no encontré lo que buscaba, se desvaneció la idea del libro que pretendía escribir. En el segundo viaje, siete días más tarde, la reencontré aunque de forma diferente. El resultado es este libro y su semilla fue plantada en mí, sin que yo lo supiera, mucho tiempo atrás, durante una visita al Victoria and Albert Museum de Londres.

Primera parte

La importancia de llamarse Ernesto y algunas mujeres sin importancia

Alrededor de 1970 me encontraba haciendo una investigación sobre Gabriel Enthoven, cuya pasión por todo lo que atañía al teatro le había llevado a crear el Theatre Museum de Londres. Durante aquella época el museo estuvo cambiando constantemente de sede. Al principio se alojó en la Leighton House y luego, de una manera de lo más inconveniente, en el Victoria and Albert Museum donde yo trabajaba. El director del archivo era Alexander Schouvaloff, una figura legendaria de la aristocracia que llevaba siempre zapatos relucientes, el pelo negro peinado sobre la frente y unos ojos que solía achinar dramáticamente cada vez que alguien se dirigía a él. Se decía que había sido contratado por Roy Strong y que había tenido tal encontronazo con él que Schouvaloff se había sentido obligado a retarlo a un duelo, a lo Pushkin. Conocí entonces a Jennifer Aylmer, la subdirectora, una mujer de pelo canoso que se pintaba los labios color rosa brillante y que venía de una familia reconocida en el ambiente teatral; y a su asistente, una joven muy inteligente que me tenía maravillado. Solíamos ir a tomar algo al cerrar el museo. Mi nueva amiga trabajaba hasta tarde y yo la esperaba deambulando por los pasillos y las salas vacías del museo hasta que se marchaba el último visitante. Fue durante uno de aquellos paseos nocturnos cuando vi por primera vez el busto de Eve Fairfax hecho por Rodin.

Se trataba de un busto de bronce fundido a principios del siglo XX, cuando ella tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. Me fascinó aquel rostro. Parecía cambiar sutilmente según el ángulo y la distancia desde donde lo mirara. A veces parecía serena, otras envuelta en un halo de persistente melancolía. Aquella expresión de dolor le otorgaba una autoridad extraña. Pronto la escultura comenzó a ejercer un efecto hipnótico en mí y empecé a informarme sobre Auguste Rodin y Eve Fairfax.



*Busto en bronce de Eve Fairfax, obra de Rodin, c. 1909
(Cortesía de V&A Images)*

El 24 de febrero de 1905 Rodin cenó en Londres con Ernest Beckett, un nuevo benefactor suyo que estaba a punto de convertirse, como si se tratara de una mariposa que emerge de su crisálida, en el segundo barón Grimthorpe. Beckett le había presentado a varios miembros de la aristocracia británica y había estado reuniendo fondos para comprar y donar a la nación una de sus mayores esculturas, el bronce de *Saint Jean-Baptiste prêchant*. Para celebrar aquella compra se realizó un banquete en el Café Royal que marcó, según la biógrafa de Rodin, Ruth Butler, «su entrada en la sociedad inglesa».

Dos semanas antes del banquete, Beckett escribió a Rodin con un entusiasmo que rozaba la incoherencia, para decirle cuánto deseaba ver el busto de la señorita Fairfax: «Sé que has estado trabajando mucho para conseguir una obra maestra y por las noticias que me han llegado, lo has conseguido... Creo que tu talento es incluso mayor que el reconocimiento que has alcanzado en todo el mundo». Beckett había encargado el busto de Eve Fairfax en 1901 para que estuviera listo, se entendía, como regalo de bodas para la interesada –aunque para entonces él era viudo, su joven mujer norteamericana había muerto diez años antes, al dar a luz a su hijo–. Se disculpó por no poder pagar en el acto los veintidós mil francos que Rodin le había pedido y en su lugar le ofreció o bien pagarle diez mil francos o bien recibir la pieza con un retraso de uno o dos años. Rodin, como es lógico, prefirió el retraso. Mientras tanto, Beckett le encargó una versión reducida de *El pensador* y animó a otras personas a que contribuyeran económicamente para el monumento a James McNeill Whistler que Rodin estaba esculpiendo, utilizando como referencia la Victoria de Samotracia, y que se suponía que iba situarse en el dique de Chelsea.

Tras visitar su estudio en febrero de 1901, Ernest Beckett describió a Rodin como «un hombre por debajo de la estatura media con unos incisivos ojos azules, una nariz ancha y curvada hacia abajo, y una barba desgreñada, canosa, con destellos rojizos». Rodin le explicó «el sentido de sus grandes obras con un lenguaje vigoroso y pintoresco» y Beckett se sintió frente a un hombre que no solo era «un artista genial, sino también un gran poeta y filósofo». Lo que más lo conmovió fue el poder de sus esculturas, de las cuales admiró su «fuerza entusiasta, prodigiosa y desmedida». Describió a Rodin como un «Wagner de la escultura..., pero con nuevas habilidades y mayores poderes». En marzo le envió un artículo elogioso al propio Rodin, quien no tardó en darse cuenta de que había encontrado a un nuevo mecenas.

El artículo revelaba a Ernest Beckett como un hombre entusiasta. O para ser más precisos, como un hombre cuyo entusiasmo podía cambiar con rapidez, un *amateur*, mujeriego, jugador y oportunista. Había cambiado de nombre, profesión, intereses y amantes con cierta regularidad, pero nunca perdió de vista el trabajo de Rodin. Su obra

hacía que la del resto de los artistas pareciera «limitada por ideas insignificantes, rígidas y formales» del pasado. Vendió su colección de *objetos de arte decorativo* francés y sus cuadros del siglo XVI, y encargó a Rodin un busto de Eve Fairfax. La joven iba a viajar a París junto a una acompañante para aprender francés y acudiría a su estudio con una carta de presentación. Lo que Beckett quería era «la cabeza, el cuello y la parte superior de los hombros, como aquel que hiciste de una mujer francesa y que tanto me gustó. También me gustaría que el busto tuviera un pedestal de mármol del mismo tamaño». Por lo general, Rodin hacía los bustos de hombres en bronce y los de mujeres en mármol, aunque primero trabajaba en arcilla.

Las sesiones –que comenzaron y se interrumpieron y volvieron a comenzar de forma intermitente durante un periodo de ocho años– estuvieron a punto de no comenzar nunca porque la acompañante tuvo que regresar a Inglaterra. Eve, como mujer prometida, no podía quedarse sola en París y también regresó. Al cabo de un tiempo consiguió nuevas acompañantes que estuvieran con ella en París y las sesiones se reanudaron en abril. La segunda semana de mayo, Beckett escribió arrebatado una carta a Rodin en la que aseguraba que le «encantaría ver el busto de la señorita Fairfax... (quien) me dice que vendrá a París en junio para las últimas sesiones».

Se han conservado ciento dieciséis cartas de Eve a Rodin y veinticinco de él a ella, escritas entre mayo de 1901 y septiembre de 1914. Fue un lapso «extraordinariamente largo» según la célebre secretaria de Rodin, René Cheruy, «en el fondo, había una historia de amor». Cuando comenzaron las sesiones, Eve tenía casi treinta años. Para Rodin el busto no era más que el encargo de su nuevo mecenas, por lo que la correspondencia entre el escultor y la retratada era formal, pero poco a poco, como observa la alumna de Rodin Marion J. Hare, «sus cartas se volvieron cada vez más personales e incluso íntimas». Para justificar aquellos largos periodos en París aprendiendo francés, Eve comenzó a asistir a la escuela para jovencitas Dieu Donné.



Eve, a punto de entrar en los treinta
(Cortesía de lady Feversham)

En sus cartas ella utiliza un francés simple, renuente e infantil, tiene un vocabulario limitado y su sintaxis desestructurada insinúa sentimientos no muy definidos. Habla de cosas que quedan fuera de su alcance, de sueños que no es capaz ni de olvidar ni de realizar. También Rodin es discreto cuando escribe, aunque a ratos se deja llevar por sus emociones. Se trata de una conversación correcta e inquisitiva entre dos personas de edades diferentes, un diálogo indirecto y poco sofisticado con insinuaciones muy delicadas. ¿A qué les iba a conducir todo aquello?

E. F.: Pienso mucho en usted. ¿Me escribirá pronto?

R.: Yo también pienso que usted llegará de un día para otro y yo me pondré completamente a su servicio.

E. F.: He estado enferma y el doctor me ha obligado a tomar unos de esos baños eléctricos... Me entristece mucho no poder ir, pero no es culpa mía.

R.: También a mí me entristece saber que está enferma. ¡Ah, mi querida modelo! Tiene usted un alma grande, por eso sufre su cuerpo... La espero para finales de julio..., me alegra tanto saber que voy a poder terminar su hermoso y melancólico retrato...

E. F.: Su carta me ha hecho mucho bien y me ha dado fuerzas... porque es el corazón el que hace sufrir al cuerpo. Su devoción por mí me ayuda muchísimo... Siempre me entristece despedirme... Pienso tanto en usted... Me encantaría poder estar en su estudio... Usted hace que mi corazón se mantenga vivo.

En una carta sin fecha enviada a Eve por otra amiga se insinúa que podría tratarse de una infección puerperal y esa observación desató en su momento la suposición de que su compromiso con Ernest se debía a un embarazo que acabó en aborto natural (hay también otra tesis, la de que ese embarazo se produjo más adelante y que la pérdida del niño provocó el fin de la relación). Lo cierto es que hay pocas certezas al respecto y casi ninguna evidencia en su correspondencia.

E. F.: Me hubiese gustado escribir algo, pero no fui capaz de encontrar las palabras francesas que me eran necesarias para expresar todo lo que deseaba decir, el silencio es siempre elocuente... Estoy segura de que el busto será una obra maestra; tengo muchos deseos de verlo de nuevo, y también de volver a verlo a usted, mi gran maestro.

R.: Esa carta suya, tan llena de amables sentimientos hacia mí, me ha renovado por dentro. Sí, estoy cansado de mi vida... Escríbame cada vez que su inspiración se vuelva impetuosa. Su francés es perfecto para mí; me da coraje y ánimo.

E. F.: ¿Por qué está usted triste? Su tristeza me preocupa muchísimo.

R.: La genuina grandeza que emana tanto su cuerpo como su alma siempre me ha emocionado profundamente... Me alegra poder decirle que el busto estará a su altura... Tras su partida, mis recuerdos se cohesionaron con fuerza y al final lo conseguí representar en un momento de buena fortuna... ¡Vóilà el busto.

Este intercambio epistolar sucedió en 1903, la última carta de Rodin está fechada el 24 de diciembre de ese año. En su respuesta, cuatro días más tarde, Eve no menciona la escultura. Si el busto está efectivamente terminado, lo que le preocupa es saber si también se terminarán las sesiones. ¿Volverá a ver al escultor? Le dice que su corazón «está lleno de afecto» por él y que le hace infeliz la idea de que ya no podrá verlo «más a menudo». También le pide que le escriba «unas líneas para decirme que se encuentra bien y que no me ha olvidado».

Eve estaba muy presente en la imaginación de Rodin, por lo que siguieron escribiéndose y encontrándose cada cierto tiempo hasta que llegó la guerra. Se daban mucho ánimo el uno al otro. Cuando Rodin viajaba a Inglaterra, solían encontrarse; al principio, junto a Ernest Beckett y, después, por su cuenta. De regreso a París, Rodin continuaba trabajando en el retrato de Eve, intentando encerrar su belleza. «Siempre la espero..., siempre aguardo su llegada», escribió en el verano de 1904. «Usted es el sol y el cielo de este orden sobrenatural... Aun cuando permanece callada, sus gestos, sus contenidas expresiones y sus atractivos movimientos me resultan tan elocuentes que me conmueven... El busto hace que me sienta siempre a su lado. Aún no he hecho la copia en mármol».

Rodin terminó el modelo de arcilla a principios de 1904 y lo fue trasladando al mármol a lo largo de 1905. En mayo de 1905 comenzó una segunda etapa en las sesiones. Cuando Eve regresó a Inglaterra, Rodin le escribió diciéndole que tenía intención de seguir trabajando en el busto, «de esa forma puedo estar junto a usted sin que lo note».

Unos meses antes había fallecido el tío de Ernest Beckett, un amargado abogado eclesiástico sin descendencia, arquitecto *amateur*, inventor de aparatos mecánicos y relojero aficionado. Gracias a aquella muerte Ernest ascendió un escalafón en la nobleza, convirtiéndose así en el segundo barón Grimthorpe. Su tío había sido un millonario excéntrico, se había dedicado al estudio de los relojes, las cerraduras, las campanas (su diseño del Big Ben le había convertido en una celebridad) y la «astronomía sin matemáticas». Sus últimas palabras, dirigidas a su esposa, habían sido exactamente: «Nos estamos quedando sin mermelada». Se suponía que Ernest iba a recibir una herencia importante, pero tras la muerte de su tío los veinte apéndices que habían modificado su testamento generaron diversas polémicas que provocaron que la herencia tardara dos años en hacerse efectiva. Ernest viajó a Norteamérica a principios de 1905 y

luego a Italia a pasar la primavera. No asistió al funeral de su tío. Poco después, cuando le preguntaron si tenía intenciones de escribir la biografía de su tío, contestó desde el hotel Continental de Biarritz que «tenía trabajos más agradables que hacer». Se decía que desde la muerte de su padre, en 1890, y sobre todo en aquel momento, quince años más tarde, con la muerte de su tío, Ernest se había vuelto sumamente rico –en alguna ocasión se llegó a calcular una suma de hasta siete millones de libras–. La magnitud de sus gastos parece verificar esas suposiciones. Viajaba alrededor del mundo, poseía casas en Yorkshire, Surrey y Londres y –como observa la señora Sackville en su diario el 24 de febrero de 1905– decoró su casa (Portland Place 80) «con ese estilo renacentista, que vuelve loco a todo el mundo en París hoy en día». Su padre le dejó, por desgracia, una suma que apenas llegaba a las cuatrocientas mil libras y como tenía también una mujer, tres hijos, tres hijas y muchísimos nietos, su testamento se diluyó en herencias, pensiones y legados. Ernest debió de tener suerte si le tocaron cincuenta mil libras. Aquella cifra, sumada a su sueldo como banquero, habría supuesto una cantidad más que suficiente para muchos jóvenes, pero Ernest tenía gustos caros y cambiantes, aparte de una gran habilidad para perder dinero. Invirtió en la industria forestal rusa en 1905, justo el año en que hubo una huelga general, un levantamiento fallido y el Manifiesto de Octubre. Especuló con inversiones inmobiliarias en San Francisco en 1906, el año del gran terremoto. Ernest suponía una carga financiera para su familia. En 1905, el año en que se convirtió en el segundo barón Grimthorpe, sus dos hermanos decidieron expulsarlo como socio del banco familiar. «Odio mi título nobiliario», dijo más tarde, «lo único que me ha traído es mala suerte, me gustaría volver a ser sencillamente Ernest Beckett». Poco después de heredar el título de barón Grimthorpe, olvidó también otras dos promesas: pagar a Rodin el busto de Eve Fairfax y casarse con ella. Compró, eso sí, Villa Cimbrone en Ravello.

Según la hija de Beckett, Muriel, ya se habían producido un par de etapas de «frialidad» entre Eve y su padre, pero aquel último supuso el fin de su relación, que llegó en el verano de 1905. Eve estaba pasando la temporada de primavera en Kirkstall Grange, una de las casas de Ernest en Leeds. Había ido a ver a Rodin en mayo y el 22 de agosto le escribió diciéndole con cierta angustia «no podré ir a París, tal vez por mucho tiempo». Al parecer, había ido a una residencia para ancianos y era posible que se hubiera contagiado allí de una infección. El 3 de septiembre le volvió a escribir: «Estos últimos meses he tenido grandes dificultades, he llegado al límite de lo que puedo soportar, pero siempre me queda algo de valor para seguir adelante. Su amistad me ha ayudado muchísimo y seré la persona más triste del mundo si no lo vuelvo a ver. No, eso no pasará nunca». Le propuso viajar a París para visitarlo en noviembre de ese mismo año, pero no se encontraron hasta febrero del año siguiente, cuando Rodin viajó a Londres.

No hay ningún registro de comunicación entre Beckett/Grimthorpe y Rodin durante ese periodo, pero en marzo de 1908, Ernest anuncia súbitamente su visita a Meudon con «dos mujeres inglesas ansiosas por conocer al gran escultor y por ver algunas de sus obras». Más tarde escribió que se sentía muy orgulloso de que Rodin no lo hubiera olvidado, ya que tenía en «mucha estima su amistad». Tras recuperar su entusiasmo inicial, Grimthorpe (el título con el que firmaba ya en sus cartas) calificaba a Rodin como «el hombre vivo más importante». En su última carta, fechada en noviembre de 1911, ofrece llevarle a su estudio a una norteamericana joven, rica y hermosa que bailaba música griega. Añadía al final que personalmente encontraba aquellas danzas «de lo más artístico». A Eve, en cambio, le costó mucho más recuperar su buen humor. Cada vez se fue volviendo más importante para ella mantener contacto con Rodin. Él le escribió para decirle que no podían verse por el momento. Con aquello no se refería a que no fueran a verse nunca más, sino a que, tras su separación de Beckett, debían dejar pasar un intervalo de tiempo hasta su siguiente encuentro. «Estoy un poco preocupado por no haber recibido noticias tuyas», le escribió dos días antes de Navidad. Finalmente ella contestó que había estado enferma y que no había podido escribir hasta entonces: «Me gustaría muchísimo verlo, querido amigo..., ¿por qué no me escribe usted algo que me alegre un poco?». En su respuesta Rodin vincula las facciones de Eve a las de las esculturas de Miguel Ángel, «el gran mago», (su influencia sobre Rodin fue muy poderosa) y le explica por qué ella se ha convertido en una persona tan esencial para él. «Me recuerda usted a los rostros que hacía Miguel Ángel, tanto en las expresiones como en los rasgos». No le podría haber dedicado un cumplido mayor (en un estilo diferente, le diría algo similar a la señora Sackville). «Si quiere que vaya a París para algunas sesiones, basta con un deseo de su corazón», escribió Eve a comienzos del verano de 1906. «Estoy bien, aunque la vida es siempre difícil y triste, pero es lo mismo para todo el mundo; una gran tristeza alternándose con algunos momentos alegres. Me gustaría verlo, ese sería mi momento de alegría». Las sesiones se reanudaron en noviembre. «Siento tanto cariño por usted...», escribió ella desde su hotel en París. «Por eso es necesario que el busto sea precioso».

En el Musée Rodin hay diez moldes de Eve Fairfax en yeso y arcilla cocida que registran todo el proceso. Entre los cuatro modelos de mármol, Marion J. Hare ha identificado dos retratos diferentes, uno «como reacción subjetiva a la belleza de ella» que fue terminado a finales de 1905, y el otro «una idealización de sus rasgos», realizado durante las sesiones de 1906 y esculpido en mármol en 1907. Al parecer algunos de ellos se hicieron a partir del mismo bloque de mármol. En uno, aparece envuelta por el mármol, como si estuviera dentro de un útero; en el otro, surge de él de perfil, como el contorno de un cisne —la pieza da la sensación de una lucha inminente, de una calma a punto de llegar—. El poeta austriaco Stefan Zweig vio cómo Rodin levantaba una espátula

y «con un golpe maestro en el hombro, pulía el material tanto que llegaba a parecer la piel de un ser vivo, de una mujer que respiraba».

A finales del verano de 1907, tras seis años y medio de modelado, Rodin le presentó a Eve uno de aquellos bustos de mármol, la versión idealizada, con su aspecto incompleto, sereno y distante —«la efigie de una mujer maravillosa», lo describió—. Eve estaba abrumada por la felicidad. «¡No puedo creer que vaya a ver mi busto!», escribió. «Me ha hecho usted tan feliz..., me ha dado coraje... Se lo agradezco con toda mi alma».

Era un recuerdo de todo el tiempo que habían pasado juntos. «Se vuelve más hermoso cada día que pasa», le escribió ella un año más tarde. Pero ¿significaba aquello que no iban a volver a verse? Ella no lo permitiría, como no lo había permitido antes. Su amistad con Rodin, aquella rama viva de lo que parecía un árbol muerto, creció y prosperó, y las sesiones fueron momentos de alegría en una vida que parecía destinada a ser triste. Compartieron una amistad especial, una *amitié amoureuse*. No fue una relación sexual: aquel busto, que en palabras de Frank Harris era *délicieux, dans sa grâce virginale*, lo probaba. Ella era consciente de gustarle mucho a Rodin y aquello le daba confianza en sí misma. Ruth Butler habla de la aparente ingenuidad de Eve, que no parecía darse cuenta de que a Rodin le gustaban en realidad todas las mujeres hermosas, pero no reproduce el discurso completo de Eve que sí aparece en la *Vida de Rodin* de Frederic V. Grunfeld: «Sé que gusto mucho a Rodin y lo digo con humildad. Me encontró refrescante y nueva en una época en la que se había hecho célebre y tenía a muchas mujeres francesas tras él. Creo que lo atraía porque, a diferencia de la mayoría de las mujeres de aquella época, yo no estaba dispuesta a irme a la cama a la mínima oportunidad... El hecho de que lo tratara con cierta indiferencia me volvió distinta a las demás».

Las palabras «a la mínima oportunidad» dan que pensar al lector. En realidad hace demasiada gala de su propia indiferencia y de una manera muy poco convincente. Sus cartas rezuman miedo de que la olvide y están llenas siempre de planes para volver a verlo y de dolor cuando lo abandona. Le suplica que le mande fotografías y siempre afirma que desearía hablar mejor francés para así poderle expresar de manera adecuada lo que siente, «pero usted sabe cómo lo amo, a pesar de que el sentimiento esté tan pobremente expresado». Acude a visitarlo en septiembre de 1908 y luego, de nuevo, en marzo y en abril de 1909. Ya no se trata de posados. Lo invita al teatro y le dice lo feliz que es en su compañía, dan un paseo en coche y ella se disculpa por estar tan callada *mais nous étions très contents parce que nous étions dans grande sympathie n'est-ce pas?* Hubo, con toda seguridad, más paseos después de aquel.

Llegó el verano de 1909 y con él una nueva crisis. Eve, a sus treinta y ocho años, seguía soltera y ni siquiera podía pagar sus deudas, de modo que se declaró en la ruina. Se había visto obligada en dos ocasiones a ir a juicio y en las dos ocasiones a declararse insolvente. No tenía casa (casi todas sus cartas a Rodin provienen de direcciones

diferentes) y solo tiene un bien reseñable: el busto de Rodin. En julio de ese mismo año escribe una carta a su *cher et grand ami* en la que le pregunta si le molestaría que vendiera el busto a una galería de arte de Johannesburgo y, en caso afirmativo, cuánto debería pedir por él. Poco después viaja a París y le explica personalmente su bochornosa situación financiera. Rodin le aconseja que pida ochocientas libras si el comprador es la galería y mil si se trata de un comprador particular. Promete regalarle también, por su gran amistad, una de las copias en yeso a la que llama *la mère et son petit enfant*. En octubre Eve vende el busto a lady (Florence) Phillips, esposa de Lionel Phillips, ambos ricos mecenas de Sudáfrica, por una suma de veinte mil francos (cien años más tarde su precio es de seiscientos mil euros). Lady Phillips lo presenta en la galería y Eve, a pesar de sentirse *tellement seule* desde que se separó de él, se muestra encantada cuando le cuentan que todo el mundo lo admiró, especialmente los niños que, al parecer, no podían evitar «abrazar el busto, poseídos por un súbito sentimiento de afecto», tal y como le contó ella misma a Rodin en una carta.

Il faut souffrir si on est pauvre, le escribió a Rodin, pero lo que realmente la llenó de orgullo y felicidad fue que, cuando acudió a visitarlo el siguiente agosto, él le pidiera que posara de nuevo. Había comentado al artista Jacques-Emile Blanche que Eve era «Diana y el sátiro en una sola persona». De Diana tenía una cara llena superficies planas y la estructura ósea de las mujeres inglesas (algo que resultaba de gran utilidad a los escultores), y también era Diana en el sentido de poder representar a una diosa de la naturaleza («tienes el fulgor de las diosas de la virtud», le escribió Rodin en una carta del verano de 1904). En su imaginación la debía de ver como una especie de diosa virginal que protegía a la infancia (tal y como la representó en el yeso de *la mère et son petit enfant*), pero su condición de sátiro es más difícil de entender, a no ser que se interpreten bajo una mirada sexual los estudios que hizo de ella durante 1909 y posteriormente vaciados en bronce. Se trata de bustos más íntimos, tensos y realistas que el busto de mármol. El perfil tiene el encanto y la juventud que es característico en todos los estudios que hizo de ella, pero si se mira la escultura en tres cuartos, se puede apreciar a una mujer mucho más experimentada y la imagen parece evocar algunos de los calificativos que utiliza Rodin en sus cartas para referirse a ella: valiente, cargada de paciencia, melancólica, todo su cuerpo parece estar recomponiendo un corazón roto y produce una enorme sensación de bienestar. En realidad se trataba de un bienestar que parecía emanar de aquella colaboración que al propio Rodin le parecía una colaboración con la naturaleza: «El germen de tu carácter y de tu belleza que plantaste en mi corazón para que naciera cuando llegara el momento».

En la correspondencia hay cartas perdidas por ambas partes, pero por las que han sobrevivido, podemos estar seguros de que se encontraron en París o en Londres en septiembre de 1914. Un año antes, Eve había alquilado una pequeña casa en el jardín de

Rodin, en Meudon. Durante su estancia él le hizo un regalo: *ce beau dessin* al que llamó *un souvenir de mon coeur* y que *je garderai toujours avec amour*. Ella se dejó accidentalmente en el jardín o en la casa *une petite casse pour la poudre*. Tal vez él podía llevársela a Inglaterra cuando viniera o ella la podía recoger cuando hiciera su siguiente viaje a Francia. Cuando la guerra puso fin a sus encuentros, se habían estado viendo durante trece años. Él moriría en 1917 a sus setenta y muchos años y ella, que en aquel momento estaba en la mitad de sus cuarenta, le sobreviviría. Lo que había comenzado como una relación meramente profesional se había convertido al final en una relación importante para los dos. Para Rodin se trataba de una *femme inspiratrice* que había aparecido en su vida y le había inspirado algunos de sus mejores trabajos de madurez. Para ella aquella amistad estaba cargada con la emoción del hombre con el que había pensado casarse y que luego había desaparecido, y no se asemejaba a ninguna otra. Se convirtió, de hecho, en la experiencia más tierna y duradera de toda su vida.

Lo que yo no podía imaginar mientras paseaba por aquellas salas vacías del Victoria and Albert Museum, en 1970, era que Eve Fairfax todavía estaba viva y que podía haberla ido a visitar al geriátrico que los cuáqueros tenían en York para los desamparados. Sea como sea, las preguntas fueron quedando pospuestas por el apremio de los libros que estaba escribiendo en aquel momento y que con frecuencia me obligaban a viajar al extranjero. Pero no me olvidé de Eve Fairfax y aquella inquietante imagen del busto de Rodin ocupó su lugar en mi mente. Más tarde, a finales de los años noventa, retomé mis pesquisas y traté de averiguar algo más acerca de Eve y de Ernest Beckett, el ambiguo lord Grimthorpe. Sus dos familias habían vivido no muy lejos la una de la otra en Yorkshire y solían invitarse los unos a los otros para las ocasiones formales: bodas, bautizos y entierros. Pero mientras la fortuna de los Fairfax comenzó a declinar a finales del siglo XIX, la de los Beckett comenzó a crecer. Me resultó más fácil trazar los contornos de la vida de Ernest Beckett que los de Eve Fairfax porque el primero fue un personaje público, mientras que la vida de ella parecía siempre oculta tras el horizonte.

Ernest comenzó su vida bajo un nombre distinto. Nació el 25 de noviembre de 1856 en Roundhay Lodge, Yorkshire, a unos kilómetros al norte del lugar en el que vivían sus padres en Leeds, quienes le dieron el nombre de Ernest William Denison. En el certificado de nacimiento, su padre William Beckett Denison afirma que su oficio es el de banquero (el de su esposa Helen era ser la hija del segundo barón Feversham). A medida que Ernest fue creciendo, las ocupaciones de su padre progresaron enormemente. Se convirtió en un miembro del partido Conservador en el Parlamento de North Nottinghamshire y, a pesar de que estaba un poco sordo (si creemos lo que dice el *Yorkshire Evening Post*), «tenía el oído atento a todas las cuestiones que se le presentaban para que encontrara una solución». Aun así su corazón no estaba en la

política, sino en las finanzas. Era hijo de un banquero y entró en el banco familiar, el Beckett's Bank, a los veintiún años de edad, convirtiéndose en socio tras la muerte de su padre en 1874; nombró socios a sus tres hijos. Fue también magistrado, diputado de la West Riding de Yorkshire, presidente y director de varias compañías y un fervoroso promotor de obras de caridad relacionadas con la Iglesia. Fue exactamente el modelo que deseaba que siguieran sus hijos.

Ernest fue criado en una sucesión de distintas casas de Yorkshire, entre ellas la del nombre prohibido era Meanwood Park, en Leeds. Su padre (conocido por aquel entonces como «el hombre de Meanwood») poseía también una residencia en Londres, Piccadilly 138, en la que residía cada vez que tenía que asistir a una reunión en la Casa de los Comunes. En 1870 alquiló a la familia Milner la casa de Nun Appleton Hall, el lugar en el que la madre de Eve Fairfax, Evelyn Milner, había pasado toda su infancia. Se trataba de una mansión de ladrillo rojo con una enorme ala gótica en medio de una zona verde y conectada con el pueblo de Bolton Percy por una carretera de unos cuatro kilómetros. La mayor parte de la casa había sido construida en el siglo XIX sobre el emplazamiento de una abadía cisterciense y mantenía aún la cara norte de la casa del siglo XVII del general Fairfax, héroe nacional retirado tras renunciar a su puesto en el ejército. Al parecer William Beckett Denison había alquilado la casa para reafirmar su posición social en el condado (una de sus hijas se casaría luego con un miembro de los Milner, cuya vieja fortuna ya estaba comenzando a desaparecer).



*Ernest Beckett en Cimbrone, c. 1910
(Cortesía de Tiziana Masucci)*

A su hijo mayor lo envió a Eton. Ernest era un estudiante nato y tal vez siguió siéndolo toda su vida. Le fue bien en los exámenes y, mucho más importante que eso, destacó en los deportes; en críquet, remo y en todos los vetustos e intrincados juegos y deportes de Eton. Fundó una sociedad de debate y actuó en la compañía teatral de la universidad. Como termómetro de su éxito fue elegido Pop, la sociedad más selecta de Eton, cosa que le permitió todo tipo de lujos, como poder llevar chalecos de colores vivos. De Eton se trasladó al Trinity College, en Cambridge, donde se esperaba mucho de él, pero fue ahí donde algo desapareció. Se trata en realidad de un misterio, como también lo sería más tarde su salida del Beckett's Bank o la ruptura de su compromiso con Eve Fairfax. Sentó un precedente. En todos los casos los episodios iban seguidos de rumores de escándalo, silencio y temporadas en el extranjero. Llegó al Trinity College en mayo de 1875, pero ni siquiera alcanzó a completar su primer año académico. Se le menciona como miembro

no-participante en el tercer Trinity Boat Club, pero no hay noticias de que jugara al críquet ni a ningún otro deporte. Su única actividad, aparte de actuar, pareció ser la de participar en un club de debate ligero llamado Magpie and Stump, en honor a un burdel local. No se licenció. Viajó al extranjero.

A su regreso a Inglaterra, y bajo la atenta mirada de su padre, se asentó en lo que a todas luces parecía una vida convencional. Se unió a la sucursal del banco familiar que había en Leeds y estableció las bases de una carrera prometedora. Se hizo socio de un buen puñado de clubs de moda como el Reform, el National Liberal Club, el Marlborough, el Brook's, el St. Jame's y el Turf. Se dedicó también al golf y al tiro, y a coleccionar obras de arte para decorar su apartamento de Ebury Street. George Moore, autor de *Conversaciones en Ebury Street*, tuvo la oportunidad de charlar con él en varias ocasiones y lo describe en una carta privada a lady Cunard como «el mejor amante de Londres».

Durante la primavera de 1882 hizo un viaje a través de Francia hacia Italia. «Jamás en toda mi vida he experimentado una sensación de placer tan intensa y una alegría de estar vivo como en Nápoles», le escribió a su madre en una carta hacia el final de su viaje, pero «ir corriendo de un lado a otro como un loco con una guía de viajes en la mano no tiene ningún sentido ni produce placer alguno», se queja, «a pesar de eso he cumplido también mi obligación como turista». Su mirada con frecuencia se veía distraída y se apartaba de las hermosas construcciones para fijarse en las hermosas muchachas. Ya había ido a las termas de Caracalla en sus viajes tras dejar Cambridge, pero cuando volvió a verlas, le parecieron «completamente nuevas, como si no las hubiese visto nunca, porque la primera vez que las visité fue en compañía de la señorita P. y la verdad es que estaba más pendiente de sus ojos que de las termas». Lucha para mantenerse atado a las obligaciones del buen turista, con su listado de iglesias y museos, pero busca siempre el entretenimiento de la mirada de las jóvenes. Por ejemplo, en el hotel Bristol de Roma, tuvo la oportunidad de ver a una mujer muy hermosa y célebre: madame Bernadocki (Bernadotti), una rusa que al principio había sido poco más que una mujer florero, pero que al casarse con un caballero de su país se había convertido en una celebridad en todas las capitales europeas, incluyendo Londres, donde hasta el propio Príncipe de Gales había pedido que se la presentaran. «En mi opinión se trata de una belleza absolutamente sublime, muy superior a nuestras bellezas, resulta fascinante en cualquier tipo de situación y en todo momento». Por otro lado lo irrita la cantidad de iglesias que todavía le quedan por visitar. «No puedo soportar ver una más de estilo italiano, estoy realmente harto y ni siquiera me parece que San Pedro sea más impresionante que la catedral de York». Se enfrenta con enorme irritación a la «corrupta religión romana» y llega a comentar a su madre en una carta: «Los cuadros, los ornamentos, la decoración, todas esas velas, el incienso y la parafernalia de la iglesia

católica no paran de ofender la mirada y el gusto de cualquier persona razonable... Aparte del hecho de que hayan sustituido a Venus por la Virgen María, no consigo ver gran diferencia entre los ritos paganos y las misas católicas. No, yo prefiero los templos góticos y la pureza y la belleza de la religión de Inglaterra...».

Pero también escribe a su madre: «He tenido mucha suerte con la gente con la que me he cruzado en el camino y con las relaciones que he establecido, especialmente con algunos hombres de Roma, ha hecho que todo sea extremadamente placentero... Los Storys (se refiere al gran escultor y a su familia) han sido muy amables conmigo, me han llevado a muchas fiestas y me han invitado también a cenar». William Wetmore Story era un rico expatriado de Boston, un abogado reconvertido en escultor cuya obra se había hecho muy célebre después de que Nathaniel Hawthorne hablara de su estatua de Cleopatra en la novela *El cervatillo de mármol* (1860). Vivía en el Palazzo Barberini, un extraordinario edificio del siglo XVII, de mármol amarillo, en la cuesta del Quirinal. Con sus siervos de librea, sus casi cincuenta habitaciones, muchas de ellas de una grandeza y un lujo incomparables (las de los pisos superiores misteriosamente iluminadas solo con velas); el lugar tenía todo el ambiente teatral de las antiguas escenas de la Roma de los papas. Y hasta el mismo Wetmore era alto, apuesto y llevaba una puntiaguda barba gris, lo que contribuía también al arcaico tono renacentista que quería dar al conjunto. Henry James, quien lo visitó varias veces a comienzos de 1870, comentó que en rara ocasión se había visto un caso de ostentación tan apabullante como el de Story, y concluía afirmando que si «su inteligencia era grande, más grande había sido la buena disposición con la que lo había tratado el mundo». Ernest formaba parte definitivamente de aquel mundo bien dispuesto. Estaba empeñado en que su padre comprara una de aquellas esculturas a las que Henry James había denominado «efigies interminables». Story esculpía generalmente desnudos suntuosos en posturas sugerentes, apenas cubiertos con telas vaporosas, y consiguió crear un tipo de porno suave que acabó siendo muy popular en la sociedad victoriana. Henry James solía denominar a su musa la «pícara sugerente». Era un escultor completamente distinto de Rodin —«fatalmente poco sencillo», en palabras de James— que tenía siempre a sus artesanos en medio de un caos de esculturas femeninas de mármol, como si fuese un director frente a una orquesta. Henry James describió la carrera de Story como «un hermoso sacrificio para un noble error», pero aquel Ernest de veinticinco años concluyó que la vida del artista le parecía la más placentera de todas.

Los Storys eran la cabeza visible de la comunidad americana en Roma y fue al año siguiente (1883), durante una de sus veladas musicales, cuando Ernest conoció a la joven muchacha americana con la que después se casaría.

Lucy Tracy Lee, a quien todos llamaban Luie, había pasado la mayor parte de su

infancia y adolescencia en Ondeora, la granja familiar que estaba en Highland Falls, una enorme finca cercana a la academia militar de West Point, en el estado de Nueva York. Aquellos primeros años de su vida fueron rabiosamente felices. Constantemente había fiestas, partidos de tenis, picnics, bailes (en los que realmente no importaba demasiado si uno se enamoraba), ensayos hilarantes para representar obras de teatro y, por encima de todo, el poni más amado por nadie en todo el país. Pero aquella felicidad quedó interrumpida tras la muerte de su padre cuando ella tenía trece años y el financiero Pierpont Morgan, para tratar de paliar el dolor de su prima, decidió llevársela de viaje a Inglaterra y Francia en compañía de su hija Louisa (la mejor amiga de Luie). Viajaron en el *Britannic*, un transatlántico de la compañía White Star, poco después de la pascua de 1879 y se pasaron la mayor parte del tiempo de compras en Londres y en París. «El primo Pierpont», comentó Luie, «es el hombre más adorable y amable de este mundo».

Era una muchacha naturalmente alegre, llena de vida y de buen corazón. Una de sus primas recuerda que «se convirtió casi en un símbolo de perfección para nuestra generación». «Todos los acontecimientos que compusieron su vida estaban pulidos y brillantes, como si se tratara de preciosas reliquias». Era una hija única, tal vez mimada en exceso por su madre, un poco solitaria a ratos y, a medida que pasaban los años, cada vez más confundida con respecto al tipo de vida que le esperaba. Fue creciendo y con los años aumentaron también la insatisfacción y el descontento. Todas las cosas que hacía solo un par de años le habían proporcionado alegría ahora formaban parte de aquello que le parecía aquella vida «estúpidamente aburrida de West Point». Durante el otoño de 1881, a la edad de diecisiete años, comenzó a escribir un diario para consignar «cómo es mi paso por el mundo y para que estas páginas den testimonio tanto de los buenos momentos como de los amargos». Recuerda con placer y con un retrogusto de amargura su viaje a Inglaterra: «Qué fácil y qué sencilla es la vida en Europa si una la compara con cómo es en este espantoso lugar en mitad de la nada». Se sorprendió al enterarse que había una buena parte de la comunidad de Highland Falls que la consideraba demasiado afectada y decidió tomárselo como un cumplido. «Para ellos soy demasiado inglesa», escribió en el diario, «y la verdad es que no me importa, en realidad me agrada». Encontró en aquella tensa manera de fingir modales británicos un truco perfecto para cuando conocía a gente que le desagradaba. Era una forma de ocultar su fragilidad.

Luie no era lo que un conocedor como Ernest hubiese denominado una belleza profesional. «Creo que no poseo el elemento primordial para ser una belleza», escribió en su diario, pero aun así la gente solía sentirse muy atraída por ella. Su vitalidad era especialmente seductora. Era alta y de complexión atlética, tenía unos ojos azules y unas cejas finas y horizontales que le otorgaba una madurez serena a la parte superior de sus rostro. «Dicen que soy tan madura como si tuviera veintiún años», escribió cuando tenía diecisiete, «yo me siento lo bastante madura para tener cualquier edad que a la gente le

apetezca asignarme». Su boca era parecida a la de un bebé pero el dibujo de su barbilla le daba un aire determinado, y como tenía un temperamento tenso y romántico, realmente necesitaba aquella determinación para resolver las complicaciones que le esperaban. Vivía con su madre y con su abuelo, rodeada de los recuerdos de su recién fallecido padre, en lo que parecía un intermedio entre «una época muy, muy feliz, y una triste que se aproxima». La incertidumbre era cada vez más oprimiente. «Oh, me pregunto una y otra vez, una y otra vez... ¿cómo va a acabar todo esto? El amor y el dolor van de la mano en las emociones de una chica de diecisiete años, dice el tío Charlie».

Tanto su corazón como su mente parecen estar en constante conflicto. No era poco ambiciosa. «En mi vida me voy a acabar encontrando con gente que luego formará parte de la historia» predijo, «no quiero ser un florero». Al mismo tiempo se sentía «poseída por el más insoportable anhelo de algo que no consigo determinar. Algo inalcanzable». La espanta descubrir que hay algunas personas que la consideran una coqueta. ¿Y cómo resuelve el misterio doloroso de los hombres? Apenas cumple diecisiete años, recibe su primera propuesta de matrimonio y le repugna solo recordarlo. «Si todas las propuestas que tenga en mi vida me resultan tan desagradables como me ha resultado esta, juro que permaneceré virgen hasta la muerte», decide, «me pareció totalmente asqueroso, tanto que apenas creo que pueda volver a mirarle a la cara». Tiene un par de amigos varones que «han sido una buena influencia, creo, aunque más mentalmente que moralmente». Aun así ninguno de ellos le hace proposiciones ni ella se siente atraída por ellos hasta que conoce a Henry McVicker. «Me ha fascinado más en media hora que ningún otro hombre en toda mi vida», admite, «...es atractivo, casi guapo, tiene unos redondos ojos negros y una planta terriblemente buena, es alto y amable... Con qué sencillez se derrota a una muchacha de diecisiete años. Ha desencadenado en mí toda una furia de intensas emociones... Me he quedado fascinada y he comprobado que él también lo estaba, al menos un poco. Aun así creo que ha estado flirteando y que no se cree de verdad ni la mitad de las cosas que me ha estado diciendo». Continuaron viéndose hasta que sus encuentros comenzaron a alarmar a su tía Kitty, quien se decidió a hablar seriamente del asunto con el señor McVicker provocando en él tal enfado que abandonó la casa de inmediato. Poco después la tía Kitty le explicó a Luie que, por mucho que le gustara, aquel chico no era más que un mujeriego que no pretendía otra cosa más que pasar un buen rato a costa de las jovencitas con las que se cruzaba. El primo Pierpont, quien se había convertido en una especie de padre adoptivo tras la muerte de su padre biológico, le comentó que se «enfadó mucho cuando salí afuera, también de que me hubieran permitido conocer al señor McVicker quien al parecer es un villano. Supongo que él sabrá por qué lo dice, pero a mí me parece que nadie lo sabe en realidad... Dicen que no es ni la mitad de malo que sus hermanas, pero eso muy bien puede ser verdad y no ser ni

siquiera un problema». Para ella aquel episodio fue desconcertante e hizo que se enfadara con todo el mundo, pero aun así no se olvidó de Henry McVicker. «Me pregunto qué quiso decirme en realidad... para mí es un absoluto misterio».

Por primera vez en su vida Luie comienza a considerar que tal vez un simple criterio moral no sirva para hacerle encontrar al tipo de hombre con el que desea casarse. Tal vez «un hombre que ha vivido salvajemente durante una época de su vida y luego se ha enamorado de una mujer pura, de verdad pueda convertirse en un mejor marido que uno que no ha sufrido ninguna tentación de ningún tipo y conoce poco o nada el mundo de las mujeres, de las mujeres reales». Como ella misma conocía más bien poco y había experimentado todavía menos, comenzó a observar a parejas casadas tratando de determinar cuáles de ellas se habían casado por amor y cuáles por dinero o por una posición. Se dedicó a examinar el comportamiento de algunos matrimonios y el hecho de que «la mayoría de las mujeres más interesantes están casadas con un barón alemán al que ellas odian, pero por el que son adoradas. Ella lo trata fatal y él tiene un aspecto de lo más triste. Me parece una situación espantosa; dos personas que no se importan ni lo más mínimo y que, sin embargo, están atadas de por vida la una a la otra».

¿Cómo podía estar segura de evitar caer ella misma en una situación similar? ¿Acaso seguía siendo una mujer pura y verdadera después de haber desarrollado aquella inclinación por hombres que preferían vivir sus vidas apostando por ciertos riesgos? «No creo que queramos a las personas solo porque tienen menos defectos», pensó. Un año antes, a la edad de dieciséis años, no habría creído posible verse atrapada entre aquellos complejos dilemas morales y sexuales. «Me pregunto si a todas las personas les decepciona la vida como a mí últimamente. Si tan solo fuese capaz de retener mi corazón para que no se fuese tras de nadie..., tal vez somos nosotros mismos los responsables de nuestra decepción... Realmente creo que esta vida no merece la pena y que si una pudiese dejar de luchar por ella, sería un descanso... Sé que llegará el momento en que acabará este espantoso anhelo y sufrimiento, que llegará un día en que encuentre a una persona y me dedique a él el resto de mi vida, pero la verdad es que ahora me resulta todo muy duro... Cuando me dejan a solas, lo único que hago es llorar sin descanso... Creo que no hay nadie en este mundo que me importe, a parte de mi madre... Me siento espantosamente inquieta, me gustaría ser capaz de librarme de esta compañera constante, yo misma».

Su melancolía se intensificó con la muerte de su abuelo, que vivía con ella en Highland Falls. Lo quería mucho y contempló su muerte. Una vez más Pierpont Morgan tomó cartas en el asunto y sugirió llevar a Luie, junto con su madre y su tía, a un viaje por Europa y el norte de África, aunque aquella vez la duración del viaje iba a ser mucho mayor, tal vez hasta dos años.

Aquel proyecto provocó una crisis en Luie e hizo que cambiara de opinión en muchas

cosas. «Es un cambio terrible y me temo que va a haber muchas cadenas que van a ser muy difíciles de romper», escribió. Aquella vida «estúpida y aburrida» en West Point le parecía dolorosamente deseable ahora que se veía obligada a abandonarla; había un hombre al que acababa de conocer y que le gustaba especialmente y sentía que ahora ya no iba a tener nunca la oportunidad de saber si ella le gustaba a él. ¿Era posible esperar un par de años para averiguarlo? Le parecía una eternidad. Iba a ser espantoso tener que despedirse de él (fue al barco a despedirse de ella y le llevó un ramo de flores). ¿Cómo iba a encontrar a un hombre apropiado en Inglaterra, aquel país envarado, frío y formal al que tanto había admirado cuando era joven e ingenua? En aquella época todo lo veía *au couleur de rose*. Ahora recordaba aquellas palabras vacías que tanto les gustaba utilizar una y otra vez a los ingleses, como si se tratara de breves efusiones de aire caliente sobre una tierra estéril: «realmente», «ciertamente», «se lo aseguro» y también «oh» seguido de «ah». Cuando estaba en Estados Unidos había comenzado a estudiar francés, pero no conocía ninguna otra lengua europea. Tenía la sensación de que sus únicos amigos mientras fuera viajando de un país a otro iban a ser sus autores favoritos, como Susan Coolidge, por ejemplo, la autora de literatura infantil que había escrito las crónicas tituladas *Lo que hizo Katy*. (En *Lo que Katy hizo a continuación* la protagonista emprendía un viaje a Europa y allí conocía a un guapo capitán de navío con el que se acababa casando).

En diciembre de 1881, Louie escribió una desesperada nota de despedida en su diario: «Ya hace una semana que estamos en el mar y cada vez que lo pienso me parece terrible, terrible... La semana que se aproxima la temo y me tiene indiferente a partes iguales... Todo me aburre, todos me aburren... Tampoco creo que yo misma sea digna de un solo pensamiento, ni del cuidado de nadie, ni de nada. No sirvo para nada. Para mí no hay nada... Oh, cómo me gustaría sentirme joven».

Cuando llegaron a Europa e iniciaron su itinerario, la melancolía de Luie comenzó a desvanecerse un poco. Fueron de compras en París y en Londres, pero «los vestidos tampoco son tan interesantes y estar allí de pie esperando a que te los prueben es la cosa más tediosa del mundo». Tuvieron más éxito sus visitas a las galerías de arte. Hizo una lista de los cuadros que más le habían gustado: *Lady Hamilton* de Romney, *Mrs. Siddons* de Gainsborough y *La edad de la inocencia* de Joshua Reynolds en Londres y en París un paisaje con unos bueyes arando vistos al fondo de unas colinas verdes de Rosa Bonheur y *Dernier jour de la captivité de madame Roland* de Goupil. Hizo también unos bosquejos de los cuadros en los que volcaba una gran emoción.

Pierpont Morgan, quien las acompañó durante los primeros meses, hizo muchos regalos a Luie y siempre encargaba que hubiese flores y bombones en su habitación. «Es un amor..., en lo único que piensa es en que nosotras seamos felices..., es demasiado». Aquello que la rodeaba era todo cuanto había anhelado en una ocasión, ¿por qué no era

feliz entonces? Tal vez si Pierpont Morgan hubiese sido otro hombre, un joven de su edad... ¡Pero qué feos pensamientos eran aquellos! Merecía que la castigaran. «A veces pienso que casi me resultaría más agradable que me encerraran en una habitación y me dejaran allí confinada».

Fueron en tren desde París hasta Marsella y desde allí viajaron hacia Alejandría por el Mediterráneo en un barco «asqueroso, maloliente, vil, incómodo y repugnante llamado *Alphée*». A pesar del barco, los primeros días del crucero fueron extraordinarios; atracaron en Córcega y en la isla de Montecristo, también lo hicieron en Capri y en Isquia y en la espléndida bahía de Nápoles: «No creo que haya nada en el mundo tan hermoso como esa bahía», escribió. Pero cuando recorrieron atolondradamente la ciudad de Nápoles de parte a parte se quedó espantada: «Cuando una entra en esa apestosa ciudad le dan ganas de morirse aunque solo sea para acabar con toda esa incomodidad. No quiero volver nunca a Nápoles... Cuando estábamos en el barco, vino un bote lleno de músicos con mandolinas y guitarras. Las canciones eran muy musicales, pero los sentimientos de los intérpretes me parecieron más dudosos».

Y sin embargo, Egipto resultó inesperadamente excitante, sobre todo El Cairo. La gente era muy hermosa, sus ropas parecían abrochadas por una especie de poderes sobrenaturales (no había presencia visible ni de botones ni de ganchillos). La belleza de los árabes la tenía fascinada. Los hombres le parecían «imponentes» y los niños muy vitales e ingeniosos con sus vestidos amarillos, rojos y azules. Todas las mujeres iban cubiertas por velos, pero a través de aquellas vaporosas telas se podía ver cómo brillaban sus ojos. Había por todas partes tal cúmulo de calles, puestos de naranjas, canales, chozas de barro, hombres, mujeres, niños montados en burros, camellos, cabras y ovejas que comenzó a olvidarse de lo infeliz que era en mitad de aquella corriente repleta de vida.

Cuando Pierpont Morgan abandonó la comitiva, Luie fue escoltada a las cenas oficiales, las procesiones islámicas y las veladas de música árabe por el compositor Arthur Sullivan, que por aquel entonces se encontraba pasando unas vacaciones de tres meses en Egipto. «El señor Sullivan ha sido muy amable conmigo y todo el placer de estos días proviene de él», escribió en su diario. Pero en realidad él era mucho más devoto de una joven llamada Emma Colvin. Luie anotó en su diario que «los hombres ingleses están muy acostumbrados a tratar con las mujeres; a veces me resulta extraño, en casa no tenemos mucha compañía de ese tipo...». No termina de decidirse sobre qué cultura le parece mejor. A Arthur Sullivan ella le parece encantadora pero también extraña: altiva a ratos, fastidiosa a veces, y siempre franca en extremo. A ella le habían complacido la operetas a las que la habían llevado en Nueva York, pero odió la *opéra bouffe* que vio en El Cairo, una obra «desagradable e inapropiada, aunque la música era muy bonita». Tampoco le gustaron los «derviches o cómo se llamen» que retorcían el

cuello mientras daban vueltas girando en círculos sin parar de aullar y de gemir «la cosa más espantosa que he visto en mi vida».

Para su sorpresa, Luie se hizo célebre en El Cairo como la Belle Américaine. Un buen número de hombres le dijeron que estaban «fascinados por mi aspecto» y otros tantos estaban ansiosos por conocerla. Ella protestaba: «No soy ninguna belleza». Ser alabada por su belleza y sentirse fea casi constantemente empezó a provocar en su interior una especie de extraña tensión. Tal vez fuera la simple emanación de su infelicidad la que le diera a su rostro aquel aire de misteriosa belleza. Le hubiese gustado que la alabaran por otras cualidades: por su imaginación, por sus modales aristocráticos y su «magnetismo personal» (lo que en otra época se llamaría *sex appeal*).

Continuaron su viaje hacia Beirut y desde allí a Damasco, Esmirna, Constantinopla y Atenas, pasaron unos meses en Florencia y en los lagos italianos, prepararon una larga estancia en París, pero finalmente se decidieron por Roma. Si Luie hubiese podido poner aquel viaje en un banco y haber ido administrándoselo al tiempo que podía pasar breves temporadas en Estados Unidos, habría sido maravilloso, pero aquella estaba siendo su ecuación sentimental y, a pesar de sí misma, estaba empezando a mirar cada vez más hacia delante y menos hacia atrás. Tanto su madre como su tía habían decidido no regresar a los Estados Unidos e instalarse en Roma junto a una colonia americana que habría disgustado enormemente a sus amigos de Highland Falls. «Las dos señoras», escribiría más tarde una de sus primas americanas, «se fueron a Roma y se unieron a una colonia de expatriados en la que pasaron el resto de sus días. Adoptaron todos los vicios de esa indescriptible sociedad y se convirtieron en las viejas de mundo más desagradables que he visto en mi vida».

Pero aquello no era lo que le iba a deparar el destino a Luie. «Espero que en Roma alguien se fije en mí», escribió esperanzada. No esperaba enamorarse ni que alguien se enamorara apasionadamente de ella, pero en realidad sí seguía soñando en secreto que pudiera ocurrir y lo necesitaba con urgencia. Tanto su madre como su tía entendieron su deseo a la perfección, pero no podían llamarlo por su nombre, era como si aquel tipo de deseos, en el caso de las mujeres, fuesen inmorales o se produjeran en un territorio en el que no se pudiesen nombrar. Para Louie había llegado la hora de escapar de aquellas hermanas viudas que, por su parte, tampoco eran capaces de relacionarse bien con aquellos modales suyos «tristes e insatisfechos». Había observado sagazmente en sus diarios, «me rodean un buen número de placeres inesperados y no precisamente los previsibles», de modo que cuando, poco después de su decimonoveno cumpleaños, conoció a un Ernest de veintisiete años a la caza de muchachas bonitas, lo más probable es que no albergara ninguna expectativa demasiado romántica.

Para Ernest había sido un año de enorme sufrimiento, en un primer término, y de un

enorme placer, en el segundo. Durante la primavera su hermana mayor, «la más querida de todas», se había puesto gravemente enferma. «A ratos está extremadamente sensible y a ratos no», le escribió su madre, «es extraño cómo se mezclan en ella unos estados con otros. Rezo y espero que esta crisis acabe pronto y comience a remitir la fiebre». Ernest responde de inmediato a esa carta expresando su enorme preocupación tanto por la enfermedad de su hermana como por la ansiedad que está produciendo en su madre. «Supongo que los médicos no podrán hacer gran cosa. Lo único que puede salvarla es una buena atención, la naturaleza y la voluntad de Dios». La fiebre no remitió y a finales de marzo de 1883 falleció a la edad de veintitrés años. Se llamaba Violet.

Aquel verano, Ernest conoció a Luie en Roma. El encuentro, el cortejo y el matrimonio no duraron ni siquiera un periodo de cinco meses. «Tanto su madre como su tía consideraron que lo mejor era que no hubiera ningún retraso y una boda en Estados Unidos habría sido demasiada espera», recordaba una de las primas de Luie. Estaban fascinados el uno por el otro. Por fin había conocido a alguien en Europa «a quien le interesaba». Se trataba en realidad de algo más que interés. Ernest se había enamorado apasionadamente de ella. Para ella, él era un hombre maravillosamente apropiado, y no demasiado apropiado: tenía también algunos defectos, o al menos eso le gustaba pensar a ella, suponía de él que había sido un poco salvaje, que había visto mundo y que seguramente sabía en qué consistía la tentación. No tardó en convertirse en el hombre que había estado esperando durante todos aquellos años. Se le secaron las lágrimas y desapareció la melancolía de sus gestos; estaba enamorada. ¿Acaso no se estaba casando con la aristocracia inglesa? Su luna de miel fue encantadora y se sintió intensamente viva. Lo inalcanzable había sido alcanzado.

Ernest también estaba feliz. «Esa mujer es la mayor joya que he visto en mi vida», le escribió a su madre. «El afecto que mostraban por ella todos lo que la conocían, tanto viejos como jóvenes, fue algo que realmente me conmovió. Les parece que ella es única y que nada es lo bastante bueno para ella. Es brillante, inteligente, dulce y generosa, hace que la vida esté iluminada de dicha a su alrededor constantemente. Todo el mundo trata de mimarla y sin embargo no es una muchacha en absoluto consentida. Me siento el objeto de la envidia universal...».

Fueron de viaje a Yorkshire para que Luie pudiese conocer tanto a la familia de Ernest como el lugar en el que iban a vivir. Situada sobre una pequeña meseta, Kirkstall Grange era una enorme casa estilo georgiano que había sido construida en 1752 por un arquitecto llamado Walter Wade como un añadido a la descuidada abadía. Originalmente se llamaba New Grange y había sido adquirida por la familia Beckett a principios de 1830. Fueron ellos quienes cambiaron su nombre, hicieron otras reformas en el edificio, dedicaron una parte de las tierras a la labranza y otras a hacer un parque anejo al edificio que, más tarde, sería bautizado como Beckett's Park. Aquel fue el lugar en el que Ernest y Luie

pasaron una parte de su vida de casados mientras que en Londres compraron una cara propiedad cerca de Piccadilly, en el número 17 de Stratton Street. «Mi querido y crecido niño», escribió su madre poco después de que se fueran de Yorkshire, «Dios te bendiga a ti y a tu querida novia y te dé toda la alegría que sea posible en este mundo, aunque no dejes de recordar que este no es más que el tránsito hacia una alegría mayor. Has sido siempre un muchacho tan sensible y cariñoso que no me cabe ni la menor duda de que vas a ser un buen marido». Ernest parece estar más orgulloso del comportamiento de Luie que del suyo propio. «Para ella y también para mí fue un auténtico placer comprobar que te preocupabas por ella», contestó, «estaba tan nerviosa que yo creo que solo por eso deberían quererla todos mucho, y además es totalmente merecedora de vuestro amor». En septiembre viajaron a París para comprar el ajuar de Luie y al parecer en aquella ocasión ya no la aburrió tanto que le probaran los vestidos. «Dentro de quince días, a partir de ahora, voy a estar atado de por vida», escribió Ernest un tanto ominosamente durante aquel otoño en París, «es un pensamiento serio, pero no me hace dudar».

El matrimonio se celebró en la iglesia de St. Peter, en Eaton Square, Londres, el 4 de octubre de 1883. La ceremonia fue oficiada por el arzobispo de York «en presencia de una numerosa y elegante reunión». Los invitados habían venido desde Italia, Francia, Estados Unidos y Yorkshire y entre ellos se incluían personalidades como el recién nombrado caballero sir Arthur Sullivan, la hermosa lady Sackville y uno de sus testigos fue William Wetmore Story. La familia de Luie había alquilado todo el hotel Pulteney en Albemarle Street. Junto a una mesa en la que se habían dispuesto ochenta desayunos para los invitados a la boda se encontraban expuestos los regalos para la pareja, que incluían: relojes, candelabros, floreros de plata, numerosos servicios de porcelana china, una ensaladera bañada en oro junto a un juego de cuchillos, abanicos, termómetros, lámparas de mesa, cepillos de pelo, tinteros...

A la boda acudieron personalidades como Lily Hamersley (que luego se convertiría en la esposa del octavo duque de Marlborough), Grace Duggan (casada con lord Curzon), Consuelo Vanderbilt (que luego se casaría con el noveno duque de Marlborough) y la ambiciosa Jeanette Jerome (que se casó con Randolph Churchill, amigo de Ernest). Lucy Tracy Lee acompañó a aquellas «hermanas peregrinas» que habían abandonado los Estados Unidos por el Viejo Mundo a comienzos del siglo XIX y que querían retomar el contacto con la aristocracia británica con sus alianzas. Aquella permeabilidad de la alta aristocracia británica hacia las nuevas herederas americanas tuvo su momento cumbre en la última década del siglo y fue reconocida en la historia angloamericana como un suceso realmente significativo en el desarrollo de las relaciones mutuas.

Para el viaje de novios Ernest y Luie eligieron como destino Bonchurch, en la isla de Wight, y luego se instalaron en Kirkstall Grange, lugar en el que casi justo nueve meses

después nació su primera hija, a quien llamaron Lucy Katherine, pero que prefería ser llamada Lucille. Hubo una pequeña sombra de decepción en la familia por el hecho de que el primer bebé no fuera un varón y, en los años siguientes, también una sospecha: la de que aquella niña (que parecía necesitar «mano dura») no fue tan favorecida por su madre como su segunda hija, «mi cachorrita», Helen Muriel, nacida en 1886.

La importancia de tener un hijo varón quedó de manifiesto por el cambio de nombre de la familia, unos cambios inexplicables para los ajenos a aquel ambiente y seguramente también para la mayor parte de los británicos, a quienes aquello debía de parecerles un mundo casi de ópera cómica. Por respeto a su mujer (o tal vez para satisfacer sus ambiciones), el bisabuelo de Ernest había adoptado el apellido y el escudo de armas de la familia Denison, pero su hijo renegó del nombre Denison tras la muerte de su padre y dejó al resto de la familia con la duda de cómo debían llamarse. El padre de Ernest de alguna manera había mantenido contento a todo el mundo añadiéndole un guion a su apellido y convirtiéndose así en William Beckett-Denison, aunque más tarde, por orden real, se había visto obligado a asumir el apellido de sus ancestros, el sencillo Beckett. La decisión había sido un poco más complicada para el tío de Ernest (el hermano mayor de su padre), que había sido criado para pertenecer a la aristocracia. Este había sido nombrado barón en 1886 y había elegido el imponente y dickensiano nombre de Grimthorpe. Ernest siguió el ejemplo de su padre, expurgó el Denison y se quedó con el Beckett, de modo que el resultado fue que la familia que ahora ocupaba Kirkstall Grange era la compuesta por el honorable Ernest Beckett, su mujer Lucy Tracy Beckett y sus dos hijas; Lucille y Muriel (las dos nacidas Denison y renombradas Beckett). Como el primer lord Grimthorpe no había tenido hijos, el baronazgo pasaba en primer término al hermano menor William Beckett y luego al mayor de los hijos de William, es decir, a Ernest. De ahí la importancia de engendrar un heredero varón.

Aquel requerimiento tenía una urgencia casi dramática en 1890. El domingo 23 de noviembre de aquel año el padre de Ernest, William Beckett dio instrucciones al mayordomo de la familia, encargado de la casa de Piccadilly 138, de que mandara en taxi su equipaje a la casa de Oxford Street porque tenía intención de pasar allí la noche y, a continuación, él mismo se marchó en dirección totalmente opuesta a su equipaje sin decir a nadie adónde se dirigía. Algunos opinaban que había ido a visitar a una nieta que vivía en Dorset, otros que había ido a echarle un vistazo a la nueva casa que lord Lonsborough se había comprado en Brockenhurst, y otros que había ido a visitar a lord Winborne para discutir ciertos asuntos financieros, pero lo cierto era que no había ido a visitar a ninguna de aquellas personas. Solo y sin equipaje, cogió uno de los primeros trenes de la tarde desde Londres y llegó a Wimborne un poco antes de las tres. Preguntó a uno de los mozos a qué hora salía el siguiente tren hacia Bournemouth y le contestaron que el

siguiente salía dentro de cinco minutos y el próximo al cabo de una hora y cinco minutos. Hacía un día caluroso y, al parecer, decidió tomar el segundo para poder echar un vistazo a la vieja e interesante catedral de Wimborne. Un poco más tarde ya se encontraba en la plaza central de la ciudad y, tal y como le describió un testigo, «se quedó allí detenido, sin mucho aspecto de saber hacia dónde dirigirse». Llevaba colgando un impermeable del brazo y un paraguas en la mano. «No parecía estar bajo los efectos del alcohol», añadió el testigo.

De pronto, como si hubiese tomado una decisión, se dirigió resueltamente cruzando los terrenos de la granja Oxley y caminó con presteza por la carretera de Canford Park en dirección a la estación. La vía del tren cruza Canford Park sobre un alto terraplén. Cerca del puente ornamental había una pequeña caja con señales que el guardavía solía utilizar para llegar a la estación con rapidez. En aquel momento estaba a punto de pasar el tren de las cuatro en punto y William Beckett siguió el camino del guardavía y caminó junto a la caja. Tenía un fuerte viento de cara lo que, unido a su sordera, le impidió escuchar cómo se aproximaba el tren a sus espaldas. Cuando el tren pasó a su lado se le voló el sombrero y, al levantar las manos para cogerlo, el chubasquero y el paraguas se hincharon y produjeron un efecto parecido al de la vela de un barco, succionándolo violentamente bajo las ruedas del segundo vagón. Fue arrastrado a lo largo de todo el puente y, utilizando las palabras de *The Times* «cortado en pedazos». El conductor del tren ni siquiera notó nada, pero el guardavía recibió noticias por parte de otros dos conductores de tren que habían hallado fragmentos del cuerpo desperdigados por la vía. Nadie sabía de quién se trataba, pero uno de los policías vio el nombre de «W. Beckett Esq. MP» escrito en el cuello del chubasquero. En el bolsillo encontraron asimismo un sobre en el que estaba escrito el nombre y la dirección de una mujer (datos que no fueron revelados en el periódico) y en el interior un cheque por valor de cien libras. Reunieron también un anillo, un reloj, un cheque de cinco libras con el sello del Bachelors Club y, en un lugar un poco más apartado, el paraguas. William Beckett tenía sesenta y cuatro años.

Ernest estaba disfrutando de lo que el *Yorkshire Post* había denominado unas «merecidas vacaciones» en Argel y no pudo regresar a tiempo para la investigación. El jurado fue hasta el mismo puente ornamental donde se había producido el suceso y se levantó un golpe de viento que por poco les causa también a ellos la muerte. Cuando regresaron no dudaron en establecer un veredicto de muerte accidental. Pero bajo aquel accidente fatal seguía yaciendo un misterio. ¿Qué hacía allí William Beckett? En la comunidad comenzó a correr el rumor de que iba a visitar a una amante; aquel sobre con el nombre de mujer y el cheque con aquella considerable suma (el equivalente a diez mil euros actuales) añadía cierto color a la historia. Un poco más tarde hubo un intento de

extorsionar a la familia Beckett, pero Ernest resistió victoriosamente el ataque.

El cuerpo desmembrado de William Beckett fue reunido, llevado hasta el hotel Railway y puesto dentro de un ataúd por el encargado de una funeraria, desde allí fue trasladado primero a la residencia de la familia en Piccadilly y luego a Yorkshire. El funeral tuvo lugar el 6 de diciembre en una remota iglesia de piedra de Alcaster, a unos dos kilómetros de Nun Appleton Hall. No se invitó a nadie fuera del círculo estrictamente familiar, pero tampoco se impidió que nadie que lo deseara realmente asistiera al servicio. La terrible naturaleza de aquella muerte había puesto en funcionamiento la imaginación de la gente y las compañías ferroviarias tuvieron que fletar trenes especiales para poder llevar hasta aquel remoto destino a todas las personas que quisieran acudir. En la estación de Bolton Percy había casi cien carruajes esperando para llevar a los participantes hasta el lugar donde se iba a enterrar al difunto. Podía verse una estrecha y larguísima comitiva de coches fúnebres avanzando lentamente a través de campos cubiertos por la nieve, mientras que en dirección contraria avanzaba el cortejo familiar que acababa de enterrar los restos de William Becket en Nun Appleton. Hombres y mujeres de todas las clases sociales se reunieron para la ceremonia; banqueros y guardavías, políticos, eclesiásticos, caballeros, amigos y sirvientes. Todas las cabezas se descubrieron cuando pasó ante ellas el ataúd camino a la iglesia. Entre aquellas personas se encontraba también una Eve Fairfax de diecinueve años en compañía de su madre. Ernest había regresado vía París e iba acompañado de su mujer, Luie. Su tío, el primer lord Grimthorpe, se había disculpado por no atreverse a soportar las inclemencias del tiempo para asistir al funeral de su hermano.

Ernest Beckett era ahora el presunto heredero del título de Grimthorpe, pero Luie había tenido recientemente un aborto natural durante una visita a su madre en Roma. «El doctor dice que me encuentro en buen estado y que todo lo que tengo que hacer es reposar unos días y no levantarme del sofá. No creo que nadie tenga un *fausse couche* más blando, pero aun así es muy cansado», escribió a Ernest. Le dijo también que aquello no significaba que no pudiera darle otro hijo: un varón. «No habrá más debilidad ni más obligaciones... No te preocupes más por ese asunto». Pero se siente vulnerable y lejos de él y le dice: «Te quiero tanto, amor mío. No creo que haya habido nunca una mujer que haya tenido un marido más dulce que el mío». Lo único que le duele es que él no le escriba tan a menudo como a ella le gustaría. «Estoy segura de que no te habrías olvidado de escribirme si hubieses sabido que estaba enferma. Me he enfadado muchas veces con los sirvientes y con el cartero porque, cada vez que llamaban a la puerta, pensaba que me traían una carta tuya».

Durante su recuperación, Ernest lo arregló todo para que Edward Hughes, de la Royal Academy, le hiciera un retrato a Luie. Se trata de un retrato de estudio con un fondo compuesto por árboles en el que se ve a Muriel recostada sobre sus hombros y a Lucille

de pie junto a su madre, con un ramo de flores en la mano. Es un cuadro amable y celebrativo; se aprecia a Luie con un elegante vestido de noche y con una hermosa y recuperada figura. Tiene un aspecto alegre y joven.

Aquellas cartas de Luie a «mi querido amor» dan a entender que los primeros seis años de su matrimonio transcurrieron sin mayores problemas. Durante el otoño de 1884 viajaron a Estados Unidos y se quedaron la mayor parte del tiempo en Nueva York. «Aquí la gente está siendo extraordinariamente amable y hospitalaria», escribió Ernest, «creo que ahora me va a dar tanta pena marcharme de aquí como a Luie. Se ha dado una cena en nuestro honor todas las noches de esta semana. Las mejores familias de Nueva York quieren invitarnos a sus casas». En una carta a su madre, Ernest sugiere que tal vez los estén entreteniendo de una manera tan llamativa «como estrategia para conseguir que nos quedemos. Te aseguro que no exagero en absoluto si te digo que no hay ninguna mujer en toda Nueva York que reciba más atención que Luie. Nos invitan a palcos privados en la ópera casi todas las noches y los periódicos siguen diciendo a diario cosas agradables sobre nosotros. Luie está en su esplendor con todo el cariño y la admiración que recibe y yo me siento como si fuese un hombre totalmente distinto. Creo que me está haciendo mucho bien toda esta agradable vida social. Es increíble el contraste que ofrece sobre la vida de mis últimos años».



*Retrato de Luie Beckett y sus hijas,
por Edward Hughes, c. 1890
(Cortesía de lady Feversham)*

Pero a pesar de que «esta visita ha sido un éxito y un placer en todos los sentidos», Ernest añade: «tengo la intuición de que deberíamos estar de vuelta en casa antes de que el año termine». Hay también una pequeña insinuación de que a Luie le gustaría quedarse en Estados Unidos, pero Ernest echa de menos estar en Yorkshire y la caza. Hay también otros motivos. Lo que más admira de Estados Unidos es su continua exhibición de salud. Hay un pasaje de lo más revelador en una de sus cartas en el que describe la visita a una casa espectacular de William Henry Vanderbilt «el hombre más rico del mundo», que redacta con el entusiasmo de un colegial. «Se sabe con certeza que tiene cincuenta millones de libras». Ernest se queda totalmente maravillado con la entrada de mármol y el mosaico que decora el suelo y también con las numerosas y opulentamente decoradas habitaciones (una de ellas tapizada en terciopelo rojo y oro con incrustaciones de piedras preciosas, otra decorada con perlas salvajes y cortinas de seda oriental, y la tercera con un artesonado de madera decorado por un pintor francés que ha

cobrado mil libras por cada una de las escenas). Pero lo más maravilloso de todo era la colección de pintura, «posee la colección privada de arte contemporáneo más grande del mundo, una auténtica maravilla. Uno de aquellos pequeños cuadros costaba mil doscientas libras. El señor Vanderbilt tiene un gusto excelente para la pintura y siempre sabe elegir lo mejor del mercado». Ernest parece siempre interesado en el precio de todo y más bien poco en la autoría de nada. Había alcanzado la riqueza, pero quería también algo de poder. En Estados Unidos conocía a mucha gente rica y poderosa, pero los conocía bajo el título de marido de Luie. Sus mejores opciones seguían estando en Inglaterra.

A la edad de diecisiete años Luie había soñado que su vida se desarrollaría entre personas que algún día formarían «parte de la historia». Cuando Ernest fue elegido miembro del Parlamento por Whitby, en noviembre de 1885, empezó a tener la sensación de que iba a cumplirse su sueño. Whitby había sido tradicionalmente radical, pero Charles Stewart Parnell, el poderoso miembro irlandés del Parlamento, había pedido a todos los irlandeses de Inglaterra que votaran a los conservadores y por esa razón, a pesar de que los liberales ganaron las elecciones generales, Ernest salió elegido con una mayoría de doscientos cuarenta votos. De pie en lo alto de la pendiente, mirando hacia el mar y rodeado de gente observándole desde la arena de la playa de Whitby, tenía el aspecto de un orador clásico en un anfiteatro natural. En sus discursos electorales había pedido a sus votantes que rechazaran «la debilidad y la futilidad» de aquellos últimos cinco años de gobierno liberal que habían traído consigo «poco más que fracaso y desgracias», condenaba también «el derroche tanto de hombres como de dinero en guerras innecesarias e injustas», defendía el establecimiento de la Iglesia como «un poderoso baluarte contra los infieles» y reclamaba el mantenimiento de la jurisdicción parlamentaria imperial sobre Irlanda.

En el verano de 1886 Gladstone, que había formado parte del tercer ministerio liberal, creó una Home Rule Bill¹ para Irlanda que fue desestimada en la segunda lectura; se disolvió el Parlamento y se convocaron nuevas elecciones generales. Por aquel entonces, el partido Liberal se había dividido en dos a causa del asunto irlandés y los conservadores acabaron ganando. Lord Salisbury se convirtió en primer ministro y Ernest cuadruplicó su mayoría en Whitby: «Me siento vuestro representante, no vuestro delegado», dijo a sus electores. «Pescadores, marineros, mineros, hombres de la clase trabajadora de todo tipo y condición se han unido aquí a los terratenientes y a los profesionales para conformar esta gran mayoría. ¿Y por qué? Porque desde el fondo de sus honestos corazones ingleses están convencidos de que esta nación está en peligro y porque están decididos a mantener la unión entre Inglaterra e Irlanda. Ya he recibido vuestras órdenes y os aseguro que mantendré las armas firmes».

Le gustaba dar discursos políticos y al público le gustaba escucharlo. Sabía halagarlos y

hacer que se sintieran importantes. Descubrió que, si era necesario, era capaz de hablar con tranquilidad y fluidez durante una hora, salpimentando sus discursos con citas de la Biblia, inteligentes bromas de actualidad y produciendo un estado de fantástica inventiva en plena ebullición. En la Home Rule Bill irlandesa declaró: «Es una ley que rezuma errores y complicaciones en cada párrafo, cada suministro provoca un nuevo problema, cada cláusula acaba en un callejón sin salida, el peligro centellea en cada línea, en cada frase hay una jugarreta escondida y de todo el texto se desprende una atmósfera de peligro». Denigró a Gladstone como un hombre que había estado «manipulando a Inglaterra durante veinte años. Bajo sus enfoques el último estado de Irlanda había sido peor que nunca. Y sin embargo, ese es el hombre que ha tenido el tremendo descaro de intentar ser elegido para tener mano libre sobre todos los asuntos que ha estado gestionando mal todos estos años».

Durante el primer año Ernest disfrutó como miembro del Parlamento en la Casa de los Comunes, le recordaba sus alegres días en el club de debate en Eton y en Cambridge, pero las limitaciones del sistema de su partido no tardaron en impacientarlo. No paraba de mirar a su alrededor buscando a alguien con quien aliarse. Había sido educado con lord Salisbury, pero sus alabanzas eran siempre tibias porque consideraba que con una salud tan mala como la suya su futuro político tampoco podía ser muy bueno. Solo había un hombre cuyas habilidades retóricas lo sedujeran y ese era el fascinante lord Randolph Churchill (hijo del séptimo duque de Marlborough y padre de Winston Churchill). A principios de 1880, Randolph Churchill había formado un pequeño grupo llamado el Cuarto Partido que se declaraba en contra de todas las propuestas que presentaba el partido liberal y, eludiendo las instrucciones de los enemigos del partido, proponía también reformas para los conservadores. Ernest no tardó demasiado en unirse a aquel grupo de ambiciosos descontentos. Los brillantes discursos de Churchill lo estaban convirtiendo en el político más famoso del país y el aplastante triunfo de los conservadores en las elecciones de 1886 se le atribuyó a él. «Es el único que ha traído la fortuna al partido conservador», comentó Ernest, «no ha habido nadie que hiciera tanto por moldear el partido hasta su forma actual como él. Lleva la impronta de sus manos en todas sus formas y actitudes, y si hoy es un partido popular, es porque él lo ha convertido en popular». Había pocas personas que dudaran de que Randolph Churchill iba a acabar siendo primer ministro algún día. No por eso se le dejaba de considerar una persona peligrosa dentro del propio partido. Se le dio un puesto de mando en una oficina de la nueva administración en Salisbury hasta que en 1886, ante la oposición del gabinete a su presupuesto, consiguió sorprender a todo el mundo renunciando tanto a su puesto en la Casa de los Comunes como a su puesto de ministro de Hacienda.

En su biografía de lord Randolph Churchill su hijo, Winston Churchill, describe a Ernest como a un íntimo amigo de su padre que siempre «estuvo a su lado, trabajó con

él y le hizo muchos favores políticos en los años que sucedieron a su renuncia», servicios, añade «que estaban muy lejos de ser aprobados» por las instancias más altas de su partido.

Luie, quien desde el primer día se tomó muy en serio la carrera política de su marido, albergó siempre serias dudas sobre Randolph Churchill. «Eres la única persona que conozco que sería realmente capaz de agrupar a todo un partido alrededor de Randolph», escribió a Ernest a principios de 1889, «pero antes de lanzarte a la tarea asegúrate de que te va a llevar a Austerlitz y no a Moscú, como todo parece indicar». A continuación, tal vez porque pensaba que lo que acababa de decir había sido un poco desconsiderado, añade: «Es todo un inglés y un caballero, así que supongo que se debe confiar en su palabra». Le alegró que también desconfiara de Gladstone y se lo hizo saber: «no sabes lo que me alegró tu crítica a lord Salisbury». También le alegró la distancia que mantuvo con el sobrino de Salisbury, Arthur Balfour, que en aquel momento trataba de convertirse en el intermediario entre Randolph Churchill y lord Salisbury. Había algo que no le agradaba en la autopromoción de aquellos dos enormes perros viejos de la política. «La pleitesía de Balfour me resulta tan odiosa como la de Gladstone», escribió a Ernest, «y lo único que espero es que Randolph no caiga en eso también. La pleitesía hace que los hombres pierdan su capacidad intelectual y se conviertan en autómatas». Tal vez lo que temía en realidad era que el propio Ernest acabara sufriendo aquella influencia.

Lo que le decía la capacidad intelectual de Ernest era que la estrella política de Randolph Churchill no iba a tardar en alzarse de nuevo. Era el sucesor natural de Disareli y nada iba a frenarlo fácilmente. «Su genio lo ha levantado por encima de la masa y su lucidez es la prerrogativa imperial del hombre que sabe que posee el genio», dijo Ernest en uno de sus discursos, «su mirada es como la del águila que observa desde el cielo y discierne con claridad las cosas que para el común de los mortales están ocultas». ¿Cómo era posible que su propio partido desconfiara de él? La respuesta de Ernest era muy clara: «Siempre que nace un genio dentro del partido Tory se produce una incómoda inquietud: ¿Qué tipo de hombre es este? ¿Es un espíritu del bien o una criatura astuta y maligna? ¿Trae aires de salud o el fuego del infierno? Todo el mundo comienza absurdamente a dudar de él, a desconfiar y a intentar apartarlo, pero como no son capaces, finalmente acaban aceptando implícitamente su liderazgo. Eso es lo que sucederá con Randolph Churchill».

Ernest veía en Randolph Churchill una versión de sí mismo, la versión superior a la que aspiraba. Se decía de Churchill que era «demasiado orgulloso como para aspirar a nada que no fuera el primer puesto» y desde luego era de los que sabían que solo se debe renunciar cuando uno se ha convertido en alguien indispensable, pero mientras se convertía en indispensable para el partido conservador se había convertido también en lo que Salisbury había llamado «un grano en el culo». Había conseguido la admiración de

sus colegas, pero no su afecto. Su astucia los perturbaba y también la forma en la que su individualismo provocaba que las opiniones que exponía fueran estrictamente suyas. Todas aquellas eran cualidades que atraían a Ernest, quien no dudó en invitarlo a hablar en Whity y a quedarse en Kirkstall Grange, su casa. Churchill tenía la extravagancia y el encanto de las personas que han sido mimadas en la infancia. Podía llegar a ser petulante, rudo y hasta caprichoso cuando algo se interponía entre él y sus deseos. Y lo que ahora quería era el poder de los hombres y el amor de las mujeres.

Y Ernest también.

Resulta extraño comprobar la frecuencia con la que Ernest desaparecía en el extranjero con la intensa actividad política y bancaria que desarrollaba en su país. Durante una de sus visitas a Roma a finales de 1880 había acompañado al hijo de William Wetmore Story, Waldo Story, a un baile en el que había conocido a Josephine Cornelia Brink, una voluptuosa joven de diecinueve años proveniente de Sudáfrica a la que todo el mundo llamaba José. Era una de los cinco hijos de un importante legislador que había fallecido a la edad de cuarenta y cinco años y que había dejado a su familia en Cape Town con ciertas dificultades económicas. Su viuda, «la rubia dorada, la señora Brink», encontraba a José la más difícil e ingobernable de sus hijos. Cuando lady Robinson, una aristócrata irlandesa esposa del gobernador de Cape Colony, Hercules Robinson, se ofreció a llevarla a la residencia oficial de Cape, la señora Brink consintió de inmediato. Los Robinson la trataron como si fuese su propia hija y la presentaron en sociedad en cenas y fiestas. Alta, esbelta, con una gran vitalidad y una «maravillosa figura» tuvo un éxito arrollador de inmediato, recibió numerosas ofertas de matrimonio y, al viajar a Inglaterra con lady Robinson, llegó a ser presentada a la reina Victoria. «Tendrás en tu vida mucho de todo: tanto halagos y alegrías como tentaciones», la previno lady Robinson, «disfrútalo bien todo, porque puede que todas estas cosas te sucedan solo una vez en la vida».

José parecía realmente determinada a seguir aquel consejo, incluso después de que su madre se reuniera con ella en Londres. Conoció a Ernest durante su estancia en Roma como invitada de lord y lady Dufferin, el embajador británico y su mujer. La imagen de José había aparecido en numerosos periódicos y revistas y Waldo Story había utilizado una de aquellas imágenes para inspirarse a la hora de esculpir una estatua en mármol a la que quería llamar *Victoria*. Después de ver la escultura de Story en su estudio, Ernest le suplicó a la joven que le escribiera cuando pasaran por Londres. Y ella lo hizo. Él la invitó a cenar en el hotel Savoy y le preguntó si estaría dispuesta a acudir sin la formalidad de pedir el consentimiento a su madre. A ella ni se le había pasado por la cabeza pedírselo y se reunió con él en aquel lugar. «Nos sentíamos tan enamorados el uno del otro que me pareció perfectamente natural cuando me llevó a la habitación contigua a su suite con amor y ternura y comenzó a desnudarme», escribió. Aquello no

era más que el comienzo de una seria aventura amorosa. «Quiero enseñarte lo que significa amar», recuerda que le dijo Ernest.

Para comenzar las clases, Ernest alquiló un pequeño apartamento en St. James Street, entre Piccadilly y el Pall Mall, donde continuaron viéndose. Le hizo saber que estaba casado, aunque lo más probable era que ella ya se hubiese informado del asunto, aunque sí se olvidó de mencionar que a finales de aquel verano de 1890, Luie se había quedado embarazada de nuevo. Le dijo que su mujer estaba enferma y que, en el caso de que muriera, se casaría con ella, cosa que tampoco le había pedido ella en ningún momento. Probablemente eso explique su decisión de no acompañar a Sudáfrica a su madre de regreso para preparar la boda de una de sus hermanas. José ya no estaba bajo la protección de la familia Robinson y su propia familia había amenazado con retirarle su asignación económica si no regresaba inmediatamente. Aun así había recibido una herencia de seiscientas libras y en principio con aquello alcanzaba, aunque ¿cuánto tiempo iba a durar esa suma en una ciudad como Londres? ¿Dónde iba a vivir? ¿Cómo iba a ganarse la vida? Había encontrado una pequeña casita maravillosa llamada Leinster Lodge, en Bayswater, con una terraza a los jardines de Kensington. ¿Debía arriesgarse a alquilarla durante un largo periodo de tiempo? Se lo preguntó a Ernest y fue él, si nos fiamos de la pequeña biografía que escribió de ella Daphne Saul, quien se hizo responsable de todas las facturas que ella confesó que no podía pagar y también de un alquiler de ciento cincuenta libras anuales.

En una temprana y aún inédita autobiografía, José describe su época en Leinster Lodge como «extraordinariamente feliz». La casa, el jardín y los establos estaban rodeados por un alto muro de ladrillo. Su dormitorio estaba situado en la planta baja y al cuarto de estar se llegaba por medio de una escalera jacobina. Había un porche techado en la parte trasera del jardín, y la cocina y las habitaciones de los sirvientes estaban situadas en una planta inferior, seguramente oscura aunque «excelentemente ventilada». A José la cuidaban una cocinera, una sirvienta, un ama de llaves y una dama de compañía. Los caballos estaba a cargo del cochero. Solía ir a montar todas las mañanas a Rotten Row, pero su vida social como amante de Ernest quedaba un poco restringida. Ya no pudo ser invitada a ciertas casas ni a fiestas de fines de semana en el campo. Si veía a otras personas, se trataba por lo general de cenas con un número restringido de personas en las que Ernest y ella oficiaban como anfitriones en Leinster Lodge.

El domingo 3 de mayo de 1891, en la casa familiar de Piccadilly 138, Luie dio a luz a su hijo, Ralph William Ernest Beckett y murió seis días más tarde. El mes anterior había sufrido una bronquitis que se había convertido en una gripe durante la semana previa al parto y en neumonía en cuanto nació el bebé. Había perdido tanta sangre que se desmayó y no recobró el conocimiento hasta el sábado por la tarde, dos días antes de morir. Tenía veintiséis años.

Su muerte fue, por utilizar las palabras de un periódico de Yorkshire, «de una naturaleza particularmente dolorosa y patética». Cuando Ernest estaba en Londres, Luie solía quedarse en Kirkstall Grange, es decir, en Leeds o también en las proximidades de Whitby donde acompañó a su marido incluso hasta los estrados políticos. Era allí donde más afecto había conquistado y donde más se la echaría de menos. La gente era consciente de que estaba enferma, pero confiaban en que su juventud y su vitalidad la hicieran salir adelante. Lo que la gente había denominado «su alegre disposición y su gentileza» había sido la cualidad que le había ganado el cariño de las personas y la había convertido en una celebridad en la comarca, sus obras de caridad completaban el retrato perfecto de la esposa de un político prominente. Su funeral se celebró en la iglesia de St. John the Baptist, en Adel, el viernes 23 de mayo, y a ella acudieron sus dos hijas, su madre, algunos miembros de la familia de Ernest y también de los Fairfax, pero lo que le dio a la comitiva una conmoción especial fue la numerosa cantidad de niños y la casi incontable cantidad de adultos «pertenecientes a las clases sociales más pobres» –los niños de las casas de caridad a las que ella había ayudado: la de St. Chad para huérfanos y delincuentes juveniles y la de Mill Street– que se habían beneficiado de su ferviente actividad caritativa².

Ernest se va al extranjero

«Es poco probable que este año acuda a la Casa de los Comunes», dijo de Ernest al *Yorkshire Herald*. Tras la muerte de su padre se le había nombrado socio del banco familiar de Leeds. El bienestar de los niños estaba a cargo de la familia de Luie, en Roma. Y José estaba en Londres.

No podía casarse con ella. Él mismo se encargó de explicárselo cuando pasó un tiempo prudencial desde la muerte de su mujer. Luego decidió partir hacia Sudamérica. José seguía esperándolo cuando regresó al año siguiente. La aventura ya era conocida por la familia de Ernest y todos se oponían frontalmente a ella, especialmente sus dos hermanos banqueros, Gervase y Rupert Beckett. José y Ernest comenzaron a pelearse y finalmente acordaron separarse. Determinada a empezar una nueva vida, José convenció a un amigo común para que le presentara al famoso actor y mánager Beerbohm Tree, quien quedó tan impresionado por su belleza y su figura que le dio un pequeño papel en la nueva obra de Oscar Wilde, *Una mujer sin importancia* cuando comenzó la temporada de 1893.

Parece poco probable que José fuese popular entre el resto de los actores. Cuando comenzó la *tournee* se negó a viajar con ellos en tercera clase y les enviaba a su acompañante para que les hiciera compañía mientras ella viajaba en primera. Se alojaba en hoteles de más categoría (también con su dama de compañía, que acabó siendo más popular que ella y que también tenía un papel de figurante). En una ocasión, cuando Maud, la mujer de Tree, se puso enferma, José hizo el papel de la cínica libertina, Mrs. Allonby. Lo hizo bien «porque se me da bien el papel de coqueta». Había, de hecho, varias frases de Mrs. Allonby que le iban como anillo al dedo: «Resulta un verdadero esfuerzo mantener a los hombres a raya. Siempre están intentando escapar de nosotras».

Un fin de semana de aquel verano, cuando la compañía llegó a Eastbourne, José fue a Londres para asistir a una cena organizada por un hermanastro que había llegado recientemente a Inglaterra y que se estaba alojando en el hotel Langham. Allí conoció a John Joseph Lace, un hombre apuesto y rico de treinta y pocos años, con un fino bigote y un anillo con un diamante solitario que brillaba en el dedo meñique de su mano derecha. Ya habían sido presentados, eso le dijo él, por Cecil Rhodes. José replicó sin rodeos que no le gustaba que los hombres llevaran anillos y él se limitó a quitárselo de la mano y ponérselo a ella en el dedo corazón de su mano izquierda. ¿Lo hizo en serio o

fue tan solo una broma? José creía estar todavía enamorada de Ernest y le habló de él a aquel nuevo admirador suyo, pero aquello tuvo exactamente el efecto contrario al esperado. Parecía no haber nada en el mundo capaz de contener la pasión que sentía por ella. Fue de lo más halagador con ella, justo lo que necesitaba después del decepcionante trato de Ernest. Antes de que acabara el fin de semana, él ya se había declarado y ella se había acercado a él en señal de asentimiento. La semana siguiente, el 12 de agosto, se casaron en la oficina del registro civil de Hanover Square con la dama de compañía de José como testigo. A continuación lo celebraron con una fantástica comida en el Savoy.

A pesar de haberse casado aún no habían consumado su matrimonio. José había puesto como condición que no lo hicieran hasta que no se hubiese consumado la ceremonia religiosa. Eso fue al menos lo que ella le dijo más tarde a Ernest. Se trataba de un extraño acuerdo y parecía dar a entender una profunda incertidumbre tanto sobre lo que quería como sobre las consecuencias que iba a acarrear aquel matrimonio. ¿Acababa de empezar un brillante y prometedor capítulo en su vida o sencillamente había arruinado definitivamente lo que había tenido hasta entonces? El cambio de circunstancias que iba a suponer aquella decisión era radical, casi temible. ¿Podía recuperar a Ernest? ¿Podría recuperarlo todavía, después de todo? Ella pasó el fin de semana con Joseph en Leinster Lodge, desde allí viajaron a Eastbourne, donde persuadieron al indeciso Beerbohm Tree para que redujera su contrato de doce meses a seis.

A principios de aquel otoño, Joseph se vio obligado a regresar a Sudáfrica para resolver unos asuntos financieros urgentes. Cuando *Una mujer sin importancia* regresó al Haymarket Theatre en Londres para la segunda vuelta, Ernest fue a verla con la esperanza de poder encontrarse con José tras la función. Le dijo que ahora que su mujer llevaba muerta dos años, por fin podía casarse con ella. Es posible que ella leyera en sus palabras más de lo que él quería decir en realidad, o tal vez a él de pronto lo tentó decir algo que no sentía del todo. Ella era la amante perfecta y, la verdad, parece poco probable que sinceramente Ernest se quisiera casar con ella, pero también es cierto que siempre se dejaba llevar por sus impulsos, que eran extremadamente cambiantes. No era un hombre insincero, era coherente sin ser constante. «Y aquella fe infiel lo convertía en alguien falsamente auténtico».

La propuesta que José había temido tanto se hacía ahora realidad. ¿Qué debía hacer? Ernest Beckett era el hombre al que amaba, no podía perderlo. Lo que hizo fue evitar revelar toda la verdad, le dijo que en su ausencia se había comprometido con John Joseph Lace. Ernest se quedó estupefacto, insistió en que rompiera su compromiso y lo hizo con tanta fuerza y perseverancia que ella se vio obligada a reconocer finalmente que se había casado con él. Ernest se quedó paralizado, no se lo podía creer. ¿Cómo había podido hacerle eso a él? Pero cuando ella le juró que su matrimonio aún no había sido consumado, él replicó que en ese caso tenía que anularlo. Ella le envió un cable a su

marido pidiéndole que la dejara libre.

Parecía tan difícil escapar de los hombres como impedir que se escaparan. En vez de aceptar su propuesta, John Joseph Lace se embarcó en el primer barco hacia Southampton, donde lo esperaban en el puerto la madre de José y una de sus hijas para implorarlo que no viera a una esposa que realmente no quería verlo a él. Los tres juntos viajaron en tren a Londres y, al final del viaje, ya había conseguido persuadir a las dos mujeres de que José tenía que verlo. Y eso hizo. También a ella la convenció de que aquello solo sería justo si hacían un matrimonio de prueba durante tres meses en Leinster Lodge (la cuenta la seguía pagando Ernest) antes de decidir algo definitivo. No tardó en demostrarse que aquel matrimonio no tenía ningún futuro. Antes de regresar a Sudáfrica, Joseph consintió en firmar los papeles del divorcio (sin mencionar el nombre de Ernest) alegando «abandono del hogar» por parte de José. En palabras de la propia José era «un hombre entre un millón».

José y Ernest ya eran libres para vivir juntos, aunque no para casarse porque el divorcio de ella no se resolvió hasta el 23 de noviembre de 1894. En mayo de aquel mismo año José se quedó embarazada y el 25 de febrero de 1895 dio a luz a su hijo en Leinster Lodge. En el certificado de matrimonio «Joseph Dale-Lace» aparece como el nombre del padre (Dale era el apellido de la madre y Lace el de su padre). El nombre de ella era José Dale-Lace. Su apellido de soltera era «Lange-Brink» (Lange era el apellido de su madre, al que ella había dado la vuelta para crear su pseudónimo como actriz en la compañía de Beerbohm Tree: «Valdane Egnal»). Los nombres que eligió para su hijo fueron Lancelot Ernest Cecil: el primero era un homenaje al artúrico comportamiento de su exmarido, la importancia de llamarse Ernesto era para aludir al padre de la criatura y el tercero se trataba de un nombre familiar. Pero por mucho que jugara con los nombres en el certificado de nacimiento, aquel hijo suyo, nacido pocos meses después de que se cerrara el proceso de divorcio, era ilegítimo.

Ernest alquiló una casa para ellos frente al Támesis y en palabras de Daphne Saul: «estableció una asignación económica y aceptó encargarse de los gastos provenientes de la educación del chico». Aun así no se casó con ella.

Una posible razón para explicar que eso no ocurriera fue la aparición de Alice Keppel en la vida de Ernest. Se conocieron en el invierno de 1892 a 1893. Tanto su nombre como el de su marido George Keppel aparecen en la lista de invitados a Kirkstall Grange en 1893. Alice comenzó a visitarlo, esta vez sola, a la casa de Piccadilly 138, lugar al que Ernest se había mudado tras la muerte de su padre junto a las vías del tren. Según Raymond Lamont-Brown, autor del libro *Los últimos amores de Eduardo VII*, Ernest la cubrió de joyas, de dinero y vestidos, regalos todos ellos que parecían enviados directamente del cielo para una economía tan ajustada como la de los Keppel. A finales de aquel verano se habían convertido en amantes, al término de aquel año Alice se había

quedado embarazada y a principios del verano de 1894 dio a luz a una niña. La llamaron Violet, al igual que la hermana favorita de Ernest, la «queridísima Vi», que había fallecido en 1883.

Alice había corrido el riesgo de verse expuesta al ostracismo social, pero con la ayuda de un marido comprensivo, se las arregló para manejar todo con la máxima discreción. Los Keppel siguieron visitando Kirkstall Grange hasta 1898 (aunque no en 1895, cuando estuvo invitado el Príncipe de Gales durante las carreras de Doncaster y el festival de música de Leeds). El romance que Alice tuvo con Ernest fue como un ensayo general para convertirse en amante del rey, cosa que sucedió en 1898.

Violet jamás menciona haber conocido a Ernest, su presunto padre. Si creemos a todos, ella era su quinta hija, ya que su ilegítimo hermanastro Lancelot había nacido ocho meses antes. Ernest se encontraba de pronto en un apuro. Si no se había casado con José tras el nacimiento de Lancelot, ¿por qué habría de casarse con ella ahora? Estaba teniendo una buena vida, no le faltaba el dinero de Ernest, parecía poco razonable que pidiera más. Por otra parte, ¿cómo iba a renunciar a Alice que era tan maravillosamente discreta y refrescante? Era evidente que con ella nunca iba a surgir el incómodo tema del matrimonio y, además, no hacía ni la mitad de tiempo que la conocía en comparación con José. Se cumplían ya siete años desde que había conocido a José en Roma y, ahora que había renunciado a su marido sudafricano por él, ya no era para él una necesidad tan apremiante. Él se negó a casarse con ella, y en 1896 ella decidió regresar a Sudáfrica con su hijo. Al año siguiente se casó con John Joseph Lace por segunda vez, pero en esta ocasión en una iglesia de Cape Town. A principios del siglo XX, mientras viajaban por Europa, José y Joseph coincidieron con Eduardo VII y se corrió el rumor por toda Sudáfrica de que José había sido la amante del rey y que Lancelot era su hijo. Es curioso, pero ella se vio incapaz de negar semejante historia. Cuando el académico Hal Hurst pintó el retrato de Lancelot, José le pidió que en el fondo del cuadro apareciera la desdibujada sombra del rey. Aquella silueta fantasmagórica se encargó de mantener viva la leyenda.

John Joseph siempre trató a Lancelot³ como si fuese su propio hijo. Los Dale Lace se habían convertido en personajes célebres en Sudáfrica y Northwards, su espectacular mansión, que más tarde se convertiría en monumento nacional, hoy forma parte de la Facultad de Educación de la Universidad de Johannesburgo. «Vivir con José es un infierno», llegó a admitir John Joseph, «pero es peor el infierno de vivir sin ella».

Lo que desde luego fue peor para Ernest fue la perspectiva de vivir sin ninguna de las dos, ni Alice ni José, y también sin su propia madre, que murió en 1896. Al morir Randolph Churchill, a principios de 1895, también sus esperanzas políticas se truncaron. ¿Qué podía hacer Ernest? Decidió marcharse al extranjero, como había hecho cada vez que se había visto en una crisis. Aquella vez, como si quisiera medir la enormidad de su

desencanto, decidió cruzar el mundo de este a oeste.

«La gloria y el encanto de la vida en los mares tropicales..., el aire dulce y cálido, la luminosidad de sol, las olas cubiertas de brillos centelleantes que dan a las profundidades un azul tan cristalino como el del propio cielo y durante la noche el plateado fulgor de la luna», escribe un lírico Ernest. «¿Acaso puede haber algo mejor en esta era de estrés y preocupación excesiva que descubrir en qué consiste el verdadero ocio y el placer, dedicando días enteros a leer o a pensar; o a ver las marsopas resoplar entre las olas o al pez volador saltar desde el agua o, por último, pero no por eso el menor de los placeres, a jugar sentado en alguna esquina tranquila al *whist* o al póquer?... No se me ocurre un remedio más eficaz que este para alguien que se halle angustiado por el trabajo o por cualquier otra razón».

Estuvo en el extranjero durante ocho meses. Navegó con buen tiempo por el mar Rojo y a través del océano Índico hasta Bombay para dejar atrás sus preocupaciones. Desde Bombay hasta Karachi, a bordo de un barco de vapor, describe cómo «por la noche te tienen que tirar cubos de agua encima mientras estás tumbado. Hay ocasiones en las que aparece una calma tan peculiar, una ausencia tan absoluta de viento, que cuesta trabajo hasta respirar». Cuando alcanzó la frontera norte, comenzó un viaje de cientos de kilómetros a través del país frecuentado por europeos hacia Kalat, la capital de Baluchistán.

«Las carreteras no son más que caminos y el tipo de alojamiento es el que uno puede obtener cuando viaja en camello, lo que supone unas atracciones irresistibles para cualquiera al que le guste montar», escribió. Iba acompañado «por una escolta de policía llamada “cogedlos-vivos-por-favor”, unos caballeros con un aspecto verdaderamente truculento que son en realidad los hombres con mejores modales que han cortado la garganta de una persona... Van armados con carabinas y unas cimitarras curvas que llevan atadas a los cinturones. Son gente de un físico delicado, de pelo largo, ojos negros, narices aguileñas, enormes barbas negras o de un rojo villanesco, teñidas de ese color para cubrir las canas propias de la edad... Hemos pasado junto a algunos pastores de aspecto desastrado que cuidaban rebaños –tan desastrados como ellos mismos– de ovejas que tenían casi pinta de cabras... hemos galopado alegremente protegidos por nuestros “cogedlos-vivos-por-favor” con todo su pelo al viento y sus brazos acompasados tenuemente al galope de sus caballos... A nuestra espalda quedaba la civilización con sus cuidados y sus convencionalismos, sus obligaciones y restricciones... Vivíamos a solas con la naturaleza y junto a los hijos de la naturaleza».

Parece el marco para una novela juvenil de aventuras, un relato de Rider Haggard o de Conan Doyle, y Ernest parece haberse convertido de nuevo en un muchacho. A medida

que viaja lo va viendo todo con una mirada cada vez más joven, celebra la desaparición de las responsabilidades del político, del banquero, del caballero. Cabalgó mil seiscientos kilómetros hasta la frontera noroeste. Las vidas de los campesinos de los pueblos que iban cruzando le parecían envidiablemente sencillas y coherentes, el ideal del perfecto conservador. «Su lugar en la comunidad está fijado y las obligaciones que se derivan de él están definidas por unas costumbres inmemoriales y son observadas con alegre obediencia. De esa manera transcurren generación tras generación de la cuna a la sepultura sin saber qué significa la fiebre, el trabajo duro y las inquietudes que me hacen a mí aullar en la moderna Inglaterra, con todas las bendiciones de su libertad, su progreso y su avanzada civilización».

Uno de sus encuentros más cómicos es con el kan de Kalat, quien al parecer tenía una idea «muy exagerada de la influencia y la importancia de los miembros del Parlamento». Le recibió con un saludo de diecinueve fusiles, una banda tocando *Dios salve a la reina* en «distintos tonos» y un desfile militar que no pudo ver en su totalidad a causa del polvo que levantaban al desfilar. «Creo que no ha habido una infantería semejante desde los tiempos en los que Falstaff entrenó a su tropa de pícaros andrajosos», escribió Ernest. A las maniobras siguió una audiencia privada con el kan en persona, un hombre joven, tímido y vestido con todo el esplendor imaginable y un turbante lleno de joyas coronado por un festón de plumas. Lo atendían toda una fila de asistentes con aspecto grave y reverencial que estaban apoyados contra la pared y por un primer ministro que se suponía que estaba allí en condición de intérprete, pero que tenía poco que hacer porque el propio kan replicaba animosamente a todo cuanto decía Ernest «con una empalagosa sonrisa o un gesto de asentimiento con la cabeza».

Las opiniones políticas de Ernest eran un poco controvertidas. Se oponía a lo que llamaba la «sobrecualificación de los nativos» y la libertad de prensa. Los indios sobrecualificados son «sutiles, ingeniosos, creíbles y tienen unas dotes especialmente desarrolladas tanto para la metafísica como para las matemáticas... Muchos de esos hombres extremadamente educados son totalmente incapaces de realizar el trabajo más simple en una oficina..., lo que hacen entonces es volcar su atención en el periodismo y producir uno más de esos peligrosos periódicos que brotan como setas en toda la India, provocando una atmósfera de corrupción allá donde se editan».

Contra los misioneros de la India se reserva un ataque incluso más virulento: «Las conversiones son muy pocas y los que lo hacen no son precisamente ningún beneficio para la cristiandad», explica. «Los misioneros además cometen el error de vivir en la India como si estuviesen en casa. Los nativos esperan de ellos un alto nivel de ascetismo y no les parece razonable que alguien que se llama a sí mismo “el mensajero de Dios” viva en una confortable casa con mujer e hijos sin privarse de uno solo de los placeres de este mundo. Su ideal es distinto».

En los últimos tramos de su viaje cada vez da más rienda suelta a su lado astuto y observador de pensador político. En Burma todavía está receptivo para el paisaje y la gente: «Su esplendorosa vegetación, sus junglas, sus orquídeas, sus pagodas y monasterios..., sus mujeres hermosas coronadas con flores, vestidas con chaquetas blancas y faldas cortas de color rosa, sus monjes vestidos de amarillo, sus enormes campanas y relucientes palacios dorados». Pero a continuación cambia su foco de atención, le falla el estilo y se vuelve un poco más seco. Comienza a pensar en su regreso a Inglaterra y en lo que dirá cuando retorne. Y lo que acaba diciendo es impresionantemente banal: «En lo que se refiere a Singapur, Penang, Hong Kong, China y también en lo que se refiere a Japón (donde de hecho llega a entrevistarse con el primer ministro) y al lejano oriente en general, sus gentes, sus políticas, sus ambiciones, su apertura al intercambio y al comercio..., su situación política, son todas cuestiones interesantes y nada desdeñables».

A su regreso a Inglaterra daría varias charlas sobre el viaje que supondrían su reposicionamiento en la esfera política. Quería dar a entender que su viaje no había sido lúdico sino una investigación en política extranjera. «Debo decir con honestidad que no creo haber perdido el tiempo», dijo a su público, «en más de un aspecto ha sido mejor empleado que si me hubiese quedado asistiendo a las reuniones de la Casa de los Comunes... Los asuntos de política exterior ocupan un enorme espacio en los pensamientos del ciudadano medio, y creo que no hay nadie en la sala que no esté de acuerdo conmigo en que los asuntos de política exterior se estudian mejor en el extranjero». No olvida dejar caer piropos para los diplomáticos británicos. «Cuanto más viaje y más representantes de la corona británica conozco en el exterior, más satisfecho me siento y más seguro de que nuestros asuntos están en buenas manos». Pero podían mejorar también. Ernest cita a un oficial chino que le comenta: «Preferimos los ingleses a cualquier otra nación, pero hay muchas veces en las que no sabemos qué es lo que desean... Rusia tiene unas políticas fijas y también las tienen Francia y Alemania, pero los ingleses no; es como si cambiaran cada día. Si supiésemos lo que quieren, estaríamos encantados de ayudarlos». Y eso era importante, añadió Beckett, porque China era un país de una capacidad comercial de primera categoría, con una industria indispensable..., gente que había despertado de su sueño centenario y que ahora se disponían a adoptar las nuevas ideas para tomar parte activa en este mundo, su participación iba a provocar una reacción en cadena que se iba a sentir en todos los hogares europeos.

Ernest sabía que a causa de su alianza con Randolph Churchill había sido catalogado como un elemento poco fiable en el partido conservador. Tampoco mejoró su situación política a comienzos de siglo XX, cuando creó una alianza especial con el hijo de Randolph, Winston Churchill (Ernest había sido también uno de los ejecutores políticos de Randolph, como dijo Winston en la biografía de su padre). En el lujoso apartamento

de Ernest, en el número 17 de Stratton Street, los dos reunieron a un pequeño grupo de *tories* insatisfechos y reconsideraron la idea de volver a formar un cuarto partido. Durante unos años, Ernest fue el líder de ese grupo que fue descrito por el propio gabinete como uno de esos grupos de guerrilleros que están «deseosos de atacar y ansiosos de recompensa». Para sus compañeros de la Casa de los Comunes nunca había sido un buen jugador de equipo. En un discurso en Whitby se refiere a sí mismo cuando dice: «En los dos últimos Parlamentos he visto a numerosos hombres jóvenes de gran talento, llenos de energía, ansiosos por servir a la patria, ansiosos por prosperar, dispuestos a dar toda su juventud y energía a la causa política, y ha sido descorazonador ver cómo el propio sistema parlamentario los decepcionaba poco a poco». En su discurso está sugiriendo entre líneas que si el tiempo que había empleado en política hubiese dado sus verdaderos frutos (y eso era lo que desanimaba a sus compañeros más jóvenes), tal vez no habría tenido que buscar tanto el consuelo de las mujeres. Como se sintió decepcionado en un terreno, tuvo que emplearse en el otro. Y por esa razón acusa a la rigidez del sistema político. En su perorata hay un tono claro de amargura y desencanto. «Durante quince años he sido miembro de esta Casa y de esos años solo tres he sido miembro de la oposición», afirma. «Lo que se espera de un miembro que apoya al gobierno es que se anule a sí mismo, que se convierta en un elemento mecánico, que se suprima conscientemente, que no tenga opiniones propias; un hombre que es capaz de pensar por sí mismo no es aconsejable según los criterios de los líderes del partido. De esa forma uno tiene que optar por: o bien aspirar a una existencia más o menos mecánica, o bien desarrollar cierto sentido crítico con respecto al partido al que uno apoya. La primera actitud es la de la mayoría de los miembros del partido conservador».

¿Qué posible solución había entonces? El partido Conservador no podía librarse de él, su puesto en Whitby estaba asegurado y se había vuelto allí una persona muy popular. La solución, o al menos la que él parece sugerir, es que le den el ministerio de Asuntos Exteriores para que pueda centrar sus energías políticas en el extranjero o un puesto de diplomático de alto rango.

Bajo el mandato de lord Salisbury, al igual que bajo el mandato de Arthur Balfour, Ernest había tenido que esperar casi veinte años para una promoción política que nunca había llegado. Seguía siendo un diputado ordinario, talentoso, libre e intermitentemente brillante, a pesar de que no acudía a la mayoría de las reuniones. La muerte de su tío le había permitido un ascenso en la nobleza, se había visto obligado a cambiar la Casa de los Comunes por la Casa de los Lores (su hermano Gervase había ocupado su puesto en el Parlamento de Whitby). Al igual que Winston Churchill en la primera etapa de su carrera política, Ernest iba a ser recordado como un hombre que había dispersado sus energías en demasiadas direcciones y que había frecuentado malas compañías. «Por esa razón revoloteó cruzando el escenario», escribió sobre él un colega político, «como un

personaje intelectual y elegante».

En la época en la mantuvo una relación con Eve Fairfax a Ernest se lo veía como a un seductor en el comienzo de su decadencia y con un pasado romántico: «El amante perfecto y generoso en demasía», en palabras del propio Rodin (antes de que hubiese terminado el busto de Eve Fairfax). Su familia tenía la esperanza de que por fin se tranquilizara uniéndose al negocio familiar del banco como socio senior, casándose y convirtiéndose en miembro del Parlamento, pero su mujer había muerto, el banco no se amoldaba con su temperamento errático y como político seguía dolorosamente desocupado. Se acercaba a los cincuenta años y había llegado con toda seguridad la edad de casarse y establecerse. Eve Fairfax parecía la candidata ideal. Era cierto que carecía de dinero, pero Ernest no tenía ninguna necesidad de dinero o al menos eso era lo que creía todo el mundo. La verdad, sin embargo, era que a finales del verano de 1905 estaba al borde de la quiebra económica. Sus acreedores comenzaban ya a cerrar filas a su alrededor, se oían rumores tras la muerte de su tío de una extraordinaria herencia relacionada con su ascenso como noble. Se alude a la crisis en una carta que recibe de su hija Lucille en la que ella comenta que setecientas mil libras no alcanzan para pagar la cantidad completa que se adeuda. El 13 de julio de 1906 Lucille escribe desde Roma, esperando que haya pasado «lo peor y que por lo menos hayas llegado a un acuerdo con tus acreedores para que te dejen vivir en paz». Da a entender que algunas de sus dificultades económicas provenían en realidad de sus inversiones en obras de arte y que sería más seguro si «regresara a la política». Pero ya era demasiado tarde para eso.

Lo más probable era que le pagaran cuando abandonó el banco Beckett y cuando vendió sus casas de Londres y de Virginia Water. Vendió también Kirkstall Grange con todos sus edificios aledaños y alrededores al ayuntamiento de Leeds por una suma de cuarenta y ocho mil libras (Kirkstall Grange se convirtió en el Education Authority's Training College en Leeds y, por tanto, en parte de la Metropolitan University)⁴.

Ernest también se desembarazó de buena parte de su colección de arte (un par de cuadros se los quedó la Art Gallery de Leeds)⁵ e interpuso una orden contra José para recuperar el dinero que le había dado para Lancelot, alegando que en realidad no era hijo suyo. Todos aquellos procedimientos acabaron fracasando. La mayor parte de los diez años siguientes los pasó en el extranjero, lejos de sus acreedores británicos. Sus cartas a *The Times* revelan que su paradero iba cambiando constantemente de Capri a París, Florencia, Montevideo y otros sitios. «Me marchó esta misma semana a Sudamérica», le escribió a Rodin el 17 de enero de 1910. Está siempre en movimiento y de cuando en cuando relata alguna de sus aventuras en *The Times*. Durante la primera semana de abril de 1908, mientras viajaba de Marsella a Nápoles, el vapor alemán *Hohenzollern* fue botado en la costa de Cerdeña gracias al célebre almirante Von Tirpitz. El plan de Tirpitz

era hacer crecer la flota alemana lo suficiente como para amenazar a la Marina británica, vital para la defensa del imperio. Aquello provocó una carrera armamentística entre las dos naciones que contribuyó a crear el caldo de cultivo para la Gran Guerra.

«Tirpitz era un hombre alto de barba canosa, lo que le daba una expresión formal y severa a la vez y un aire de indudable autoridad», escribió Ernest. «El almirante y el capitán se pusieron a discutir con complacencia el crecimiento de la flota alemana... hasta que no se despidieron por la noche no dejaron de hablar de los días que estaban por venir, en los que ciertos lugares que hasta la fecha habían pertenecido a Inglaterra iban a ser atacados y reclamados para sí por el poder y la fuerza de una Alemania que no pararía de crecer... (A la mañana siguiente) se escuchó una especie de golpe suave al que siguieron un par de incómodos balanceos de toda la embarcación. Los motores se detuvieron súbitamente y nos sumimos en un silencio absoluto. Nos habíamos golpeado con el muelle..., junto a nosotros se alzaba una pared gris, cuya función era proteger de las mareas una pintoresca ciudad de muros blancos y techos rojos..., se trataba de Alghero, una pequeña ciudad de la costa noroeste de Cerdeña. ¿Cómo diablos habíamos acabado allí?... El hecho era que, sin habérselo notificado a ninguno de los pasajeros, el barco se había permitido la libertad de desviarse absolutamente de su rumbo previsto para dejar al almirante Tirpitz en aquel lugar... y el capitán había hecho encallar el barco contra tierra».

Obligados a permanecer en tierra durante cuatro días y cuatro noches en los que de cuando en cuando llegaban mensajes de ánimo de parte del almirante, que ya estaba en su residencia, pronto se vieron acompañados por barcos pesqueros italianos, un torpedero, un yate y varias embarcaciones de otro tipo (todas ellas con el subsiguiente jolgorio por parte de los espectadores de la costa de Cerdeña). Luego siguieron varios intentos de rescate, largos y humillantes, hasta que finalmente y de mal modo los llevaron hasta otra embarcación en la que llegaron a salvo a Nápoles al cabo de una semana. Todo aquello le permitió a Ernest hacer lo que se le daba mejor: utilizar una anécdota privada para una ocasión política; burlarse de las pretensiones y la supuesta incompetencia del marino alemán. Tras buscar una manera adecuada de describir aquel barco, bautizado con el pomposo nombre de *Hohenzollern*, escribió: «No había orquesta a bordo y la comida era muy buena».

El centro gravitatorio de la vida de Ernest se había trasladado ahora a Villa Cimbrone. Se trataba de una especie de visión: un lugar mágico al que poder regresar siempre. Fuera lo que fuera que encontrara en sus viajes o que viera en sus sueños, siempre regresaría a Cimbrone, convertiría aquel lugar en el centro de su vida. Entre 1905 y 1907 había reunido suficiente dinero como para comprarla a pesar de que mucho después le confesó a su hijo Ralph que se trataba de una granja y un par de hectáreas que no habían salido por más que «el precio de una vaca». Aquella exageración pretendía ocultar el hecho de

que probablemente tenía dinero del que podía disponer fuera de Inglaterra. En realidad invirtió grandes sumas en la propiedad; amplió y remodeló el edificio gótico y construyó un belvedere en lo alto de un parapeto que daba al golfo de Salerno. Añadió también un ala con un espacioso cuarto de estar decorada con unas acuarelas al estilo Turner.



*La antigua Villa Cimbrone
(Cortesía de Tiziana Masucci)*

Poco antes de la guerra llegaron a Cimbrone dos amigos de D. H. Lawrence, el pintor americano Earl Brewster y su esposa Achsah junto a su hija Harwood. En su autobiografía, todavía inédita, Achsah Brewster comenta sus impresiones sobre las ampliaciones que había realizado Ernest y habla también de la colección de objetos eróticos que había ido comprando en sus viajes por el mundo. El lugar era, a su estilo, como el gran almacén romano de William Wetmore Story, que tanto había impresionado a Ernest cuando era joven y le había hecho sentir envidia por la libertad con la que los artistas vivían sus vidas. Allí se encontraban las «estatuillas» que tanto irritaron a

Lawrence y un cuadro que inspiró a E. M. Forster el pagano relato «Historia de un pánico».

«Qué fascinante le resultaba todo a una mirada tan poco crítica como la nuestra», recordaba Achsah Brewster. «Las salas espaciosas, los enormes jardines..., había vistas tan amplias como si nos hubiesen transportado al cielo o nos hubiesen hecho perder todo contacto terrestre. Nuestros corazones estaban llenos de luz, era primavera... Los jardines colgaban colmados de fragancia de terraza en terraza, entre piscinas, estatuas, arboledas y campos sembrados. Se veían terrazas y tejados abiertos hacia el cielo, pérgolas y arcadas abiertas hacia habitaciones. Mi habitación era el cuarto de música; estaba recubierta de azulejos verdes brillantes y tenía una chimenea escupida en una piedra volcánica gris. La ventana daba a una enorme terraza luminosa donde siempre nos reuníamos. Sobre la cama y rodeado de una seda de Cachemira, colgaba un lienzo de Rubens de un metro y medio en el que se veía a una ninfa desnuda sorprendida por un fauno con patas de cabra. Yo cerré los ojos... La habitación de lord Grimthorpe estaba entre el salón y la biblioteca, junto a una sala para tomar el sol en la que había una escultura de mármol de Ariadna recostada junto a una pantera. Alrededor de la sala había esculturas femeninas de bronce, réplicas de las de Pompeya. La biblioteca estaba decorada con ánforas y vasijas griegas, estatuas buenas y malas, elaboradas lámparas de pie, y libros, libros, benditos libros, enormes sofás y acogedores sillones. Había un salón apartado en la entrada del jardín donde el agua de una pequeña fuente caía sobre un *putto* de Verrochio... Fuimos desde la biblioteca hasta una escalera de hierro forjado que se elevaba desde uno de los lados con varios diseños entrelazados de una belleza rara. Desde allí salimos al comedor con unas ventanas decoradas con motivos árabes que ofrecían una vista que quitaba la respiración de Avocata, Maiore, Minore, el mar y el cielo. Aquella parte de la casa estaba cubierta por madreSelva durante la primavera y su fragancia entraba por todas las ventanas, junto a los zumbidos de los abejorros. Era impresionante aquel comedor con su enorme mesa de refectorio y su escultura de la *Pietà* sobre ella. Había dos cuadros verticales de Andrea del Sarto muy hieráticos con tonos rojos y verdes».

Por las tardes los Brewster normalmente comían abajo, en la cripta con su techo cubierto de volutas y sus pilares de piedra que conectaban con un jardín de naranjos en el que, en verano, se recogían enormes cestos de fruta, melones, melocotones e higos violetas, blancos y rosados. Una copia del *David* de Donatello se alzaba entre la rosalada y la avenida de piedra y pinos que llevaba hasta el belvedere. Al final de la avenida había también un templo romano abierto por los cuatro lados y más arriba una amplia conífera.

El maduro casanova británico, Frank Harris, de quien Ernest fue amigo, estuvo invitado a Cimbrone durante el invierno de 1909 a 1910 para escribir su controvertida

Vida de Oscar Wilde y tenía opiniones muy contundentes sobre el jardín. Solía pasear allí durante las tardes, fascinado por la conversación con el jardinero jefe, Nicola Mansi. Se trataba de un horticultor de reconocido prestigio que siempre iba acompañado de numerosos asistentes y jardineros contratados. Los ojos de Frank resplandecían cada vez que el jardinero señalaba furiosamente hacia una planta o una estatua. Su mujer Nelly, al ver cómo su marido y jardinero gesticulaban en la distancia, llegaba a creer en ocasiones que estaban discutiendo, hasta que de pronto veía cómo uno de los dos sonreía o se ponía a recitar a Dante. «Nuestro fantástico jardinero es un experto en Dante», recordaba Nelly. Con motivo del cumpleaños de Harris, al bajar de su dormitorio del tamaño de una catedral, se encontraron la aristocrática entrada cubierta de flores y bebieron «los mejores vinos y el mejor champán. Qué felices fuimos en aquel lugar. Había una terraza enorme desde la que parecía que se podía ver el mundo entero. Frank trabajaba, bailábamos a diario y la vida nos parecía algo maravilloso». Y sin embargo Harris, que en su día había sido un trepa social, parecía menos encantado con la situación. Se describía como una persona que estaba penosamente embarazada de «cuatro o cinco libros» y había llegado a sentir que Ernest, quien había mostrado gran confianza en que lo iba a lograr (a pesar de que no le hiciera gracia que estuviera escribiendo sobre Wilde), perdía demasiado tiempo presentándole a miembros de la aristocracia que parecían creer que le estaban haciendo un favor solo con darle la mano. «No puedo marcharme hasta el jueves», se queja Harris, «he hecho todo lo que he podido, pero Beckett insiste en que me tengo que quedar porque al parecer viene mañana alguien de la realeza —el duque y la duquesa de Connaught—, solo Dios sabe lo que daría por salir de aquí... Estoy harto de toda esta vida social, de su falsedad, de su putrefacción... Odio a todo el mundo».

Dos de los tres hijos de Ernest, Ralph y Lucille, se habían casado antes de la guerra y de cuando en cuando iban a Cimbrone. Lucille disfrutaba especialmente del lugar y de hecho estableció cierta amistad con la familia Brewster. En las memorias de Achsah Brewster hay una mención a una breve estancia de Ernest, poco antes de la guerra, en compañía de «una joven inglesa de cabello muy hermoso llamada señora Green» a la que describe, entre comillas, como su «cuidadora». En junio de 1915 Ernest redactó un testamento en el que declara a Florence Green como su albacea. Después de dejar partes equitativas para sus tres hijos establece que «el resto de mis propiedades quede, tras el pago de las deudas de mi funeral y de las tasas testamentarias, para la señora Florence Green en su totalidad». Dos años después añade una cláusula en la que le deja a ella varias participaciones en compañías y «mi propiedad en Italia conocida como Castro Leone, en la provincia de Salerno». Le deja también algún dinero extra «para construir una casa en Castro Leone» y hace una petición a su hijo Ralph para que le pague una cantidad de cuatrocientas libras anuales libres de impuestos. En el caso de que Ralph

venda Villa Cimbrone, le obliga a pagarle a ella dos mil libras de sus beneficios. Toda la cláusula parece completamente dirigida a garantizar la seguridad y los intereses de aquella misteriosa mujer «en cumplimiento de la promesa y el acuerdo realizado con la señora Florence Green en el momento de su matrimonio».

No hay rastro de ninguna Florence Green ni de ningún marido suyo entre los invitados de la familia Beckett a ninguna boda ni funeral celebrado en Inglaterra, ni ninguna señal de una propiedad en Salerno conocida como Castro Leone. En el testamento de Ernest ella ocupa un lugar de importancia equivalente al de sus hijos, desde luego un lugar mucho más preeminente del que habría tenido una ahijada o una cuidadora (sobre todo porque cualquiera de aquellas dos funciones habrían parecido consignadas). Es evidente que no se trataba de una mujer que tuviera posibilidades de mantener su propia independencia ni de alguien que viviera bajo la protección económica de un marido. Es posible que se tratara de otra hija ilegítima de Ernest o quizás de su última amante. Tal vez el último de esos papeles fuese el verdadero obstáculo que impidió el matrimonio entre Eve y Ernest.

En 1916 Ernest regresó a Inglaterra para visitar a su hija soltera, Muriel, que por entonces había enfermado. Estuvo presente el día de su muerte, el 16 de junio de aquel mismo año, y la causa fue «tuberculosis general». El destino parecía especialmente cruel porque es posible que fuera su hija quien le contagiara a él la tuberculosis. Comenzó a sentirse enfermo y no regresó a Italia sino al sanatorio de Nordrach-on-Dee en Banchory, a unos kilómetros al sur de Aberdeen. Aquel enorme y aislado sanatorio había incorporado recientemente los tratamientos alemanes para curar la tuberculosis con su inquebrantable régimen de reposo, leche, carne y más reposo, con especial énfasis en el aire puro y fresco proporcionado por edificios constantemente aireados por ventanas abiertas. Somerset Maugham, quien fue a aquel lugar a finales de noviembre de 1917, observó la macabra manera en la que, alineados en sus sillas a lo largo de la enorme balconada, «los tuberculosos se enamoraban unos de otros». Poco después convirtió aquella observación en un relato en el que un hombre y una mujer deciden casarse a pesar de ser plenamente conscientes de que no les queda mucho tiempo de vida. Su romance es utilizado por Maugham para explicar que el sufrimiento, lejos de ennoblecernos, nos vuelve «mezquinos, quejumbrosos y egoístas». Fue allí, la tarde del 9 de mayo de 1917, donde murió Ernest a la edad de sesenta años, de tuberculosis pulmonar. En un último anexo a su testamento escribió que deseaba ser incinerado y que sus cenizas fueran enviadas en una urna a Villa Cimbrone tras la guerra.

Todo sobre Eve

Se había educado en un mundo de caballos. Su padre (antiguo alumno de Eton y teniente coronel de la Guardia de Granaderos) fue un hombre delgado y enjuto, famoso por ser «el hombre más guapo de todo el ejército», que dedicó la mayor parte de su vida a «los oficios de un caballero de provincias». Para abreviar: era un buen jinete, un remero eficiente y un fino tirador. Pero no hubo nada en su vida a lo que se dedicara con tanta pasión como a la caza. Nada podía separarlo de su yegua Bella Minna y era fantástico verlo montar cuando cruzaba los prados siguiendo a los sabuesos mientras hacían su trabajo. Fue un terrateniente considerable; sus cazas de zorros siempre estaban bien aprovisionadas y eran célebres. Era difícil hacerle hablar de otras cosas (sus opiniones políticas eran tan privadas que ni siquiera sus más allegados y amigos estaban realmente seguros de que fueran unas u otras). Pero sus opiniones sobre cómo mejorar la instrucción de los perros de caza, cómo aunar las viejas y las nuevas tendencias en las cacerías y cómo mantener la buena disposición y el respeto de los propietarios cuyas tierras tenían que cruzar a caballo ocupaban casi todas sus charlas en el Yorkshire Club. Cuando soplabá el cuerno haciéndolo sonar con alegría en el aire fresco de la madrugada sabía que le esperaban horas luminosas y entusiastas. Aquella fue una época espléndida. Sus paseos y su manera de disfrutar del ocio fueron honorablemente descritas por un contemporáneo suyo, el novelista Robert Surtees. No había nadie, o eso se decía, ni siquiera el mismísimo capitán Slingsby, que tuviera unas manos más firmes ni una mirada más aguda ni que mostrara más devoción por el deporte que el coronel Fairfax. El 19 de febrero de 1879 fue un momento triste, cuando el galante coronel tuvo que ceder su condición de maestro de caza de York y Ainsty al capitán Slingsby.

Thomas Ferdinand Fairfax tenía solo cuarenta y cuatro años cuando murió de cáncer en febrero de 1884. Gran parte de sus tierras tuvieron que venderse para pagar sus deudas de juego. Eve tenía doce años. En el testamento había una disposición que le aseguraba una suma de cuatro mil libras para cuando llegara a la edad de vientiún años o para cuando se casara bajo el consentimiento de su madre, en el caso de que lo hiciera antes de esa edad. Pero a pesar de que valor de las tierras de Thomas Ferdinand Fairfax se estimaba en unas veinticinco mil libras, cuando se pagaron todas las deudas, su valor resultó ser nulo.

Si hubiese habido que buscar un jinete más valeroso que el coronel Fairfax en los campos de Yorkshire tal vez solo se habría podido encontrar a uno: su esposa. Fue una magnífica amazona y todo el mundo coincidía en que tenía una de las sillas de montar más hermosas del condado. Con frecuencia se la veía montada a caballo. Sus hazañas como amazona embelesaban a los lectores del *Yorkshire Post*. Disfrutaban con episodios como el de aquel en el que ella saltó a caballo «sobre un riachuelo y cuando llegó a la otra orilla, la habían retirado. El caballo cayó hacia atrás en la zanja pero la amazona saltó y se deslizó por debajo antes de caer al agua y al fango. El caballo se puso a luchar furiosamente contra la corriente y los observadores aguantaron la respiración con espanto, temiéndose que hubiese muerto la señora Fairfax. Solo un instante después asomó la cabeza medio ahogada, sofocada y exhausta. A pesar del estado en el que se encontraba, se montó de nuevo sobre el caballo y lo forzó a atravesar la misma corriente en la que hacía tan solo unos instantes había estado a punto de hallar la muerte. A pesar de estar toda empapada, cruzó de nuevo los campos hasta su hogar sana y salva».

Eve recibió el mismo nombre que su madre; a ella la llamaron Evelyn Constance y su madre fue Evelyn Selina. No se gustaban la una a la otra y el hecho de que sus nombres fuesen similares era algo que las irritaba. «Yo quería una niña pequeña y morena y ¡mira lo que me ha tocado!», escuchó Eve comentar a su madre en una ocasión en la que ella tenía trece años y, alta como era, entró en una habitación repleta de invitados. Evelyn prefería a sus hijos varones, Guy y Bryan. Guy, que era solo un año mayor que Eve, fue enviado a Eton y Bryan, el menor de todos, a Winchester. No se empleó mucho dinero en la educación de Eve y en cuanto llegó a la adolescencia se quedó en casa con su madre. Guy se convirtió en todo un clérigo, en un devoto conservador y en un gran jugador de críquet. Para él sus aficiones predilectas eran «cualquier deporte y la caza del zorro». Su padre habría estado orgulloso si hubiese podido oír que le consideraban «un cazador brillante en el rastreo, tan bueno y sólido de los que casi no se podían encontrar ya en toda Inglaterra». Bryan pasó de Winchester al Royal Military College y sirvió en la infantería ligera de Durham para establecerse más adelante como un prolífico granjero y terrateniente.

A Eve le entusiasaban los deportes tanto como a sus hermanos, había realmente poca alternativa en la casa de los Fairfax. Consiguió el honor de ser la «campeona de las señoritas» al críquet. Muchas veces vestida incluso de blanco inmaculado demostró una «gran habilidad» en el campo de juego y fue admirada por sus vigorosos «quiebros y carreras». Durante un partido contra los hombres en el que todos ellos jugaban con la mano izquierda y liderados por Ernest Beckett, Eve fue la jugadora que hizo más puntos y la que consiguió que las mujeres batieran a los hombres. A caballo, sobre cualquier caballo, se sentía tan cómoda como cualquier otro miembro de su familia. Cuando era niña recorría en poni, tanto en verano como en invierno, los diez kilómetros de ondulante

campo abierto, pequeños bosques y granjas que la separaban de su escuela, y dejaba al poni en un establo de York. En el camino de vuelta solía parar para tomar el té con el arzobispo. Años más tarde, cuando comenzaron a invitarla a fiestas y cenas solía acudir a caballo con su vestido de fiesta en un saco.

Tras la muerte de su padre, su madre comenzó a tener un comportamiento cada vez más imprevisible y excéntrico. Se decía que se metía en la cama con un trozo de cuerda atada al dedo que llegaba hasta el otro lado de la ventana. Todas las mañanas el jardinero le daba un pequeño tirón a la cuerda para despertarla. Se levantara tarde o temprano hay algo que sí es cierto: no le dedicó a Eve demasiado tiempo ni se preocupó por presentarla en sociedad cuando cumplió los dieciocho o los diecinueve años. «Tuve una educación extraña. Nadie se preocupó demasiado por mí», recordaba Eve en su vejez. A finales de 1880 entabló amistad con el «príncipe Eddy», duque de Clarence, que por aquel entonces estaba acuartelado en York. Se sospechaba que él pudiese ser Jack el Destripador y había sido invitado varias veces a casa de los Fairfax. Se decía que Eve a veces salía «a dar una vuelta» con él. (Se trataba del hijo mayor del Príncipe de Gales y el segundo en la línea sucesoria al trono, pero cuando el príncipe Eddy murió a la edad de venticinco años, su hermano menor se convirtió en Jorge V). El príncipe Eddy insistió en que Eve fuese presentada en la Corte, «casi todas las muchachas de nuestra clase lo habían sido ya, pero a mi madre no le importaba en absoluto», le comentó Eve a una amiga. Tras la muerte del príncipe Eddy «lo arreglé todo para que lo hiciera una querida amiga mía, lady George Gordon Lennox, y así fue como nos dirigimos al palacio de Buckingham. Ella tenía *entrée* porque su marido trabajaba en la Corte... Yo tenía veinticuatro años en vez de dieciocho».

El interés de la madre de Eve por ella se limitaba al asunto de su matrimonio, pero no llegó a casarse. Era una mujer atractiva, pero incluso en plena juventud y a sus veinte años tenía algo asilvestrado. Tal vez recibía cierto secreto placer al boicotear los planes de su madre. Todo cambió para Eve cuando su madre falleció a la edad de cincuenta y tres años en 1901. En su testamento, Evelyn Selina Fairfax nombró a su hijo Guy como su albacea y ejecutor de su voluntad, le dejó tres mil libras a su hermano menor Bryan y tres mil más a Guy para invertirlas y pagar la asignación de Eve, un acuerdo que acabó enturbiando su amistad (una de las dificultades surgió al ser valorados los bienes de su madre en menos de mil quinientas libras). «A mi hija le dejo también todas mis baratijas y vestidos, con excepción de los diamantes». Los diamantes fueron para Guy Fairfax, junto con el resto de sus bienes.

El año siguiente a la muerte de su madre, Eve se comprometió en matrimonio con Ernest Beckett. Hizo la petición regalándole las perlas de su familia y fue entonces cuando le encargó a Rodin la escultura de su cabeza y sus hombros. Se conocían como amigos desde hacía años, pero a esas alturas ya se trataba de un romance. Conservó

aquellas cartas como testimonio de que había sido amada en aquella época y, más tarde, a la edad de noventa años, se las envió a su hija Lucille. «¡Qué maravillosas cartas de amor!», escribió Lucille. Apenas podía creer que aquel hombre de mundo «que había tenido trato íntimo con algunas de las mujeres de sociedad más célebres de su tiempo pudiese escribir aquellas cartas de amor tan puras y cariñosas. Qué carácter tan extraordinario el suyo, que nunca se dejó ni endurecer ni malear por la vida, se mantuvo interesado y entusiasta por todas las cosas hasta el final de sus días... Me alegra mucho tenerlas, aunque por otro lado me ponen muy triste... ¿Por qué no os casasteis en 1904? Para mí ese punto siempre constituirá un misterio. No había nada que ocultar y queriéndote como te quería parece un hecho inexplicable. ¿Tal vez te dio la sensación de que era demasiado viejo? Más de veinte años es demasiada diferencia». En realidad se llevaban menos de quince.

Durante sus últimos años de vida Eve confesó que Ernest le había pedido matrimonio y que ella lo había rechazado. Pero aun así fue ella quien conservó las cartas y no él quien conservó las suyas. Lo que las evidencias parecen sugerir es que fue Ernest quien se separó de ella y rompió el compromiso dejándola en un estado de melancolía que se ve claramente en las cartas que le envía a Rodin. Fue ella quien tuvo que decirle que debido a ciertas «dificultades económicas», Ernest no podía pagar el busto «y hacerlo yo sería una situación un poco extraña», admitió.

Para Lucille era importante no pensar mal de su padre, aunque no siempre había sido el caso. La había persuadido para que se casara con el conde Otto Czernin, un hombre al que no quería –un matrimonio que a pesar de sus cuatro hijos ella intentó anular finalmente (tanto Eve Fairfax como Alice Keppel acudieron a la ceremonia en 1903)–. Lucille deseaba erradicar de su memoria aquel recuerdo hostil de su padre y repensar su carácter hasta convertirlo en lo que básicamente ella quería pensar de sí misma. Se entregó voluntariamente a la fantasía de que había sido Eve, no su padre, quien había puesto fin al compromiso. Aquellas cartas procedentes de un pasado de más de sesenta años y que mostraban a un Ernest en su versión más romántica, le dieron a Lucille la simpatía por su padre que estaba buscando. «Un millón de gracias. Ha sido un gesto realmente amable por tu parte darme a mí estas cartas», le escribió a Eve en 1962, «y es que realmente mi carácter es tan similar al suyo, mantengo la fe en la vida y en las personas, me interesa todo lo nuevo, incluso a mi edad (setenta y siete años)».

Durante sus últimos años de vida, Eve no toleraba la idea de haber sido la víctima de Ernest. En su orgullosa y augusta imaginación la única humillación por la que había pasado era que le hubiese pedido en matrimonio Ernest Beckett y la hubiese rechazado lord Grimthorpe, poco importaba si lo había hecho por dificultades económicas o por la aparición de otra mujer. Lo que de verdad importaba, en cuanto hubo fallecido, era tomar la iniciativa y hacer las maniobras necesarias para verse a sí misma en una

posición más digna. De otro modo no habría podido considerarse más que un «bien defectuoso», una persona que había perdido su oportunidad y que había acabado viviendo en las sombras de la vida, una vergüenza para todo el mundo.

«Ya lo discutiremos más adelante cuando nos veamos», prometió Lucille. El pacto que hicieron y la historia que contó a todo el mundo les venía bien a las dos. Para su hija, Ernest se convertía en un hombre singular coronado por una mala fortuna (si su mujer hubiese sobrevivido, habría ascendido en su carrera política y habría servido noblemente a su país). Como pasó lo que pasó, creó en Cimbrone un paraíso de esteta, pensaba Lucille, de una atmósfera casi budista, donde estudiar las religiones orientales que iban a convertirse en su herencia. «Puedes estar segura de que en tu entorno nunca ibas a encontrar a nadie para quien estas cartas supusieran el tesoro que suponen para mí». Pero no sobrevivieron a su muerte.

Aquellos años previos a la Gran Guerra fueron los más emocionantes y activos en la vida de Eve Fairfax, aunque dejaron una enorme cantidad de ruinas a su paso. Le dijo en una ocasión a Rodin que había deseado convertirse en actriz, pero no dio ningún salto al vacío como hizo José, tal vez su insistencia en permanecer en una clase alta lo hizo imposible. Sea como sea, parece que se contentó con hacer alguna actuación *amateur* en las fiestas de Yorkshire. Se trataba de representaciones al aire libre, a veces incluso en carrozas, que representaban grandes momentos de la historia de la nación y en los que participaban gente del pueblo y niños pequeños. Eve representaba los papeles de la realeza: Leonor de Aquitania, Margarita de Anjou, la reina Isabel («no se trataba de una representación», la describió el profesor Hubert en uno de los periódicos de Yorkshire, «sino de la perfecta encarnación del poder soberano»). Participó también en algunas producciones caritativas en Yorkshire, entre ellas *Una mujer sin importancia*, en la que fue alabada por su «maravilloso poder de elocución». Años más tarde todavía se alababa su representación de lady Bracknell y se decía que tal vez se había perdido con ella una gran vocación.

A sus cuarenta y pocos años, cuando todavía era una mujer atractiva, quizás incluso más de lo que había sido cuando tenía veinte años, comenzaron a difundirse algunos rumores románticos sobre ella. Entabló una intensa amistad con sir William Eden, un pintor *amateur* con cierta inclinación a interpretar los elogios como insultos. Cuando a mediados de 1890 Whistler le envió una carta agradeciéndole las cien guineas que le había pagado por un pequeño retrato de lady Eden («es usted realmente una persona magnífica..., lo único que me cabe esperar es que el cuadro sea digno de todos ustedes»), Eden decide tomárselo como una ofensa. Los dos hombres acabaron sacando lo peor de sí mismos y acabaron teniendo dos batallas en las cortes de París donde los derechos del dueño se oponían a los del creador de la obra (y se hicieron famosos a

comienzos de siglo XX tras la publicación del libro de Whistler *El baronet y la mariposa*. El baronet (padre de un futuro primer ministro británico, sir Anthony Eden, que al parecer perdió los modales de una manera igualmente agresiva con la crisis del canal de Suez en 1956) fue un rico a veces generoso, a veces irascible, un personaje atormentado con ínfulas románticas que durante una época llegó a mostrar cierto interés por Eve. «Responda que sí, ¡nada de discusiones, por favor!», le escribió al mismo tiempo que le declaraba su afecto por ella, en una carta en la que incluía una oferta de ayuda financiera. Le demostró también su afecto haciendo un intrincado análisis de su personalidad: «A pesar de ser inteligente no es usted lo bastante inteligente, querida Eve, o tal vez lo sea usted demasiado. Sea como sea, lo que esta claro es que no es usted estúpida; porque si lo fuera, nadie la admiraría y tampoco la querría su sincero William Eden».

Entre algunas sencillas páginas de cartas a Eve que han sobrevivido de sus años de lucha, hay algunas declaraciones de amor apasionado e incompleto. Un tal «Charlie» comienza su carta desde Lower Berkeley Street a «mi querida señorita» y, omitiendo dolorosamente las palabras más significativas, le asegura que «no importa lo que nos ocurra a cualquiera de los dos en esta vida, nos querremos siempre y hasta el final». Un culto profesor le escribe sobre la tentación de «ofrecerle a usted mi libertad» y explica por qué no debe hacerlo a favor de sus estudiantes: «a cambio de un breve periodo de (lo admito) intensa felicidad, me veré siendo un desgraciado para el resto de mis días». La familia Beckett estaba convencida de que ella había tenido un romance con el mujeriego hermano de Ernest, Gervase, un hombre que parecía un personaje de Soames Forsyte (el exitoso banquero con grandes intereses en el mundo del arte) quien, tras la muerte de sus esposa, decidió casarse con su amante y provocó unas desastrosas consecuencias. También les gustaba creer que se había visto involucrada con el menor de los Beckett, Rupert. «Todos los Beckett están condenados a ser malos maridos», escribió Eve.

Su aire de superioridad llegó a hacer creer a ciertas personas que era todavía virgen y se alegraban de poder felicitarla, y a sí mismos, por prolongar lo máximo posible aquel estado. «Para mí supone un inexpressable placer saber que te dejo tal y como te encontré, tan pura como una niña; no haberme aprovechado de ti ni haber utilizado ni el amor ni la confianza que habías depositado en mí», escribe un dubitativo pretendiente. «Adoro tu inteligencia delicada y natural. Me parece impresionante tu manera de odiar el mal en todas sus manifestaciones, tanto orales como escritas».

Todos esos hombres, o al menos eso parece, se muestran muy cautos a la hora de tratar a Eve, como si fuesen conscientes de que en ella había cierta naturaleza vengativa. Ya no parece ni la vulnerable ni la tierna muchacha que se comprometió con Ernest y que posó para Rodin. Era tal vez un ejemplo viviente de lo que Somerset Maugham consideraba que era una persona conmocionada por los desafectos de otras personas.

Cuando el duque de Grafton le propuso matrimonio, esperando que lo aceptara no por su título ni por su fortuna sino por él mismo, ella lo rechazó bruscamente. De cuando en cuando se permitía algún enamoramiento, pero siempre de personas totalmente inalcanzables, como el actor que hizo de Jesucristo en la obra de Oberammergau. Se cuidaba de no exponerse a situaciones en las que luego pudiera sufrir demasiado. Eran los hombres quienes debían aceptar tales riesgos. El duque de Wellington (que en su momento también albergó ciertas intenciones con respecto a la hija de Alice Keppel, Violet Trefusis) describió en una ocasión los sentimientos que Eve provocaba en un gran número de admiradores. Ella lo había invitado a que fuera a hacerle una visita en privado pero él declinó la invitación: «¿De qué serviría?», respondió. «Hay dos opciones: que me permitiera usted conocerla más íntimamente o que no me lo permitiera. Si no lo permitiera, yo acabaría sufriendo sin sentido. Si lo hiciera, yo no tardaría en caer en el mismo drama de todas las naciones... Sé perfectamente que usted sería capaz de dejarme en ridículo muy rápidamente si yo cometiera el error de tratar de acercarme a usted demasiado pronto, por esa razón prefiero poner cientos de kilómetros de distancia entre usted y yo. Soy capaz de reconocer también que usted podría darme placer como solo existe una persona entre un millón. Eso me hace quererla, pero también me avisa de que no la quiera».

Eve permaneció soltera y se presentaba ante sus amigos siempre con una sombra de misterio. Corría el rumor de que tal vez era la hija de un duque de la realeza, de forma inevitable comenzaron las leyendas sobre el hecho de que era una hija ilegítima. Algunos ecos de aquellos rumores todavía flotaban en el aire cuando comencé mi investigación para escribir este libro, ochenta años después, y entrevisté a hombres y mujeres más jóvenes que la habían conocido cuando estuvo en Yorkshire. No podía evitar cierto escepticismo cuando me contaban aquellas historias, me parecían las típicas historias provocadas por los rumores cuando fallece alguien que se ha convertido en una leyenda local. A parte de las especulaciones sobre su relación con Rodin, escuché también una historia relativamente ambigua sobre un hijo al que habían enviado a Sudáfrica, que me pareció confusamente relacionado con la historia del hijo de José. Me quedé sorprendido cuando uno de los pretendientes de Eve, Charles Dodsworth, me dijo de primera mano que él mismo había visto el certificado de nacimiento de aquel niño. Más adelante, entre los papeles del nieto de Ernest, Christopher (el cuarto lord Gimthroe), vi una fotocopia de ese certificado. La tengo en este instante frente a mí, mientras escribo estas líneas.

La fecha de nacimiento consignada es el 7 de marzo de 1916, el nombre de la madre es Evelyn Fairfax y en el espacio asignado a su ocupación está escrito «rentista». ¿Se trata realmente de mi Eve Fairfax? En ese momento tenía cuarenta y cinco años. No es imposible, claro que no, pero me parece una edad muy avanzada para tener un primer hijo en aquellos tiempos de guerra. Hay poca gente cuya ocupación pueda ser descrita

con menos precisión que «rentista», aunque es probable que a la misma Eve le hubiese gustado mucho esa descripción. El niño nació y recibió cuidados en una casa de maternidad relacionada con la casa real, en el número 15 de Welbeck Street, en Londres. La matrona, Clara Nelson Smith, quien estuvo «presente en el parto», había recibido la medalla Real Victoriana (*Royal Victorian Medal*) de las manos de la mismísima reina Alejandra tras una operación a su Serenísima Alteza el príncipe Francisco de Teck (el hermano de la reina María). El príncipe había muerto y se había ocultado su testamento para evitar el escándalo (sentando un precedente que luego se seguiría con todos los testamentos de la realeza). La matrona que tenía a su cargo todas aquellas cuestiones había sido premiada por su discreción. El escenario era perfecto para el nacimiento del hijo ilegítimo de Eve, aunque yo, a pesar de todos esos datos, aún sentía cierta cautela para tomarlo por auténtico.

Miré a continuación cuál era la dirección de la madre que aparecía en el certificado: Gloucester Place 64. Se trataba en realidad de la casa de una amiga de Eve; Maud Hope (las familias Hope y Milner estaban unidas matrimonialmente). El nombre que aparece en el certificado es John Francis Mordaunt. Los dos primeros nombres no nos proporcionan ninguna certeza, pese a que el primer Fairfax que se consigna en el árbol familiar, nacido en York en el siglo XI o XII, era John Fairfax y Francis podría haber sido elegido en honor al príncipe Francisco de Teck (con seguridad a Eve le hubiese gustado establecer aquella conexión). Mordaunt es poco común. Al estudiar el árbol familiar de la madre de Eve compruebo que su padre fue sir William Mordaunt Edward Milner y el padre de su padre también: sir William Mordaunt Sturt Milner, cuyo padre fue sir William Mordaunt Milner. En realidad hay Mordaunts por todas partes cuando se examina la línea hacia atrás hasta el segundo baronet, sir William Milner of Nun Appleton, quien, a comienzos de siglo XVIII, se casó con Elizabeth Mordaunt, hija del honorable George Mordaunt. Tal vez todo esto no le resulte demasiado excitante al lector de hoy en día, pero aquella alianza fue la que habilitó a los Milner a utilizar el escudo de armas de los Mordaunt, Howar y Plantagenet que tanto le gustaban a Eve. Aquel mundo secreto con todas sus aristocráticas sangres de herencias ancestrales era lo que la protegía del mundo real en aquel momento. Fue entonces cuando quedé totalmente convencido de que John Francis Mordaunt era su hijo.

No se nombra a ningún padre en el certificado, pero entre los papeles de la familia Grimthorpe hay también, junto al certificado de nacimiento, una carta que la familia Hope envió a Christopher Grimthorpe, en la que se identifica al padre con el nombre de Désiré Defauw, un violinista y director de orquesta belga. Refugiado en Inglaterra durante la guerra, dirigió el Cuarteto Aliado (conocido también como el Cuarteto Belga) con Lionel Tertis (a la viola), Charles Woodhouse (al piano) y E. Doehard (al chelo), cuya sede se encontraba en la ciudad de Londres, aunque hicieron pequeñas giras por

todo el país. Lady Cynthia Asquith, quien los vio en 1918, hace una vívida descripción de Désiré Defauw en su diario: «El primer violín, Defauw –un hombre pálido con una peluca rubia–, se enamoró totalmente de mí y mientras estábamos bailando me dijo que era *enivrante* (embriagadora), se puso a jugar con los rizos de mi pelo y los comparó con llamas e incluso fue lo bastante lejos como para pedirme que le fuera a buscar un poco de chocolate. En toda mi vida he visto a cuatro hombres más alegres que aquellos, hacían unos trucos admirables y Defauw hizo algunos realmente excelentes; acrobacias, imitaciones del elefante, del gallo y qué sé yo...».

Désiré Defauw era casi quince años menor que Eve y tenía treinta años cuando nació su hijo John Francis Mordaunt. Se disponía a vivir un brillante futuro tras la guerra, sus «Conciertos Defauw» se habían hecho célebres en toda Europa antes de que fuera a los Estados Unidos para dirigir muchas de las principales orquestas norteamericanas y acabar dirigiendo la Orquesta Sinfónica de Chicago. Murió en los Estados Unidos en junio de 1960. No he podido encontrar ninguna referencia a un hijo llamado John Francis Mordaunt en ninguna de las publicaciones que se hicieron sobre él y tampoco hay en los registros ninguna referencia de que un niño con ese nombre hubiese muerto en Inglaterra en los años inmediatamente posteriores a su nacimiento. Sencillamente se volatilizó.

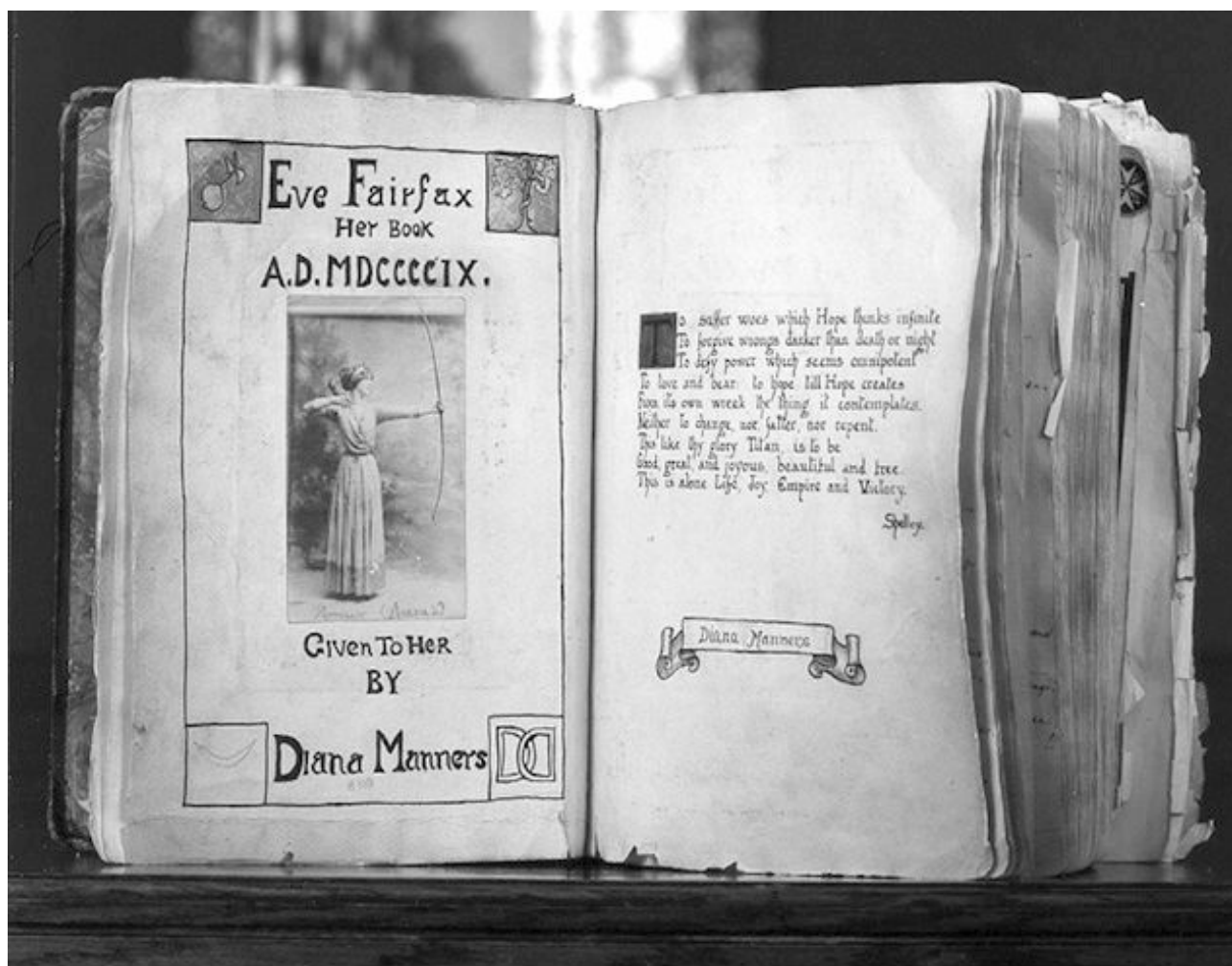
Eve trabajó para la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial y en una empresa de encuadernación durante la Segunda Guerra Mundial. Era lo único que podía hacer, aparte de trabajar como dama de compañía (ocupación no remunerada y que ella tenía que pagar por desempeñarla) de damas como lady Scarborough, Helmsley y Wenlock (la última, como estaba sorda, iba acompañada siempre de una trompetilla enorme y una taquígrafa). Algunas de aquellas damas dejaron a Eve algunas baratijas en sus testamentos y su hermano Bryan le legó unas ocho mil libras tras su muerte.

Cuando aún se pensaba que iba a casarse con Ernest, Eve vivía en el palacio de Bilbrough, que luego pertenecería a Guy y a su familia. Todavía era su residencia oficial cuando el 30 de mayo de 1908 el *Yorkshire Gazette* publicó un anuncio de bancarrota en el que se la mencionaba explícitamente. Durante un encuentro con sus acreedores, el 26 de junio, se le reclamó una deuda de doscientas veinticinco libras que ella atribuyó a «vivir por encima de sus posibilidades». La realidad era que no tenía ningún ingreso. Se la describe como una solterona descendiente del general Fairfax de «fama equiparable a la de Cromwell». Todo aquello debió de ser una auténtica humillación para la familia y fue su hermano menor, Bryan, quien había servido en la Armada en Sudáfrica y allí había conocido al mecenas de las artes Lionel Phillips, quien la ayudó a vender el busto de Rodin a la galería de Johannesburgo por ochocientas libras. Comenzó a pasar algunas temporadas con Bryan en Whitwell Hall en York o en el palacio de Bilbrough con Guy, pero lo cierto era que nadie la animaba a que se quedara demasiado tiempo y que poco a

poco comenzó a separarse de su familia.

Llenaba sus horas con las ocupaciones propias de una señorita. Jugaba a una variante agresiva del croquet, jugaba al bridge y decoraba cortinas y cojines con escenas de centauros, pájaros y –en cierta ocasión– con un inteligente diseño inspirado en un tablero de backgammon. Estaba informada sobre las novedades literarias, pero nunca fue una gran lectora.

En 1909 lady Diana Manners regaló a Eve un enorme volumen en blanco para que fuera consignando los hechos de su vida. Estaba firmemente encuadernado en cuero y tenía las iniciales «E. F.» grabadas en el frontispicio, envueltas en algo parecido a una corona. Bajo el frontispicio había también una imagen de una pensativa Eve en el papel de la reina Margarita de Anjou durante la representación que había hecho en el festival de York aquel mismo año, en la que llevaba una corona y miraba al objetivo con un aire de solemne distancia. En la página de inicio está inscrito: «Eve Fairfax. Su libro». Y la fecha: AD MDCCCCIX. Bajo la fecha había sido insertado el grabado de una joven damisela tensando muy concentrada un arco, cuya flecha parece perdida en las páginas siguientes. Hay una nota a lápiz en la que, con grafía griega, se informa al lector, que la imagen corresponde a Artemis (o Diana). Hay también un pequeño espacio en el que se explica la procedencia del libro: «Regalo de Diana Manners». En las esquinas de la página y como tributo a la Eva bíblica hay cuatro ilustraciones de manzanas que brotan entre hojas, una serpiente enroscada alrededor de un árbol en flor, una invención en la que se muestran dos «D» mayúsculas (la segunda al revés) y algo que parece una sonrisa vaga o tal vez una luna creciente recostada.



El libro de Eve: el frontispicio

Al parecer la propia Eve Fairfax había sido también expulsada del paraíso. Su compromiso se había roto, se había tenido que declarar en la ruina, se había que vender su posesión más preciada, el busto de Rodin, y ahora ni siquiera tenía un hogar. En 1909 estaba a punto de cumplir los cuarenta años y la mitad de su vida había transcurrido ya; su futuro parecía aplastado por el peso de su propio pasado. Diana Manners eligió como epígrafe para el libro de Eve una cita del profético drama lírico de Shelley: *Prometeo liberado*. Una obra de un optimismo radical en la que Prometeo, benefactor de la humanidad, es liberado de su prisión en un «barranco de gélidas piedras» al que le había encadenado Esquilo y se une a Asia, el espíritu del amor. Shelley crea un mundo benigno y lleno de esperanza en el que el bien y la libertad liberan al mundo de su oscuridad. Eso es lo que promete el epígrafe, tomado del discurso de Demogorgan, en el acto cuarto:

Sufrir aflicciones que la Esperanza cree infinitas,
perdonar errores más oscuros que la muerte o la noche,

desafiar fuerzas que parecen todopoderosas,
vivir y soportar; esperar hasta que la Esperanza cree,
de sus propios restos, algo que contemplar
y no con intención de cambiar, flaquear, ni arrepentirse.
Eso, al igual que tu gloria, Titán, debe ser
bueno, grande y alegre, hermoso y libre.
¡Eso sin más es la Vida, la Alegría, el Imperio y la Victoria!

Siguen unas citas de tono muy parecido sacadas del «Infierno» y el «Purgatorio» de Dante, de Alfred de Musset en francés y de Maeterlink, todas con un mensaje similar, el de que la vida no termina hasta que se acaba (y tal vez ni siquiera entonces) y que la sabiduría es ser conscientes de que estamos en perpetuo cambio desde el instante de nuestro nacimiento hasta la tumba.

El libro de Eve pretende ser un diario, pero acaba siendo algo más extraño; una mezcla entre calendario social, volumen de autógrafos y antología ecléctica. Es una especie de *omnium gatherum*, un vasto *vade mecum*, sin orden ni cronología, sin tema claro ni programa. Es como un libro de visitas invertido: un libro en el que las visitas quedan consignadas como mariposas pinchadas por alfileres. Para la propia Eve debía de tener la función de un libro de recuerdos con todas aquellas enormes páginas abiertas y llenas de halagos que la acompañaron a lo largo de todas sus particulares peregrinaciones. Leerlo durante un buen rato es una experiencia parecida a aguantar la respiración bajo el agua.

Muchos de los poemas o extractos de poemas fueron añadiéndose a lo largo de los años. A la gente le gustaba ella como una especie de Cleopatra de Shakespeare («Su riqueza era tal que ni el tiempo podía marchitarla ni sus vestidos volverla rígida»). Uno de los firmantes cita la elegía IX de John Donne: «Ni la belleza del verano, ni la primavera tienen la gracia / que yo he visto en un rostro otoñal». Hay citas que parecen más perturbadoras, como por ejemplo estos dos versos de Humbert Wolfe: «Había algo que hacer y ya está hecho / la canción ha terminado». Cuando se invitaba a un poeta a la casa, escribía en el libro sus propios poemas.

En el camino que lleva a Norfolk,
junto a la ribera del Waveney
me detuve como Pandora
súbitamente envejecida.

Los últimos eran los últimos versos de «Zany» de Dorothy Wellesley. También los últimos versos del poema titulado «A Eve», de Edith Sitwell, hablan sobre la pérdida de la juventud:

La luna busca para siempre en las corrientes de Woodland
aparcar su pálida belleza, para que en esos amados
sueños, busque yo soles perdidos en tus ojos
y encuentre restos de dorados galeones del amor.

El padre de Edith, sir George Sitwell (que había elegido a Eve para que fuera la
madrina de su hijo Sacheverell) escribió una versión del *Paraíso perdido y recobrado*
dedicado a Eve:

Oh, Eve, llegará para ti una ocasión más alegre
la fruta del dragón sin la mordedura del dragón.
Adán encontrará el Edén en tus ojos
y regresarán las promesas de amor al paraíso perdido.

Laurence Whistler contribuye al libro con un extenso poema que parece la respuesta a
la pregunta establecida en el primer verso: «Un hombre, ¿qué es un hombre?»:

Forjado en cuatro segundos de fuego distraído
en un molde ingrato arrojado al mundo
al frío y a la soledad hasta que...

Hasta que, tras la muerte, la soledad vuelve a alcanzarlo:

E incluso en la tumba, me atrevo a decir, solitario
hasta que se abren las sombras de los árboles...
Mujer, nos creaste según tu placer,
pero nuestro huesos fueron abrazados por las raíces.

Hay varias entradas en otros idiomas. Una canción húngara, un cuarteto en alemán y
un breve poema de Leon Montenaeken sobre la vanidad y sobre la brevedad hasta de la
vida más larga imaginable:

*La vie est vaine:
un peu d'amour
un peu de haine...
Et puis... bonjour!*

*La vie est brève:
un peu d'espoir,*

un peu de rêve...
Et puis... bonsoir!

La desolación de estos poemas por lo general queda compensada por la tímida coquetería. Uno de los firmantes menciona su «amor desbordante», pero se niega a decir quién es. «Me siento muy honrado de poder añadir mi nombre a la nómina de este libro de recuerdos», escribe un casi indescifrable americano. Parece que a la gente cada vez le resulta más difícil inventarse algo generoso y apropiado para la situación: «Satán provee libros para que los escriban las manos ociosas», avisa una tal Sophia Kennedy. Pero tal vez el cliché más inapropiado e hiriente de todos para dedicarle a alguien que estaba casi literalmente sin hogar fue el que escribió la sobrina de Ernest Beckett, Beatrice, casada con el hijo de William Eden, Anthony Eden: «¡Nada como estar en CASA!», escribió, «Eve siempre le pone el toque íntimo».

La gente se dividía entre los que opinaban que era mejor escribir una cita de alguien y los que preferían escribir algo personal. Hubo también algunas personas que consiguieron escapar a la disyuntiva contribuyendo con un dibujo o con una acuarela, la más reseñable en ese sentido fue Chloë Preston que llenó varias páginas de dibujos y acuarelas de delicadas ilustraciones de muñecas holandesas, niños sentimentalmente grotescos, perros de enormes ojos abiertos y un gato con manchas y una bufanda rosa.

Sybil Hart-Davis (una de las amantes de Gervase Beckett, y madre del célebre editor Rupert Hart-Davis), citó a Walter Pater para afirmar que estamos todos sentenciados a muerte, aunque añade también que «podemos esperar la sentencia cantando». Ethel Thomas utilizó una cita de Emerson sobre el amor: «Ama y serás amada. El amor es de una justicia matemática». Gwladys Chaplin dejó un mensaje a posibles biógrafos del futuro: «Sé amable con mis virtudes / y un poco ciego con mis defectos». Hay citas de Meredith sobre golondrinas y cisnes, de William Blake sobre la felicidad, de la reina Cristina de Suecia sobre la flaqueza y de Nietzsche sobre los defectos del hombre. A nadie se le ocurrió citar a Andrew Marvell, quien había pasado dos años (1650-1652) enseñándole idiomas a la hija del general lord Fairfax en Nun Appleton, lugar en el que escribió muchos de sus poemas líricos y vivió situaciones que luego recordaría en sus trabajos posteriores. «La pacífica vida campestre de Nunappleton dejó en él algunos de los sabores que recordó con más alegría durante toda su vida», escribió Vita Sackville-West en su pequeña biografía sobre Marvell, «y los dos años que pasó allí fueron, literariamente hablando, los más fructíferos de su vida». Es probable que aquello le hubiese gustado a Eve mucho más que la cita de ningún otro poeta.

A diferencia de otros firmantes, sir Hedworth Williamson trató de denigrarse a sí mismo:

Mi talento es modesto y mi genio es muy frío,

ni escribo como Berner ni esculpo como Rodin,
pero usted puede obtener flores de impensables sitios
de un decrepito Moore, de un Marsh en su vejez.

Lord Berners contribuye con unas notas musicales, un «Allegro Spirito» escrito «bajo los efectos del alcohol». La firma de George Moore se aprecia junto a la fecha (el 11 de noviembre de 1915), como si ya fuera en sí misma más que un tributo considerable, y la propia Eve se tomó la molestia de pegar una tarjeta de felicitación de Rodin. Uno de los pasajes más extraños de todo el libro (más extraños incluso que la cita procedente del poema dramático de Richard Savage titulado «El bastardo» y la cita de la carta de María, la reina de Escocia, el día de su ejecución) fue la que escribió Edward Marsh (uno de los amantes rechazados de Harold Nicolson), que copió un fragmento del testamento de un loco que murió en un asilo de Illinois. Debajo del texto, y como el escribiente no se molesta en firmar, Eve añade: «Para mí, de sir Edward Marsh». Tal vez todas estas anotaciones sean ilustrativas del miedo que sentían muchos de los escribientes cuando veían a Eve acercarse a ellos con el monstruoso volumen. Sir Hedworth Williamson, tras halagar a Eve, acaba su poema con un insulto a su libro:

... Eve expulsada del paraíso no te deseo ningún mal.
Pero sí se lo deseo a tu libro infernal.

Eve cargó con aquel mamotreto de libro a todos los lugares en los que vivió durante cincuenta años. A pesar de que perdió muchas de sus páginas, como si se tratara de las hojas de un árbol, fue creciendo en volumen y en irregularidades a medida que fue encartando en él todo tipo de fotografías, cartas y papeles sueltos. Cada vez tenía más el aspecto de una silla de montar, un artefacto caótico que en el fondo era parte de la personalidad de Eve, tanto de su orgullo como de su castigo. Como si se tratara de una especie de vagabunda extraordinaria, viajó por todo el país residiendo en castillos, casas, granjas, palacios, prioratos, abadías y siempre cargada con aquel pesado fardo como si fuese un personaje de *El progreso del peregrino*⁶. La hija de Ernest Beckett, Violet Trefusis, hace un retrato de ella en su novela *Juego de piratas*:

Pobre Francie..., era una de esas chicas mayores populares cuya felicidad es siempre indirecta... Le había llevado los mejores diez años de su vida darse cuenta de que la popularidad no era en realidad más que un pobre sustituto del amor... No se casó nunca, por supuesto, estaba demasiado solicitada los fines de semana (Francie era extremadamente sociable) y los únicos tributos que consiguió al final fueron alguna que otra caricatura y algún que otro verso en aquel libro de visitas, que era su posesión más preciada. Era un impresionante volumen encuadernado en cuero en el que podían leerse

casi todas las direcciones de las casas solariegas de Inglaterra, el papel estaba primorosamente cortado y lo situaba siempre en un lugar de honor de la casa, donde lo pudiera ver todo el mundo; los invitados siempre firmaban en él, escribían algunos malos versos, había caricaturas de los locales hechas con tizas prestadas de la enfermería y también algunas meticulosas acuarelas de las moscas del salmón y media docena de programas con pequeños lápices atados a ellas...

Los Keppel estaban entre las muchas familias que firmaron en el libro. Los cabezas de familia añadían por lo general sus lugares de residencia: Chesterfield, Devonshire, Norflok, Plymouth, Southampton, Wellington, Westminster, Windsor, Zetland. Hay algunas de las firmas a las que se ha añadido algún que otro guion. La más adorable de todas es la de Gregory Page-Turner⁷ (Adrian Book-Holding Jones no quiso el guion). Tal vez algún que otro bromista quiso hacerle una jugada a Eve. Los arzobispos, generales y miembros de la realeza extranjera ocupan páginas enteras y hay hasta una fotografía del Príncipe de Gales acariciando a un bebé de canguro en Australia (1932). Rosamond Lehmann copia una página de su novela *Invitación al vals* en la que describe a una Olivia Curtis de diecisiete años corriendo bajo la luz del sol, Hilaire Belloc añade un poema y lo mismo hace Vita Sackville-West, que en su momento fue amante de Geoffrey Scott, mientras que John Betjeman, Harold Nicolson y Somerset Maugham se limitan a firmar. Hay también muchísimas firmas de actores y actrices, desde Ellen Terry hasta Michael Dennison. Un programa de un concierto, fechado el 22 de julio de 1915 en Norfolk House, durante el funeral de lord Roberts en el que Tertis y Rubinstein tocan junto a otros músicos entre los que se incluye Désiré Defauw. Está encartado también un trozo de papel azul de un programa de música en el que puede leerse: DEFAUW. Aquel concierto tuvo lugar un año antes del nacimiento de Francis Mordaunt y es muy probable que se tratara del primer encuentro entre Eve y Désiré.

Hay también otro nombre que me llama la atención, el de Mordaunt Milner, cosa que puede indicar que el cuidado del hijo de Eve fue encargado a la familia de su madre. Entre el caos y la extrañeza, la poesía y los halagos, no cabe duda de que este libro es un libro de secretos.

Cuando cumple ochenta años, Eve parece concluir que el volumen ha alcanzado ya unas proporciones tan descomunales que no puede manejarlo. Escribe a la galería de Johannesburgo para preguntarles si les gustaría añadirlo a su colección de Rodin, el comisario contesta inmediatamente y ella se lo envía con una nota explicativa: «En realidad se trata de una pequeña parte de mi vida –la parte alegre– y mucho me temo que a ratos debe de ser una cosa un tanto incomprensible, sobre todo porque también arranqué algunas hojas que podían disgustar. Todos los que están ahí son mis amigos, unos son grandes figuras y otros no tanto... No sé si el libro aporta algo a su museo, pero

creo y espero que tanto usted como otras personas lo encuentren de interés».

El libro se había convertido en una carga para ella y en un tormento para los demás, pero en cuanto lo envió, comenzó a echarlo de menos, como si hubiese perdido una parte esencial de sí misma. Representaba algo más que «una pequeña parte» de su vida, en realidad se trataba de un ancla que echaba tanto cuando estaba en una bahía como cuando estaba en otra, era también su ángel de la guarda. En su ausencia, el prodigioso objeto ponía de manifiesto por qué muchas personas se habían acercado a Eve. Sin él ya no era más aquella figura legendaria que había llegado a ser. Se sentía como si la hubiesen reducido.

Tras media docena de años sin su libro, Eve escribió a la galería de Johannesburgo para preguntar si se lo podían enviar de vuelta. Es posible que esperara que le pagaran algo por él, tal vez la galería de arte esperaba en realidad algo que tuviera que ver más con Rodin. Sea como sea, a ambas partes les pareció bien la devolución y la galería fotocopió varios de los documentos que tenían que ver con Rodin antes de mandarlo de vuelta. A sus ochenta y cinco años, Eve ya no era capaz de transportar con ella a todas partes aquella pesada propiedad. En vez de eso iba dando a quien correspondía pequeños elementos para que lo añadieran al volumen, como si se tratara de una madre alimentando a sus polluelos.

Pocas veces permanecía mucho tiempo en el mismo lugar. Durante la guerra algunas personas le habían ido dejando sus pisos en Londres o sus casas de campo, y ella iba cambiando de aquel modo el destino de su peregrinación. De cuando en cuando se alojaba en una casa sin calefacción en el pequeño pueblo de Acomb, a las afueras de York. Había sido legada a la hija solterona de un hombre que en su día fue chantre de la catedral de York con la condición de que cuidara a una pareja de perros collie, una tarea de la que ocasionalmente se encargó Eve y que le hizo bautizar aquel lugar como «la casa de los perritos».

Cuando tenía setenta años todavía cabalgaba alguna vez a lo amazona por las calles. Debía de ser una impresionante figura con su velo y su sombrero alto, su falda negra larga y su abrigo oscuro. Hacía también alguna que otra irrupción estelar en los bailes de verano de la Old Assembly Rooms en York. Una de sus paradas favoritas era el Yorkshire Club, un edificio de la última época victoriana, alto, de ladrillo rojo con algunas mamposterías de piedra, que da al río y al que se puede acceder desde la carretera que cruza el puente que va a Lendal. Allí solía sentarse, una figura frágil y poderosa a la vez, como si estuviese sentada sobre un trono con su equipaje a su alrededor y la cara cubierta de maquillaje blanco, con intervalos irregulares de carmín en los labios y unos enormes pendientes. La servidumbre la trataba con una mezcla de respeto reverencial y crispación. En realidad se trataba básicamente de un club para hombres, un lugar de

refresco para caballeros que estaban de visita por los alrededores de Yorkshire. De alguna forma Eve se las apañó para que le cedieran uno de los áticos hasta que el asunto fue de dominio público y tuvieron que invitarla a que se marchara.

Cuando la echaron de allí, encontró una habitación sobre una tienda de pájaros disecados en Petersgate y luego de nuevo sobre una tienda de lanas en Stonegate, ambas en el distrito de York. Sufrió una dolorosa artritis durante la década de sus noventa años y subía y bajaba las escaleras con gran dificultad: lanzaba su bastón desde arriba del todo y luego iba bajando sentada, pasando de un escalón a otro, penosamente. Para subir lo hacía de espaldas.

Como si se tratara de una refugiada itinerante siguió viajando alrededor de todo el país. Su aguante era realmente extraordinario. Le gustaba calcular cuánto tiempo podía quedarse en un lugar antes de que sus anfitriones comenzaran a perder la paciencia y cuándo podía regresar a los sitios. En una ocasión se presentó para pasar un fin de semana largo con su prima lady Serena James en St. Nicholas, Richmond, y acabó quedándose seis meses. «Aquellos que son amados por los dioses mueren jóvenes», dijo, «y yo tengo ochenta y siete años». Cuando se fue de allí tenía ochenta y ocho. Le gustaba decir a la gente «cuando todos mis amigos hayan muerto, yo seguiré siendo inmortal en todas las galerías de arte del mundo»⁸. En todas las ocasiones y situaciones fue una protegida de la aristocracia; era una de los suyos y ellos la cuidaban, ponían coches a su disposición y la llevaban de un lado a otro, se encargaban de telefonar al siguiente anfitrión que iba a alojarla para asegurarse de que fuera a haber alguien en la estación cuando viajaba sola en tren. No siempre era educada y había ocasiones en las que ni siquiera veía ningún motivo para ser agradecida. ¿Por qué habría tenido que serlo? ¿Es que acaso no era la descendiente directa de un famoso general del parlamento, lord Fairfax, que había llegado a derrotar a las tropas de Carlos I en la batalla de Naseby? La respuesta, siendo estrictos, habría sido no. Lord Fairfax no tuvo descendientes directos. Pero desde luego sí tenía sangre auténtica y pertenecía a una de las dos ramas de su familia. Hablaba de aquel lord como si su fantasma la estuviese siguiendo a todas partes y a solo unos pasos, dándole aura, un estatus especial y autoridad. Era imperiosa, áspera, entretenida, vitalista, divertida, seca y en ocasiones francamente *snob*.



*Una casi centenaria Eve
(Cortesía de lady Feversham)*

Gustaba a los hombres más que a las mujeres porque con los primeros flirteaba siempre y a las segundas las trataba con desprecio. Solía ser también seca con los sirvientes, pero a los niños les gustaba. Solía encantarles su aspereza que siempre sonaba extraña cuando insultaba a los adultos con su acento de Yorkshire pasado de moda. Cuando regalaba alguna cosa, solía reclamarla de vuelta, pero en su siempre desbordado bolso llevaba auténticos regalos para los niños; era como un saco lleno de tesoros, una mezcla de galletas, bordados, monedas de seis peniques, ropa interior, de todo... A veces también los asustaba, especialmente durante la noche, cuando escuchaban el espantoso sonido de su bastón o el crujir de sus huesos mientras subía hacia las habitaciones con las piernas tan torcidas que a veces tenía que caminar de lado, como si fuese un cangrejo, buscando apoyo con unas manos agarrotadas por la artrosis. Habría sido la viva imagen de una bruja si no hubiese sido por la cara. La vida parecía haber sido «amable con su cara» como una verdadera Fairfax, a medida que fue haciéndose cada vez mayor, la cara fue resultando cada vez más llamativa, llena de vitalidad, como la de una muchacha revoltosa.

Cuando cumplió cien años, lord Savill organizó una comida en su honor en el Yorkshire Club. Hubo muchos amigos suyos que se trasladaron al lugar desde todos los puntos del país y algunos de ellos se reencontraban tras mucho tiempo sin verse, incluso hasta se sorprendían de hallar al otro con vida. Eve tenía un aspecto muy vital. Dio un pequeño discurso muy fluido y entretenido, y luego se quejó de no haber ofrecido bastante vino.

Tras un ataque al corazón, los últimos siete años de su vida los pasó en el hospital cuáquero de York, fundado en 1796, especializado en problemas de debilidad y trastornos mentales. Su tratamiento fue costado por tres cabezas de familia: lord Grimthorpe, el duque de Wellington y lord Linlithgow. Tras una visita, a finales de 1971, su amiga Serena James se marchó muy alterada: «La tenían en una habitación en la que estaba rodeada de mujeres que tenían evidentes trastornos mentales», escribió. «Estaba un poco asustada y me suplicó que me la llevara conmigo; sugirió que llamara a un taxi... No me cabía ni la menor duda de que era muy infeliz en aquel lugar». Preguntó si podían sacar a Eve de allí y trasladarla al edificio principal donde, al menos, podría jugar a las cartas «y ver a algún hombre». Durante el siguiente mes de febrero fue transferida a «un entorno en el que pueda congeniar con más facilidad», en el edificio central.

Durante un tiempo pareció que estaba más asentada. Había días en los que todavía podían sentirse con claridad los ecos de la persona que había sido. Durante la pausa de una representación teatral en Navidad de pronto se oyó un grito inconfundible: «¡No se le oye nada a la maldita hada!».

Cuando el joven historiador Hugo Vickers la visitó en su retiro, en marzo de 1977, fue escoltado hasta el pabellón Charlotte y allí se le aconsejó que adoptara un «aspecto indefenso» cuando la enfermera trajera a la señorita Fairfax. Al rato llegó en una alta silla de ruedas vestida con un largo vestido malva. «Se movía y reaccionaba muy bien. Nos dimos la mano y me presenté», escribió más tarde, «me preguntó muchas cosas sobre mí, de dónde venía, a qué me dedicaba, si era la primera vez que estaba en York... si tenía hermanos o hermanas..., qué edad tenía. “Yo soy un poco mayor que usted”, dijo... Llegó la comida y ella almorzó sin problema. Me pareció realmente llamativo».

Hugo Vickers estaba en aquel momento escribiendo una biografía de Gladys Deacon, la duquesa de Marlborough, y quería saber si su nombre aparecía en el monumental libro de Eve. Una de las enfermeras se encargó de llevarlo. «Era extraordinario», escribió. Comenzó a pasar las páginas y allí apareció la firma de Gladys Deacon, junto a una cita de Baudelaire. Cuando acabó la visita, Eve le dijo: «No ha sido una vida inútil, ha tenido sentido. Cualquiera que vea este libro se dará cuenta».

Cuando Hugo regresó al día siguiente le dijeron que Eve estaba dormida. La pasearon en silla de ruedas por todo el geriátrico, pero no consiguieron que se despertara. «Tenía exactamente el mismo aspecto que una escultura de cera», escribió, «me dijeron entonces que había ocasiones en las que se pasaba así hasta tres días, así que pensé que

había tenido mucha suerte el día anterior».

Sufría demencia senil aparte de la artritis, lo que provocaba que tuviera que estar en estado de observación permanente. De cuando en cuando aseguraba ser la reina Isabel I (el papel que hizo en el desfile de York). No podía mantenerse en pie ella sola, pero como lo olvidaba con frecuencia, acababa protagonizando aparatosas caídas. Las enfermeras lo ponían más difícil, no siempre acudían cuando ella las llamaba. En muchas ocasiones se sentía desorientada y no se daba cuenta de que estaba en un hospital psiquiátrico. Se entristecía y dejaba de hablar. Todas las noches un par de enfermeras se encargaban de levantarla varias veces para prevenir su incontinencia.

Murió de una bronconeumonía a las tres y media de la mañana del 27 de mayo de 1978, cinco meses antes de cumplir ciento siete años. Hubo un funeral en la iglesia de St. James en Bilbrough. Había firmado un testamento en el que declaraba herederos a varios duques y barones, pero como carecía de bienes no hubo nada que legar.

La necrológica de Eve Fairfax que apareció en *The Times* el 12 de junio de 1978 la describió como «una gran dama» que representaba un fascinante capítulo de la historia que comenzaba con el reinado de la reina Victoria y terminaba con la llegada del hombre a la Luna. Pero en realidad no pertenecía a ningún mundo. Sin marido, sin dinero, sin hijos que la reconocieran y sin trabajo, aquella existencia nómada no la llevó a ningún lugar en el siglo XX. Fue más bien como una persona que despierta de un sueño y no sabe discernir del todo si lo que hay a su alrededor es real o imaginario. En su libro copió un discurso que el doctor Temple, arzobispo de York, dio en 1944 en el que decía que la «carga del trabajo» con frecuencia era una «maldición» y que, en términos espirituales, podía decirse que no tener ocupación era una bendición. Tal vez fuera aquel el origen del comentario que hizo ante Hugo Vickers de que su vida había sido «útil». Fue, por utilizar las palabras del discípulo de Rodin, Marion J. Hare: una «elegante tragedia».

El libro, con sus enormes vacíos, sus numerosos clichés, su galería de fotos de damas, caballeros y caballos, de niños, flores, perros, primeros ministros y pasajes poéticos es realmente lo más parecido a una autobiografía. Lo miro una vez más y siento como si entrara de nuevo en su mundo. Entre la multitud de firmas hay también algunos hechos reveladores y siento que estoy más cerca de Eve. Llevó durante mucho tiempo este pesado libro, lo apreció más que nada en el mundo y ahora está en mis manos. Mientras paso con lentitud sus crujientes páginas, tengo permanentemente la sensación de que me voy a encontrar de pronto con algo imprevisible y significativo. No es otra cosa que el encanto y el misterio propio de una investigación. Me cruzo con muchos nombres famosos que preceden su firma con frases del estilo «jamás olvidaré...», pero esas mismas personas jamás la citaron luego en sus autobiografías. Fue un personaje legendario en un mundo pequeño y al final todo se ensombrece..., la sustancia se desvanece en el tiempo. Es como si su historia hubiese sido escrita con tinta invisible y

apareciera levemente cuando uno respirara sobre ella. En una entrevista que le hicieron para la revista *Star*, poco antes de que ingresara en el hospital, le preguntaron si se arrepentía de algo y ella contestó: «Solo de una cosa, de no haberme casado. Fui muy popular en mi época y tuve muchas ofertas. Tal vez si me hubiese casado, hoy estaría mejor». Luego, sin que le hicieran ninguna pregunta más, añadió que conocía a varias personas en Sudáfrica y que tenía familiares allí «como sir George y lady Milner, de Cape Town». Si fuese novelista, escribiría una historia que comenzara en el momento en el que su hijo Mordaunt conoce al hijo de Ernest Beckett, Lancelot, en Sudáfrica.

Al abrir dos páginas que se han quedado pegadas, me encuentro de pronto con la firma de Ernest Beckett bajo el nombre de Grimthorpe. Lleva fecha de 15 de mayo de 1915, dos años antes de su muerte, y cita un devastador poema de Swinburne en versos dáclicos:

La corona de nuestra vida al terminar
no es más que oscuridad y su fruto es el polvo;
no hay espinas más afiladas que las de la rosa
y el amor es más cruel que la lujuria.
El tiempo convierte al pasado en risible
y hace de nuestros amores cadáveres o esposas.
El matrimonio, la muerte y las disputas
terminan haciendo estéril nuestra vida.

For the Crown of our life as it closes
Is darkness, the fruit thereof dust;
No thorns so deep as the roses
And love is more cruel than lust:
Time turns the old days to derision
Our loves into corpses or wives;
and marriage & death & division
Make barren our lives — Swinburne
Grimthorpe 25 May 1915

La entrada de Ernest con los versos del poema «Olores» de Swinburne
(Nuestra Señora de los Siete Olores)

Con Catherine en Cimbrone

Mi investigación sobre Eve y Ernest, como había a empezado a llamarlos familiarmente, me llevó por distintos caminos. Cuando estaba empezando, escribí a una persona a la que había conocido en la escuela. Rupert Lycett Green se había casado con la hija de John Betjeman, Candida, y habían pasado su luna de miel en Villa Cimbrone (sus dos familias aparecían en el libro de Eve). Rupert me contestó que la persona que mejor podía ayudarme era su hermana Catherine.

Catherine Till tenía la misma edad que yo. Tenía también sus propios motivos para investigar en la familia Grimthorpe en un camino muy cercano al mío. Nuestras dos líneas de investigación parecían desplegarse juntas pero sin pisarse la una a la otra, convergían en una especie de horizonte ideal.

Pond Farm, la casa en la que vivía, era una granja construida en piedra en lo alto de un pequeño pueblo inclinado de Newton-upon-Rawcliffe, un caserío azotado por el viento no lejos de Pickering en el norte de Yorkshire. No estaba sola cuando llegué, junto a ella vivían en alegre compañía un perro de tamaño medio (un lurcher) y Crackers, su gato multicolor. En la puerta contigua vivía Basil, su caballo. Catherine, que es una aguerrida motorista, me llevó a ver a todas las personas del condado de Yorkshire que me podían ser de utilidad. Traté con personas que habían conocido, o cuyas familias habían conocido, tanto a Ernest como a Eve. Visité las casas en las que los Becketts y los Fairfax habían vivido y también los cementerios en los que estaban enterrados, pero en ninguno de aquellos lugares encontré lo que deseaba ver con más ansia: el libro de Eve (aunque todas las personas a las que entrevisté lo conocían y tenían teorías de lo más elaboradas sobre el lugar en el que podía encontrarse), hasta que un día en el hipódromo de Yorkshire alguien se llevó por equivocación el sombrero del nieto de Ernest, Christopher Grimthorpe. En el sombrero intercambiado por error encuentra el nombre de «Mr. Sparks» (que también estaba buscándolo a él) y descubre que Alexander Sparks es el marido de la sobrina segunda de Eve, de modo que le habla de mi interés por el famoso libro. Mi investigación llega a su fin. Resulta que Alexander y Serena Sparks tienen el libro y seis semanas más tarde estoy pasando sus páginas en su casa de Wiltshire.



*En el balcón de Catherine Till
en Cimbrone (abril de 2008)*

La primera vez que conocí a Catherine estaba terminando un sondeo masivo para un departamento gubernamental de psiquiatría sobre la incidencia de crímenes en la zona de Middlesbrough. Mantenía también una correspondencia regular con un hombre que estaba en el corredor de la muerte en Florida, al que había ido a visitar un par de veces en la cárcel antes de que fuera ejecutado. Si se mide con unos criterios convencionales, la carrera de Catherine, no es precisamente ordinaria y no se ha visto nunca afectada por la necesidad de ganar dinero (lo tiene más que de sobra), pero a mi juicio todo lo que hace resulta admirable.

Al igual que Eve, Catherine pasó sus primeros años en la mansión de Bilbrough que compró su padre, David Lycett Green tras su matrimonio con Angela, la madre de Catherine. Durante su infancia, Catherine no sabía nada del largo y apasionado romance que había tenido su madre entre 1930 y 1940 con el hijo de Ernest, Ralph Grimthorpe, el chico que había provocado al nacer la muerte de Luie. Ralph, que terminó casándose con

Mary Archdale en 1914, acabó siendo como su padre en muchas cosas. Cuando hablaba con alguien, no importaba si se trataba de un hombre o de una mujer, a su interlocutor le daba la sensación de que era la única persona en el mundo con la que le apetecía hablar.

Recorriendo los páramos de York a toda velocidad en su coche, con Romney en el asiento trasero y Crackers vigilando para nosotros la puerta de Pond Farm, Catherine me confesó que ella no era la hija de Angela y David Lycett Green, sino de Angela y su amante Ralph Grimthorpe. Cuando me senté en el coche junto a ella aquella mañana, Catherine era para mí la hermana de mi viejo amigo de la escuela, pero cuando salí de él, resultó ser la nieta ilegítima de Ernest. Había realizado al parecer un frenético viaje de investigación y necesitaba un poco de tiempo para digerirlo.

Durante los días que siguieron, Catherine me habló de su infancia. No pudo ver mucho a su padre adoptivo, David, a causa de la guerra: «Un recuerdo muy nítido», me comentó, «es el de caminar a su lado sobre la nieve rastreando huellas de animales y de pájaros». También su vida adulta iba a convertirse en un rastreo de huellas que la llevarán a un verdadero conocimiento de su identidad.

Antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, la esposa de Ralph le pidió el divorcio basándose en una acusación de adulterio y Ralph se casó con Angela tras su divorcio de David. Catherine y Rupert, que por aquel entonces tenían diez y ocho años respectivamente, no tuvieron noticia del escándalo que se desató entre todas las familias de Yorkshire y que estuvo agravado por el hecho de que tanto David como Ralph eran maestros foxhound⁹ (y eso provocó que miembros de una rama retiraran la palabra durante años a miembros de la otra rama). Poco después los niños vivían la mitad del tiempo en casa de Ralph, en Easthorpe Hall, una agradable casa del siglo XVIII cerca del pueblo de Amotherby. Ralph practicaba el críquet con Rupert y la equitación con Catherine y cuando David Lycett Green nos preguntaba qué pensábamos de él, nosotros le respondíamos que nos gustaba mucho. «Todavía puedo ver», recuerda Catherine, «el gesto de tristeza súbita que le cruzaba el rostro. Creo que aquella fue la primera vez que sentí el tirón de dos lealtades enfrentadas».

Aquel «tirón de dos lealtades enfrentadas» se hizo más evidente en 1948, cuando David se casó de nuevo. Su nueva mujer, «una mujer sorprendente», tenía ya dos hijos y resultó ser una extraña madre adoptiva. Tenía la capacidad de debilitar la autoestima de Catherine hasta cuando la elogiaba. («Recuerdo una vez que me comentó que tenía una buena complexión y que no debía descuidarla. Me sentí como Masha en *La gaviota* cuando alaban su pelo y ella responde: “Eso es lo que se le suele decir a las muchachas vulgares”»). Catherine me comentó que poco después de haber contraído matrimonio, David tuvo un problema coronario que lo convirtió casi en un inválido durante los doce años que le quedaron de vida.

En 1950, cuando tenía quince años, Catherine fue a Villa Cimbrone por primera vez.

«Siempre me encantó la Villa, sobre todo el perfil dentado de las montañas sobre Maori. Me encantaba vagar por las habitaciones para huir de la furia de mi madre y abrir los cajones de toda la casa para ver si descubría alguna cosa». En una de sus primeras visitas descubrió un diario que Ernest había escrito a comienzos de 1880, antes de conocer a Luie. «Pensé que estaba asquerosamente enamorado de sí mismo», comentó. El diario estaba lleno de trilladas generalizaciones del estilo: «Los flecos en los vestidos y el flirteo casi siempre van juntos. Si uno no ve lo primero, es raro que se encuentre con lo segundo». Para la adolescente Catherine fue una sorpresa descubrir que existieran mujeres en el mundo que pudiesen encontrar atractivo a un hombre con semejante bigote, pero el mundo adulto todavía estaba lleno de misterios. El diario de Ernest dejaba claro que la hija del dueño de una hostería de Nápoles estaba totalmente enamorada de él. Aquel era el tipo de episodios que casi siempre le sobrevenían cuando estaba de viaje en el extranjero.

No se trataba solo de la diversión de poder bañarse y estar con la familia de Ralph y de saber que a su madre le gustaba aquel lugar, se trataba también de la belleza que envolvía por completo Cimbrone y que fascinaba a todos. Catherine era inexplicablemente feliz. Aun así no podía evitar ir de habitación en habitación mirando en las alacenas y abriendo cajones como si tratara de encontrar una solución para sobreponerse a aquellas lealtades enfrentadas.



*La moderna Villa Cimbrone con la nueva piscina
(Cortesía de Tiziana Masucci)*

Cuando regresó a Inglaterra, pasó por «todas las estúpidas fanfarrias» de ser presentada en sociedad. Para espanto de su madre e irritación de Ralph, se enamoró de un polaco imposible llamado Jan. Ralph tuvo una tremenda discusión con él y la crítica de Angela fue tan excesiva y radical que tuvo como consecuencia que Catherine no volviese a confiar en ella nunca más. Para librarla de aquel enamoramiento, la enviaron de vuelta a Villa Cimbrone. A pesar de que nunca tendría un romance en Cimbrone, de algún modo el lugar se convirtió en una especie de tierra prometida en la que se intensificaban los sentimientos por los amantes ausentes. Reinstauró su investigación de alacenas y cajones. «¿Qué era exactamente lo que buscabas?», le pregunté. «Supongo que cuando una persona es un niño, sabe lo que busca, aunque no sea capaz de explicarlo», contestó. Lo que descubrió fue un paquete de cartas de amor que su madre le había escrito a Ralph, durante la guerra. En alguna ocasión su madre había abierto las cartas que estaban dirigidas a ellos, de modo que Catherine invirtió el proceso, como si quisiese actuar ella misma como una madre protectora. No tardó en encontrar en una de las primeras cartas algo que confirmó sus sospechas. Me enseñó una fotocopia. En ella

Angela escribe que nunca podrá abandonar a Catherine porque está enamorada de su padre, Ralph. Más tarde Catherine se dio cuenta de que aquella carta, a pesar de demostrar el amor que su madre sentía por Ralph, no es una verdadera prueba de su paternidad. Se trata de un documento estratégico escrito con la intención, por parte de Angela, de fortalecer su posición antes de abandonar a David. La carta no hace ninguna petición ni protesta contra nada, se limita a repetir algo que ya había preparado claramente con Ralph. Quiere dejar doblemente claro que Ralph se va a responsabilizar de Catherine cuando lo abandone, como realmente ocurrió más tarde.

Catherine continuó con sus investigaciones y descubrió también una carta de Ralph a Angela en la que le dice que Catherine es el bebé más bonito que ha visto en su vida. De pronto se siente inundada por una inmensa alegría.

Catherine nunca consigue resolver aquel asunto con su madre, no estaban en buenos términos ni sentían simpatía la una por la otra. Encerrados en su habitación, ella y su hermano Rupert analizan la situación (en aquella época son compañeros inseparables), estudian fotografías e inspeccionan las similitudes de ambas familias, eligen cada uno las suyas. Rupert sigue siendo un Lycett Green, pero Catherine se convierte en una Beckett.

El asunto de la paternidad se convierte para Catherine en el centro de sus preocupaciones. «Tenía la sensación de que no pertenecía a ninguna parte», me confiesa, «y que estaba siendo juzgada muy severamente tanto por Angela como por Ralph». Le daba la sensación de que estaba sentenciada a tener una vida espantosa. Como si tratara de retrasar la llegada de ese destino, decide prolongar su adolescencia lo máximo posible. Desea casarse y tener niños, pero no quiere hacerlo antes de que se haya solucionado todo ese asunto y sea reconocida como la hija de Ralph, la nieta de Ernest y Luie sin ningún signo ni de vergüenza ni de traición, pero ¿cómo podía tener la certeza? Su instinto le decía una cosa, pero los documentos a los que podía acceder le decían otra. Nos sentamos en su cuarto de estar de Pond Farm: Catherine me dijo que necesitaba una confirmación oficial de lo que sentía que era la verdad y que tenía la intuición de que la prueba que precisaba estaba escondida en Villa Cimbrone.

Cuando regresé a Londres, comencé a preguntarme por qué razón la prueba sobre la paternidad de Catherine podría estar en Cimbrone. La familia Grimthorpe había dejado en aquel lugar, y aparentemente por descuido, todo tipo de papeles tras la muerte de Ralph en 1960, cuando vendieron la propiedad a la familia italiana de los Vuilleumiers. Todavía había secretos en la Villa que esperaban ser revelados.

Hicimos un plan. Escribió a los Vuilleumiers y acordó con ellos que nos alojaran como huéspedes durante una semana porque teníamos intención de estudiar los archivos de los Grimthorpe que habían quedado a su cuidado. Yo pagaría los billetes de avión y el alquiler de un coche. Catherine utilizaría sus virtudes de motorista internacional y

actuaría también en calidad de intérprete de italiano.

La noche antes de la partida tengo un sueño extraño. Estoy en un hotel y cuando voy a deshacer mi maleta, encuentro ropa que no es mía. Entre la ropa hay también un ordenador portátil negro en el que hay un botón rojo que dice «Presíname» (algo parecido al «Cómeme» o «Bébeme» de *Alicia en el País de las Maravillas*). Lo presiono y de pronto escucho la voz de una mujer que me agradece haber encontrado sus cosas. «¿Dónde estás?», me pregunta. Se lo digo y ella me indica cómo devolverle su ropa (se supone que tengo que hacerlo por haber presionado el botón mágico). Debo ir hasta donde ella vive y debo hacerlo viajando por el mismo camino que ella ha utilizado para llegar. Eso me desanima, sobre todo porque ni siquiera sé cuál es el destino final de mi viaje, pero me doy cuenta de que no puedo negarme y que debo ir. Comienzo a meter en la maleta su ropa y la mía, pero no muy confiado de que vaya a caber todo. Estoy luchando para hacerlo encajar cuando, de pronto, suena la alarma del hotel... y yo me levanto para apagar el despertador.

Nos encontramos en Gatwick la última semana de abril de 2000. Yo voy un poco ingenuamente vestido con un traje de franela gris y un abrigo en el que descubro que hay una enorme mancha de tinta procedente de una pluma que llevaba en el bolsillo interior. ¿Se trata de una cicatriz de guerra de escritor o es más bien una señal de que mi fuerza vital comienza a abandonarme? ¿Debería presumir de ella o debería taparla? Veo a Catherine frente a mí y me acerco hacia donde está. Va vestida con un ligero y práctico conjunto que podría servir tanto para irse de excursión al monte como para cruzar el desierto. Decido llamarlo su traje de guerrilla. Me ha recomendado venir con la maleta medio vacía para poder llevarnos todos los papeles que queramos de Cimbrone. Ella trae una bolsa de viaje extraordinariamente grande, sin estructura rígida y de color beige. Desde ciertos ángulos alberga algún parecido con un oso pequeño. Me ofrezco a llevársela y ella acepta de inmediato, pero ¿cómo es posible que esté medio vacía? ¿O es que está medio llena de plomo? Me peleo un poco con la bolsa, incapaz de saber cuál es la parte de delante, cuál la de atrás, la parte de arriba o la de abajo. Parece que tiene ruedas, pero es como si estuvieran por dentro, hay que destriparla para sacarlas afuera. Ralentizamos la fila creando tras nosotros una ola de impaciencia.

Cuando ya hemos despegado, Catherine me muestra algunas fotocopias de cartas para ponerme al día sobre la historia que comenzó a contarme en Pond Farm. Tiene una ingeniosa teoría acerca del hecho de tener dos padres a los que quiso sin poder evitar sentirse desleal con los dos, asegura que es parecido a tener una mujer y una amante, asegura que ha contribuido mucho a que su pasado continúe sin resolverse emocionalmente. Entre los veinte y los treinta años, cada vez que mantenía una relación intensa con un hombre, aquello le provocaba tanto sufrimiento como placer.

En 1966, cuando tenía trece años, hizo un viaje a la India, Tailandia y Camboya y en

una cena en la Embajada Italiana de Nueva Delhi conoció al rajá Ranbir Singh, «un rajá sin reino». Ranbir había pasado una buena parte de su vida fuera de la India. Había sido educado en Balliol College y había dejado transcurrir la guerra en Suiza «conquistando mujeres y aprendiendo un francés impecable». Tenía dieciséis años más que ella y Catherine se quedó muy impresionada por él. «No tenía ni el más mínimo sentido común», asegura con una sonrisa, «y además tenía un carácter violento». Lo que más le gustaba del mundo era burlarse de su propio conocimiento. Era como «escuchar a una enciclopedia parlante».

Aquel otoño se reunió con unos amigos a los que había conocido en Katmandú y desde allí se dirigieron hacia Nepal. Eran como pioneros de un éxodo *hippy*. Fue una experiencia inolvidable; el esplendor de Afganistán y la salvaje belleza de los valles de Bamiyán con sus monumentales estatuas de Buda. Se presentó como voluntaria para dar clases de inglés a niños tibetanos en un centro de refugiados en el norte de la India infestado de ratas. «Me encantó», dice, «menos por las ratas, claro. Adoro los niños tibetanos. Creo que fue la época más feliz de mi vida».

A diferencia de muchos otros viajeros ingleses nunca se enamoró de la India, pero se encontró de nuevo con el rajá Ranbir y se enamoró de él. «Supongo que me halagaba la idea de que entre toda aquella nube de mujeres él solo quisiera casarse conmigo. Era llamativo lo arrogante que era, siempre estaba mirándose en el espejo. Me llevó un tiempo darme cuenta de que necesitaba que alguien lo reafirmara en su forma de vestir y en todo lo demás». Tal vez Catherine también necesitaba que la reafirmaran y pudieron reafirmarse el uno al otro. Me dio la sensación (aunque no se me ocurrió decir nada) de que aquellos niños tibetanos a los que había querido tanto y enseñado inglés en el centro de refugiados del Himalaya le habían provocado un intenso y urgente deseo de tener sus propios hijos. Decidieron casarse y tuvieron tres hijas impresionantemente guapas –me enseñó las fotografías–. Ranbir tenía dos hijos de un matrimonio anterior, uno de doce y el otro de quince años (los dos iban a la escuela en Harrow). Los había dejado a cargo de su madre cuando eran muy pequeños y no los había vuelto a ver hasta que ya estaban muy crecidos. Catherine estableció un vínculo con aquellos niños que excluía a su padre de algún modo. «Su comportamiento hacia mí fue haciéndose cada vez más y más obsesivo. Me llevó varios años darme cuenta de que nuestro matrimonio era un fracaso y en cuanto lo hice, me separé».

Durante un tiempo se refugió en Porlock con sus hijas, en West Somerset, antes de que Christopher Grimthorpe le ofreciera una vivienda en el remoto pueblo de Westow, unos cuantos kilómetros al noreste de York. Las llamadas telefónicas y amenazas de Ranbir comenzaron a espaciarse. «Éramos felices», asegura. «Comencé a estudiar para obtener un título en la Open University en Sociología y Humanidades. El título me resultó de poca utilidad a mi edad, pero ha sido una fuente constante de satisfacción». Una curiosa

insignia de conformidad.

Ya habíamos cubierto sus años de confusión en nuestro breve vuelo hasta Nápoles y ya descendíamos hacia el aeropuerto cuando comenzaba a bosquejar su segundo matrimonio. En 1974 conoció a Patrick Till, un abogado del estado que «con una espontaneidad poco habitual decidió inmediatamente que quería casarse conmigo». Al igual que ella, era un fanático de los caballos y de la caza del zorro, y al igual que ella, le faltaba un poco de confianza en sí mismo. Pero aparte de eso no tenían muchas más cosas en común. Fue un buen padre adoptivo para sus hijas y tenía tres hijos propios aproximadamente de la misma edad. «Supongo que tendría que haberme negado a casarme con él o haber aceptado, pero haber puesto todo de mi parte para que el matrimonio saliera bien», afirmó. No le reprochaba haberla abandonado, «pero el proceso fue muy doloroso de nuevo y me volví a sentir al margen de todo».

Aterrizamos en mitad de ese caos del aeropuerto que a Catherine le parece un «milagro de la eficiencia» y a mí sencillamente un «milagro», y buscamos nuestro coche. Un milagro porque, a pesar de que tenemos varios documentos que lo afirman, no parece haber ninguna compañía de alquiler de coches en todo Nápoles con el nombre que figura en nuestros papeles. Es la primera oportunidad de Catherine de desenvolverse con su italiano mientras yo permanezco al lado, mirando con una expresión de lo más severa. Habla con energía, aunque intercalando abruptas carcajadas más o menos cada dos o tres frases (a las que se suele unir su interlocutor mientras yo hago grandes esfuerzos por mantener la severidad de mi mirada), debidas a su fuerte acento británico. Hay una atmósfera de desconcierto, como si hubiera una niebla espesa cubriéndolo todo; y luego, de pronto y sin motivo, el sol se pone a brillar y entre risas y felicitaciones alguien nos pone en la mano las llaves. Nuestro coche está aparcado tan pegado a otros dos coches que no parece que se pueda entrar en él por otro lugar que no sea el techo, pero ese es el tipo de dificultades que hace que Catherine se venga arriba. Revelando de repente las habilidades de una contorsionista, se embarca en su lucha particular y practica ruidosamente con las marchas hasta que el coche, como si fuese un animalito intimidado, salta hacia atrás y está a punto de atropellarme. Conseguimos salir por fin.

Como no sabemos qué dirección tomar, sugiero que vayamos parando y leyendo las señales. A Catherine mi sugerencia le suena un tanto sosa. Recuerdo que me comentó que había cruzado Nepal en coche y siento un breve estremecimiento. Tengo un mapa, un mapa pequeño, pero por desgracia cubre toda Italia y la parte que corresponde a nuestro viaje de sesenta kilómetros (que al final acaba siendo más largo) apenas se ve en él. Leer los carteles de la carretera, algo que Catherine me permite hacer amablemente, se parece a intentar descifrar un código complicadísimo ya que la mayoría de los carteles indican la dirección de restaurantes. Acabamos generando a nuestra espalda una caravana de malhumorados motoristas a lo largo de toda la carretera del sur de Salerno que, al

parecer y para nuestra irritación, coincide con la carretera del norte de Roma. Por desgracia, Catherine no termina de familiarizarse bien con las marchas italianas. «¿Estoy en segunda o en tercera?», me grita y yo me inclino con el mapa todavía en las manos para tratar de averiguarlo. Finalmente conseguimos encontrar la *autostrada* y, tras darle una descomunal cantidad de monedas al empleado de la barrera, continuamos nuestro camino.

«¿Dónde estamos ahora?», pregunto. Catherine contesta con decisión: «¡Ahí tienes el Vesubio!», exclama soltando del volante las dos manos, pero aun así no parece haber muchas señales que indiquen la dirección de Ravello y decidimos parar en una gasolinera para comprar un mapa de carretera. No parece haber ninguna. Yo muevo con frenesí mi dedo por el mapa de Italia y de pronto digo en voz alta: «¡NOCHERA IN!». Catherine me corrige: «*Nocera inferiore*». Yo finjo no haberme dado cuenta. Finalmente encontramos una gasolinera y Catherine, tras echar un vistazo a la puerta, tiene la fuerza para abrirla y también para abrir una especie de panel cerrado. Yo espero en el coche como si fuese el perro, como una especie de Romney, cuidando nuestro equipaje, con aspecto desamparado. Catherine desaparece y al poco tiempo regresa triunfal con un mapa. Lo estudio con atención y le digo que todavía tenemos que ir más lejos y luego regresar de algún modo para evitar recorrer toda la costa del sur de Italia.

Volvemos a la carretera, salimos de la *autostrada* y hacemos un impresionante cambio de sentido para regresar a la *autostrada*, le damos más monedas al empleado de la barrera y, por fin, conseguimos ponernos en dirección contraria. De pronto vemos una señal que indica Ravello, giramos y giramos de nuevo y nos perdemos en un amasijo indistinguible de calles. «¿Estamos en Agni o en Pajani?», murmura Catherine. Yo no digo nada. Preguntamos a una chica que está paseando un perro: ninguno de los dos parece saber nada. Regresamos hacia las montañas, vamos hacia atrás y luego hacia delante, casi nos volvemos locos. Vemos otra señal hacia Ravello y conseguimos recuperar el camino, pero esta vez se trata de un sendero lleno de curvas, vamos hacia arriba, por un lado y por otro, y casi en dos ruedas o esa sensación me da. Catherine le da ánimos al coche como si se tratara de su caballo Basil, se lo está pasando estupendamente. En un momento complicado me pregunta cómo preferiría morir, si estampado contra las rocas o despeñado por el valle. Elijo las rocas. «Entonces no dejes de recordarme», me dice, «que en Italia conducen por la derecha». La mayor parte del tiempo somos comedidos y optamos por conducir por el medio de la carretera. De cuando en cuando le recuerdo a gritos dónde estamos, agarrándome con fuerza al tirador de la puerta.

Una de las ventajas de los coches con marchas, comenta Catherine mientras hace derrapar la rueda, es que son más estrechos que los automáticos y eso les permite esquivar obstáculos con más facilidad. ¿Será cierto? Está muy animada y siento que

estamos más en peligro durante sus momentos de duda que durante sus instantes de súbita determinación. Me dejo llevar y doy algún que otro grito de ánimo mientras ella conduce a toda pastilla. «¡Fantástico!», exclamo y ella hace sonar el claxon. «¡Lo hemos conseguido!», grito de nuevo cuando pasamos a un camión que estaba detenido y tras el que habíamos estado parados media hora pensando que esperaba por un semáforo en rojo. En más de una ocasión deseo que haya un semáforo en rojo frente a nosotros, o varios semáforos en rojo, pero continuamos nuestro camino de buen humor y noto que Catherine se siente mucho más segura entre montañas. Cuando le señalo en el mapa y le digo «estamos aquí», me contesta que no importa y tiene razón. A partir de ahora todos los caminos llevan a Ravello. Entramos por una vía inesperada, pasamos un túnel inesperado, giramos inesperadamente a la izquierda y entramos en un parking en el que tenemos que rellenar unos datos un tanto incomprensibles antes de poder dejar el coche en una especie de estocada final (tipo *El salario del miedo*)¹⁰ casi al borde de un precipicio.

Sacamos las maletas. A pesar de haber llegado muy alto tenemos que subir todavía muchísimo más arriba. Desde donde hemos dejado el coche hasta la plaza de Ravello hay unos cuarenta escalones y desde allí, atravesando una nube de niños, paseantes, gente sentada en terrazas, cruzando pasadizos, puentes, pasajes, iglesias, casas, restaurantes bajo arcos de piedra; caminando sobre el empedrado, a veces acompañados por la música y otras sintiéndola en la lejanía, vamos subiendo. Todo esto puede parecer exagerado (y lo es en realidad), pero solo porque tengo que hacer este trayecto peleándome con la descomunal maleta de Catherine que parece tener el profundo deseo de ir colina abajo constantemente, en especial cuando encaramos los ciento seis escalones que nos quedan cuando ya hemos superado los cuarenta primeros. Tiro y cargo, arrastro y vuelvo a cargar la maleta, pidiéndole a Catherine que vaya delante de mí para avisar, como si fuera Aníbal, a las buenas gentes de Cimbrone de que me estoy acercando. No me defrauda ni me abandona. Ahora es ella la testigo de todo mi esforzado y humillante recorrido igual que yo he sido testigo de su intrépido zigzag por la montaña. Finalmente cruzamos un portal de madera, la entrada a Villa Cimbrone.

El jardín se extiende pacíficamente delante de nosotros y al fondo el mar como un espejo, con unas nubes bajas e inmóviles a lo lejos (¿o se trata de islas?) bajo un sol brumoso. A nuestra izquierda queda la Villa con sus patios, terrazas, claustros y balcones. Durante la próxima semana este va a ser nuestro lugar de investigación. La gente que viene a visitar el jardín cada día está empezando a salir y nosotros hacemos nuestro recorrido en dirección contraria a una corriente de padres e hijos, parejas de novios y turistas. Catherine comienza a hablar con alguien de la familia Vuilleumier y nos hacen pasar a través de un pequeño patio y una puerta en la que se lee un cartel de «privado» hasta nuestras habitaciones. La mía es casi toda ella rosa y verde, la de Catherine es azul,

y las dos dan a unos naranjos que miran a la bahía, a lo lejos.

Conocemos a la familia esa misma noche en una de las terrazas y yo les regalo una copia de mi *Lytton Strachey*, se lo entrego a Giorgio, quien ha perdido a su padre hace poco tiempo y se ha convertido en el cabeza de familia a pesar de que su madre vive todavía y, en alguna parte del interior del edificio, también la madre de su madre. Les regalo mi libro en parte para mostrar mis credenciales de caballero académico y en parte para establecer un vínculo con Villa Cimbrone. Catherine me había enseñado de antemano un folleto en el que se comenta que el lugar fue un punto de encuentro habitual para el grupo Bloomsbury. Saco mi pluma y escribo en la primera página «A Villa Cimbrone» y luego firmo. Dentro de siete años me servirá de pasaporte para hablar aquí de Strachey y conocer a una joven admiradora de Violet Trefusis, la misteriosa Tiziana. La familia admira mi libro a una respetuosa distancia. Lo acogen con gestos de amabilidad y simpatía, pero ninguno de ellos parece atreverse a acercarse demasiado. Yo espero que eso los anime en el futuro a ofrecer ellos alguna cosa también en el transcurso de nuestras investigaciones. Nuestro primer encuentro formal es a la mañana siguiente.

Catherine y yo bajamos los setenta y tres escalones entre callejones y pasajes y le preguntamos a un anciano qué restaurante nos recomendaba. Señala uno con el dedo y luego se lleva la punta de los dedos a los labios para indicarnos lo deliciosa que es la comida.

Catherine no tiene ganas de hablar de la entrevista del día siguiente y yo me doy cuenta de que está preocupada por la perspectiva, de modo que nos ponemos a charlar un poco sobre nosotros mismos. «Yo estoy más interesada en él, que él en mí», escribe en un diario que tiene de nuestros viajes. Pero eso no es cierto. En Yorkshire estuve constantemente preguntándole cosas sobre su vida y de pronto sentí que le debía un descanso después de aquel bombardeo. Pero Catherine lo interpreta como si hubiera en ella algo que no produce interés. Yo no me doy cuenta de nada de todo esto hasta que poco después me deja su diario para que lo lea. Es una persona que externamente muestra un enorme valor, pero que es extremadamente insegura por dentro. Si está allí, es precisamente para afrontar esa inestabilidad.

Regresamos dando un paseo hacia la Villa, deteniéndonos para observar las luces en el valle. Hace bastante frío. Llegamos hasta el gran portón de madera y como está cerrado, llamamos a todos los timbres que encontramos. Alfonso, un hombre de lo más encantador con un espeso bigote, nos abre la puerta y nos informa de que nos llevará el desayuno por la mañana. Como Villa Cimbrone ya no funcionaba como hotel, ninguno de los dos habíamos esperado que nos fueran a llevar el desayuno. Decidimos tomarlo en el balcón de Catherine a las 8:30 y discutir nuestra estrategia antes del comienzo de nuestras negociaciones.

Me despierto a las 7:00 y echo un vistazo. Es una mañana un poco nublada, pero la

habitación es luminosa. Los suelos están embaldosados, hay muebles enormes y el baño es blanco y moderno. Poco antes de las 8:30 llamo a la puerta de Catherine. Es su cumpleaños, «aunque me gustaría olvidarlo», dice. La habitación está llena de notas que le ha dado la gente antes de que se marchara. Los cumpleaños son un símbolo que le preocupa, pero todas esas notas alegres parecen un signo prometedor. Vamos hasta su balcón que mira al mar. Una vista maravillosa, de ensueño. Mientras estamos allí sentados, Alfonso abre las persianas que habían estado cerradas y aparece por una ventana a nuestra derecha. Catherine lo saluda con una exclamación y él desaparece. Diez minutos más tarde aparece de nuevo con nuestro desayuno y así lo hará siempre a partir de ahora todas las mañanas: un buen café cargado, unos cruasanes magníficos, jamón, miel y mermelada.

Tras el desayuno, Catherine me comenta que se pondría furiosa si la familia sigue reteniendo los papeles de la familia de Lucille. Se quedaron aquí por puro accidente y, con excepción de aquellos que se refieren a Villa Cimbrone, el resto deberían estar en Inglaterra. Le digo que deberíamos dar ejemplo nosotros primero, entregándole a la familia fotocopias de lo que pensemos que pueda ser de verdadero interés para ellos. Por poner un caso, yo he traído una copia del testamento de Ernest Beckett y estaría encantado de regalársela ya que en ella hay muchas referencias a Villa Cimbrone. Les preguntaré sobre la compañera de Ernest, Florence Green, y sobre la famosa casa de Castro Leone. Si tienen cartas de Beckett, les pediré permiso para fotocopiarlas.

Antes de que comiencen las negociaciones damos un paseo a lo largo del belvedere pasando junto a la fila de esculturas romanas, como si estuviésemos inspeccionando un batallón de soldados heridos, y a continuación exploramos las terrazas inferiores, descendiendo cada poco unos escalones de piedra con unas barandillas de madera, pasando de un nivel del jardín a otro. El sol empieza a aparecer ya entre la niebla y a dibujar temblorosos trazos sobre la hierba a medida que se proyecta sobre las ramas de los árboles. Muchas de esas plantas y árboles provienen del norte de África y del Mediterráneo oriental. Hay cipreses, enebros, tejos, un paseo rodeado de azaleas, hortensias... Desde el fondo del valle y las colinas llega un lejano rumor de gente que trabaja. De cuando en cuando doblamos una esquina y nos encontramos con alguna excentricidad de Beckett. Mi favorita es una estatua desnuda de una Eva más bien regordeta inclinada sobre una oscura gruta. Lo más probable es que fuera esculpida en Roma, eso me gusta pensar, y que la hiciera Waldo Story con una voluptuosa José como modelo. Cuando D. H. Lawrence vino a este lugar en compañía de Earl Brewster, en 1927, también caminó entre estos mismos árboles, paseó junto a estos estanques en los que crecen los lirios y cuando pasó junto a esta gruta con esta estatua tamaño natural, comentó que estaba «demasiado pálida» y que necesitaba «un toque de color». Agarró entonces un puñado de tierra marrón y comenzó a restregarla enérgicamente sobre la

cara de Eva y más tarde, como le gustó el efecto, le dio un «completo baño de barro» convirtiéndola así en una «señorita negra». Desde aquel acto vandálico de Lawrence se puso una reja en la entrada de la gruta, excluyendo de aquel modo a Eva del paraíso construido por Ernest y haciéndola prisionera.

Regresamos a la biblioteca, donde hemos acordado nuestra cita con Giorgio. Hay allí entre doscientos y trescientos libros de la época de Grimthorpe –ingleses, italianos, muchos clásicos franceses y sobre todo ediciones de coleccionista perfectamente encuadernadas y seguramente nunca leídas—. En una mesa redonda, ubicada en el centro de la habitación, hay algunas novelas contemporáneas que han dejado allí algunos de los huéspedes. Aparece Giorgio y lo acompañamos a través de unas puertas hasta un enorme patio donde comenzamos a charlar.

Yo le enseño el testamento de Ernest y leo en voz alta y muy despacio las partes que tienen relación con Villa Cimbrone y le pregunto por Castro Leone y por Florence Green. Jamás ha oído hablar de ninguno de los dos, pero nos da los datos de un historiador de Ravello que tal vez sepa algo sobre el asunto. Le doy la copia del testamento esperando que se la quede, pero en vez de eso hace una fotocopia y me la devuelve. El zumbido de esa fotocopidora acabará siendo un sonido familiar los días siguientes. Nos enseña también unos sobres blancos que contienen recortes del *Yorkshire Post*, *The Times* y el *Morning Post* de finales del siglo XIX y principios del XX, sobre todo referidos a discursos políticos de Ernest durante las elecciones generales. Yo los leo mientras Catherine le habla de la vida de los Grimthorpe. Yo me temo que esa charla sobre las vidas y carreras de esos banqueros y miembros del parlamento de Yorkshire sea una pérdida de tiempo, pero estoy equivocado porque no hay nada que a Giorgio lo divierta más que las vidas de la aristocracia inglesa. Es como si, a pesar de haber tomado posesión de la casa a comienzos de los años sesenta, las dos familias hubiesen estado milagrosamente hermanadas. Giorgio aprecia mucho todos estos pequeños y amarillentos recortes de prensa, todas esas muertes y casamientos, esos resultados de las elecciones de una nación lejana, y no le interesan ni por su valor económico ni por su contenido, sino tan solo como una evidencia de su conexión. Hasta el simple sonido de esos nombres aristocráticos es como música para sus oídos. Quiere escuchar más y hasta quiere escuchar de nuevo lo que ya ha escuchado. Está fascinado por todo lo que Catherine le cuenta en su maravilloso italiano de Yorkshire.

Pregunta por qué razón la familia dejó en este lugar toda esa documentación si no quería que en realidad formara parte del legado de Cimbrone. Y es que hay mucho: libros, muebles y todos esos papeles. Eso no podía ser casual. ¿Y por qué habíamos tardado tanto en volver para reclamar esas cosas? Le respondo que hay una pequeña diferencia entre los muebles y los papeles. Los muebles son al fin y al cabo una parte de la casa y trasladarlos de un sitio a otro, en general, suele ser poco práctico. Deben

considerar que tanto los muebles como los libros son una especie de «extra» legítimo. Pero los papeles que quedaron en los cajones o metidos dentro de esos muebles son algo esencialmente distinto. Lo más seguro es que se quedaran allí por equivocación o por descuido.

Es habitual que se dejen en el lugar por error. ¿O es que no nos ha pasado a todos alguna vez algo parecido? Le explico que mientras estaba escribiendo mis memorias fui en una ocasión a la casa de mis abuelos, donde había crecido, y los dueños me mostraron libros que yo había leído siendo niño y también el *Libro de lámparas* de mi padre donde había diseños de lámparas de Lalique de entre 1920 y 1930, y el *Libro de helechos* de mi abuela, un enorme volumen en el que mi abuela había conservado todos los helechos secos y prensados que había recogido en la India en 1870. Todas aquellas cosas las habían encontrado detrás de una cortina en el ático las personas que habían comprado la casa después de que mi familia se fuera de allí. El nuevo dueño, que era horticultor, estaba especialmente orgulloso del *Libro de helechos*, pero me permitió que me lo llevara, al igual que el resto de los libros. Para él no fue una decisión fácil pero actuó con generosidad porque reconocía que habían sido abandonados allí por descuido y que me pertenecían a mí por derecho. Catherine, le digo, está reclamando ahora la misma generosidad y el mismo sentido de la justicia. A cambio promete hacer lo mismo con todo lo que encuentre en Inglaterra que tenga Italia como su verdadero hogar. Ese es, en pocas palabras, el caso que nos atañe. La única dificultad es que no sabemos exactamente qué hay en Cimbrone y comenzamos a sospechar que el propio Giorgio tampoco.

Nuestro encuentro continúa hasta primera hora de la tarde, momento en que Giorgio nos presenta a su madre, una mujer pequeña, robusta y sonriente que debe de andar casi por los 60 años, con pelo corto color caoba, que recibe a Catherine con tanta amabilidad como si fuera «una más de la familia». Nos reunimos para hacer un resumen de nuestras charlas por la noche, tras una comida tardía en Ravello y una siesta. Esa es más o menos la que va a ser a partir de ahora la pauta de nuestros días, un esquema que tendrá más bien pocas variaciones.

Una tarde, durante una pausa de trabajo y en uno de los patios, conocemos al historiador local. Es un hombre muy amable, pero no es capaz de ayudarnos a encontrar Castro Leone, aunque en este preciso momento está trabajando en unos legajos en los que tal vez descubra algo nuevo. Se pondrá en contacto con nosotros en alguna ocasión durante este año, o tal vez el año que viene, o el próximo...

Otro día comemos con Gore Vidal. Vive en el promontorio que queda justo debajo de Villa Cimbrone, en un espacioso y fantástico acantilado, en una casa que parece colgar peligrosamente de allí. En equilibrio sobre el mar están situados también algunos acres en los que crecen viñedos, olivos, limoneros, cipreses y pinos. Pero aun así tiene un nombre

amable: «La Rondinaia» (el nido de la golondrina), y fue construida por Lucille (cuyo espíritu, según Gore Vidal, todavía tiene la casa tomada). Es probable, pienso yo de pronto, que toda esta tierra se llamara en su día Castro Leone y fuera el lugar en el que se suponía que Florence Green iba a construir su villa. Todo el mundo le había dicho al arquitecto que proyectó esa espectacular casa que no iba a tardar en desprenderse de la superficie del acantilado, caer por la montaña y hundirse en el mar; de modo que Lucille se hizo con un poco de dinamita con la que creó una gruta justo debajo de la casa y, por lo que se ve, la casa sigue en pie. Se trata, todo el mundo coincide en ello, de un milagro.

Lucille creía en los milagros. En una ocasión en la que iba por Oxford Street, en Londres, en la parte de arriba de un autobús, tuvo una revelación que luego trató de elucidar en dos libros: *Palabras desencadenadas* (1955) y *Neti. Neti (Ni esto. Ni lo otro, 1959)*. En esos libros trató de elaborar una «teoría sobre todo». Mezcla en ellos filosofía con astrofísica, una pizca de dogmas religiosos tanto antiguos como modernos, unos gramos de infinitud y todo espolvoreado con citas de Jung, Buda y el astrónomo Fred Hoyle, un cóctel capaz de hacer permanecer para siempre la desesperación en esta bahía. La Rondinaia, que desafiaba las más pesimistas de sus predicciones, acabó convirtiéndose en un templo erigido a su fe.

Al igual que sucede con muchas otras religiones, el sendero que lleva hasta el templo no es sencillo. El verdadero sendero comienza en una puerta en la parte trasera de un hotel de Ravello, una puerta que tiene una campana que uno debe de hacer sonar enérgicamente si desea entrar en ese sendero vertiginoso. Hay también otras entradas con campanas a lo largo del recorrido. Las hacemos sonar y escuchamos la voz de Howard Austen, el guarda y compañero de Gore Vidal, que nos recuerda que debemos caminar con pasos cortos y firmes hacia la montaña. Cruzamos el umbral de la última puerta y entramos a un jardín en el que una patrulla de dos gatos leoninos guían a Howard hasta la casa en la que Gore nos da la bienvenida con copas de champán.

Cuatro meses después, cuando llegó Erica Jong, describió aquel lugar como «uno de los lugares más hermosos de la tierra», a pesar de que asomada a aquel balcón, la autora de *Miedo a volar* sintió más de un arrebató de vértigo. Ve lo mismo que nosotros: los lienzos del siglo XVII, la cabeza grecorromana de Zeus, el mosaico del siglo I expuesto como una pieza en la pared y el cuarto de estar con sus fotografías de la vieja amiga de Gore, la princesa Margarita.

Damos un lento paseo hacia Ravello y comemos en un restaurante que está al borde de la ciudad. Gore es saludado allí como una celebridad, un «maestro». No conocen demasiado bien la diferencia, nos asegura, entre un escritor y otro, pero como hizo un anuncio de vodka para la televisión (ya no se acuerda ni de qué marca era), su reputación ha subido muchísimo. El otro escritor al que se lo habían propuesto había sido Salman Rushdie. Gore pregunta por él y por su relativamente nueva mujer, Elizabeth, y yo me

escucho a mí mismo llamando a Salman mi «amigo de las tormentas», dando a entender que lo veía mucho más en la época en la que estaba en peligro que en la que no corre ninguno.

Gore me sorprende como si se tratara de una versión americana de Winston Churchill. Tiene alrededor de setenta y cinco años y no goza de buena salud, pero todavía tiene la energía de un bulldog. Le encantan los cotilleos de primera división, ha leído bien a los clásicos y está al día tanto de literatura contemporánea como de política, le gusta mucho beber y tiende a monopolizar la conversación. Parece también un poco vulnerable, y como le interesa el poder, está muy al tanto del estado en el que se encuentra tanto su carrera como la del resto de sus contemporáneos. Comenta que, cuando era joven, Bernard Shaw tenía una inmensa reputación internacional y ¿dónde está ahora? Creo que él mismo piensa también en su reputación futura y en si ha querido abarcar demasiados intereses o en si ha abarcado demasiados pocos. Catherine está fascinada por la manera en la que nos felicitamos el uno al otro (y por tanto a nosotros mismos) por haber acabado de este modo sin ni siquiera haber pasado por la universidad. Él se da cuenta de que no puede seguir viviendo mucho más tiempo en un lugar tan remoto como ese y se pregunta si no debería regresar a St. Alban's School, su alma máter, a un lugar de estudio, siguiendo los pasos de Berenson en «I Tatti» o de Harold Acton en «La Pietra». Sospecha que la familia Vuilleumier le tiene el ojo echado a su propiedad y él no quiere que la compren. Son campesinos, dice. El pasado diciembre hubo un incendio en Villa Cimbrone y ¿quién sabe cómo empezó? Nosotros ya habíamos visto de hecho las marcas negras, como si se tratara de misteriosas manchas de tinta en el techo de la casa. Nos habían dicho también que la planta inferior había quedado destrozada. Giorgio nos había comentado que algunos de los papeles de Grimthorpe se habían chamuscado, pero Gore replica con desprecio: «¿Cómo pueden chamuscarse unos papeles? O se queman o no se queman». Giorgio nos había llevado un sobre ennegrecido y que ni siquiera podía abrirse (en aquella sesión nosotros acabamos también con las manos negras).

Catherine comienza a desanimarse al comprobar que nuestro progreso en la Villa es lento y errático, pierde los nervios entre una revista y la siguiente. Se imagina a Giorgio metiendo la mano aleatoriamente en un montón desordenado de papeles guardados en un chamuscado ático y sacándolos al azar. Si por lo menos pudiésemos buscar nosotros solos en el lugar donde los tienen archivados. No hace más que suspirar para que llegue el día en que le permitan ir de habitación en habitación abriendo cajones y revisándolo todo. ¿Es que acaso no confían en ella solo porque es ilegítima? Cuando llega a sus manos alguna carta que tiene una verdadera conexión con Grimthorpe (alguna carta, por poner un caso, del hijo de Lucille), puedo ver con frecuencia que sus ojos se llenan súbitamente de lágrimas. Cuando ya llevamos un par de días, me doy cuenta de que ha perdido casi totalmente la esperanza de encontrar una evidencia sobre su paternidad,

pero mantiene su interés la posibilidad de poder hacerse con un puñado de cartas originales de Grimthorpe para llevarlas de vuelta a la familia. Si pudiese hacer eso, nadie dudaría de su condición de auténtica mensajera; alguien que lleva algo de vuelta a la familia es alguien en quien se puede confiar. Entre sesión y sesión, cuando bajamos a comer a algún restaurante de Ravello, a veces se presenta ante los demás como la hija de lord Grimthorpe que está pasando unos días en su vieja casa de Villa Cimbrone. A mí me asusta la posibilidad de que tanto las camareras como los *maîtres* de hotel se burlen de ella, pero de nuevo me equivoco: a todos les encanta. Hablan sin parar de los grandes beneficios que la familia Grimthorpe ha dado a Ravello y nos ofrecen las mejores mesas y una comida excelente.

En nuestro siguiente encuentro le sugiero a Giorgio que si pudiésemos hacer fotocopias de todo el archivo Grimthorpe que está en su poder podrían hacerse dos bloques para conservar: uno en Villa Cimbrone y otro en Yorkshire; y así habría menos riesgo de que el archivo se perdiera por un fuego accidental. Me contesta (yo lo recibo mediante una agitada traducción simultánea de Catherine) que no puede tomar solo esa decisión y que tiene que consultarlo con su madre que es la persona, eso dice, a la que Lucille legó sus documentos. Pero cuando aparece su madre, él comenta que es un asunto que atañe en realidad a toda la familia y que también debería consultarlo con sus dos hermanos. A mí todo me recuerda a la estrategia de Spenlow y Jorkins que Dickens utilizaba en *David Copperfield*; la verdadera autoridad de la cual depende la respuesta final siempre está en otro lugar, ausente. Le parece sospechoso ese súbito interés por los papeles de la familia. Catherine le explica que es normal que la gente se interese más por su pasado cuando se hacen mayores.

Nos hallamos en una zona de poder flanqueada por dos culturas diferentes; la resistencia que muestra Giorgio para permitirnos ver su archivo tiene una naturaleza tan mágica como la que ha adquirido en la imaginación de Catherine, pero el asunto de fotocopiar los documentos es un compromiso poderoso y, en principio, llegamos al acuerdo que debería hacerse. Puede parecer de poca importancia, pero hemos jugado nuestras cartas lo mejor que hemos podido. ¿Acaso hay ahí algún tesoro que será descubierto en el futuro? A mí me parece que no lo hay, pero sí existe la posibilidad de que Lucille dejara aquí las cartas de amor de Ernest Beckett a Eve Fairfax. Al igual que Catherine, me marcho con la sensación insatisfactoria de quien no sabe lo que sucede. En cuanto a Catherine, ha sido por muchas razones un asunto triste. Para ella, Villa Cimbrone es como una prolongación de sí misma. El fuego adquiere para ella una dimensión simbólica, los maravillosos días de Cimbrone y todo lo que significaron están ya muertos y enterrados.

La última noche vamos a cenar a un caro restaurante en el hotel Palumbo, los dos estamos muy cansados. Pedimos una botella de vino y Catherine me pregunta qué hay

escrito en la etiqueta. Yo me pongo las gafas y la observo con atención. Dice: «¡Bébasela entera!». Se lo digo y los dos prorrumpimos en una carcajada nerviosa.

En nuestro último día, la familia Vuilleumier nos agasaja con una fantástica comida. Hay cuatro generaciones de la familia sentadas alrededor de dos mesas, una está en una cocina junto a una estufa blanca y azul y la otra en el comedor; la luz entra por las ventanas que dan a la cara del acantilado. Una mujer, a la que yo tomo por la abuela de Giorgio, ha asomado la cara desde su guarida (parece una mujer sin edad) junto a sus dos hermanos (que a veces se pasan por allí solo para quejarse de todo, nos dice amablemente la madre de Giorgio) y también sus hermanas con los niños, que están en la mesa de los jóvenes. La comida está deliciosa y la componen varios platos: pasta, ensaladas, verduras de la huerta local, queso y fruta. Catherine está muy atareada traduciendo por aquí y por allá. En su diario escribe que yo estaba «chisporroteante» haciendo reír a todo el mundo, incluso a aquellos que no entendían casi ni una palabra de lo que decía. Se pregunta también si estaré tan animado y contento porque por fin me voy de Cimbrone y ha acabado nuestra expedición. No es esa la razón. Es sencillamente que quiero que nos marchemos de allí en los términos más amistosos posibles y por eso hago de payaso en el palacio de los Grimthorpe, para demostrar que nadie es el enemigo de nadie. Y la verdad es que todo el mundo es muy amable y encargan a unos sirvientes que trasladen nuestro equipaje hasta el coche y nos regalan limones y (para consternación de Catherine) botellas de licor de limón.

Me pone nervioso la posibilidad de que perdamos el avión. A Catherine no le preocupan esas cosas. Lleva el coche montaña abajo a una velocidad terrible, cogiendo las carreteras correctas de milagro. Finalmente llegamos al lugar cuando nos queda solo una gota de gasolina y a tiempo para tomar el avión. Catherine pone la situación como ejemplo para argumentar que no hay por qué ponerse nervioso. Yo le explico que llegamos a tiempo solo porque nuestro vuelo se ha retrasado. Ella se empeña en que lo habríamos cogido igualmente, puede que tenga razón.

Cuando llegamos primero a Gatwick y luego a Victoria Station, los dos estamos exhaustos. Nos hemos convertido en camaradas, pero Catherine apunta que yo mantengo cierta distancia (la mayoría de sus amigos la llaman Katy, pero yo sigo llamándola Catherine). ¿La sorprendería saber que la veo como una versión femenina de Don Quijote y a mí mismo como a su cauto compañero, el crédulo y astuto Sancho Panza? Nuestras aventuras han estado llenas de esperanza; una esperanza que a estas alturas aparece un tanto perjudicada, pero no extinguida.

A mí me da la impresión de que Catherine es tanto más ella misma cuanto más lejos está de Yorkshire, donde se supone que está en casa. Llegarán postales tuyas desde Azerbaiyán, Kiev, Chernobil y otras ciudades de la ruta de la seda por la que viajará con

un grupo internacional a lomos de pequeños caballos a través de Mongolia. Un hombre de Singapur amenazará con matarla durante el viaje. Suceden también algunos reveses ocasionales. «He olvidado decirte que me estampé con el coche, con aquel coche que te gustaba», me dice, «por fortuna nadie salió herido, ni siquiera Romney».

La mujer de Christopher Grimthorpe, Skip, le aconseja que deje de empeñarse en resolver imposibles rompecabezas del pasado y que se centre en construir su futuro. Es un consejo muy sabio, aunque tal vez imposible. La culpa y la ambigüedad de tener dos padres están marcadas a fuego en su carácter y no puede vivir dándole la espalda a ese hecho. En estos últimos años todo el dilema podría resolverse con una sencilla prueba de ADN. ¿Por qué entonces la familia Grimthorpe, que son amigos suyos, no la anima a hacerse una? Tengo la sensación de que la razón es que a estas alturas de su vida una solución simple al problema, lejos de solucionarlo del todo, lo agravaría aún más. Ve su propio pasado como si estuviese cubierto de errores, aunque en mi opinión su aventurera juventud está muy lejos de ser un error. Pero esa idea, al igual que el consejo de Skip, es algo que Catherine es incapaz de entender.

«Ilegitimidad» es una palabra que puede tener varios significados. Luie, la mujer de Ernest, perdió la vida después de cumplir veinte años dando un heredero legítimo para la familia Grimthorpe. Eve Fairfax fue una persona ilegítima porque al no casarse con Ernest perdió su lugar legítimo en la sociedad. Su libro fue el testamento del único orgullo que perduró en ella y que consiguió mantenerla a flote. Y está también la extraordinaria hija ilegítima de Ernest, Violet, quien durante su exilio de Inglaterra quiso compensar su falta de raíces reclamando la paternidad del mismísimo rey de Inglaterra. Aquellas fantasías no eran más que un bálsamo para curar su amor perdido. Fantasía y realidad están de hecho en un equilibrio muy sutil en la mejor de las novelas de esa escritora que, tal vez, no tarde en encontrar el lugar que le corresponde en la literatura europea y que firmaba sus libros con el nombre de Violet Trefusis.



*Violet Trefusis el 16 de junio de 1919, el día de su boda
(Cortesía de NPG Images)*

Segunda parte

Emociones, terremotos y fugas

Fue una sorpresa recibir la invitación. ¿Quería viajar a Ravello durante el verano de 2007 y dar una charla en Villa Cimbrone como parte de un festival literario que iba a celebrarse allí? Habían transcurrido ya siete años desde la vez en la que había ido con Catherine.

No había podido viajar durante dos años a causa de una enfermedad, pero ya estaba recuperándome poco a poco y dije que sí acudiría para escapar de aquella prisión de la enfermedad y para recuperar la confianza y la sensación de libertad. Recordaba con nitidez Villa Cimbrone. Se trataba de un castillo al que se llegaba como en los cuentos de hadas, a través de un sendero que salía de una de las plazas de Ravello y que terminaba en el jardín de ensueño que miraba al Mediterráneo.

El festival, que duraba desde junio hasta septiembre, estaba entonces en su decimosexta edición y el tema se suponía que era «La Passione». Yo tenía curiosidad por saber cuál era mi puesto en aquel programa, al parecer tenía su origen en una velada de cine y música dedicada a Greta Garbo «cuya visita a Ravello, en 1938, fue la ocasión en la que se produjo su famosa *liaison* con el director de orquesta Leopold Stokowski». La palabra *liaison* se relacionaba con el tema central de «La Passione» y me llevaba al marco de grupo Bloomsbury cuyos miembros, me sorprendió saber, habían visitado Ravello con frecuencia. El programa prometía «películas basadas en las famosas novelas de Woolf y Forster... y una exposición en la Villa Cimbrone sobre la escritora Violet Trefusis, hija de Alice Keppel y probablemente de Ernest Beckett, el segundo lord Grimthorpe y dueño de Villa Cimbrone».

La persona responsable de toda la parte literaria del festival «Bloomsbury en Ravello» era Tiziana Masucci, la traductora italiana de las novelas de Violet Trefusis. Yo pensaba que podía hacerme una idea muy aproximada de aquella «profesora Masucci», una académica seria y envarada, mayor, con anteojos quizá, un poco encorvada, como si la hubiesen doblado por la mitad numerosos años de estudio ininterrumpido. Mi incredulidad se acrecentó cuando leí unos versos de la traducción que hizo Edward Fitzgerald del *Rubaiyat* de Omar Jayyam, que aparecía en el folleto de Cimbrone, mientras me imaginaba la luna alzándose sobre aquel jardín en el que el autor especula sobre la brevedad de la vida. Aquellos versos se habían atribuido a D. H. Lawrence, pero

¿se había alojado realmente Lawrence en Villa Cimbrone? ¿Habían pasado por allí Forster, Strachey o Virginia Woolf?



*Tiziana Masucci en Londres,
(junio de 2008)*

Comencé mi investigación repasando los diarios y las cartas de Virginia Woolf. Durante la primavera de 1927, mientras viaja por Roma, Palermo y Siracusa, le escribe a su hermana Vanessa Bell y le confiesa que está «enamorándose de Italia a toda velocidad... no me cabe duda de que me voy a afincar aquí..., sobrepasa con mucho todas mis expectativas... Si de mí dependiera, creo que viviría aquí el resto de mi vida». Asegura también que todos sus amigos deberían hacer lo mismo ahora que se están haciendo viejos. Podrían crear una «colonia de la muerte». Pero no encontré ninguna referencia particular a Ravello y la verdad es que ya había empezado a arrepentirme de haber

aceptado la invitación, pero en ese momento Tiziana Masucci tuvo la amabilidad de invitar también a Ravello a mi mujer, Margaret Drabble, y yo se lo agradecí mucho. Maggie llevaba a las espaldas dieciocho espantosos meses cuidándome en el hospital y cuidándome entre operación y operación. Aquellos días en Italia iban a ser un regalo inesperado y una manera de darle las gracias por todo lo que había hecho, aparte de que yo mismo me iba a sentir mucho más seguro si ella estaba allí. Continué con la investigación.

Decidí desviar un poco la atención del grupo Bloomsbury y centrarme en uno de sus enemigos: D. H. Lawrence, que sí había estado en el Palazzo Cimbrone. En marzo de 1926 dio un paseo por los jardines de Cimbrone con su amiga la pintora Dorothy Brett (con quien un par de noches más tarde intentaría infructuosamente tener sexo). El Palazzo Cimbrone le pareció «un poco demasiado». El calor del sol, la brisa helada y la montañas lo habían inquietado. «Me siento como si estuviese teniendo un terremoto por dentro», le confesó a su amigo Kotliansky.

Un año más tarde, mientras estaba en Florencia, les pidió a Earl y Achsah Brewster que lo invitaran a la casa que le habían alquilado en Cimbrone a Ralph, el tercer lord Grimthorpe, y a su hermana Lucille. Aun así no llegó a sentirse cómodo. «La casa de lord Grimthorpe estaba llena de basura», escribió a Richard Aldington poco después de marcharse, «uno tiene la sensación de ir a convertirse en una (falsa) antigüedad constantemente». Asegura que echó de menos la presencia del caballo pardo de Brett para que tumbara «dos o tres estatuas». Cimbrone estaba abarrotado de imitaciones y de falsas atribuciones, como si hubiesen dejado suelto a un bromista por ahí. El mejor rato que pasó en aquel lugar fue durante una cena con los Brewster, cuando se pusieron a imaginar lo que podría ser una subasta en la plaza del pueblo con toda la basura que había acumulado Grimthorpe en su *palazzo*, todos los muebles y los cuadros. ¡Cómo habría purificado eso aquel lugar! Mientras tanto tuvo tiempo para seguir trabajando en su novela: *El amante de lady Chatterley*.

Lawrence siempre estaba trasladándose de un lugar a otro, como si estuviese tratando de escapar constantemente de la oscuridad de su infancia, de su intermitente complejo de inferioridad, de la ansiedad que le provocaba Frieda, su mujer, y de su terrible tuberculosis. El único momento en el que aquella ansiedad se desvanecía un poco era cuando daba largas caminatas por las montañas. El poder curativo de la naturaleza lo convertía en un poeta imaginativo y en un escritor de viajes.

El siguiente al que investigué fue a E. M. Forster. Durante el otoño de 1901, a la edad de veintidós años, dedicó un año entero de su vida a viajar por Italia. Su madre fue también. Llegaron a Ravello en mayo de 1902 y, al igual que D. H. Lawrence había hecho catorce años antes, se alojaron en el hotel Palumbo. Aquel mismo mes Forster escribió «Historia de un ataque de pánico». Lyly, la madre de Forster, describió el lugar

como «muy tranquilo», pero a diferencia de la tranquilidad ambiental que los rodeaba algo emergía con fiereza en la imaginación de Forster. En el prólogo a sus *Cuentos completos* recuerda un paseo que dio por los alrededores de Ravello. «Me senté en un valle, a unos cuantos kilómetros de la ciudad, y súbitamente me asaltó la idea para el primer capítulo del relato como si me hubiese estado esperando en aquel lugar. Lo recibí como si se tratara de una entidad autónoma y lo escribí de un tirón en cuanto regresé al hotel, pero al terminar me parecía incompleto y varios días después le hice un largo añadido que triplicó su extensión».

En el relato de Forster se ve a un grupo de respetables turistas ingleses que están haciendo un picnic en un bosque de castaños que queda en los alrededores de Ravello y se ven sobrecogidos de pronto por un súbito, incontrolable y «brutal miedo físico», todos menos uno: un joven pálido adolescente de catorce años llamado Eustace, a quien luego se ve tumbado de espaldas con la mano compulsivamente enroscada en la frondosa hierba, arrancándola y poniéndola sobre unas huellas de cabra, sonriente, como si nada lo inquietara en absoluto y todo fuera muy natural, aunque incapaz de explicar lo que había sucedido. Parece evidente que el muchacho ha experimentado un cambio radical. Camina de regreso «con dificultad, casi dolorido». Esa noche abraza a un joven pescador que es camarero a tiempo parcial en la pensión y más tarde, durante esa misma noche, sale al jardín vestido con un sencillo camisón y maravillado por el poder y la belleza de la naturaleza. Finalmente se escapa de la compañía de sus tíos y sus amigos emitiendo unos extraños gritos inhumanos, como si fuera un elfo, hacia el fondo del valle, y así termina el relato: «En el fondo del valle y sobre el mar aún resuenan los gritos y las risas del muchacho».

Se trataba de un relato sobre un despertar sexual, pero bajo una naturaleza onírica y Forster continuó soñando. Había sido, por utilizar la expresión de D. H. Lawrence «un terremoto de su inconsciente», una reverberación que apenas había llegado a la superficie. La «Historia de un ataque de pánico» estaba muy lejos tanto en el tiempo como en el espacio de *El amante de lady Chatterley*. La novela de Lawrence utilizaba la ira y una sexualidad explícita para atacar las inhibiciones y restricciones impuestas por un rígido sistema de clases. En realidad parecía como si sus problemas privados, la incapacidad social y la inhibición sexual del propio Lawrence se convirtieran de algún modo en los problemas de Inglaterra. A pesar de que tenían un enemigo común y objetivos parecidos, Forster parece tibio en comparación con Lawrence. Lo que lo impulsó a escribir ficción, liberándolo de alguna manera de sus inhibiciones y enriqueciendo su obra, fueron sus viajes fuera de Inglaterra; primero a Italia y luego a la India. Lytton Strachey se vio fortalecido de una manera muy similar gracias a su amor por Francia. Su conexión con Italia, a pesar de que fue creciendo a lo largo de su vida, era menos evidente. Había cruzado la frontera entre Francia e Italia en un viaje de

Menton a Ventimiglia, durante el invierno de 1901 a 1902, y no tardó en percibir una extraña sensación de peligro tras la belleza superficial del arte y el paisaje italiano, como si se tratara de un perturbador eco del pasado del Imperio romano, y aquello lo excitó tanto como a Forster.

A comienzos de 1913, Strachey emprendió una gira en miniatura por toda Europa que iba a durar dos meses, armado con una cámara y película más que suficiente para fotografiar tanto viejos edificios como muchachos jóvenes. Fue en barco desde Marsella hasta Nápoles. «Trato de hacer fotografías», escribió, «pero me tiemblan tanto las manos que estoy seguro de que van a salir todas fatal». Hizo también una excursión a Pompeya. «Fue una experiencia hipnótica», escribió. «El calor de Inglaterra en julio – puedes hacerte una idea– y todo rodeado de colinas y esa impresionante fosilización del pasado. ¡Qué vida tuvo que ser aquella! ¿Por qué no nos tocó vivir en aquella época? Me gustaría estar ahí para siempre, entre las columnas y los bustos, con las fuentes goteando en mitad de los patios... Tendría un maravilloso esclavo que me recogería lirios y luego, cuando atardeciera, iría dando un paseo hasta las termas... ¡Y por la noche! ¡Qué noches debieron vivir allí!».

Ravello fue extraordinariamente tranquilo después de Nápoles. En las escarpadas montañas cerca de Amalfi, con sus terrazas ajardinadas, sus flores salvajes, su brisa marina y su mar incansablemente azul tuvo la sensación de que estaba en el cielo, o al menos todo lo cerca que se podía estar del cielo en la tierra. Tal vez podía reconstituir y hasta rejuvenecer a todo el grupo Bloomsbury en Ravello –a Virginia y Leonard Woolf, a la hermana de Virginia, la pintora Vanessa Bell, su compañero sentimental (y también de Lytton) y al igual que ella pintor, Duncan Grant, que al parecer había sido amante de todos en algún momento, incluyendo a Maynard Keynes, quien seguramente fue también y, por supuesto, a Forster, quien también habría querido invitar a su hermano James–, aunque no a Henry James, pensó, a no ser que fuera solo para un fin de semana al año. «¿No crees que nos haría mucho bien?», le preguntó a Ottoline Morrell.

Su fantasía de transplantar el grupo Bloomsbury al completo a Ravello y por toda la costa amalfitana no tenía nada que ver con la idea de la «colonia de la muerte» de Virginia Woolf, sino más bien con un sueño utópico en el que nadie envejecería nunca y todos pudieran tener aventuras eróticas constantemente. La influencia italiana puede apreciarse en la última biografía de Strachey, *Isabel y Essex*, que tiene un lugar en su obra parecido al que ocupa *Orlando* en la de Virginia Woolf. *Orlando* fue escrita en realidad poco después de que Virginia regresara de su viaje de primavera por toda Italia. Se trata de una novela, subtitulada «Una biografía», que relata las aventuras tanto sociales como sexuales de un noble histórico del siglo XVI que va transformándose con el paso del tiempo hasta llegar al siglo XX en la forma de una escritora. Este pastiche biográfico está dedicado a Vita Sackville-West cuyo hijo, Nigel Nicolson, describió el

libro en una ocasión como «la carta de amor más larga y encantadora de toda la historia de la literatura». El estímulo para escribir aquella novela que la propia Virginia Woolf describió como «un impulso irrefrenable» era captar la fantasía esencial que se mezcla con la realidad en las vidas de todos nosotros y que nos persigue como si se tratara de una sombra que intenta caricaturizar todas nuestras acciones. El capítulo inicial del libro está dedicado a la sobrecogedora pasión que existió entre Vita Sackville-West y Violet Trefusis. Las dos estuvieron juntas a comienzos del verano de 1913 en Villa Cimbrone.

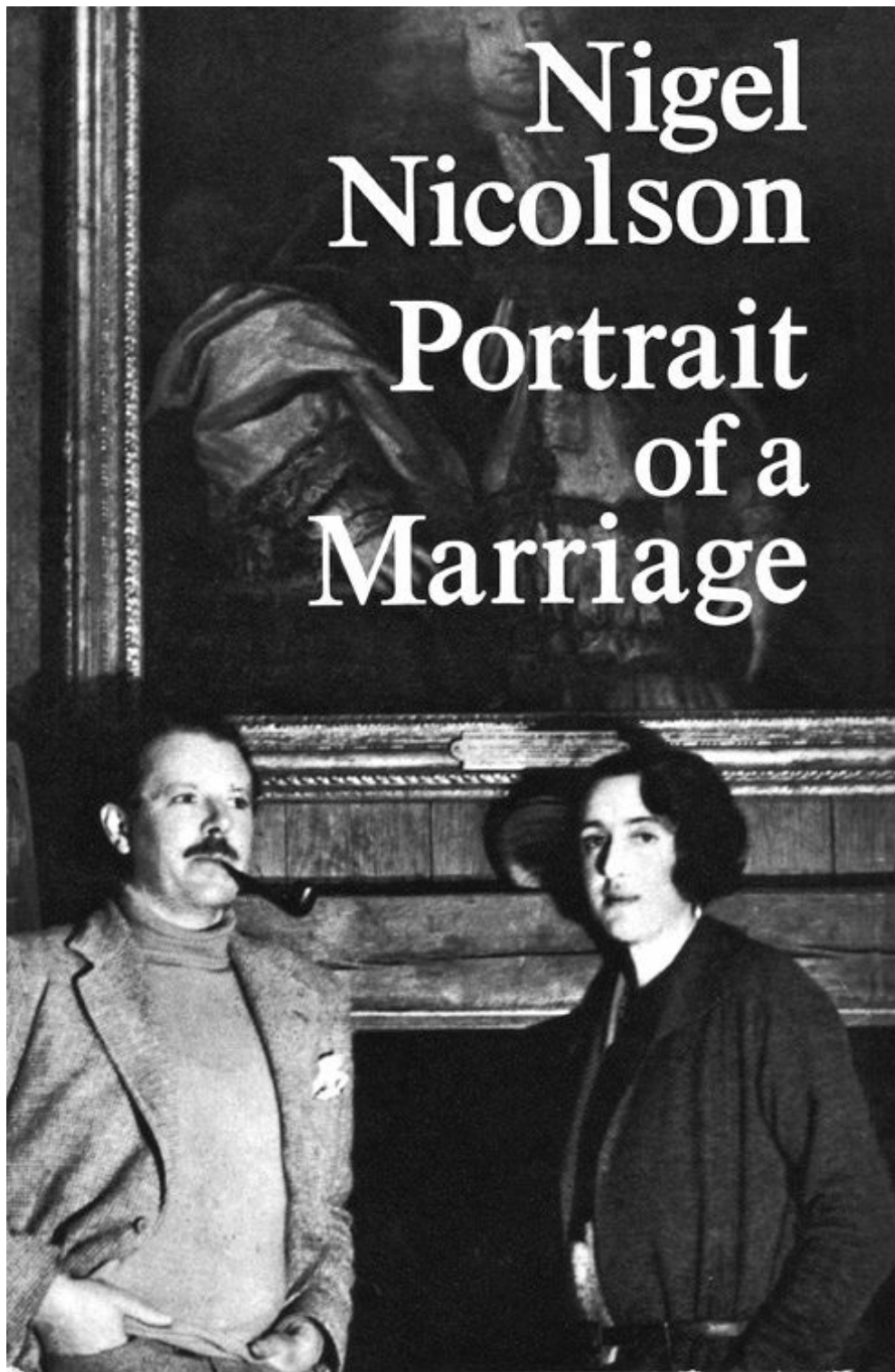
Strachey había revitalizado el género de la biografía con su libro *Victorianos ilustres*. En *Isabel y Essex* trató de transformar el género en una especie de oficio sólido, construir sobre una plataforma de investigación de los hechos para desplegar sobre ella un drama poético basado en el análisis psicológico y en una prosa narrativa directa a los acontecimientos. Un arcoíris alzado sobre un pedestal de granito. En Pompeya ya había fantaseado con una imagen de sí mismo paseando por la ciudad: «¡Qué vida tuvo que ser aquella! ¿Por qué no nos tocó vivir en aquella época?». Mientras escribía en la segunda mitad de la década de los años veinte sobre la relación que tuvo en el siglo XVI la reina Isabel I con el conde de Essex, creyó encontrar una manera de hacer emerger el pasado en el presente utilizando la naturaleza humana como si se tratara de una alfombra mágica para volar por esa superficie amorosa que había establecido entre sí mismo y aquellos objetos de su estudio en el pasado. Su *Isabel y Essex* es un experimento sobre el tiempo –al igual que *Orlando* lo es sobre el tiempo, el género y la identidad–. Los dos están contruidos sobre la base de una historia de amor: Virginia Woolf con Vita Sackville-West y Lytton Strachey con un joven estudiante «de una sonrisa lánguida y ojos grises» llamado Roger Senhouse. «Es como si te creyeras tú mismo la reina Isabel», le escribió Maynard Keynes, «pero en realidad me parece que el personaje en el que te estás volcando es en Essex». Las dos suposiciones son correctas en realidad porque Strachey solía enamorarse de la gente de la que deseaba enamorarse y durante el acto del amor, en un momento ilusorio, se entregaba a aquel ideal. Virginia Woolf y muchos otros se quedaron desconcertados por aquella pasión por Roger Senhouse, como suele ocurrirnos a casi todos con las pasiones de los demás. Cuando se publicó *Isabel y Essex*, Strachey ya estaba enfermo y moriría tres años después. Su historia de amor con Roger Senhouse fue en realidad un romance con la misma juventud, una imaginativa manera de engañar a la edad y recuperar su propia juventud, una juventud que, por otra parte, nunca había llegado a disfrutar realmente hasta que la recuperó a través de la fantasía.

Mi enfermedad había provocado en mí un pesimismo permanente, como si llevara un pesado abrigo. Para preparar hasta el viaje más pequeño me descubría a mí mismo haciendo numerosos cálculos de seguridad y salud en el caso de que los trenes llegaran tarde o todo saliera mal. Me había convertido en un pragmático recalcitrante. Pensaba que sin mis compañeros de viaje –las píldoras, las pomadas y los jarabes– corría el riesgo

de encallar en cualquier parte. Necesitaba de eso que suelen llamarse «procedimientos». Para un viaje al extranjero tenía que meter en la maleta a toda costa mis problemas, como si se tratara de un viaje que fuera a durar semanas en vez de días. Me sentía más seguro porque venía Maggie, que se había convertido ya en mi memoria, mi compás, mi equilibrio. Cuando salimos, estábamos los dos de lo más nerviosos.

Ya en el avión, le enseñé a Maggie parte del material que había recolectado en mi anterior viaje a Ravello. Ella había leído que Vita Sackville-West, «una amiga de las hijas de Beckett», había participado en la planificación del jardín, pero en realidad Vita solo visitó Cimbrone en una ocasión, le expliqué, y no precisamente para planificar un jardín, sino para disfrutar de su romance con la hija ilegítima de Grimthorpe, Violet. Era como si las dos jóvenes pertenecieran a la misma familia, como si casi fueran gemelas, había asegurado Violet. Pero ¿cómo pudo Vita disfrutar de su romance con Violet justo en la misma época en la que planeaba su matrimonio con Harold Nicolson? Violet parecía flotar en una especie de mundo ilusorio de éxtasis romántico, Harold pertenecía al sólido mundo de lo real y Vita necesitaba tanto de lo uno como de lo otro para vivir. Violet Keppel (como todavía se llamaba en 1913) había ya tenido un pequeño encuentro con ella: «Me besó de una manera distinta y me dijo que me quería». Vita recuerda que Violet fue a su habitación una noche y se quedó «hasta ya no sé cuándo. Me dijo que no se arrepentía de nuestra última despedida y que me quería todavía más».

En alguna ocasión, Vita llega a dudar de que vaya a ser capaz de entregar su libertad a cambio de un matrimonio convencional, pero cuando regresa a Inglaterra vuelve a caer en el encanto masculino de Harold, su inteligencia, su sentido del humor y sus exquisitos modales. Aquel Harold, amante de la paz y la tranquilidad, representaba para ella toda la influencia paterna y Vita adoraba al menos dominante de sus padres. Decidió, si es que puede decirse que fue realmente una decisión, que «casi tengo ganas de casarme este año para acabar con el tema de una vez por todas». Aquel casi tener ganas se parecía al deseo de Macbeth: «Si fuese acometida la acción... entonces habitaría en ella, si la acometiera súbitamente...», algo pareció activarse de pronto en la conciencia de Vita «y desde aquel día quise a Harold».



*Harold Nicolson y Vita Sackville-West
en la portada del libro Retrato de un matrimonio*

Pero aun así Violet todavía era dueña de su corazón.
Maggie ya se había metido totalmente en la historia cuando nuestro avión aterrizó en

Nápoles. Estábamos en camino, yendo hacia el Vesubio y ascendiendo entre las oscuras montañas. No nos íbamos a alojar ni en Villa Cimbrone ni en el hotel Palumbo, sino en un hotel que daba a un barranco y al que se accedía por la Piazza del Duomo de Ravello, repleto de niños y rodeado de cafés. Deshicimos la maleta, contemplamos los fuegos que ardían en lo alto de la montaña tras una larga sequía y decidimos salir a dar una vuelta y a comer algo. No había ningún mensaje de Tiziana ni del segundo en el mando, Valerio Ruiz, a quien había imaginado como a un viejo mayordomo con un poblado bigote, pero ya eran casi las once y tal vez estaban acostados.

Salimos y cruzamos la plaza. Hubo un cambio de aire y algo sucedió entonces, algo me hizo recordar esos terremotos internos de los que hablaba D. H. Lawrence. De en mitad de la nada aparecieron dos figuras frente a nosotros. A primera vista los confundí con escolares, pero ahí estaban Tiziana Masucci y Valerio Ruiz. No tengo ni idea de cómo hicieron para descubrirnos en mitad de toda aquella gente. Me dí cuenta de repente de lo jóvenes y alegres que eran y lo poco que se parecían a la encorvada profesora y al viejo mayordomo que tanto yo como Maggie estábamos esperando.

Valerio nos cautivó de inmediato con su extremada educación. Tiziana era mucho más desconcertante. A lo largo de toda la cena casi no dejó de mirarme ni un segundo («Te adora», me dijo Maggie esa misma noche). ¿Acaso era la portadora del espíritu de Violet Trefusis, era esa «bomba sin explotar» como solía llamarla Vita? Estaba ansiosa por que visitáramos la exposición que ella misma había comisionado sobre Violet en los claustros de Villa Cimbrone. Si por ella hubiese sido, nos habría llevado al amanecer, pero habíamos tenido un día muy largo y finalmente quedamos con ella por la tarde.

Nos sorprendimos a nosotros mismos al llegar a la hora acordada y comenzamos a dar un paseo por los jardines de Villa Cimbrone. Es un día caluroso y yo empiezo a caminar con cierta torpeza bajo el sol. Hasta Maggie, que es una caminante profesional, comienza hacerlo con más lentitud que de costumbre, pero Tiziana casi parece ir volando delante de nosotros, viene y va como si fuera un ave milagrosa, deseosa de que lleguemos cuanto antes a nuestro destino. Yo me descubro pensando de pronto en Eustace, el chico élfico del relato de Forster que desciende hacia el valle en pleno éxtasis, pero Tiziana vuela delante de nosotros, como si la fuerza de la gravedad no tuviera poder sobre ella o como si su hábitat natural fuera algún tipo de elevada esfera de la imaginación. Llegamos a la entrada de Villa Cimbrone y giramos a la izquierda para acceder a los claustros donde está su exposición homenaje a Violet Trefusis.

En ese momento yo sabía sobre Violet lo mismo que cualquier otro lector habitual. Había leído el *Orlando* de Virginia Woolf y recordaba la extraordinaria aparición que hace en el primer capítulo (a pesar de su rimbombante nombre completo) la princesa Marousha Stanilovska Dagmar Natasha Iliana Romanovitch, o sencillamente «Sasha», como la llama Orlando (que es un eco de «Lushka», el exquisito nombre con el que Vita

Sackville-West llamaba a Violet). *Orlando* fue escrita en parte como una respuesta dirigida a dos libros: uno de la propia Vita Sackville-West y otro de su marido Harold Nicolson.

El libro de Vita se titulaba *Challenge (Desafío)* y era una versión ficcionada de su relación amorosa con Violet, quien la ayudó en su composición entre 1918 y 1919, momento en el que las dos huían de una vida convencional y se entregaban a sus aventuras románticas y eróticas (de cuando en cuando Vita se esconde en la novela tras un hombre, encarnando la figura de «Julian», mientras que Violet encarna la sempiternamente femenina «Eve»). A petición de la madre de Vita, lady Sackville, que temía que la publicación de aquel libro desatara un escándalo, la edición inglesa se retrasó quince años, hasta que tanto Vita como Violet habían muerto y las inclinaciones homosexuales de la narrativa de Vita ya se habían hecho públicas en *Retrato de un matrimonio*, el famoso libro que escribió su hijo Nigel Nicolson. *Desafío* se publicó en Estados Unidos en 1924 y esa fue la edición que leyó Virginia Woolf durante el verano de 1927 en un momento en el que ya había tenido oportunidad de conocer a Vita muy de cerca.

La ambivalencia sexual de Vita había provocado un cambio en la propia conciencia sexual de Virginia Woolf, pero su imaginación literaria fue cautivada casi al mismo tiempo aquel mismo mes (junio de 1927) por el libro de Harold Nicolson: *Ciertas personas*. «Casi no acierto a descifrar cómo consigues combinar las ventajas de la realidad y la ficción como lo haces en tu obra», le escribió. El día anterior le había escrito una carta a Vita sobre su novela *Desafío*, describiendo educadamente a Eve como «muy deseable». También ella misma quería escribir su propio retrato de Violet Trefusis con esa libertad que parecía lograr la simbiosis entre ficción y realidad. «Me tumbo en la cama e invento historias sobre ti», le había dicho a Vita. En ese momento estaba planeando escribir una vida sobre ella que fuera «totalmente inventada». Poco más tarde juzgó el *Isabel y Essex* de Strachey un fracaso a medias porque utilizó para su biografía experiencias, personas y rasgos propios de la ficción, y ella creía que el género de la biografía era demasiado rígido como para tolerar ese tipo de cosas, aunque a Harold Nicolson, a quien considera un escritor muchísimo menos talentoso y original que Strachey, le dedica en el *New York Herald Tribune* las siguientes palabras: «Ha desarrollado un método de escribir tanto sobre otras personas como sobre sí mismo como si se tratara de personajes que fueran, a un tiempo, reales e imaginarios». Aquella irrupción de la biografía y la autobiografía en relatos de semificción la impulsó a salpimentar sus novelas de ficción con algunos hechos reales para reforzarlas, como si fueran cimientos de granito. La ficción tenía la cualidad de ser lo bastante flexible como para integrar hechos reales y le otorgaba además cierta sutileza al tema de la ambigüedad sexual. Podía plantearse hacer una parodia de la biografía histórica riéndose un poco de sus inflexibles limitaciones: «Quiero revolucionar

la biografía de un golpe».

El libro híbrido de Harold Nicolson se convirtió en una brújula muy útil para una Virginia que opinaba que la novela de Vita era un aviso de los peligros en los que se podía caer si el autor utilizaba demasiado su experiencia personal. «Julian eres tú», escribió Violet a Vita, «palabra por palabra, trazo por trazo». Y en cuanto a «Eve», ¿acaso no había contado Vita con «una modelo excelente» llamada Violet? El resultado final de aquella autoindulgencia fue, por utilizar las palabras de la propia lady Sackville, de una «sosería brillante». En cuanto leyó *Desafío*, Virginia comprendió el aviso. «Necesito verte con desesperación..., te has convertido en esencial para mí», le había escrito Vita a Virginia a principios de 1927. Pero Vita era una amante profesional y no era infrecuente que las personas se convirtieran en esenciales para ella. Virginia, por otra parte —lo demuestra también la forma en la que acabó todo—, era mayor y más sensible. «Debo tomar ciertas precauciones», respondió.

Su romance, desde el punto de vista físico, no fue nada comparado con la apasionada relación que Vita mantuvo con Violet, pero para Virginia fue una gran experiencia sexual y era casi el límite de lo que una naturaleza como la suya podía tolerar y compartir. Fue algo único. En su reseña sobre *Ciertas personas* escribió: «Cuando leemos las últimas páginas del libro, nos damos cuenta de que el personaje que mejor dibujado está, y más sutilmente, es el del propio autor». En su espejo mágico de Vita, *Orlando* también ofrece una sutil descripción de su autora, revelando aquello por lo que se siente atraída y aquello de lo que siente que debe protegerse.

Muchos años después, cuando le preguntaron a Violet si Vita había amado realmente a Virginia o no, respondió: «Ni un solo segundo. Virginia la perseguía y ella no conseguía quitársela de encima. Le parecía que era demasiado sentimental». La realidad era que fue la propia Violet quien persiguió a Vita y Vita la que se libró de ella. La declaración de Violet solo se debía a los celos y la negación de la realidad. *Desafío* había sido escrito con lo que Virginia llamó la «pluma de hierba» de Vita y cuando se publicó en Inglaterra, en la década de 1970, quedó eclipsada no solo por *Retrato de un matrimonio*, sino también por la perdurable fascinación de *Orlando*, aquel regalo de amor que Virginia le había hecho a Vita, y en el que Violet aparece durante solo un instante y como un simple fantasma que no tarda en desvanecerse.

Desafío había sido dedicado a Violet, pero sin nombrarla en ningún momento. La dedicatoria en la que se la cita como una «viuda honorable» cuyo atormentado espíritu quedará sanado y liberado cuando lea esas páginas llenas de mensajes cifrados, está oculta en lengua rumana. Al darse cuenta de que *Orlando* es una respuesta a su novela, Vita le pide a Virginia que se la dedique y ella lo hace, pero omitiendo el guion de su apellido en la edición de Hogarth Press (y en las subsiguientes ediciones inglesas), tal vez como una señal inconsciente de que había cierta conexión que se había perdido.

El capítulo inicial de *Orlando* se centra en dos romances amorosos. En el primero se muestran los peligros que afronta una mujer mayor por amar a una más joven. En la película de Sally Potter (1992) se potencia maravillosamente la indistinción de los géneros al utilizar a Quentin Crisp para hacer el papel de la reina Isabel, quien al ver «la fuerza, la gracia, la locura, la poesía y la juventud» de Orlando «lo mantiene a su lado... porque la vieja mujer se había enamorado de él». En realidad se trataba exactamente del mismo tema, la unión de alguien mayor y alguien joven, que Strachey tenía en mente cuando escribió *Isabel y Essex*. Durante un día gélido, relata Virginia Woolf, la reina Isabel contempló a través del reflejo de un espejo cómo Orlando besaba a una muchacha. La ilusión de recuperar su propia juventud a través de su amor por él se activa de inmediato y, espantada por la evidencia de la traición del hombre, destruye el espejo que ha sido testigo de la devastadora verdad.

La muchacha a la que Orlando va a estar besando hasta el final del capítulo es la bellísima Sasha. A pesar de que esa descripción va a provocar que se aleje totalmente de la historia produce también varios de los pasajes más líricos de la novela. Durante la gran helada de 1608 es como si hasta el tiempo se hubiese congelado sobre el gélido paisaje. Incluso en ese espacio suspendido, Orlando y Sasha tienen un aire animado. Cuando acuden patinando a la coronación del rey Jacobo, ven enormes bancos de peces congelados bajo sus pies y mientras que el cielo está cubierto de globos inmóviles, es como si el patinaje los mantuviera «calientes y enamorados», son los únicos elementos vivos de todo el paisaje. Sasha es una criatura de múltiples sonrisas. «Era como un zorro o un olivo, como las olas del mar cuando se las observa desde la altura, como la esmeralda, como el reflejo del sol sobre una colina verde...». Habla un francés impecable que por supuesto Orlando entiende perfectamente. «Aunque tal vez habría sido mejor para él no haber entendido nunca aquella lengua, no haber respondido nunca a aquella voz, no haber seguido nunca la luz de aquellos ojos...». Mientras Virginia Woolf escribía aquellas palabras quizás pensaba en sí misma, en que probablemente más le habría valido no haber hablado nunca la lengua del amor, ni haber respondido a la voz de Vita. La voz de Sasha es muy voluptuosa y encantadora, pero parece ocultar algo. No hay hechos en su vida, todo es fantasía. «¿Dónde estaba su padre? ¿Tenía hermanos?... Él (Orlando) había sospechado al principio que tal vez su condición no era tan elevada como a ella le habría gustado... ¿Qué le ocultaba?».

El final de su romance es como una representación de *Otelo* sobre el hielo. Orlando descubre a Sasha sobre las rodillas de un marinero ruso y se ve sobrecogido de dolor y desilusión, de la misma forma que le había ocurrido a la reina Isabel cuando lo había visto a él con la una muchacha. Todo termina en un episodio de celos sexuales. «El frenesí del páramo (Moor) le parecía (a Orlando) su propio frenesí, y cuando el páramo sofocó a la mujer en su propia cama (de ella) resultó ser Sasha la persona a la que había

matado con sus propias manos». Comienza a llover entonces y el hielo se retrae de modo que se agrieta, y el barco de la embajada moscovita puede salir por fin del páramo de hielo y recupera su libertad, alejándose hacia el horizonte con la desleal Sasha a bordo.

¿Cuánta verdad había encerrada en aquella fantasía? ¿Había conseguido la exposición sobre la vida de Violet Trefusis, comisariada por Tiziana en Villa Cimbrone, abarcar todas las implicaciones de aquella historia? La exposición era un estudio sobre las conexiones entre las tres «V» –Violet, Vita y Virginia– tanto en sus vidas como en sus obras. Tiziana era de la opinión de que, mientras que Virginia era una escritora que no estaba atada a ninguna época en particular, cuyas novelas habrían podido existir en cualquier tiempo, Vita pertenecía (hasta en su propia época) al pasado y Violet había sido una escritora europea característica de su tiempo. En parte aquella había sido la razón por la que las novelas de Violet habían sido más modernas que las de Vita. Violet aparece como si se tratara de un personaje salido de entre las páginas de Proust.

En su prólogo al catálogo de la exposición, Tiziana describe a Violet como «una descarga eléctrica tan poderosa que me llevó a estudiar minuciosamente tanto su vida como su obra literaria». Todo aquello comenzó a tener cada vez más sentido para mí cuando los tres abandonamos los claustros y bajamos a Ravello a comer juntos; aquel aire de «adoración» que tenía Tiziana era una especie de emanación de su amor por Violet.

Me habían interesado mucho dos fotografías de Ernest Beckett, el segundo lord Grimthorpe, que había en la exposición que había organizado Tiziana en Cimbrone. Se trataba del padre de Violet, el marido de Luie Tracy Lee, el prometido de Eve Fairfax y el abuelo de Catherine Till. La primera de las fotografías había sido tomada en Inglaterra y se le podía ver en todo el esplendor de su aburrida respetabilidad. Viste un traje oscuro bajo un pesado abrigo y lleva como muestras de su probidad un sombrero alto y un bastón. Representa ahí al presunto banquero de Yorkshire que alberga oscuras ambiciones políticas. Años después, liberado de su carrera política en Inglaterra y con un aspecto mucho más juvenil, nuestro lord aparece elegantemente apoyado en una de las terrazas de Villa Cimbrone. Se ha convertido en un personaje bohemio y apuesto con sus correspondientes zapatos relucientes y una corbata con el nudo un poco ladeado.

Yo estaba a punto de dar mi charla sobre Lytton Strachey en una sala que estaba situada en uno de los puntos más altos de los jardines de Villa Cimbrone. El público se suponía que iba a estar sentado entre flores y estatuas, pero el problema es que no había ningún público. A nadie pareció sorprenderle demasiado. El tiempo en Italia es mucho más elástico que en Inglaterra y no suele haber en el ambiente ninguna prisa por hacer nada. De cuando en cuando pasaba por encima de nuestras cabezas algún que otro helicóptero, como si se tratara de una avispa monstruosa transportando grandes sacos de agua que depositaban gentilmente sobre los irresponsables fuegos que se habían

producido en las montañas. Mientras tanto, el público fue apareciendo poco a poco proveniente de cualquier lugar de los jardines. Media hora más tarde me pidieron que empezara y empecé.

En el extranjero hacen las cosas de otro modo... y nosotros también. Nunca nadie me habría podido obligar en Inglaterra a reproducir las palabras de Strachey con voz de *falseto*, pero en Italia ¿quién podía impedírmelo? La respuesta era que Maggie todavía estaba ahí, apoyada en la escultura de un fauno. Yo miré hacia otra parte, elevé la voz y seguí adelante. Gabriella Rammarione, mi traductora, siguió su instinto de compensar aquel inesperado tono de mi voz bajando el suyo cuando tradujo las palabras de Strachey hasta adoptar el de un contralto, y el público respondió con grandes carcajadas sobre todo en los pasajes más serios, cuando quedaban sumergidos bajo el sonido de los helicópteros.

Tanto Lytton Strachey como Virginia Woolf fantasearon por un momento con la idea de reubicar a todo el grupo Bloomsbury en Italia. En nuestra mano estaba, dije yo, recrear sus recuerdos en este lugar y esperar que sus espíritus nos mirasen con benevolencia. Miré a Maggie y vi que sonreía.

Al día siguiente, Tiziana y la directora de cine italiana Lina Wertmuller (que estaba a punto de celebrar su ochenta y un cumpleaños en Ravello) hicieron una pequeña función dedicada a Violet Trefusis basada en sus cartas con Vita Sackville-West. A mí me dio la sensación de que tanto Forster como Lawrence, Strachey y Woolf habían estado investigando en sus libros nuevas variantes de comportamiento humano, algo que también había explorado Violet Trefusis. Me senté en el jardín junto a Maggie y escuché la charla en el mismo pabellón en el que yo había hablado el día anterior. La belleza del lugar y de sus voces, como si se tratara de una balada que fuera alternando una voz joven con una anciana, era tan impresionante que no me aburrí a pesar de no entender ni una palabra de lo que decían, pero Maggie sí las entendía y le comentó a Tiziana al terminar lo mucho que le había impresionado su defensa, un discurso en el que por primera vez no se presentaba a Violet como «la otra mujer», sino como alguien que podía despertar interés por sí sola. Tiziana le dio un abrazo emocionado como respuesta.

Mujeres enamoradas

Aquel mismo otoño, de regreso en Londres, me puse a leer las novelas de Violet Trefusis y me quedé maravillado por su enorme calidad. En el imaginario de la gente aquellos libros habían sido relegados al olvido por el notorio romance con Vita Sackville-West. A mí me parecía que había dos vías para acercarse a Violet: a través de sus obras de ficción (y de las obras de ficción de otros autores) o a través de su autobiografía y su correspondencia. Aquellas dos vías de realidad y ficción, al igual que los dos senderos que ascendían hasta Cimbrone, se entrelazaban y unían en el punto de destino y se podían trazar a la vez.

Con frecuencia los biógrafos tratan de huir de la prisión de la cronología e intentan evitar empezar las primeras líneas con un nacimiento. Violet Keppel nació en Londres el 6 de junio de 1894. Al parecer, la figura más importante de su vida fue su madre, Alice Keppel. En 1952, cinco años después de la muerte de su madre, Violet publicó el libro de memorias *No mires atrás*, dedicado a la «memoria de mi querida madre». En su infancia se había visto envuelta por el esplendoroso calor del amor materno «luminoso como una armadura dorada». Ella misma se encargó de embellecer esa armadura con numerosas cualidades complementarias: inteligencia, humor, valentía, estilo. Por encima de todas las virtudes, la mayor era «su talento para hacer felices a los demás». Violet omitió su mayor logro: el de conseguir hacer feliz al Príncipe de Gales, luego rey Eduardo VII. Alice Keppel era una mujer de una discreción casi obscena y Violet tejió su libro con todos esos momentos «elegidos uno a uno y recogidos a mano» para imitar su discreción. Al final acabó perfectamente bien camuflada.

Los padres de Violet competían a la hora de contarle cuentos cuando era una niña. Los cuentos que le contaba su madre contenían «una mezcla sorprendente entre fantasía y realismo» y los de su padre eran «intrépidos y ortodoxos». *No mires atrás* es, al igual que los relatos de su madre, una mezcla entre vitalidad y ficción repleta de diálogos y de omisiones de lo más significativos.

Alice Keppel representó el papel dominante en su matrimonio, era una mujer fuerte. Violet se cuidó de garantizarle a su padre algunas cualidades modestas: tiene buen corazón, siempre es fácil agradarle, es metódico, apañado, un hombre grande pero sin muchas ambiciones con un bigote cuidadosamente encerado y un ojo clínico para el arte

clásico. En ningún momento Violet sugirió que tal vez no fuese su verdadero padre biológico. El amante de su madre, Ernest Beckett, no tiene espacio en su libro.

Otro lugar en el que se perciben ciertas reticencias es en su retrato de Vita Sackville-West. *No mires atrás* fue publicado veinte años antes de que su romance fuese de dominio público. Vita, con su «mirada profunda e inmóvil», es descrita como una figura un tanto al margen. Las dos muchachas sueñan con héroes románticos desde los escalones más altos de la historia y la literatura. Aparte de eso tenían otra cosa en común: madres con carácter.

En su novela *Los eduardianos*, Vita describe a la madre de Violet, Alice Keppel, como una mujer «que tanto en lo que fracasó como en lo que triunfó lo hizo siempre con cierta magnificencia. Todo lo que hacía quedaba cargado de un carácter superlativo. Cuando era sofisticada, lo era a lo grande. Cuando era mercenaria, amenazaba a las grandes fortunas. Cuando amaba, lo hacía en las habitaciones más elevadas y cuando admitía su ambición, lo hacía para lograr el mayor de los poderes». Bajo el seudónimo de Romola Cheyne la representa como si fuese el personaje de una gran ópera, no tanto la virtuosa heroína como la inmoral intrigante.

Por su parte, Violet dejó también de ser discreta cuando describió a la opresiva madre de Vita, lady Sackville:

Su presencia era intermitente y a la vez omnipresente, como un gato Cheshire. Su hija la admiraba y desconfiaba de ella, y se convirtió de alguna manera en el juguete del gato de Cheshire... En su rostro demasiado carnoso había unos rasgos clásicos sumergidos bajo la grasa. Una boca admirable de un diseño puro y cruel contenía el avance del bien y aquel cuerpo ambiguo y voluminoso, más que vestido, parecía tapizado; siempre cubierto de brocados, lazos, terciopelos, tafetanes... Mantenía una conversación seductora y aduladora, no muy alejada del mago que trata de mantener la mente de su interlocutor alejada del truco que está a punto de hacerle.

Lady Sackville fue una mujer formidable y una belleza célebre en su tiempo. Llegó a posar para Rodin después de conocerlo en una cena organizada por Ernest Becket en 1905, más o menos en la misma época en la que Rodin estaba embarcado en su busto de Eve Fairfax. A pesar de que fue invitado en numerosas ocasiones, Rodin no visitó a lady Sackville en Knole hasta 1913, año en el que se quedó tan maravillado con el lugar que, en palabras de su nieto Nigel Nicolson: «Se enamoró perdidamente de lady Sackville». La biógrafa de lady Sackville, Susan Mary Alsop, opina que fueron su «vanidad e inocencia» las que «le hicieron creer» que él se había enamorado de ella, mientras que la biógrafa de Rodin, Ruth Butler, opina que Rodin se permitió la audacia de tener una amistad con una de las mujeres más temidas de su tiempo.

Victoria Sackville tenía entonces cincuenta años, mientras que Rodin estaba cerca de los setenta y cinco. Sus negociaciones durante los siguientes dieciocho meses tuvieron en cierto modo los exagerados gestos de un ballet. Tras su visita a Knole, Rodin sugirió la posibilidad de hacer un busto de la hija de lady Sackville, Vita. Pero Victoria Sackville era pertinaz. Le gustaba encargarse de retratos de sí misma y ya había conseguido algunos de pintores como John Singer Sargent y Charles Carolus-Duran, entre otros. Quería que la «hiciera» con una boa alrededor del cuello y así se lo comunicó a Rodin, ya que «a mi edad y a punto de convertirme en abuela, una suele perder cierta firmeza en el cuello». Lo que esperaba en realidad era recuperar aquellos hermosos rasgos clásicos que en aquel momento estaban comenzando a sumergirse en el envoltorio carnal de su mediana edad. Aunque lo más probable era que ya fuese demasiado tarde. De joven había sido espectacularmente hermosa, pero tal y como ella misma había dicho, sus famosos «rasgos clásicos» estaban empezando a desdibujarse ahora en la forma de un balón. Se sentía particularmente sola desde que Vita se había casado con Harold Nicolson (aunque esperanzada, por otra parte, en que aquel matrimonio pusiese fin a su escandalosa relación con la hija de lord Grimthorpe, Violet Keppel) y había decidido sacudirse aquel cansancio del mundo viviendo una aventura o dos en el extranjero.

Al hacer una inspección en calidad de hija al «agradablemente caótico» estudio de Rodin en París, a principios de 1913, Vita se quedó impresionada ante la enorme habitación vacía que le enseñaron. «Era más bien oscura y había unas enormes masas de mármol toscamente talladas, un cincel abandonado sobre una silla y nada más», le escribió a Harold, «a medida que iban pasando los minutos, mientras esperaba, fue creciendo más y más mi fascinación por aquel espacio», pero cuando entró Rodin se encontró un «un hombre aburguesado relativamente corriente..., gordo y un poco irreal... y todo lo que sentía parecía ser una reacción que provenía de aquellas enormes masas de mármol que estaban alrededor». Él comenzó a hablar de su trabajo acariciando el mármol y señalando ciertos puntos con el pulgar: el vulgar burgués desapareció de nuevo y apareció el genio.

Fue en aquel genio en quien lady Sackville centró toda su atención durante el otoño que posó para él. Durante quince días de noviembre de 1913 las páginas de sus diarios están llenas de detalles de aquellos encuentros: «Lleva durante todo el tiempo una capa y una boina escocesa de terciopelo y nunca para de hablar», escribe.

...yo llevaba un vestido totalmente escotado, cosa que me hacía sentir un poco avergonzada. Creo, si es que lo he entendido bien, que lo horroriza el hecho de que no pueda cuidar siempre de él. No deja de decirme que soy muy hermosa y aun así el busto es, al menos hasta el momento, totalmente espantoso... Quiere que lo deje todo y me vaya con él a la Riviera, adonde lo expulsa esta climatología vil..., dice que tiene

intención de estar modelándome durante todo el invierno y dibujarme mientras me peino, porque le han dicho que es maravilloso y nunca ha tenido a una modelo con pelo largo... Rodin hizo que me sentara en el suelo mientras él estaba subido sobre una caja de embalar, a mi lado, para modelar la parte superior de mi cabeza... No es más que un viejecito amable, un hombre sencillo y alejado del mundo real.

Victoria Sackville era una mujer testaruda, pero a pesar de eso estaba abierta a cierta galantería y antes de comenzar los posados para Rodin le había pedido su indulgencia. Él fue indulgente y ella fue copiando en su diario todos los piropos que le decía. «Vino con las manos llenas de *terre glaise* y se arrodilló frente a mí..., fue de lo más conmovedor». Continuaron los posados con la dama desnuda y el viejo escultor de rodillas frente a ella.

Se permitió a sí misma ir a la casa que Rodin tenía en Meudon, donde conoció a su compañera de aquellos cincuenta años, Rose Beuret. Le sorprendió la frugalidad con la que vivían su vida. «Por lo general su almuerzo consiste en sopa y un vaso de leche», escribió, «...todo es una especie de mezcla entre grandeza y enorme incomodidad. Rose es mucho más amable conmigo que con las demás visitas». Y en cuanto a Rodin, a pesar de que nunca se dirigía a Rose y pocas veces dejaba de hablar con lady Sackville, escribió: «Es la amabilidad encarnada, muy gentil».

Los sentimientos de lady Sackville por Inglaterra comenzaron a reanimarse de nuevo en su correspondencia. A finales de febrero de 1914 se reunió con Rodin y con Rose en una villa «muy pequeña y oscura» que había alquilado cerca de Roquebrune. Su busto se encontraba en un estado que suponía para ella «una tremenda decepción». Le dio algo de dinero —mucho menos de lo que él cobraba normalmente— y Rose se puso furiosa, «no sé muy bien por qué motivo». Con la esperanza de que pudiese hacerle otro busto en el que tuviera los labios un poco más gruesos y saliera un poco más favorecida accedió a acompañarlo a Camp Ferrat. «Es un hombre de lo más infeliz», escribió en su diario, «he de ser considerada con él... Madame Rose me saca de mis casillas constantemente». Era demasiado evidente que provenía de una clase baja y no hacía más que gruñir.

La aventura estaba a punto de acabar. Navegó durante algunos meses por Italia, vio a otros hombres y comenzó nuevas aventuras. A su regreso a Inglaterra aquel verano, poco antes de la Primera Guerra Mundial, hizo una parada en París y visitó a Rodin quien le confesó que la vida con Rose se había vuelto insoportable (se casó con ella en 1917, poco antes de su muerte). «Me dio tanta lástima que hasta me olvidé de comentarle lo de mi busto».

Tanto Violet como Vita admiraron y acabaron resentidas con su extraordinarias madres. Violet admiraba lo que denominó «el incomparable romance» que tuvo Alice Keppel,

alias La Favorita¹¹, como amante del rey. «Me pregunto si seré capaz de extraerle a la vida todo el romance que ella consiguió extraerle a la suya, sea como sea, ¡estoy dispuesta a intentarlo con todas mis fuerzas!». Aun así, en sus primeros años no tenía la sensación de que ni ella ni su hermana Sonia fuesen «ni tan amables, ni tan bonitas como nuestra exitosa madre. Ni la igualamos ni la superamos en nada». Sonia, que era mucho más cercana a su padre, coincidía con ella en que desde su primera infancia su madre las miró siempre desde un pedestal, como si la hubiesen investido con «las brillantes virtudes de una divinidad».

También Vita tenía la sensación de que habría sido «capaz de asesinar a cualquier persona que hubiese murmurado una sola palabra en contra» de lady Sackville. «Habría sido capaz de sufrir cualquier tipo de injusticia si hubiese venido de sus manos». La injusticia se produjo y ella se encargó de sufrirla. La vieja dama fue una de las pocas aristócratas que se negó al deseo del Príncipe de Gales de ir acompañado por la señora Keppel a un fin de semana en Knole, la ancestral casa de los Sackville de trescientas sesenta y cinco habitaciones. Como si se tratara de las dos reinas de un tablero de ajedrez, las dos madres tuvieron que ejercer un gran poder en aquella partida del amor que sus hijas estaban destinadas a jugar.

La partida comenzó cuando eran niñas. Las dos recordaban bien sus primeros encuentros: «Yo tenía doce años y ella era dos años menor», recordaba Vita, «pero en realidad sus instintos estaban mucho más desarrollados y podría haber sido seis años mayor...».

Nos conocimos tomando el té junto a la cama de una amiga común que se había roto una pierna y ella (Violet) hizo algún comentario sobre las flores que había en la habitación. Yo no estaba escuchando, de modo que no contesté nada. Aquello la molestó porque era una niña mimada. Le pidió a su madre que me invitara un día a tomar el té, lo hizo y yo acudí. Nos sentamos en una habitación sombría y hablamos –de nuestras familias y de todo tipo de temas extraños– y cuando me iba a marchar, ella me dio un beso en la entrada. Aquella noche inventé una canción mientras me bañaba que decía: «Tengo una amiga...».

Vita era probablemente la persona a la que peor se le daba en el mundo hacer amigos, pero ahora tenía una y parecía que iba a acompañarla toda la vida.

En el relato que hace Violet no existe la presencia de contraste de la amiga común con la pierna rota. Omite también en sus memorias de niña buena tanto la habitación sombría como el beso en la entrada. Las dos niñas eran criaturas dolorosamente aisladas y perdidas en medio de enormes salas. Violet comenta que Vita está sobrepasada por la presencia de lady Sackville: «Era alta para su edad», escribe Violet, «desgarbada e iba

vestida de una manera espantosa con lo que tenían toda la pinta de ser viejas prendas de su madre...».

Yo la invité a tomar un té y ella vino. Me pareció que era agradable, aunque un poco infantil (yo tenía diez años). Cuando nos separamos, lo hicimos cordialmente. La represión de mis primeros años era tan grande que no tardé en encontrar una vía de escape en aquella voluminosa correspondencia... Nuestra amistad creció aquel invierno.

Violet se había dado cuenta de la «alegría de su familia» ante el hecho de que hubiese entablado amistad con la hija de lady Sackville y cuando acudió a pasar con ella el fin de semana en Knole, comprendió por qué estaban tan alegres. Con aquellas torres y almenas, aquellas galerías enormes, aquellas escaleras, parques, patios, capillas y todo lo demás la casa de los Sackville era infinitamente mucho más majestuosa que ninguna casa a la que pudieran aspirar los Keppel. Violet se dio cuenta de inmediato de lo mucho que Vita amaba aquel espléndido sitio y cuánto deseaba ella que se sintiera abrazada amorosamente por todo lo que la rodeaba. «¡Cómo adoro ese lugar!», escribió a Vita poco después, casi al mismo estilo de Orlando. «Si hubieses sido un hombre, casi con toda seguridad me habría casado contigo porque creo que soy la única persona del mundo que ama Knole tanto como tú. (Lo digo en serio)...».

Durante los primeros seis años de su amistad, Violet y Vita se vieron con cierta regularidad en Londres y en París, en Escocia y en Italia. «Fui a tomar el té con Violet y me quedé a cenar», escribe Vita en su diario, en diciembre de 1908, «el rey estaba allí». El rey era una presencia anónima y a menudo invisible en casa de los Keppel en Portman Square, la berlina de un solo caballo esperando en la puerta, el mayordomo susurrando: «El caballero está a punto de bajar». Todo aquello le añadía a Violet «un toque romántico», recuerda Vita.

Violet siguió visitándola en Knole y Vita se acercó a ver a Violet al castillo de Duntreath, la ancestral casa de Stirlingshire en la que había nacido Alice Keppel. Se trataba de un castillo medieval de juguete emplazado en un paisaje lunar escocés, con ardientes puestas de sol sobre las colinas y pavos reales que paseaban por el jardín. Aquel ambiente exótico se acrecentaba todavía más en la imaginación de las muchachas con el olor a madera de cedro y a pólvora. Vita recuerda cómo se vestían y cómo Violet la perseguía con una daga en la mano a lo largo de un interminable pasillo, cómo pasaban las noches enteras charlando y charlando «mientras los búhos ululaban allí afuera»; y Violet recuerda cómo mientras corrían de habitación en habitación, subiendo y bajando escaleras, pasaban «del éxtasis al miedo» constantemente. Duntreath era para Violet casi tanto como Knole para Vita.

Tanto Vita como Violet tenían la sensación de que las casas eran entidades con vida

propia, pero sus sentimientos con respecto a Duntreath y Knole no eran exactamente los mismos. Vita adoró Knole durante toda su vida, viviera donde viviera y amara a quien amara. Tenía una gran necesidad de amor y un gran apetito sexual, tuvo una vida promiscua y repleta de historias de amor. Su amor por Violet fue único: nunca más nadie volvió a ocupar un lugar tan especial en su corazón, aunque eso no impidió que tuviera muchos otros amantes que significaran menos para ella. Violet, por su parte, pensaba que Vita no solo era el más grande, sino el único amor que había conocido en la vida, alguien capaz de hacerle sombra hasta a la figura de su madre. Podía flirtear, jugar y aparecer en compañía de otras personas, pero la realidad es que nunca fue feliz sin Vita. Si se contara la historia desde el punto de vista de Violet, sería necesario eliminar a todo el mundo menos a aquellos que se convirtieron en enemigos e impedimentos para que fructificara su amor, tal y como había eliminado a su hermana Sonia, que había nacido cuando ella tenía seis años, por haberse convertido en una competidora por el amor de su madre. «No la quería», recuerda Violet, «y no le dirigí la palabra hasta que cumplió diez años». (Sonia lo corrobora en una carta que le escribe a su hermana: «Durante los primeros diez años de mi vida siempre que me mirabas lo hacías con un gesto de evidente desagrado»). Diez años más tarde, Violet miraba del mismo modo a cualquier persona que se convirtiera en un posible competidor del amor por Vita. «Soy tan primitiva en mi alegría como en mi dolor», le dijo, «nuestra presencia es vital para la otra o al menos así es como yo lo siento».

Pero hasta que Vita no se convirtió en su amante, «la señorita Violetta se entretuvo cruelmente a expensas de los demás, lo que es ciertamente inapropiado». Sí fue apropiado para los muchos hombres que durante años se vieron atrapados por sus juegos de seducción. Gerald Wellesley, que más tarde se convirtió en el séptimo duque de Wellington, se descubrió totalmente enamorado y «medio comprometido» para casarse con ella y Vita tuvo que romper su compromiso con sir Osbert Sitwell, tal y como relató luego a sus amigos, porque una vez casados habrían tenido que dormir en los extremos opuestos de una gigantesca mansión, separados por numerosas habitaciones vacías (un acuerdo que seguramente los dos habrían aceptado con alegría). Poco después Gerald Tyrwhitt-Wilson, el decimocuarto barón de Berners, tras haber almorzado un día en París con Violet, leyó en el periódico del día siguiente que estaba a punto de casarse con ella... Entre tantos otros también se encontraba el poeta y atleta Julian Grenfell, con quien lo habían pillado *in fraganti* en el interior de una despensa... Todos aquellos pequeños escauceos terminarían cuando Vita estuviera permanentemente con ella.

Por su parte, Vita fue el objeto de varias odiosas propuestas de matrimonio. «No me atraían los hombres», escribió, «las mujeres sí». Y la primera mujer que la atrajo no fue Violet sino Rosamund Grosvenor, quien había asistido a la misma escuela que ellas dos. Vita buscó en sus relaciones amorosas con las mujeres lo que no había conseguido

encontrar en su relación con su madre. «Mi madre hirió mis sentimientos muchas veces diciéndome que no podía soportar mirarme porque era demasiado fea», escribió en *Retrato de un matrimonio*, «...me quiso cuando era un bebé, pero no creo que se preocupara demasiado por mí cuando me convertí en una niña y tampoco se lo reprocho». Vita se veía a sí misma como alguien «vulgar, plana, oscura, insociable, poco atractiva –¡increíblemente poco atractiva!–, ruda y con tendencia a esconderme». Y cuando se escondía, en lo único en lo que pensaba era en «escribir, siempre escribir», en tratar de hacer algo lo bastante hermoso como para que pudiera ser admirado por su madre y por el mundo. En Rosamund Grosvenor encontró una persona de una belleza delicada y voluptuosa, alguien que la cuidaba apasionadamente y cuya sencilla presencia curaba las heridas que le había infligido lady Sackville. «Estaba totalmente enamorada de Rosamund», escribió, pero a pesar de que la adoraba como belleza, como compañera «me aburrió siempre..., tenía un carácter muy dulce, pero era un poco tonta». Se acostaron juntas, se abrazaron y besaron «pero nunca hicimos el amor». Lo de hacer el amor era algo que Vita iba a aprender con Violet, de Rosamund –a quien denominó «la dama de Rubens»– estuvo tan cerca de su belleza que casi llegó a poseerla, pero con Violet –de quien admiró su estilo cargado y resplandeciente, su robusta figura y su complexión con forma de pera– ella misma se sentía también una belleza. Como a Rosamund nunca le interesaron los libros, Violet se convirtió en la musa literaria. Parecía haber caído del cielo para satisfacer todas las necesidades de Vita.

También para Violet fue un reto. Parecía estar desprovista del más elemental sentido del miedo, no sentía la aprehensión del peligro. «¡Sígueme, sígueme!», la urgió, pero seguirla suponía rechazar todo lo que la madre de Vita había preparado para ella. Sin duda era mejor tenerlo todo y no tener que renunciar a nada.

¡Vaya estilo combativo y convincente había adoptado Violet! «Te quiero, Vita, porque he tenido que luchar muy duro para conquistarte», escribió, «te quiero porque no te rindes jamás..., te quiero porque nunca pareces dudar de nada. Quiero en ti lo que también está en mí...». No se podía ser un tirano con una mujer así, en su imaginación y en su fantasía solo podían tratarse como iguales.

El desarrollo de su relación se vio interrumpido por dos extraños sucesos históricos: la muerte del rey en 1910 y el comienzo de la Gran Guerra en 1914. «No entiendo cómo la gente es capaz de hacer cualquier cosa», escribió Alice Keppel a su amiga lady Knollys tras la muerte del rey Eduardo VII, el 6 de mayo de 1910, «para mí la vida y todas sus alegrías se han detenido por completo». En palabras del historiador Giles St. Aubyn ella fue «la amante más consumada y perfecta de toda la historia de la realeza» y ahora se había convertido en la «viuda no oficial», un papel que siguió cumpliendo con perfecta distinción. El consejero financiero del rey, sir Ernest Cassel (apodado Windsor Cassel), la había convertido en una mujer muy rica y gracias a aquello fue capaz de trasladar a toda

la familia a una inmensa mansión del siglo XVIII en el número 16 de Grosvenor Street, donde el clima de lujo era el más apropiado para lo que Osbert Sitwell había denominado su «instinto para el esplendor», una descripción que también habría podido servir para Violet (aunque no para Sonia). Pero la vida de Alice Keppel había cambiado bruscamente. Diana Souhami lo describe así en su doble biografía de Alice y Violet: «Ahora que se había quedado sin papel (Alice) ya no podía hacer públicas demostraciones de dolor ni formar parte de la vida palaciega. Fue ninguneada por el hijo de Bertie y rechazada cuando fue a firmar en el libro de visitas del Marlborough House». Para la familia real su presencia se había convertido en una vergüenza y decidió marcharse un año o dos al extranjero. Se lo anunció a las niñas como si fuera un personaje de una de las novelas de Violet: «Tengo una noticia que daros, niñas. Os voy a llevar a Ceilán este invierno. En mi opinión la educación de una jovencita no está completa hasta que no se le añade una pizca de tamil... El barco sale dentro de cuatro días, así que tenéis tiempo de sobra para hacer la maleta».

Sin la presencia de Vita, Ceilán se convirtió para Violet «en un interludio absolutamente irrelevante» que estuvo repleto además de inquietantes premoniciones. En 1909 Vita había «salido» y aunque todavía era una adolescente, ya podía afirmarse que estaba oficialmente en el mercado matrimonial. De pronto comprendía la enorme importancia de que Vita fuese dos años mayor que ella. «Tenía que haberme dado cuenta de que a tu edad (diecinueve años) lo más probable era que tuvieras alguna historia con un hombre», escribió Violet en una desesperada carta fechada el 12 de diciembre de 1910 desde Ceilán, «estoy a punto de decir una barbaridad... Intenta no casarte antes de que regrese». Era muy consciente de las dificultades de animar a Vita a que se adentrara en «un territorio totalmente desconocido». Estaba celosa de Harold Nicolson, con quien Vita había comenzado una relación «de casi infantil camaradería». Era muy divertido estar con él, era un poco tímido, tenía una sonrisa encantadora, era simpático y exuberante; el compañero de juegos perfecto. Violet temía lo peor.

A comienzos de 1911, Violet y Sonia fueron «arrojadas como bebés en el bosque en un exclusivo internado alemán» cercano a Múnich para completar su formación mientras su madre se fue de viaje a China. Entretanto, Vita parecía caminar lenta pero segura hacia el matrimonio. ¿Qué podía hacer Violet? Vita ya no buscaba constantemente la elocuente mirada de Violet, ni escuchaba con atención aquella voz clandestina, ni sentía aquellos rojos y perturbadores labios en los suyos; lo único que todavía quedaba para mantener el hechizo eran las cartas de Violet y no era suficiente. Violet regresó a Inglaterra en 1912. Se encargó de ocupar el tiempo con cenas de bienvenida y un enorme baile de gala en Grosvenor House. No parece que aquello fuese un proceso que la divirtiera especialmente. Necesitaba ver a Vita con urgencia porque la otra mujer en cuya compañía podía sentir una alegría intensa, su propia madre, estaba haciendo

movimientos en busca de un nuevo matrimonio y preparándola para que aceptara la distancia y una vida independiente. Violet era incapaz de asumir la expectativa de quedarse sola.

Para Vita aquel interludio que había pasado alejada de Violet no era más que un mero retraso de lo que parecía un drama inevitable. No importaba lo elusiva y distante que se mostrara Violet, Vita estaba segura de que, en cuanto se diera la oportunidad, podría recuperar el amor de aquella criatura extraordinaria y poco mundana. «Lo que significa este vínculo solo Dios lo sabe. Hay veces en las que llego a tener la sensación de que es algo legendario». Y más tarde escribió: «Violet es mía, siempre lo ha sido, es algo ineludible». No siente «miedo de perderla, a pesar de que sea orgullosa y aguerrida». En cuanto a Violet, añade Vita, «ella también lo sabe». Pero en realidad sabían cosas distintas. Violet sabía que continuar con aquel amor hasta el final significaría también la renuncia al resto de las cosas, incluidas familia, amigos y un lugar de privilegio en la sociedad. Vita no entendía por qué razón su postura tenía que ser tan excluyente, lo más probable era que se pudiera llegar a disfrutar las dos relaciones a la vez, una homosexual y otra heterosexual, ¿o es que acaso no lo había hecho ya hasta aquel día con Rosamund y Harold?

El año de 1913 comenzó fantásticamente bien y acabó desastrosamente para Violet. «Violet Keppel y yo dimos una fiesta», le escribió Vita a Harold a finales de febrero, «fue el mayor éxito del año... Violet y yo hicimos una actuación y al final acabamos la una en los brazos de la otra». Vita disfrazaba ante Harold el sentido de propiedad que sentía con respecto a Violet y frente a Violet escondía el sentido de dependencia que probaba hacia Harold. Cuarenta años después, en *No mires atrás*, Violet describió aquella época: «Ella (Vita) se casó sin decírmelo. Escuché algunos rumores sobre su compromiso, pero como ella no me dijo nada, no les di mayor importancia. Me quedé petrificada ante la perfidia de aquella acción que a mí me parecía totalmente inmerecida».

Durante los primeros años de la guerra ambas se vieron muy poco. Vita y Harold compraron Long Barn, que no quedaba lejos de Knole («demasiado tímidamente pintoresca», sentenció Violet, «... como si vivieran sobre la supremacía de los muebles en vez de entre ellos»), y también una casa en Ebury Street en Londres (que sorprendió a Violet como si se tratara de una deprimente casa de clase media de las afueras). Entre 1914 y 1917 Vita dio a luz a dos niños, Ben y Nigel Nicolson (aún quedaba otro niño por nacer). Era como si hubiese finalizado el lado más tormentoso de su vida. «Veo a Violet de cuando en cuando, pero cada vez me parece más ajena que nunca».

Harold no era un hombre afeminado, pero sí es cierto que había en su naturaleza un poderoso lado femenino que le hacía más atractivo, si cabe, a los ojos de Vita. Pero al trabajar para la Foreign Office se vio inmiscuido en un mundo cada vez más claramente

masculino que le interesaba poco a ella y que Violet despreciaba abiertamente. Surgió también otra dificultad: debido a una relación homosexual esporádica se había infectado con una enfermedad venérea tras la que le habían recomendado no tener relaciones sexuales hasta después de abril de 1918. Violet seguía atenta a lo que denominaba la «radiante domesticidad» de Vita. Aquella primavera Harold estaba en Londres cuando sucedieron los asaltos del Zeppelin, trabajaba día y noche en la Foreign Office en un momento crucial de la guerra. Daba la sensación de que hubiese dejado la puerta de Long Barn entreabierta... Y por ella entró Violet.

La invitó a que se quedara con ellos quince días a comienzos de abril de 1918. La primera semana no transcurrió de una manera muy agradable, Vita se hallaba totalmente inmersa en su escritura y Violet estaba demasiado ansiosa. Luego, el 18 de abril (dos días antes de que concluyera el tiempo prescrito para la curación de la enfermedad venérea de Harold), Vita se puso un vestido nuevo que solían llevar las muchachas del campo y «me dediqué a correr, saltar, gritar, trepar... Violet me iba siguiendo con docilidad a través de los campos y los bosques sin apartar ni un segundo su mirada de mí... y en ese momento me di cuenta de que no había perdido ni un ápice de mi antiguo poder sobre ella... Fue uno de los días más excitantes de mi vida». Aquella noche, mientras Harold trabajaba en Londres, las dos mujeres hablaron durante mucho tiempo y con gran intimidad, y luego se fueron juntas a la cama e hicieron el amor. Para Vita supuso una liberación extraordinaria.

Poco después Violet escribió sobre aquel episodio: «Me deleito en tu belleza, en la belleza de tus formas y de tu figura..., siento el éxtasis de mi rendición..., adoro pertenecerte, me glorifico en el hecho de que solo tú hayas conseguido vencerme a tu voluntad, que hayas roto mi autodomínio, que me hayas arrebatado mi secreto para hacerlo tuyo, para hacerme *tuya*... Me deleito al descubrir lo poco que tenemos que ver tú y yo con el resto del mundo».

En aquel punto crucial de mi investigación (el momento en el que Violet y Vita se convierten en Mitya y Lushka), Tiziana Masucci (o Tizy, como ya se había convertido en los juguetones *mails* que me enviaba) llegó desde Roma para continuar sus propias investigaciones en Londres.

Le pregunté cómo había llegado a interesarse en Violet. Le habían regalado *Retrato de un matrimonio* y lo había leído «en un momento en que me sentía muy triste», me dijo. El libro había caído de la estantería en un momento en que estaba reorganizando su biblioteca y lo abrió por una página en la que había una imagen de Violet. Aquellos ojos de basilisco se encontraron con los suyos y comenzó a pasar las páginas. Tras aquella lectura se hizo con los libros de Violet, se encerró con ellos y cuando salió de la habitación, empezó a reorganizar su vida alrededor de ellos. Violet había hecho una

nueva conquista, aunque ¿quién podía determinar si *Retrato de un matrimonio* había sido un regalo de los dioses o un cáliz envenenado? Le pregunté en qué había consistido exactamente la fascinación y me miró con un gran gesto de asombro. «¡Violet soy yo!», exclamó, y a continuación: «¡Adoro a Violet! Otras personas, la gente que aún está con vida, suelen decepcionar, pero Violet está blindada contra la decepción».

En un sentido legal y literario Tiziana se ha convertido en Violet. Ha comprado los derechos póstumos de las obras de Violet, que todavía estarán vigentes durante treinta y cinco años más (hasta el 2042) y no para de hacer planes y proyectos para traducir más libros de Violet al italiano y para llevar a escena una obra de teatro que está escribiendo sobre Vita y Violet. Tiene pensado también hacer una película y (¿por qué no?) ¡un musical! Se ríe cuando lo dice. Tiene intención, por supuesto, de preparar una edición de las cartas, ser la comisaria de una gran exposición y escribir su biografía. Es un proyecto para toda una vida. ¿Cuántos años tendrá cuando finalice el periodo por el que ha comprado los derechos? No se atreve ni a pensarlo..., le teme a la vejez tanto como la propia Violet. A veces, da la sensación de que tiene diecinueve años, y otras, treinta y cinco (su verdadera edad). Sonia Keppel escribió en una ocasión que su hermana Violet nació siendo vieja y nunca consiguió ser joven, ni durante su infancia ni durante su adolescencia, pero tras su romance con Vita comenzó a rejuvenecer y la gente que la conoció durante la década de sus veinte y sus treinta años coincidía siempre en comentar que tenía un aspecto muy infantil (Harold Nicolson la vio en París después de la guerra y comentó que parecía que tenía diecisiete años). En realidad era como si estuviese desafiando a las leyes de la edad, como si rebotara desde la infancia a la edad adulta. «Un día parecía que tenía cuarenta años y al día siguiente que era una anciana» comentó su amigo y biógrafo Philippe Jullian, como si una musa trágica hubiese oscurecido el encanto romántico que la envolvía. Me dio la sensación de que con Tiziana sucedía algo parecido. Siempre ha pertenecido al mundo del cine y del teatro en Roma y conoce a mucha gente, pero «no pertenezco a su mundo», asegura. Bajo su entusiasmo continuo hay siempre una sombra de melancolía. Pertenece a una mujer difunta a la que trata de llevar de nuevo a la vida. No es una sorpresa que a pesar de estar rodeada de gente sea una solitaria en realidad. Pero gracias al hecho de que últimamente he estado leyendo libros de Violet y sobre ella, podemos tener conversaciones muy íntimas llenas de citas sobreentendidas, bromas privadas y alusiones que solo nosotros dos entendemos. «Tengo un amigo», comenta parafraseando lo que escribió Vita tras conocer a Violet, pero luego añade: «Vita no era leal, pero yo sí». Es como si fuera el alma gemela de Violet, no de Vita.

Se produce una atmósfera extraña en la que Violet parece revivir, una situación que Tiziana aparentemente valora mucho más que tener discusiones prácticas sobre cómo continuar en Inglaterra con su cruzada privada, pero también acabamos hablando sobre

el registro de los derechos, sobre la idea de contratar a un agente en Inglaterra y sobre que sería interesante averiguar si en los archivos de la BBC existe alguna copia sobre las locuciones que hizo Violet en Londres para emitir en Francia durante la guerra. A Tiziana le encantaría escuchar su voz. Tiene, de hecho, en su teléfono móvil una grabación de la voz de Vita leyendo un fragmento de *Orlando* y también de la voz de Virginia Woolf, ambas las consiguió en la British Library.

Nos invita a cenar Carmen Callil quien, mientras estuvo dirigiendo Virago Press, fue una de las pocas personas que se interesó en la obra de Violet. Publicó *La caza de la zapailla*, en 1983, en su colección de clásicos modernos de Virago con un prólogo de Lorna Sage. Nos comenta que tenía intención de añadir más obras de Violet a la lista de publicaciones (*Juego de piratas* se publicó trece años después), pero había ciertas dificultades con los derechos y celebra que Tiziana los haya comprado. Durante la cena charlamos sobre el talento y la reputación de Violet. Carmen comenta que está harta del asunto del romance entre Vita y Violet y que cada vez le interesan más las novelas de Violet. Tiziana opina lo mismo. Yo me inclino por una línea un tanto distinta; opino que las novelas de Violet nunca habrían sido las comedias de costumbres llenas de claroscuros que son si ella misma no hubiese vivido un gran sufrimiento, también entre las luces. Tiziana toma la palabra y habla en contra de Vita y de la familia Nicolson, a quienes acusa de haber provocado ese sufrimiento. Asegura que Vita fue una cobarde que llegó a amenazar con el escándalo a toda la rancia sociedad londinense y que luego se retrajo y acabó anteponiendo a un amor verdaderamente extraordinario una carrera literaria de dudosa reputación, su afición a la jardinería y una familia a la que además era sistemáticamente desleal por motivos de lo más triviales. En cuanto a Harold Nicolson se ganó el desprecio de Tiziana cuando escribió en 1918 que deseaba que Violet estuviese muerta. Yo replico que si denigra demasiado a Vita y a Harold y rechaza su valor literario corre el peligro de quedarse sola con un drama articulado solo en un lado, y además, si Vita era realmente una mujer tan poco valiosa, ¿acaso no ponía eso mismo en evidencia a Violet, quien la describió siempre como el amor de su vida?

Maggie está en desacuerdo con eso. Si tuviésemos que ser juzgados por la gente de la que nos hemos enamorado a lo largo de todos estos años, lo más probable es que ninguno de nosotros saliésemos muy bien parados. No es una vía válida para valorar la vida de nadie. Tengo la impresión de que todos coincidimos con la opinión de los demás, pero sin renunciar del todo a la nuestra. Tiziana nos recuerda que Violet le escribió a Vita en una ocasión que ellas eran como dos personas a las que habían pillado robando y que a una la habían metido en la cárcel, mientras que a la otra no. Ha llegado el momento, añadió, de que se libere a Violet. Tal vez pueda sonar un poco melodramático expresado de ese modo, pero no deja de ser cierto que Violet ha acabado de alguna manera encerrada en los libros de los demás, de Vita y de Virginia, de Nigel Nicolson, Cyril

Connolly, Nancy Mitford y Harold Acton¹². Las novelas de Violet están dispersas por toda Europa como si se tratara de un ejército desnortado y sin líder, escritas en francés y luego en inglés, como si trataran de probar un registro y luego el otro para poder liberarse. ¿Será Tiziana capaz de liberarla por fin? ¿Podrá otorgar a las «sardónicamente ligeras, eficientes y divertidas» novelas de Violet, tal y como las describió Lorna Sage, el lugar que les corresponde en la historia de la literatura? Está claro que tiene una determinación extraordinaria, pero yo temo que tratando de liberar a Violet acabe encerrándose ella misma en una prisión.

Durante el transcurso de todas estas jornadas, que han estado casi ocupadas por completo por Tiziana-Violet, nadie habría podido adivinar que Maggie es una novelista. Nunca habla ni de sí misma ni de sus libros, pero se ha tomado la molestia de leerse de antemano dos o tres novelas de Violet y le gustan. Cuando hablamos de otras cosas, Tiziana se mantiene en silencio, como si el mundo que quedara más allá de Violet fuese una especie de desierto¹³. Por supuesto el inglés no es su lengua materna. Se encuentra en el comienzo de una cruzada con la que pretende recuperar a alguien que para ella es absolutamente precioso. Regresa de nuevo a Roma dejándonos a cada uno una conmovedora y sentida carta de despedida. Tras su partida yo subo un instante a su habitación; está exactamente como a su llegada, perfectamente limpia y arreglada, casi intacta, como si nadie hubiese estado allí.

«Es una historia fantástica», escribió Victoria Glendinning sobre el romance entre Vita y Violet, «pero es un material antiguo y es necesaria una perspectiva distinta». Por lo general ha sido siempre contada desde el punto de vista de Vita y yo me preguntaba cómo quedaría contar la historia de nuevo, pero esta vez desde la influencia que la relación tuvo en la obra de Violet. «Solo amamos una vez en la vida, porque solo una vez en la vida estamos perfectamente equipados para el amor... El patrón de nuestra vida depende esencialmente de cómo se ha desarrollado ese primer gran amor». Violet subrayó en rojo ese fragmento de la novela de Cyril Connolly, *La sepultura sin sosiego*. Sus novelas fueron precisamente el acuerdo que estableció entre aquel primer amor y el resto de su vida.

En opinión del biógrafo de Harold Nicolson, James Lees-Milne, las cartas de Violet a Vita son «fantásticas». Asegura que la mayoría de las cartas de amor suelen aburrirle, «pero no las de Violet». «Son tan implacables y la pasión que hay en ella es tan inquebrantable que nunca me he encontrado con nada semejante». En sus diarios reconoce que Violet no le gusta demasiado, pero no puede evitar una nota de reticente admiración cuando compara en una reseña su correspondencia con uno de esos «resplandecientes buldóceres amarillos con los que uno se encuentra en las cunetas y que sirven para asfaltar carreteras por encima de todo tipo de piedras y obstáculos

imaginables». La biógrafa de Vita, Victoria Glendinning, afirma tener cierto conflicto con aquella «extravagante y exagerada» figura de Violet y no puede evitar sentir lástima al ver su letra manuscrita, que le recuerda siempre todo el dolor que produjo en las vidas de los demás. Aun así reconoce también en una reseña en el *Times Literary Supplement* que las cartas de Violet a Vita, incluso las de su infancia «eran siempre fluidas, creativas, inspiradas» y que las de Vita siempre resultaban más bien sosas en comparación.

«Durante dieciséis noches he oído cómo se abría la puerta de mi habitación, el sonido de tu voz susurrando *Lushka* cada vez que entrabas y esta noche, por primera vez, estoy sola. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo podré dormir?», escribió Violet en el verano de 1918, «no quiero dormir por el temor de despertar pensando que estás a mi lado y abrir los brazos para abrazar... ¡el vacío! Debemos armarnos de valor de una vez por todas, darnos la mano y seguir adelante».

A finales de abril de 1918 las dos mujeres abandonaron Long Barn y se fueron de viaje a la casa que el novelista Hugh Walpole tenía en Polperro, Cornwall, durante diez días. «Han sentido el súbito deseo», se vio obligado Harold a explicarle a Walpole, «de ver el mar». Fue allí donde Vita comenzó a escribir su novela *Desafío* (a la que Harold había puesto el apodo de Guarrerías). Regresaron de nuevo a Polperro durante tres semanas en el mes de julio. «Jamás había creído que fuese posible un arte del amor semejante», escribió Vita en *Retrato de un matrimonio*. Fue a la vez seductor y siniestro. Violet «se dejó caer en mis brazos como si fuese un objeto absolutamente pasivo», recordaba Vita. (Tiemblo al pensar en la realidad que latía bajo aquel tipo de abandono).

Se vieron también en Londres durante aquel verano y comenzaron sus experimentos de travestismo. Vita se disfrazaba como un joven un poco descuidado llamado Julian y pasaban la noche como marido de Violet (o Eve) en hoteles baratos. «Me sentía como si fuese otra persona distinta, como si hubiese renacido», escribió. Era divertido, excitante y además todo parecía perfectamente natural. Su escapada funcionó como un estímulo para la novela de Vita y como un ensayo para lo que iban a ser sus aventuras en el extranjero. Para Violet sin duda significó algo más, no solo un encuentro apasionado, sino una promesa de que se aproximaba una nueva vida totalmente distinta. Durante todo aquel agosto estuvo escribiéndole a Vita unas cartas que parecían salidas de uno de esos «resplandecientes buldóceres amarillos».

Oh, Mitya, ven a mí, volemos juntas. Mitya, cariño mío, si alguna vez ha habido en este mundo dos personas primitivas esas somos tú y yo... Nunca te he dicho toda la verdad. Voy a decírtela ahora: te he amado toda mi vida, una buena parte de ese tiempo sin saberlo y cinco años sabiéndolo de una manera tan irrevocable como lo sé ahora; te he amado como mi ideal, mi inspiración, mi perfección... Esta es la verdad suprema: jamás seré feliz si no estás conmigo... Me paso los días consumida por este impotente

anhelo de ti y las noches asediada por unas espantosas pesadillas... Te quiero. Te quiero de una manera hambrienta, ansiosa, apasionada. Estoy muerta de hambre de ti... O te tengo toda para mí o no tengo nada, tú decides.

Violet se imaginaba que Vita y ella eran como dos jugadores deseosos de ganar, pero ambos reticentes a mostrar sus cartas «a no ser que el otro las enseñe al mismo tiempo». Pero aquella imagen no era del todo cierta; Violet solo disponía de una ficha para apostar, mientras que Vita (sin tener tampoco un capital mucho mayor) tenía varias fichas pequeñas y podía plantearse una partida más táctica y paciente. Violet intentó desestabilizar la paciencia de Vita provocando celos, hablándole de las cartas de amor que recibía de un romántico oficial de la Guardia Montada Real llamado Denis Trefusis, un hombre apuesto, de cabello dorado, un condecorado héroe de guerra con quien había estado flirteando y con quien su madre esperaba que se casara; se rumoreaba que se habían comprometido extraoficialmente. Insistía en que Vita estaba celosa de Denys Trefusis porque «es como tú» y realmente cuando Vita lo conoció tuvo que admitir que le gustaba mucho. «Puedo ver su tragedia, porque se trata de un personaje trágico», comentó en *Retrato de un matrimonio*. Por si Vita no estuviese lo suficientemente celosa de Denys, Violet le contó que había también una joven tremendamente atractiva a la que acababa de conocer y que tenía unos ojos «maravillosamente dibujados de un color parecido al de la aguamarina que me encanta porque unas veces se tornan azules y otras verdes... y tiene además la boca carmesí más adorable que he visto en mi vida».

Lo cierto era que la que estaba realmente consumida por los celos era la propia Violet. A diferencia de Vita «me resulta imposible centrar mi atención en más de una persona al mismo tiempo. No sabrás jamás lo celosa que estoy de ti hasta el día del Juicio Final». Sentía celos hasta del «insuperable Nicolson», de quien pensaba que se iba a retirar educadamente a partir de ese momento, y hasta le había hecho jurar a Vita que jamás iba a volver a tener relaciones sexuales con él. Aun así, no podía evitar odiar tener que dirigir sus cartas a la dirección de la señora Nicolson, una etiqueta conyugal que había investido a Vita prematuramente de ciertas costumbres de mujer de mediana edad. Vita había sacrificado su libertad, o eso parecía, para adoptar aquella especie de diplomática falta de identidad y corría el riesgo de sacrificar hasta su amor por Violet, cuyo resentimiento había crecido ya hasta adoptar las proporciones de una enfermedad «que acabará matando nuestro amor con tanta seguridad y tanta falta de piedad como un cáncer lleva a su víctima a la muerte».

Harold Nicolson comprendió de pronto, y con estupefacción, que Violet tenía toda la intención de destruir su matrimonio y fue a quejarse a lady Sackville. Más o menos por la misma fecha, la propia Violet había tenido una larga charla con lady Sackville en la que le había confiado que Vita ya no se sentía atraída por Harold y que aquello se estaba

convirtiéndose en un conflicto ahora que estaba a punto de empezar una carrera literaria, le comentó también lo contenta que estaba ante su inminente unión con Denys Trefusis. Todo apunta a que estaba fantaseando en su imaginación con una especie de trinidad mágica en la que tanto ella como Denys compartirían sus vidas con Vita; él como buen amigo y ellas como amantes (Harold no aparecía en el sueño), pero su conversación con lady Sackville llevó la situación hacia una resolución inesperada. Sobre el asunto de que Vita se separara de su infiel marido, lady Sackville fue particularmente explícita sobre ciertos detalles escatológicos y burdos, aportando algunas anécdotas sobre la lujuria específicamente masculina. Las palabras de lady Sackville le abrieron a Violet los ojos sobre las implicaciones que conllevaría una vida matrimonial con Denys. Su sorpresa emocional ante todo aquello da a entender que Violet había permanecido hasta ese momento en un estado de enorme ingenuidad acerca de los «sucios y repugnantes» hechos que implica una relación heterosexual corriente. «Gracias a Dios me había librado de saber esas cosas durante más tiempo que la mayoría de las personas», escribió Violet. «No me extraña haber vivido hasta hoy en un mundo privado o casi privado..., no me extraña haber preferido siempre los cuentos de hadas a las historias realistas».

Para mantener intacto su cuento de hadas sintió la necesidad de escapar al extranjero donde (eso creía ella) gestionaban aquellas cosas de una manera diferente. «¡Oh, Mitya, vente conmigo! Vayámonos a París, a la Riviera, a donde sea, no importa con tal de que no sea Inglaterra».

El vuelo se hizo más práctico tras el 11 de noviembre, día del armisticio. «Estoy demasiado ocupado con el tema de los tratados de paz», le dijo Harold a Vita desde el sótano de la Foreign Office de Londres. «En realidad tiene gracia, pero me siento extrañamente responsable de todo esto». Se sintió también extrañamente responsable de tener que conseguirles a Violet y a Vita los pasaportes y pasar «un aburrido día entero», el 24 de noviembre para ser precisos, tratando de explicarle a lady Sackville por qué su hija (a la sazón su mujer) estaba a punto de viajar a Francia en compañía de Violet. En realidad le costaba trabajo explicárselo a sí mismo.

Las dos mujeres llegaron a París solo un par de días más tarde. Resultó que Denys Trefusis también estaba allí y se le permitió sacar a Violet a comer durante el día mientras Vita, disfrazada de soldado herido con una venda alrededor de la cabeza, iba recibiendo piropos cuando paseaba por las calles. En ocasiones los tres se reunían para cenar y a Violet casi le debía de dar la sensación de que su fantasía de la mágica trinidad estaba haciéndose realidad. Lo cierto es que para Harold se estaba convirtiendo en una pesadilla. «Llevas ya una semana en París y todavía no me has dicho ni una palabra sobre qué planes tienes, no me has dicho si piensas ir al sur», se quejó a Vita, «lo escribo aquí para que se entere también esa cerda de Violet que parece haberse apropiado de tu voluntad». Como si las hubiese espoleado esa carta, Vita y Violet parten al día siguiente

hacia Aviñón y desde allí hacia Montecarlo. Pasaron alrededor de unas doce semanas bailando, perdiendo dinero en apuestas (Harold le envía a Vita ciento treinta libras para ayudarla) y escribiendo *Desafío*. «Montecarlo fue perfecta, Violet era perfecta», escribió Vita. Corrían ciertos rumores sobre aquellas aventuras, entre las que se incluían también algunas «escandalosas e indiscretas caricias en público» que no tardaron en llegar a Inglaterra. «¡Maldita Violet! Qué *asco* me da esa mujer», exclamó Harold, que en aquel momento se encontraba en París acompañando a la delegación británica a la Conferencia de Paz de París, pero a pesar de que odiaba todas aquellas manifestaciones «vulgares y peligrosas» lo cierto era que estaba demasiado ocupado trabajando para establecer la paz en Europa y que no tenía demasiada energía como para estar enfadado por aquel tema mucho más tiempo y acabó disculpándose por su «rabiosa carta». En realidad tampoco era muy capaz de entender la intensidad de los sentimientos de las dos mujeres y lo atribuía todo a la coquetería de Violet. «Todas las mujeres estúpidas son coquetas», le dijo a Vita, «cómo *odio* a las mujeres».



Poema escrito en un hotel de Montecarlo en forma telegráfica
(1918-1919): las primeras 24 líneas son de Vita, y las líneas 25-55
de Violet, que termina con un «Tant pis pour moi!»
(Cortesía de National Trust)

Vita le había dado a entender a Harold que no se iba a ausentar demasiado tiempo del hogar y cuando se separaron en Montecarlo, le dio a entender a Violet que aquella separación era solo temporal. Aquella costumbre de decirle a cada uno lo que quería oír era como las dos caras de una moneda, lo que ella solía denominar su «dualismo», que siguió activo y flotando en el ambiente, inclinándose unas veces hacia un lado y otras veces hacia el otro, mostrando que su lealtad estaba dividida.

En aquel punto de la historia las dos madres (Victoria Sackville y Alice Keppel) volvieron a intervenir. Parecían determinadas a acabar de una vez por todas con aquellas vergonzosas escapadas. Lady Sackville le dio a Vita una larga charla sobre la perversión sexual de Violet y le insistió en que tenía que romper de una vez la relación con aquella muchacha «espantosa». Por su parte la señora Keppel insistió a su hija para que hicieran oficial su compromiso con Denys Trefusis, cosa que sucedió el 26 de marzo de 1919, cuando el anuncio apareció en las páginas de *The Times*. Da la sensación de que la señora Keppel estaba convencida de que, en cuanto su hija estuviese casada, acabarían todos aquellos sinsentidos y que incluso en el caso de que no acabaran, por lo menos quedarían parcialmente cubiertos con una hoja de parra de respetabilidad. Para Violet fue prácticamente imposible enfrentarse a su madre. Lo más probable era que todavía soñara con un *mariage blanc* y una trinidad mágica con Vita. «Somos jóvenes los tres», le dijo a Vita, «y nos trae sin cuidado lo que piense el resto del mundo, somos indiferentes a las convenciones sociales». Y sin embargo, la verdad, comenzaba a descubrirlo ahora, era que a pesar de su carácter romántico y el estado de debilidad física en que lo había dejado la guerra, Denys Trefusis era un hombre tan convencional como cualquier otro (que para empezar jamás había oído hablar de lesbianismo en toda su vida). La principal esperanza de Violet era la seguridad de que Vita iba a acabar rescatándola, tal vez en el mismo instante en que cruzara la puerta de la iglesia y, en ese instante, las dos comenzarían su vida juntas, como les era natural.

Las cartas de Violet a Vita durante la primavera y comienzos del verano de 1919 tenían un tono cada vez más angustiado. «Me entrego a ti, te doy mi vida entera», escribió, «¿es que acaso piensas quedarte ahí de pie contemplando cómo me caso sin más con ese hombre? Es impensable. Te pertenezco a ti en cuerpo y alma... Mi vida –o lo que queda de ella– no es más que una vasta amargura sin límites... Me siento sumergida en una especie de agónico anhelo de ti. No había entendido lo que era el compañerismo hasta que te conocí... Me siento atrapada y desesperada».

Denys Trefusis destruyó las cartas que Vita le envió a Violet durante toda aquella época (aquellas que no había destruido la propia Violet), de modo que no queda ningún testimonio de lo que escribió, pero por lo que trasluce el lado de la correspondencia de parte de Violet da la sensación de que estaba actuando con cautela y que trataba de mantener en equilibrio las reclamaciones de Harold por un lado, junto con todas las

obligaciones que había adquirido con su casa y su familia, y tratando de apaciguar a Violet, quien no paraba de pedirle que se fuera a vivir permanentemente con ella. Aquellas inadecuadas cartas de Vita llenaban a Violet de furia y espanto. «Por Dios, Mitya, te juro que si pudiera matarte, te mataría», escribe, «tu doble cara es tan impresionante que me pone los pelos de punta... Si no puedo tenerte, voy a vengarme... ¿Te sorprende que desconfíe de ti? ¿Es que acaso eres algo más que una simple mujer despiadada y sin corazón?». Violet estaba al borde de una crisis nerviosa y se sumergió hasta tal punto en aquel estado de depresión general que comenzó a despreciarse a sí misma, toda aquella miseria incontrolable, toda aquella furia, aquel rencor. «Sé comprensiva con esta enorme infelicidad», le telegrafió en uno de sus peores días.

La diana de su odio más furibundo era Denys. Su plan parecía ser obligarlo, si Vita no la rescataba, a cancelar el matrimonio, pero él seguía sin pronunciarse e inescrutable, parecía más una esfinge que un hombre. Lo que Violet no entendía del todo era el devastador efecto que había tenido la guerra sobre él, aquella era la tragedia que sí había entendido Vita. «Me cuida con tonterías», escribió Violet. Ella le comentó que su amor por Vita era mucho más grande que ningún tipo de amor que había sentido por nadie, pero él no la entendió del todo y pensó que no se trataba más que del nerviosismo común antes del matrimonio, prometió «no hacer nada que me desagrade, ya sabes a lo que me refiero», pero relatarle todas aquellas cosas a Vita fue un error. Cuando leyó su compromiso en el periódico, estuvo a punto de desmayarse, pensaba que Violet, al igual que ella, era bisexual en cierto modo, ahora daba la sensación de que si los maridos de las dos admitían sus relaciones sexuales, podrían conseguir la libertad necesaria para viajar como Julian y Eve en futuras vacaciones. Pero Violet quería algo más que unas vacaciones.

A mediados de abril de 1919 Violet pasó tres días con Vita en Knole. Más tarde, y sintiéndose «terriblemente infeliz», Vita se marchó a París a ver a Harold. ¿Con quién iba a pasar el resto de su vida? La respuesta parecía ser con Harold... y con Violet. «Oh, cariño, no sabes lo que he sufrido a lo largo de todo este año oscuro y espantoso», le escribió Harold el 22 de mayo, «¿me vas a hacer pasar otro igual?». La respuesta a aquella pregunta iba a ser que sí: un año más y luego otro más. Él prometía amarla y respetarla «y dejarte hacer lo que te dé la gana». Y eso fue lo que ella hizo. Aceptó el plan de Violet de fugarse poco después de la boda, y luego accedió a ir a ver a Harold a París el mismo día de la boda y le dijo «enciérrame en un cuarto con llave».

Denys y Violet se casaron en la iglesia de St. George, en Hanover Square, el 16 de junio de 1919. Nellie Melba cantó el *Ave María* de Gounod mientras los dos firmaban en el registro civil; entre los invitados presentes en la ceremonia estaba una cabeza de Medusa en alabastro que había enviado Vita. Aquel mismo día Violet le envió una nota a lápiz: «Me has roto el corazón, adiós».

Tenía todo el aspecto de una despedida definitiva.

No lo fue, evidentemente. Vita se enteró de que Denys y Violet estaban pasando los primeros días de su luna de miel en París y era consciente de que Harold iba a liberarla pronto de su custodia e iba a regresar al trabajo. A pesar de que ya era demasiado tarde, actuó con una resolución tremenda; se presentó en su hotel y se llevó a Violet durante una hora o dos, «la traté salvajemente, le hice el amor, la poseí, no me importaba nada más, lo único que deseaba era hacerle daño a Denys». Al día siguiente tuvo otra oportunidad de herirlo cuando se encontraron los tres en el hotel. «No soy capaz de describir lo terrible que fue aquel encuentro», escribió Vita en *Retrato de un matrimonio*. Las dos lo humillaron a la vez, lo llamaron impotente, le dijeron que pensaban fugarse. Más tarde Vita se reunió con Harold en Suiza, y Violet y Denys continuaron lo que les quedaba de luna de miel en el sur de Francia.

A Alice Keppel le había parecido una buena idea alquilar una casa para su hija y su yerno a unos treinta kilómetros de la casa que Vita tenía en Long Barn. La vida de Violet en aquel lugar era de lo más banal y ella y Denys apenas se hablaban a aquellas alturas. «Tengo ganas de suicidarme, Mitya, no sé lo que me frena», insistía Violet. Lo que la frenaban eran precisamente las promesas de Vita de fugarse con ella, esta vez para siempre. Pero ¿podía Violet confiar en ella? ¿O Vita en Violet?

Un elemento de farsa estaba a punto de entrar en el drama (fantásticamente encarnado por la niñera de los pequeños Nicolson, al presentarse en la casa con uno de los trajes de Harold y respondiendo al nombre de Julian). La propia posición de Harold en todas aquellas negociaciones había quedado ligeramente comprometida por un romance con el modisto Edward Molyneux: «Un nuevo amigo, un diseñador con una gran tienda en la Rue Royale». Si por lo menos Vita se hubiese tomado aquella aventura de una manera relajada y agradable, pero lo que acabó demostrando no fue precisamente cómo deben tomarse las relaciones extramaritales con personas del mismo sexo, sino hasta qué punto Harold había malinterpretado su devastadora pasión por Violet. «No creo que comprendas ni lo más mínimo lo que está pasando ni lo que está a punto de pasar», le dijo ella a él. «No me parece que te hayas tomado en serio nada de todo esto». A su manera sí se lo había tomado en serio, pero solo para convencerse a sí mismo de que «Violet tiene todas las de ganar y yo muy pocas oportunidades».

Alice Keppel se quedó sorprendida con la tremenda debilidad de los dos maridos. Ella misma no era una mujer débil y se negaba a atender las peticiones de su hija. O Violet mantenía su matrimonio con Denys y llevaba de ahí en adelante una vida razonablemente discreta y honorable, o Alice la dejaba sin un céntimo (o, como decía Violet, la «desjoyaba»). Solo encontraron la paz cuando madre e hija fueron juntas al castillo de Duntreath, la casa familiar en Escocia. En aquel lugar en el que había sido feliz

de niña, Violet tenía la sensación de regresar a la infancia y liberarse de las complicaciones de la vida adulta.

En la biografía doble *La señora Keppel y su hija*, Diana Souhami apunta que «Vita era tan incapaz de comprometerse con Violet como de abandonarla». Es cierto. Pero también es cierto que podía hacer las dos cosas. Violet también estaba dividida «Necesito aventura..., me siento totalmente inquieta», le escribió a Vita en 1919. Planearon irse de viaje aquel mismo otoño, pero cuatro días antes de partir, Violet previno a Vita: «Me veo obligada a suplicarte que no vengas al viaje a no ser que estés absolutamente convencida... Esta vez podrías matarme de verdad, te lo juro, y no merezco caer en tus manos».

Tampoco Harold lo merecía. «Si piensas que puedes tratarme como Violet trata a Denys Trefusis, estás muy equivocada», le asegura a Vita, «no te permitiré que arruines mi vida». Aun así consiente en que las dos mujeres viajen de nuevo a París y a Montecarlo, y para hacerle sentir más seguro, Vita le escribe una carta en la que se despide «con todo el amor».

Violet no tiene noticia de todo eso, pero de lo que sí tiene noticia es de que su madre está determinada a acabar de una vez por todas con aquel escándalo que está poniendo en peligro la boda de Sonia. Por increíble que pareciera, Alice Keppel había alquilado otra casa incluso más cerca de Long Barn y había enviado a Denys Trefusis a la Riviera para que trajera de vuelta a su mujer para vivir allí. Vita la convenció para que regresara con Denys diciéndole que ella misma regresará también a Long Barn y allí podrán planear juntas su futuro. Vita regresa a casa y le dice a Harold que ella y Violet van a comprometerse para siempre y que aquella escapada no había sido más que el prólogo a una relación de por vida. Él prorrumpe en lágrimas y le pide que cambie de idea, se siente espantosamente mal: «Me odio a mí misma», le dice ella, «ojalá estuviese muerta». A unos veinte kilómetros de distancia, Violet estaba diciéndole a Denys más o menos lo mismo.

Llegados a este punto, lector, no puedo más que echarme las manos a la cabeza al contemplar la consideración con que esos personajes tratan a sus futuros biógrafos: Victoria Glendinning, James Lees-Milne, Diana Souhami, yo mismo. La trágica historia de amor que sucede a continuación –porque eso es lo que será y no otra cosa– ha terminado por convertirse en algo totalmente caótico por una sencilla acumulación de contradicciones. Ni siquiera lady Sackville, que en ese momento ya estaba amenazando a Vita con sacarla de su testamento, pudo evitar darse cuenta (con cierta admiración además) de que aquella historia era «una fantástica novela».

A comienzos de febrero de 1920 las dos mujeres se dirigieron un tanto atolondradamente hacia Dover. Durante el camino, Violet le da a entender a Vita que en su última noche juntos le ha permitido a Denys que tenga con ella cierta intimidad sexual,

pero Vita hace oídos sordos a la historia. La simple sombra de esa imagen ya sería suficiente como para que se volviera loca. La coreografía de la historia a partir de ese punto se vuelve extraordinariamente compleja. Violet (quien odia viajar sola porque no lo ha hecho nunca) cruza con grandes nervios el canal y se anticipa hasta llegar a Amiens. Vita se prepara para seguirla al día siguiente desde Dover, pero envía desde allí telegramas a Harold y a sus padres para que puedan rescatarla. De repente se ve descubierta por Denys, a quien no había mandado ningún telegrama. Aquellas dos personas que hace muy poco tiempo se habían deseado mutuamente la muerte se entienden perfectamente bien y viajan juntos hasta Calais donde, nueva sorpresa, se encuentran con Violet que ha sido incapaz de llegar sola hasta Amiens y ha regresado a Calais. Al día siguiente, tras una velada en la habitación del hotel de Violet en la que discuten sobre literatura francesa, los tres cogen un tren juntos hacia Amiens, lugar desde el que Denys regresa desesperado a Inglaterra después de que hubieran rechazado todas sus súplicas.

Denys estaba enfermo de tuberculosis, pero en la mente de Alice Keppel aquello no era excusa para justificar la nefasta retirada que acababa de hacer en Francia, había esperado más de un héroe de guerra condecorado. Tomó inmediatamente cartas en el asunto y le añadió un ingrediente que no podía faltar en una novela moderna: un pequeño aeroplano, y le ordenó a Denys que volara de vuelta a Amiens. Aquel desarrollo de la historia era mucho más del gusto de lady Sackville, quien preguntó si había espacio en el aeroplano para el pequeño Harold. Y lo había: los dos maridos volaron juntos.

El enfrentamiento entre Denys, Harold, Violet y Vita en la destruida ciudad de Amiens fue verdaderamente terrible. Vita se quedó totalmente impresionada por la forma en la que Violet maltrató a Denys, quien permaneció durante todo el tiempo pálido y callado como un fantasma. «Recordaré hasta el día de mi muerte el gesto de su cara», escribió, «si se hubiese desplomado sin vida a nuestros pies, no me habría sorprendido en absoluto». Pero fue precisamente aquello que Denys le había confiado a Harold en el transcurso del viaje, y que Harold le hizo saber a Vita, lo que cambió el rumbo de los acontecimientos. Vita, de hecho, ya albergaba algunas sospechas, pero había tratado de sobreponerse a ellas. ¿Acaso Violet le había permitido a Denys tener relaciones sexuales con ella? ¿Le había «pertenecido» a él? Denys se negó a contestar a aquellas preguntas y ni siquiera lo hizo cuando Vita le aseguró que nunca se volvería a dirigir a Violet si él contestaba que sí lo había hecho. Cuando se lo preguntó directamente a Violet, contempló cómo cruzaba su rostro la sombra «del terror absoluto». Ese gesto le dio a entender que la respuesta no podía ser más que afirmativa. Era consciente además de lo débil que era Violet en la cama, de lo pasiva que podía llegar a ser y de la forma en la que permitía que quien estaba con ella le hiciese lo que le viniera en gana, y cómo aquel abandono podía casi deducir una latente tendencia masoquista. ¿Acaso Denys le había

hecho a Violet algunas de las cosas que ella misma le había hecho? «El sufrimiento me hizo delirar», escribió. Violet, que había comenzado ya a llorar y que se abrazó furiosamente a ella. «No pude separarla de mí hasta que no me ayudó Denys», recuerda. Custodiada por Harold, Vita comenzó a hacer las maletas y de pronto corrió a besar a Violet, escapando de su marido. Cogieron un tren hacia París y desde allí Vita regresó a casa, pero Denys y Violet, que viajaban por su cuenta, tuvieron la mala suerte de coger el mismo tren que ellos... Denys, al ver el estado de histeria en el que se encontraba Vita, «mintió» (en opinión de Harold), diciéndole que Violet y él nunca habían tenido relaciones sexuales.

Hasta el mejor de los novelistas hubiese concluido la historia en este punto...

Hubo un pequeño intervalo de tiempo hasta la segunda visita de Tiziana. Yo me encargué de organizar para ella un encuentro en la Charleston Summer School de Sussex y en el Oxford Festival titulado «Redescubrir a Violet Trefusis». Tiziana preparó una pequeña publicación parecida a la que hizo para el catálogo de la exposición de Ravello en la que había imágenes, poemas, epigramas y dos o tres extractos de novelas de Violet para el público.

Tiziana me enseñó los impresos del panegírico académico que quería repartir entre el público. Era algo conmovedor. ¿Cómo podía convencerla de que dejara de lado todas aquellas cosas que había estado realizando con tanta devoción? Le expliqué que lo que esperaba el público era sencillamente una conversación entre nosotros dos en la que pudiera participar en los últimos quince minutos. Nadie los iba a cautivar solo con un monólogo. Se ofreció a reducirlo a unos quince minutos. «¡Quince minutos!», exclamé yo. ¿Es que no tenía piedad? Cinco minutos como mucho. A esas alturas ya estábamos riéndonos, pero era un buen termómetro para su confianza que yo estuviera dispuesto a apoyar todo lo que supusiera un interés por Violet. Le dije que tal vez podríamos hacer una pequeña presentación de Violet a través de tres mujeres: Alice Keppel, Vita Sackville-West y la princesa de Polignac, bajo cuyo patrocinio pudo escribir sus novelas en Francia. Tiziana aceptó incluir a las dos primeras mujeres, pero no a la tercera, posiblemente porque había algo en su relación que no le gustaba del todo, no soy capaz de adivinarlo. Acepté. Haríamos un esbozo de la vida sentimental de Violet y luego discutiríamos sus novelas analizando hasta qué punto comenzaron siendo textos autobiográficos y luego acabaron desarrollándose como textos de ficción.

La pequeña sala de conferencias de Charleston está abarrotada de un público internacional, muchos de ellos de Estados Unidos. Hablamos desde una tarima levemente elevada y sentados en sillas durante toda la conversación, de modo que las primeras filas del público nos pueden ver y las últimas apenas nos pueden oír. Somos como la televisión o la radio del vecino que se oye al otro lado de la pared. Yo hago un pequeño

prólogo a nuestra charla, comentando que Tiziana es la demostración del poderoso efecto que alguien como Violet puede tener en una nueva generación de lectores jóvenes.

Nuestra charla es a la vez ligera y seria. El público ríe y escucha, escucha y ríe. ¿Qué pensarán de nosotros? A ratos debemos tener el aspecto de una especie de exhibición padre-hija llena de bromas, citas y referencias a la familia de Bloomsbury en esta casa de Bloomsbury. Luego Tiziana se pone de pie para dar una pequeña conferencia que dura cuatro minutos, tras la que yo me siento mal por haber limitado su tiempo tan severamente, pero lo que dice es encantador y deja en el ambiente la sensación de que quedan muchas cosas por descubrir. El público aplaude entusiasta. Maggie, uno de los vecinos que escucha nuestra radio en la última fila, hace un par de preguntas pertinentes y la charla termina. Tiziana sonríe. «Somos un equipo perfecto», dice con placer.

De regreso a Londres la noche del domingo invitamos a cenar a la biógrafa de Primo Levi, Carole Angier. Ella y Tiziana se ponen a hablar enseguida en un frenético italiano parando de cuando en cuando para explicarnos a Maggie y a mí (ella lo entiende mejor que yo) su caótico discurso. Tengo la sensación de que, para Carole, Tiziana es una especie de sorpresa; en su imaginario, el patrón italiano es más bien rígido: la familia que protege a los hijos, especialmente a las hijas, hasta que son adolescentes y que continúa protegiéndolos incluso cuando tienen veinte y hasta treinta años si es necesario, los protege hasta que se casan y pueden empezar ellos mismos a proteger a sus hijos hasta el colmo de la extravagancia. Según los estereotipos de Carole casi todos los italianos pueden clasificarse básicamente en dos grupos: los protectores y los protegidos, pero el caso es que Tiziana no encaja realmente en ninguna de las dos categorías. Ni tiene unos padres protectores ni tiene a unos hijos a los que proteger. Tiene su círculo de admiradores, pero se protege de ellos. Cuando habla de Violet habla de Londres, de Inglaterra, de Escocia, parece siempre extraordinariamente joven y romántica. Tiene puntos de vista liberales, pero en ciertos aspectos tiene el carácter vengativo de alguien que tal vez es demasiado vulnerable a la cultura italiana. Tiene las aprensiones de una anciana que ve la vida contemporánea poco atractiva y hasta peligrosa. Su optimismo y su sentido de la aventura se reavivan cuando adopta la existencia virtual de Violet y asume una vida que parece renovarse en las novelas que ella misma traduce.

Ha traído con ella su hermosa monografía, *La rapsodia de Violet*, y nos regala varias copias. «Con una licenciatura en Literatura Inglesa y una maestría en Escritura de guiones su principal interés es Violet Trefusis», informa la semblanza que está en la tapa del libro. Sobre ese pequeño texto hay una descripción de Violet Trefusis, a la que se la define como una romántica precoz y una *enfant terrible* que se sintió alienada en la rígida sociedad inglesa y encontró «su verdadero lugar en la literatura y en París». Hay un paralelismo muy claro con una Tiziana que se siente alienada en la sociedad italiana y desea encontrar su lugar en la sociedad literaria inglesa. Desea mejorar su inglés escrito

para llegar por lo menos a un nivel en que sus textos sean publicables. Mientras tanto ahí está ese pequeño libro. Es en realidad un símbolo de amor. «Violet y yo: *coupe de foudre*» es la dedicatoria que ya se lo dice todo al lector.

El libro contiene dos poemas de Violet; uno es una llamada a su aliada, la Naturaleza, para que «luche para mí», la otra es la invitación «Ven conmigo» a la que se acompañan unas promesas para aquellos que lo hagan, como si ella misma fuese la fuerza de la naturaleza. Tiziana no cita el poema que a mí más me gusta, cuyos últimos versos recuerdan a Yeats y que fue escrito poco antes de su muerte:

Mi corazón fue el más desgraciado y solitario
de todos los que en el mundo han sido;
míralo, paseante, como si fuera tuyo, no mío.

El soneto de Elizabeth Barrett Browning titulado «¿Cómo te amo?» está impreso a modo de epitafio del libro y, cuando lo leo, creo entender todas las cosas de Violet que ciegan a Tiziana. Hay una intensa necesidad emotiva y también una sensación de que las cosas adquieren sentido casi hasta rozar la sensación de destino. La veo en busca de una nueva identidad, una forma de reinventarse, un renacimiento y una transformación, todo eso debía ser alcanzado gracias a una dedicada tarea: «la pasión comenzó a utilizar / mis viejos sufrimientos y la fe de mi infancia». Tiziana ya había confesado que la primera vez que se cruzó con Violet sucedió en una época de mucho sufrimiento y que fue amor a primera vista. Utiliza ese soneto para dar a entender que será un amor para siempre: «Y tras la muerte lo único que haré será amarte mejor». Se trata de una tarea totalizadora, un ideal. Su única ambición, así lo afirma, es «escribir una biografía que sobreviva a mi partida de este estúpido mundo». Este estúpido mundo parece un lugar oscuro, pero la vida se ha convertido en una fuente de felicidad desde que posee las novelas de Violet. Desde hoy también este capítulo forma parte de su mundo.

Ultravioleta

«En cuanto una se alejaba de ella deseaba regresar a su lado», escribió Vita en su novela *Desafío*, «porque pensaba que tal vez en la siguiente ocasión iba a tener más fortuna a la hora de averiguar el secreto de su carácter esquivo». Y así fue en la realidad; tras unas semanas de separación se encontraron en Aviñón y viajaron juntas a Bordighera, San Remo y Venecia. Discutían mucho y se amenazaban la una a la otra hasta que Vita se puso enferma de ictericia, «la menos romántica de las enfermedades». Ya no podían ser felices ni juntas ni separadas. «Hemos sido invitadas a la felicidad», escribió Violet, «pero no hemos respondido a la invitación». Ahora Vita estaba convencida de eso, la fecha de la invitación había prescrito. «No seremos felices... ¿Cómo podríamos serlo?».

«Ya casi ni siquiera nos vemos», se quejó Violet tras el regreso de su viaje en la primavera de 1920. Aquello era en parte una consecuencia de la dura política de Alice Keppel. El escándalo en el que estaba envuelta su hija mayor había llegado a un punto extremo y la familia estaba en peligro de convertirse, o ese era el miedo de la señora Keppel, «en el hazmerreír del país». Varias familias se habían negado a invitar a Violet a sus reuniones. Era primordial que no se añadiera ni una pizca de odio al ya existente antes de que Sonia se casara con el rico y honorable Roland Cubitt. A medida que se iba aproximando el matrimonio de Sonia y después de que llegaran las novedades de su embarazo, el trato que le prodigó Alice Keppel a su hija Violet fue haciéndose cada vez más severo. «Es terrible esa manera que tiene de no ocultar su odio hacia mí», le comentó Violet a Vita, «dice que ha muerto todo su amor por mí y que, cuando nazca el bebé de Sonia, yo podré hacer lo que me dé la gana».

¿Podía rescatarla Vita? «Ya no puedo vivir ni un solo día más sin verte», escribió Violet. Trató de arrojarle desde una ventana, pero fue detenida por Denys a pesar de que había sido él mismo quien le había dicho que, si no encontraba ningún sentido a su vida y estaba haciendo desgraciados a todos los que se hallaban a su alrededor, el suicidio parecía «la cosa más decente que podía hacer». La señora Keppel era de la misma opinión. «Mamá me hizo llorar, ayer por la noche lloré», le escribió Violet a su amiga Pat Dansey, «me dijo que si hubiese estado en mi piel, se habría suicidado hace mucho».

Como sentía que a nadie le importaba lo que pudiera pasarle, trató de apoyarse de

nuevo en Vita: «Quiero reconquistar lo que he perdido», declaró. La correspondencia entre las dos estaba repleta de evasivas, resoluciones, desencuentros, tristeza. Violet reconoce su desvalimiento y trata de apelar al sentido de poder de Vita. Había transcurrido un año espantoso en el que se habían producido todo tipo de encuentros caóticos que habían abierto numerosas heridas. «Estábamos demasiado sedientas de estar juntas permanentemente y sin interrupción», explicó Vita. Y de nuevo, desafiando a todo el mundo, decidieron escaparse una vez más, primero a Hyères y luego a Carcasona, desde enero hasta marzo de 1921. Fueron, como siempre habían sido, «dos llamas ardiendo al unísono», aunque aquel viaje resultó ser, en palabras de Norman Rose, el biógrafo de Harold Nicolson, «los últimos estertores de un fuego abrasador». El fuego tampoco llegó a apagarse nunca. Cuando se encontraron veinte años después, Vita advirtió a Violet que no debían «jugar con fuego otra vez».

Cuando regresaron de Francia, Violet fue escoltada hasta Italia y encerrada por una «guarnición de institutrices» como si fuese una prisionera. Se le prohibió tanto escribir como recibir cartas de Vita. Ya había saltado sobre obstáculos parecidos en el pasado en alguna ocasión, pero ahora había dos factores imprevistos. El primero era la obra confesional que Vita acababa de terminar de escribir a finales de marzo de 1921. Fue como si la escritura de aquel diario amoroso le hubiese otorgado el control sobre los acontecimientos y la hubiese liberado de su poder.

Para Violet no fue sencillo hacerle llegar sus cartas. Para despistar a sus carceleros y poder continuar con su correspondencia prohibida, utilizó como intermediaria a su amiga Pat Dansey. «Me han emocionado mucho sus esfuerzos por mantenernos unidas», le confió Violet a Vita, «ha sido como un ángel para mí, la persona más comprensiva y generosa que he visto en toda mi vida... Pat se ha alineado a nuestro lado sin reservas». Pat Dansey parecía ser la amiga más íntima de Violet durante aquella época. Ella también era lesbiana y estaba fascinada con la historia de pasión que se había desatado entre las dos mujeres. Aunque al principio a Vita no le gustaba demasiado, había acabado convencida por la fuerza de su entusiasmo. Junto a las cartas que enviaba Violet, que ella se encargaba de reenviar a Vita, incluía a veces algunos mensajes fuera de lugar: «(Violet) No es más que una especie de gorila... Yo estoy totalmente de tu lado... Creo que intenta persuadirte... Odio esa forma que tiene de engañar a todo el mundo... No sé cómo logra que la gente no se dé cuenta. Besos, Pat». En vez de mantenerlas unidas, como creía Violet, Pat consideraba que la mejor manera de ayudar a Violet era «cortando bruscamente toda relación con ella». Y es probable que en lo que se refiere a ese deseo en particular estuviese siendo especialmente sincera, pero porque tenía otro proyecto: «Si vienes a Londres por alguna razón, hazme una visita, el otro día me pasé toda la noche soñando contigo. Supongo que fue porque había estado leyendo unos poemas tuyos en la cama. Y tuve un sueño de lo más extraño...». A principios de 1922 Vita había flirteado

ligeramente con Pat Dansey, el tipo de intimidad pasajera que no molestaba a Harold (que había estado disfrutando por su parte de una relación sin conflictos con Comte Jean de Gaigneron, un juerguista y esteta al que había utilizado como modelo para construir su personaje del Marqués de Chaumont en *Ciertas personas* y que años más tarde se convertiría en el acompañante de Violet en París).

«Creo que entre nosotras hay algo indestructible... un vínculo desde la infancia y una pasión que ninguna de las dos podremos compartir con nadie más en la vida», escribió Vita a Violet veinticinco años después. Violet siempre lo había creído así, pero en marzo de 1921, cuando Vita estaba a punto de terminar el relato de su romance con «gran infelicidad» y sin saber si iba a «volver a ver a Violet nunca más», Violet ya sabía la respuesta: «Has elegido; tenías que elegir entre tu familia y yo y has elegido, amor mío, a tu familia».

Al leer *Desafío* puede sentirse la presencia de Violet tal y como la experimentó Vita. Describe su soñoliento tono de voz, sus extraños ojos en sombra, hundidos y un poco oblicuos, a los que un brillo burlón hacía parecer más vivos, pero que en ocasiones parecían sumergidos en una enorme tristeza. Mimada e infantil en muchos sentidos, parecía destinada a convertirse en una mujer de un «atractivo irresistible, ese tipo de mujeres cuya existencia siempre conlleva situaciones de peligro». Utilizaba el secretismo y el provocativo misterio que emanaba su persona, se desplegaba como una especie de expansiva superficialidad «como si fueran el escudo y la espada», dando a entender que «la existencia en un mundo de hombres suponía el esfuerzo y la batalla».

Vita encuentra en realidad más dificultades para describirse a sí misma como ese Julian al que el propio editor de la edición británica describe como un «joven inglés de aire byroniano que dirige a un grupo de isleños en su revuelta contra sus jefes del continente». Violet ofrecía un apoyo incansable. ¿Qué quedaba de aquellos «ojos de pesados párpados que tendían hacia el verde cuando estaban en reposo y hacia el negro cuando estaban iracundos»? ¿Acaso no podía convertirse él también en una especie de Hermes, el dios de la elocuencia y la buena suerte, el patrón de los viajeros y los ladrones? (En el jardín de Villa Cimbrone había una copia en bronce de un *Hermes yacente*). Ciertamente tenía que haber algo más que aquella gracia, fuerza y sensualidad, todas virtudes paganas. «Julian era alto», digámoslo así, y «perfectamente equilibrado». Luego sugiere que «el cabello de Julian era negro y aterciopelado. Eve se preguntó qué se sentiría al acariciarlo y lo hizo de inmediato; le amartilló aquella sensación casi cercana al dolor en la punta de los dedos y la atesoró de inmediato en su corazón».

En su prólogo al texto, Nigel Nicolson relaciona a Julian con Philip Sidney, el poeta y aventurero isabelino. Si hubiese nacido como un hombre (y a Vita siempre la apesadumbró no haber nacido siendo un hombre), ese habría sido el que le habría

gustado ser... y es probable que también fuera el tipo de hijo que le habría gustado tener (añade amargamente el propio Nigel Nicolson). En cuanto a Eve, Vita comenta: «Hacía arder todo cuanto tocaba». El resto de los personajes vivían en un mundo de sombras. Rosamund Grosvenor, que aparece bajo el nombre de Fru Thyregod, es presentado como un desvergonzado joven que no tiene nada de la astucia instintiva de Eve y cuya conversación no es más que una petulante «acumulación de evidencias y frivolidades». Los políticos y diplomáticos que trabajaban con Harold en la Foreign Office aparecen como una comitiva pretenciosa y poco atractiva que hace política exterior como si estuviese gestionando un negocio familiar.

Cincuenta años después, cuando el libro fue finalmente publicado en Inglaterra, no parecía haber «nada lascivo en él», escribió Paul Theroux en su reseña para *The Times*, «uno se pregunta por qué se lo prohibió por razones de delicadeza». Pero lo cierto es que habría escandalizado a los amigos de lady Sackville porque todos habrían sido capaces de reconocer a los personajes. Si Vita hubiese convertido a sus dos protagonistas en mujeres, la novela se habría ganado un puesto de honor en la historia de la literatura lésbica como una predecesora de *El pozo de la soledad* de Radclyffe Hall (un libro que a Vita le pareció «repugnante»). Cuando fue publicado en 1974 se vendió como si fuese un añadido romántico a *Retrato de un matrimonio*, pero el clima social había pasado de ser deferente con la aristocracia a ser incrédulo. «Los méritos literarios del libro son poderosos», advierte Nigel Nicolson en el prólogo, pero los que lo reseñaron no los vieron tan claramente. Hoy en día *Desafío* es una obra que, por contraste, no hace más que resaltar los hallazgos de *Orlando*. Se trata de un libro íntimo con un subtexto interesante.

Mientras tanto, Violet había estado trabajando duramente en la elaboración de una novela titulada *Battledore y Shuttlecock*. En junio de 1919, cuatro días antes de su matrimonio, había tomado la decisión de utilizar su propia infelicidad como un estímulo para la escritura, se convertiría así en un bálsamo para el dolor y en un arma que podía alzar para defenderse de sus enemigos. «Escribiré los libros más enloquecidos, obscenos e implacables que jamás haya visto el mundo entero», anunció. «Y será más que un libro. Estará compuesto de pasión, locura, borrachera, basura, pureza, salud, del bien y del mal y de todo lo que luche y batalle con angustia en el interior del corazón humano». El problema fue que solo era capaz de escribir cuando era relativamente feliz y que no podía ser feliz estando sola... y tenía que estar sola si quería escribir. Había ahí un nudo nada fácil de deshacer. Parecía poco probable que pudiera escribir un texto que tuviese una extensión más larga de la de una *novella* o que consiguiera superar un *roman-à-clef*. Su peor limitación, eso creía ella, era su propia determinación. «No veo más que el lado de la cuestión que me afecta a mí, estoy incapacitada para ver las cosas desde el punto de vista de otras personas... Si sale todo mal, creo que no podré soportarlo», confesó,

«tengo muy poca confianza en mí misma». A pesar de que escribir era «tan difícil que hace que mi mente se tambalee», su deseo era escribir mucho. Y en 1922 comenzó su siguiente novela.

Se trataba esta vez de una tragedia romántica titulada *El anzuelo en el corazón*. «Es una tentación espantosa hacer que los libros acaben mal», escribió a Vita en el verano de 1920. *Desafío* acababa mal, con la traición de Julian y una Eve que se suicidaba ahogada en la última página. Aquella novela había sido como un niño muerto en el parto mientras que la de Violet era un lamento. Cecile, una muchacha joven e inocente que es un retrato de Violet, descubre que «su amor por el amor ha acabado produciendo un hastío por el amor..., maldice la pasión, ese anzuelo en el corazón que uno no puede quitarse sin quitarse también el corazón entero». El argumento melancólico se ve manipulado por una siniestra figura materna que es una amalgama entre lady Sackville y la señora Keppel. Rechazada por todos, el personaje de Cecile tiene que enfrentarse a la realidad más temida por Violet: la soledad.

El anzuelo en el corazón refleja el amargo estado interior en el que se encontraba Violet entre 1922 y 1923. El manuscrito está escrito con la misma fluidez y vitalidad que sus cartas, pero aún no ha entrado en el terreno de la comedia negra de costumbres que tan bien se adaptará a lo que quiere decir. Ni siquiera intentó publicar su novela, seguramente porque era demasiado reveladora con respecto a sus propios sentimientos. Sea como sea, en 1923 su vida da un giro dramático.

Al final de su diario, el 28 de marzo de 1921, Vita escribió con enorme dolor sobre «la ruina de Violet» que ella misma había predicho. Pero en las educadas memorias de Violet, escritas treinta años después y caracterizadas por su habilidad para navegar sobre ciertas omisiones, cubre toda esa época de tranquilidad. Al parecer no había sido la única chica, eso dice, que le había «echado el ojo» a la apuesta y elegante figura de Denys Trefusis. Era imposible resistirse a su encanto. En cuanto se asentaron en Francia: «pudimos establecer un *modus vivendi*... Denys había conseguido un trabajo en París..., éramos infelices... En 1923 encontramos la casa con la que siempre habíamos soñado; una casa diminuta en Auteuil con orientación sur... Yo traté de retomar el hilo de la vida que había tenido cuando era una *jeune fille*». Hubo varias discusiones entre los dos, recuerda, pero la verdad es que «los episodios a lo Noel Coward casi nos divertían». Aquel era el esbozo de sus vidas, un esbozo sin imagen. La novela de Violet contiene menos ficción que estas aparentes memorias y el diario de Vita contiene todavía más verdad que sus obras de ficción. No hay reglas en ese sentido.

Dispersos en las memorias de Violet, pueden encontrarse pequeños indicios de su frustración: «Me gustaban muchos de los amigos de Denys, pero no me preocupaban sus escapadas nocturnas». Él era, añade, «muy aficionado a ir al Caveau Caucasien y a otros clubs nocturnos... Yo estaba celosa... Celosa de las bailarinas caucasicas de cintura de

avispa que seguramente tenían más cosas en común con él que yo misma... No tenía amigos de verdad... No, no tenía amigos de verdad».

Violet y Denys ocupaban la misma casa pero llevaban vidas separadas. «Nadie me quiere, nadie vive conmigo», escribió a Vita, «no debería estar llevando esta vida de castidad». El *modus vivendi* provisional que establecieron fue un acuerdo por parte de ella de no objetar nada a sus aventuras durante largos viajes a Rusia y, por parte de él, animarla con su escritura (había comenzado a asistir a clases en la Sorbona).

Fue Alice Keppel quien le consiguió a Denys su trabajo en un banco y quien les compró su casa de Auteuil. Continuaría sufragando sus gastos siempre y cuando siguieran casados y vivieran en el exilio con una mínima pátina de respetabilidad; y esa pátina es precisamente la que Violet le da a los lectores de sus memorias dedicadas a su madre. Lo que no sabía era que su madre estaba utilizando a Pat Dansey para informarse sobre la vida que estaba haciendo en París y que Pat Dansey le estaba contando a Vita historias sobre ella. En las memorias de Violet se describe a Pat Dansey como si se tratara de un animalito estrafalario, era «pequeña, veloz y había sido construida en distintas texturas de color marrón, su pelo era del mismo tono que las patatas fritas, sus ojos parecían abejas y su cara tenía el color de un huevo de faisán. Puede que mi descripción la haya hecho parecer comestible, pero lo cierto es que era demasiado frágil y demasiado peluda para que lo fuera de verdad. Tenía un tartamudeo que sonaba de lo más incongruente en aquel pequeño cuerpo porque daba la sensación de que estuviera un poco intoxicada». Aquel era el denigrante camuflaje bajo el cual Pat Dansey planeaba sus estrategias. En las cartas que le escribía a Vita le atribuía a Violet amores secretos («me maravilla su falsedad..., es una mujer sin esperanza»). Quería estar totalmente segura de que Vita no volviera a estar con ella e impidiera la propia relación con Pat –que de todas formas acabó de manera explosiva durante el invierno de 1923, cuando Vita le confesó que se había enamorado del escritor Geoffrey Scott–.

«Rusia era su tierra santa», escribió Violet refiriéndose a Denys. Para Violet tierra santa era Francia. Ya lo había anunciado tras su primera visita a París a la edad de diecisiete años: «Cuando sea mayor, viviré en París». Su estilo de vida, o eso decía ella, lo había aprendido en Francia. Llegada a los veintiocho años, decidió reinventar su vida allí. París lo soportaba todo; el abandono amoroso, las amistades perdidas. «Tuve una relación íntima con París que acabó suplantando a todas las demás... La gente defraudaba, pero París me daba todo lo que le pedía».

En realidad fue Denys quien la ayudó a comenzar de nuevo. Era «extremada y absurdamente pedante», explicó Violet, «su Egeria era la princesa Edmond de Polignac». En 1923 fue él quien le presentó a Violet a la princesa que acabó convirtiéndose en la tercera mujer importante de su vida.

Violet describió a aquella mujer extremadamente rica e importante como alguien

«inescrutable». Miraba «desde arriba, como si fuese un acantilado humano, su perfil de roca era como una llamada a los pájaros y a las gaviotas; unos pequeños ojos azules – ojos de un viejo ingenio– iban de un lado a otro; su cara se parecía más a un paisaje que a una cara; tenía el pelo nublado, el azul en los ojos, los rasgos recios... Al igual que todas las personas tímidas podía llegar a ser intimidante. La gente solía acobardarse delante de ella». Había nacido con el nombre de Winnaretta Singer y era una de las numerosas hijas del multimillonario americano Isaac Singer, fabricante de las máquinas de coser. Su primer matrimonio, una perturbadora experiencia en la que había intervenido un paraguas, tuvo que ser anulado. Su segundo matrimonio fue con el príncipe homosexual Edmond de Polignac, se trataba de una unión de conveniencia en la que ayudaba mucho su mutua pasión por la música y la unión tanto de sus fortunas como de su posición social. Su impresionante funeral fue utilizado por Proust para describir el funeral de Saint-Loup.

Edmond de Polignac le llevaba treinta años a su mujer. Cuando Winnaretta, ya viuda, conoció a Violet tenía cincuenta y ocho años, treinta más que Violet. Violet hace un breve bosquejo de la reunión de músicos, escritores y artistas que la princesa había organizado en su casa de la *avenue* de Henry-Martin y que Proust describe en *A la busca del tiempo perdido*. Menciona a algunos de los escritores a los que conoció en 1920; el elegante y tan parecido a una grulla Giraudoux, Anna de Noailles, «tan diminuta, deslumbrante e inquieta», Paul Valéry, «murmurando sus casi ininteligibles epigramas bajo aquel bigote en constante movimiento» y, tal vez su favorita, Colette, a quien solía llamar «genio en el arte del amor, en el arte de vivir y en el arte de describir esas dos artes». Según el testimonio del marido de Colette, Maurice Goudekot, las dos mujeres se entendieron bien pero de diferente manera: «una de ellas mundana, siempre estaba en contacto directo con todo cuanto sucedía, la otra era más etérea y lo veía todo a través de un prisma». Violet no siguió el ejemplo de Colette en cuanto a la escritura. No nos asegura que la princesa se enamorara de ella, ni revela tampoco que era una lesbiana implacable con tendencia al sadismo. Hay una anécdota que Duff Cooper contó a su mujer Diana sobre un amigo que se equivocó cierta noche de puerta cuando iba a visitar a «una dama que lo esperaba» y se encontró que en la habitación estaba «la vieja princesa con una bata de noche y una botas altas. Sobre el sofá y en el otro lado de la habitación estaba Violet junto a otra mujer, las dos desnudas y abrazadas de una manera muy particular. Salieron corriendo espantadas en cuanto me vieron». Según Harold Acton, la princesa «Winnie» le enseñó a ser más discreta a Violet, «hay quien dice que con un látigo, de modo que las subsiguientes aventuras de las damas pasaron más desapercibidas».

La atracción entre la princesa y Violet fue poderosa e instantánea. «Desde el comienzo, las dos mujeres ejercían una sobre otra una fascinación hipnótica», escribió Michael de Cossart, «Winnaretta estaba maravillada por la belleza de Violet, por su vivacidad y por

su aparente disponibilidad» (Denys había preparado un largo viaje a Rusia poco después de presentarlas). Resulta sencillo comprender que la atrajera la sensual Violet de veintinueve años, con aquel «aire dramático», como lo describió Sylvia Kahan, y «rápida inteligencia y seductora espontaneidad». Pero la atracción que sintió Violet por el áspero personaje de Winnaretta fue, como afirma Arthur Rubinstein, «más difícil de entender». Admiraba su fuerza y le permitió la entrada en el mundo de artistas y escritores, aparte de hacer que por fin abandonara aquella vida de castidad.

El majestuoso patronazgo de la princesa fue bienvenido por la señora Keppel. Para ambas mujeres la apariencia externa y la respetabilidad social eran aspectos esenciales en la vida y Winnaretta siempre invitaba a los padres de Violet y a su marido a sus *soirées*. Aquel arreglo era una variación de la misma discreción que la señora Keppel había tenido a la hora de gestionar sus aventuras extramatrimoniales, primero con Ernest Beckett y más tarde con el Príncipe de Gales. Eran un grupo distinguido: la princesa y su buen amigo Denys Trefusis con su mujer y sus suegros. Durante la década de 1920 y a comienzos de la década de los treinta viajaron juntos a Egipto, Italia, Grecia, Argelia, Cuba, los Estados Unidos (donde fueron invitados a la Casa Blanca) y a España (donde conocieron al rey Alfonso XIII).

En 1924 Alice Keppel abandonó Inglaterra (aunque manteniendo una habitación amueblada en el Ritz) y compró la Villa dell'Ombrellino, una impresionante fortaleza situada en el Bellosguardo frente a Florencia. Aquella nueva residencia, con una vista espaciosa y una terraza con jardín, era la versión de la señora Keppel de la Villa Cimbrone de Ernest Beckett; un lugar que podía llenar de recuerdos de un pasado real y en donde podía revivir una época de esplendor de Inglaterra que ya había dejado de existir. Nunca aprendió italiano, nunca sintió la necesidad. Había sirvientes que podían hacer aquella tarea por ella y una hija que tenía mucha facilidad para la mímica sofisticada.

También Violet compró una nueva casa. En *No mires atrás* describe una fiesta al mediodía en la que conoció a Proust poco antes de su muerte. Le recomendó, recuerda ella, visitar St. Loup de Naud que estaba en la carretera en dirección a Provins, a unos ochenta kilómetros de París. Había usado aquel nombre para el personaje de Robert, el marqués de St. Loup-en-Bray, el afeminado militar seductor que se casa con Gilberte Swann, muere en combate y es enterrado en Combray. Violet añade que, releendo a Proust unos cuantos años después, el nombre de St. Loup «me golpeó como si se tratara de un reproche» y fue a aquel lugar. Le preguntó al dueño del restaurante en el que había comido si había alguna propiedad en el vecindario que estuviera a la venta y el hombre contestó que había «una vieja torre, pero en muy mal estado». La compró.

En las memorias de Violet la verdad siempre se esconde en lugares secretos: y la gente se oculta con ellos. Con aquellas habitaciones encantadas y aquella atmósfera casi gótica,

St. Loup no era «un lugar reconfortante», escribió Philippe Jullian, «bajo el comedor había muchas mazmorras». El retrato que Violet hace de St. Loup es una especie de autorretrato. La casa podía «reclamar con derecho un aire mágico», escribió, «era un lugar pasivo, inmutable, al igual que la sensualidad era, más que un acontecimiento, un clima. Estaba enroscada entre aquellos muros como si fuese una serpiente que solo alza la cabeza cuando se siente amenazada..., el carácter de St. Loup no puede describirse como agradable. Era sensual, egoísta..., rudo, rencoroso. Si no le gustabas estabas perdida... Y si, por el contrario, tenías la buena suerte de gustarle a St. Loup, podías tener una falta de escrúpulos similar. No hay *scène de séduction* que sea lo bastante cruda, ni postura que sea lo bastante audaz. Te atrae, te importuna, hace que te detengas».

Lo que no dice es que St. Loup fue comprada en realidad por su amante, la princesa de Polignac, quien restauró aquella torre del siglo XV, con sus grandes habitaciones en las que pusieron aquellas enormes camas con dosel, tapices y gigantescos ventanales «cuyas profundidades moteadas hacían que todos se inclinaran sobre ellos como si estuvieran mirando un antiguo retrato». Añadió también un ala más cómoda (en la que dormía Violet) y la ayudó a amueblarla.

«No fui yo la única persona que tuvo *un coup de foudre* con St. Loup», escribe Violet, «también Denys quedó subyugado: era exactamente el tipo de casa que podía entender y apreciar», se amoldaba perfectamente a su carácter shakesperiano..., tanto que podría haber salido directamente de una tragedia de Shakespeare. Lo cierto es que en aquellos últimos años había habido mucha menos comprensión y apreciación de la que Violet sugiere en sus páginas. Tampoco es que ella lo retuviera demasiado.

A la que sí retenía era a Winnaretta Polignac cada vez que iba a St. Loup. Allí podían «vivir con tranquilidad su relación», escribió Sylvia Kahan, «lejos de la mirada inquisitiva de la sociedad». El apodo con que Winnaretta llamaba a Violet era «ratón», un nombre que sugiere a una amante más bien tímida, pero Violet estaba lejos de ser tímida en sociedad, era como si se estuviera rebelando contra aquella sustituta de su madre, se estaba tomando una venganza personal contra la señora Keppel. Winnaretta temía las habladurías que podían estar difundiendo tanto Duff Cooper como otras personas. Al principio el flirteo que mantenía Violet con otros hombres (sobre los que tanto había mentido Pat Dansey) mantuvieron la atención alejada de su relación, pero cuando los flirteos comenzaron a producirse de forma más evidente y no solo con hombres casados sino también con otras mujeres, Winnaretta fue exasperándose cada vez más hasta que perdió la paciencia por completo.

El final de su relación llegó tras un movido viaje a Marruecos en 1933. Tal vez Winnaretta había atropellado ya demasiadas veces a Violet, estaba cansada tras aquellos diez años de tumultuosa relación y tenía ganas de huir. Sus indiscreciones tenían en

realidad el sello de un auténtico deseo de independencia. Era como una niña aburrida, «sus gruñidos y amenazas son difíciles de describir», escribió Winnaretta, «su madre la regaña, pero no sirve de nada». Cuando regresaron a Francia la relación había terminado.

Denys había estado dando clases en Rusia antes de la Gran Guerra y siempre le había parecido «una tierra de enorme encanto y misterio». Cuando regresó en 1926 con un amigo «que había sido enviado a Rusia en una misión», se dio cuenta de que el encanto se había esfumado. Moscú parecía sumergida en una suciedad propia de las novelas de Dickens, sus calles estaban repletas de pequeños niños ladrones «de miradas furtivas y esquivas, como si fuesen pequeños animales rodeando a su presa». En un texto inédito titulado *Las piedras del vacío* criticaba al nuevo régimen bolchevique y a toda la filosofía comunista: «La riqueza ha desaparecido, pero la pobreza sigue aquí».

Los viajes de posguerra a Rusia son misteriosos. «Él sabía que era sospechoso», escribió Violet, pero ¿sospechoso de qué? ¿Iba allí en representación del banco para el que trabajaba? Parecía pasar poco tiempo en la oficina. ¿Era *Las piedras del vacío* un texto que había sido escrito en realidad para el gobierno británico? «Nunca he tomado parte en ninguna actividad de espionaje ni nada parecido», insistía él, pero tampoco habría calificado nunca una obligación patriótica como espionaje. Cuando regresó en 1927 (viaje en el que se encontró con Vita en la embajada británica en Moscú), fue arrestado y multado «por no respetar la ley de trabajo». Escapó por la frontera con Polonia, viajando escondido bajo una butaca del tren porque estaba convencido de que, si lo detenían, lo iban a llevar a juicio e iba a ser encarcelado.

Todavía estaba enfermo de tuberculosis y parecía poco probable que hubiese sobrevivido demasiado tiempo en ese estado en una cárcel soviética. Aun así regresó a Rusia en 1928 «arriesgando su vida», escribió Violet. A su regreso se quedó un tiempo en Inglaterra, recuperándose de una infección pulmonar. Luego se reunió con Violet en Francia, pero con la salud muy deteriorada. «Se pasaba el día entero», recordaba Violet, «tumbado y ahogándose». Se preguntaba si acaso no sería conveniente llevárselo a una clínica en Suiza, «pero ya estaba demasiado enfermo como para poder moverse». La hermana de Denys acudió en su ayuda y se lo llevó al hospital americano de Neuilly. «Una de las visitas que más parecía disfrutar era la de la señora de Polignac», recordaba Violet, «a mí no me animaban demasiado a quedarme».

Denys murió el 2 de septiembre de 1929 a la edad de treinta y cinco años. Violet no quiso inmiscuirse ni en sus pensamientos ni en sus sentimientos durante aquellas últimas semanas de vida (ignoró totalmente a la enfermera australiana que lo estuvo atendiendo y que más tarde se puso en contacto con su familia). Tres semanas después de la muerte escribió a Cyril Connolly, a quien había conocido hacía poco tiempo en Florencia: «Vivo en una especie de bruma... Denys era un elemento de lujo en mi vida, como un tapiz que

se cuelga en los días de fiesta, precioso tal vez porque su presencia es intermitente. Nunca me cansé de él y cada uno de nuestros encuentros era fresco y novedoso. Sé mejor que nadie que le gustaba vivir su vida peligrosamente y que la pasó embarcado en cruzadas imposibles».

Veinte años después, cuando la bruma se hubo aclarado y estaba escribiendo sus memorias, Violet refinó un poco aquel borrador de obituario. «Tenía todas las cualidades de los héroes de las baladas que yo admiraba», escribió, «y yo tenía todos los defectos que más le costaba perdonar a él. Hubo, a pesar de todo, un gran vínculo entre nosotros. A los dos nos gustaba la poesía, viajar y teníamos una curiosidad insaciable por los países extranjeros. Los dos éramos europeos en el sentido más profundo de la palabra. Nos hacían reír las mismas cosas, nos peleábamos mucho y nos amamos no poco. Fuimos más dignos de envidia que de compasión».

Alice Keppel no habría tenido problema en dar su aprobación a esa unión tan poética que contenía tanta aventura, buen humor y afecto a pesar de pequeñas diferencias domésticas, pero poco después de la muerte de Denys iba a publicarse en Francia una novela en la que se hacía una descripción mucho menos envidiable de aquel matrimonio.

Salidas de emergencia

En sus memorias Violet describe *Sortie de secours* (Salida de emergencia) como un «libro pequeño y mediocre fabricado a base de retazos, aforismos, máximas, anotaciones y penosamente agrupado bajo un formato novelístico. Era un agujero, un saldo, una especie de papel secante que absorbió todas mis obsesiones». Echó un vistazo a su alrededor a todos los elementos que componían su vida y, como no le gustaron, decidió hacer una purga de su pasado. «Me veo obligada a reconocer que no tengo ni buenas ni malas cualidades para hacer que florezca el amor», asegura Laure, el personaje principal. «La felicidad me viene de las cosas, no de las personas». Es como si Violet hubiese emergido de una de esas oscuras mazmorras de St. Loup y hubiese decidido pasar lo que le quedaba de vida en la planta superior dando cenas y haciendo fiestas. «En todas las personas hay una salida de emergencia, un interés por uno mismo que le permite escapar de muchas maneras... La única desventaja es que una no siempre es capaz de volver después».

Laure es una joven relativamente adinerada cuyo encantador y acaudalado amante Drino se está volviendo cada día un poco más distante. Diana Souhami resume con destreza los dolorosos juegos a los que está jugando Laure: «Él se aleja porque ella lo ama demasiado y es engañada precisamente porque teme el engaño... Y todo porque se da cuenta de que Drino está celoso de otro». Finalmente, cuando cree haber encontrado el amor verdadero, es abandonada. Violet filtra algunos aspectos de su vida real en la historia, pero juegue como juegue sus cartas, el resultado siempre le acaba siendo adverso.

Sortie de secours nunca fue traducida al inglés. Hubo un primer borrador que estaba dedicado a Denys, pero cuando llegó la hora de la publicación Violet retiró la dedicatoria y el libro salió sin ninguna. Es posible que no quisiera que nadie lo leyera en Inglaterra por temor a reavivar recuerdos dolorosos en su madre (con quien en ese momento estaba en buenos términos).

Sortie de secours deja el terreno limpio para sus novelas más sofisticadas. En su época más desesperanzada, cuando escribió *Battledore* y *Shuttlecock* tuvo que admitir su poco talento para expresarse. «No conozco la lengua inglesa lo suficientemente bien. No puedo analizar, ni razonar y me temo que soy demasiado estúpida», le había confesado a Vita.

En Francia había encontrado más apoyo y no había tardado en descubrir métodos no tan frontales para orquestar sus pensamientos y sentimientos en lengua francesa. En esas novelas hay una tensión recurrente entre la vida social que se describe en ellas y el río emocional y subterráneo de los personajes, una batalla constante entre el pasado y el presente, entre cultura y moralidad.

«*Sortie de secours* me llevó hasta *Echo* (Eco)», afirma con sencillez en sus memorias. Aquella segunda novela estuvo a solo un voto de alzarse con el Premio Femina Vie Heureuse (finalmente aquel año lo acabó ganando *Vuelo nocturno*, de Saint-Exupéry). Es una historia gótica en miniatura que termina con el relato de una seducción fatal. El comienzo de la novela en el formidablemente hostil castillo escocés de Glendrocket es parecido al de una ópera cómica en la que se van presentando ciertos personajes escoceses. Tras la muerte una tal lady Balquidder de sesenta y cinco años, han quedado desamparados Malcolm y Jean, los dos chicos huérfanos a los que había adoptado y que en realidad son una especie de buenos salvajes al estilo de Rousseau.

En mitad de ese mundo anacrónico y agreste aparece Sauge de Cervallon, una belleza de veintiocho años de lo más francesa. Está felizmente casada, es muy silenciosa, siempre turbadora y se convierte en el centro de todas las especulaciones posibles. Todos los años siente una imperiosa necesidad de abandonar a Alain, su marido, y viajar al extranjero durante unas semanas. Cuando comienza la historia se relaciona con él con dulzura porque está a punto de partir hacia Glendrocket, donde va a conocer a sus sobrinos. Como nunca ha estado en Escocia se lo imagina como la ensoñación propia de alguien que ha estado toda la vida leyendo novelas de sir Walter Scott y prevé un mundo de fantasía al estilo de *Rob Roy* o *El corazón de Mid-Lothian*, «un planeta completamente diferente».

Eco está astutamente narrada como un texto epistolar en el que se alternan las cartas de Sauge y de su marido, que sigue en Francia –cartas enviadas y también algunas no enviadas–. Las cartas no enviadas contienen todas las verdades psicológicas más perturbadoras, mientras que las enviadas son puramente pragmáticas. La novela está repleta de oscuras profecías. Sauge recuerda un cuento de hadas que leyó siendo niña en el que, al igual que en Glendrocket, las *mises en scène* que suceden en el interior y el exterior están en conflicto. En la historia «los árboles crecen casi hasta la altura de las ventanas y el hombre los anima a que lo hagan, los llama hasta que una de las ramas de su árbol favorito, un castaño, entra en el interior de la habitación y se va aproximando cada vez más y más a su cama. Una mañana el personaje aparece muerto, estrangulado». La lección que Sauge aprende de esa historia es en realidad un tema recurrente en las novelas de Violet: «En este extraño lugar los objetos parecen estar más vivos que las personas». Aquella era la condición a la que aspiraba Violet, la que criticaba en sus novelas y celebraba en sus memorias. En *Eco*, el paisaje de Perthshire y las

habitaciones que hay en el interior del castillo funcionan como extensiones de los personajes; tanto de los gemelos como de lady Balquidder. El peligro reside en llevar los gemelos al interior y animarlos a que pierdan su inocencia.

Hay una profecía más potente aún en el sueño que tiene Sauge y en el que se reencuentra con su primer amor, muerto hace muchos años. «Apenas podía respirar, tenía el corazón en la garganta. Esperaba encontrarse tan solo con la sombra de su amor, por eso se quedó paralizada cuando lo vio levantarse de la cama tan activo y vigoroso como el día en el que lo conoció. Luego, poco a poco, se fue desvaneciendo... y ella despertó con una tristeza mortal». El dilema en el que se encuentra Sauge ya le resulta familiar a cualquiera que conozca la historia de Violet y Vita, sobre todo desde el punto de vista de Vita. «Sauge era presa de una incomodidad constante... Cuanto más atraída se sentía por otros, más necesitaba a Alain... ¿Quería a Malcolm? Sí, siempre que pudiera retener a Alain, pero no si lo perdía...».

Ya se nos ha avisado del peligro que provocará Sauge si despierta del sopor de la sociedad parisina. Los gemelos que se adoran el uno al otro antes de que ella vaya a Glendrocket se convierten de pronto en amargos rivales y el argumento se desliza hacia una serie de acontecimientos dramáticos e inevitables. Lo que comienza como una ópera cómica termina como un ballet dramático, una versión de *Petrushka* en la que Sauge se convierte en la maga y los gemelos en las marionetas que sucumben bajo sus experimentos.

Al darle a su novela el título de *Eco*, Violet invita al lector a crear cierta conexión en su interior con Vita. «La humanidad completa encuentra su eco en mí, un eco provocado por el sufrimiento», había escrito a Vita. Se había declarado, a continuación, incapaz de expresar la perspectiva de ninguna otra persona que no fuese ella misma. En *Eco* consigue evitar ingeniosamente ese problema, revelando ciertos aspectos de su propio carácter y mezclándolos a veces con otros recuerdos de Vita. Los gemelos idénticos, a los que se puede contemplar como aspectos andróginos de una sola persona bisexual, se encuentran con Sauge en un lugar que recuerda a aquel castillo de Duntreath en el que una Violet de dieciséis años descubrió por primera vez a una Vita de dieciocho. Había ido a la habitación de Vita y desde allí habían escuchado juntas «el incesante tictic de los pasos de los gorriones por el tejado y a las urracas volando de una torre a otra», después de aquello Violet le había declarado su amor. «Soy tan primitiva en mi alegría como en mi dolor».

De cuando en cuando ciertos fantasmas del pasado se alzan y se apoderan de la narración. Son ellas dos quienes representan la anónima balada escocesa repitiendo dos de sus versos:

Mi amor y yo
nunca nos volveremos a encontrar.

Y al escuchar aquello, «un súbito e intenso dolor me hizo cerrar los ojos».

Eco pertenece a esa literatura isleña en la que unos viajeros sofisticados con equipajes repletos de conocimientos, cultura y buenas intenciones, acaban desperdigando la enfermedad entre los inocentes habitantes..., aquellos a los que Johnson situaba en el «Valle feliz» y que también aparecen en los personajes de *Taipei* de Melville e idealizados en los *Discursos* de Rousseau.

Se trata de una novela casi dirigida a un público idealmente juvenil, pero yo la he leído a mis setenta años y se me ha quedado en el recuerdo como si la hubiese conocido desde siempre.

«*Eco* me regaló muchos nuevos amigos», escribió Violet en *No mires atrás*. «Me di cuenta de que yo era una mujer que se había hecho a sí misma y, a pesar de las apariencias, una persona solitaria». El hecho de tener a dos mujeres adultas (Winnaretta de Polignac y Alice Keppel) cuidándola en Italia y en Francia, parecía hacer que se comportara de una manera doblemente infantil y comenzó a fantasear con la idea de tener un hombre que la protegiera. En sus memorias hace un retrato de sí misma tras la muerte de Denys como si fuese una mujer que estuviese siendo constantemente perseguida por admiradores. Max Jacob «apareció una tarde vestido de pretendiente. Era como un Punchinello pequeño y elegante, lucía un sombrero de copa, polainas blancas y unos guantes de color mantequilla fresca. Llevaba el sombrero colgando de un bastón que a su vez tenía aprisionado entre las piernas como si fuese una pancarta». Le dijo que llevaba cuarenta años esperando para decir a alguien lo que le estaba diciendo a ella y que como marido podía ofrecer una ventaja insuperable: la de ser veinte años mayor que ella. «Era irresistible», escribe, aunque por supuesto no tuvo ninguna dificultad para resistirse a él. Como tantas otras cosas aquello no era más que una farsa. Asegura que Max Jacob era «poeta, pintor, libertino, dandi y muy gracioso»; lo que no dice es que era también el amante oficial del escritor Maurice Sachs.

No mires atrás da una visión superficialmente precisa de la vida social de Violet durante la década de 1930. «St. Loup se convirtió en un teatro y Violet en la directora de escena», por decirlo en palabras de Philippe Jullian. Aquellos escenarios se transformaron en siniestras parodias de la eduardiana carrera de su madre; eran a la vez un homenaje y una sátira del estilo de vida que había llevado Alice Keppel. Madre e hija estaban ahora casi antinaturalmente unidas. «Tú eres todo el mundo para mí, no podría vivir sin ti», le confiesa Violet a su madre y la señora Keppel reafirma a su hija («Preciosa Luna», como solía llamarla, un nombre que no difiere mucho de aquel «Lushka» que utilizaba Vita): «Sabes que eres la persona a la que más quiero en el mundo».

El talento de Violet para la imitación y su amor por los bailes de disfraces hicieron que

su vida social tanto en St. Loup como en la Villa dell'Ombrellino fuera una especie de versión un poco hortera de los juegos heterosexuales. Flirteaba a la vez con numerosos amantes posibles; príncipes, condes, caballeros, primeros ministros llegaron a ser acompañantes pero jamás amantes suyos. No eran más que parte de un decorado o tal vez un camuflaje para poder entregarse a sus verdaderas amantes, que eran de otra naturaleza, a pesar de que cuando Philippe Jullian la conoció después de la guerra «Violet ya había desarrollado un evidente desagrado por los círculos lésbicos».

«He venido a este mundo para escribir novelas», declaró. Sus novelas exploran el territorio de la soledad individual y suponen siempre una búsqueda de relaciones con los círculos más privilegiados de la sociedad. El éxito de *Eco* le había dado confianza y su siguiente novela la escribió en inglés. Se la llevó a Virginia Woolf en el otoño de 1932 con la esperanza de publicarla en Hogarth Press. Virginia no menciona en su diario haber conocido a Violet, pero más tarde, cuando ya había terminado su relación con Vita, le confesó a Ethel Smyth que no podía soportar «a la Trefusis». Aun así, al mismo tiempo escribió a Vita: «¡Dios, qué diversión! Ahora entiendo por qué tenías ese aspecto tan enamorado. Está un poquito crecida y es casi pretenciosa, pero ¡qué manera de seducir! Qué voz ceceante, dubitativa, cálida, flexible..., como si fuese una ardilla correteando entre los ciervos, una ardilla roja entre nueces marrones. Nos miramos a través de la espesura y nos llamamos la una a la otra puntillosamente señora Trefusis y señora Woolf... Y por si fuera poco me ha escrito para invitarme a Francia diciéndome lo mucho que le gustaría conocerme...».

Pero Hogarth Press no publicó la novela de Violet, «y tengo la sensación de que se ha comportado un poco estúpidamente en todo este asunto», le comentó Virginia a Vita. *Tandem*, así se llamaba la novela, fue publicada por Heinemann en 1933. Graham Greene la reseñó para el *Spectator* y apuntó que todos los personajes tenían títulos que en ocasiones se pronunciaban a la manera inglesa y otras a la francesa, y que había una poderosa atmósfera expresada «en una prosa demasiado consciente de sí misma aunque con sus alegrías». Le parecía que el motivo que había llevado a la escritura de aquella novela era «indiscernible», pero que tenía su encanto y era «de lectura fácil».

«Hay en este libro una enorme semejanza con el verdadero curso de la vida de la gente», escribió el editor americano Putnam, pero lo cierto era que aquel desfile de sociedad no tenía una gran semejanza con la vida de Violet. Con la intención de que el libro fuera leído sin conflicto por su madre (a quien por otra parte estaba dedicado), se tomó la molestia de retirar todo argumento y personajes que pudieran reavivar recuerdos extraños. Hay también un personaje menor pero significativo: una especie de bruja mala, empeñada en impedir todas las aventuras amorosas, llamada Nancy y que está claramente basada en Pat Dansey, a pesar de que no se dice nada de sus orígenes. Hay una cita en la tapa del libro en la que se informa a los lectores de que la autora «es la hija

de la honorable señora George Keppel». Eso sí, no se dice quién es el padre.

La novela se titula *Tandem* porque, tal y como explica el reseñista de la *Times Literary Supplement*: «a pesar de que madame Demetriades tuvo tres hijas, Marguerite, cuya perfecta digestión podía llegar a considerarse vulgar, nunca contó». Marguerite es una mujer impasible, saludable y sin ningún interés; casada y entregada por completo a un hombre rico y madre de sus hijos (un personaje que refleja la opinión que a Violet le causaba su hermana Sonia).

Las otras dos hermanas nos muestran vidas alternativas que podría haber llevado la propia Violet: una totalmente en Francia y la otra en Inglaterra. La brillante Penelope se casa con un duque francés y se convierte con impresionante rapidez en una escritora célebre y en una gran dama famosa por coleccionar libros y admiradores (a pesar de ser más coqueta que sensual y no llegar nunca a tener relaciones físicas, todos sus «amantes», con la evidente excepción del rey, no son más que compañeros de sociedad). Su encantadora hermana Irene se casa con el señor Gottingale y es llevada a Inglaterra donde, a pesar de que trata de superar su miedo a los caballos, acaba por caerse de uno y muere durante una cacería. Su historia se relata esencialmente a través de cartas y fragmentos de su diario. «Sabían escribir, pero nadie las había enseñado a vivir», dice su madre.

Pero Penelope sigue adelante. Está sola, su reputación literaria se olvida, su marido fallece y sus únicas fuentes de consuelo son la comida y la Légion d'Honneur.

El rechazo de *Tandem* por parte de Hogarth Press resulta finalmente un estímulo para la siguiente novela de Violet: *Broderie anglaise*. Al igual que *Orlando* surge originalmente de *Desafío*, *Broderie anglaise* surge de *Orlando*: las tres novelas están interconectadas y tienen su raíz en las historias amorosas de las tres mujeres. «El equilibrio entre verdad y fantasía ha de ser cuidadoso», escribió Virginia Woolf en su diario mientras estaba trabajando en *Orlando* en 1927. Hay un equilibrio distinto en *Broderie anglaise*. Se trata de una novela contemporánea, llena de disquisiciones y doméstica. Ya no hay ningún juego extravagante con los usos del tiempo a pesar de que la raíz del drama sean reverberaciones del pasado que perturban la vida presente. El personaje de Alexa Harrowby Quince (más que una fruta amarga es el apellido que le da a una sirvienta en una de sus últimas novelas) es la imagen que Violet tenía de Virginia Woolf. Es una literata famosa por su «incompetencia gastronómica» que escribe novelas en su desordenado estudio de Bloomsbury en el que tiene una cara imitación de una antigüedad y un Roger Fry auténtico que «podría haber sido igualmente una imitación». Hay ciertos aspectos de Violet presentes en el personaje de Anne Lindell, una figura legendaria del pasado. Las dos mujeres, al igual que los originales en que se basan, tienen las mismas iniciales en sus nombres.

La novela es en parte un estudio sobre crítica literaria (al igual que Fielding escribió sobre *Pamela* de Richardson o Cervantes sobre *Amadís de Gaula*) y contiene algunas inteligentes observaciones sobre *Orlando*. «Desde un confortable anonimato» Alexa (Virginia) utiliza su propia novela para «concentrar en Anne (Violet) el foco de su lucidez... La conocía tan bien como si la hubiese creado ella misma..., cada uno de sus rasgos, cada una de las entonaciones de su voz». Pero se nos dice también que Alexa «a veces tenía miedo de que la verdad tomara demasiada ventaja sobre una imaginación que funcionaba perfectamente sola». Su libro muestra a Anne (que es Violet bajo el exótico plumaje de Sasha, la princesa rusa) como «una criatura brillante, volátil y artificial, tan previsible como imprevisible, un personaje histórico». La novela de Alexa se convierte en un éxito rotundo. «El público general, con ese gusto suyo por lo romántico, adoró el libro. Se granjeó también algunas reseñas entusiastas por parte de los críticos y a Alexa le maravilló la forma en la que abandonaban su habitual austeridad descriptiva».

Como Violet había colaborado en la escritura de *Desafío* se imagina que el primer capítulo de *Orlando* ha nacido en realidad de historias que Vita le ha contado a Virginia sobre su romance con ella (era posible que Vita llegara incluso a mostrarle a Virginia algunas de las cartas de Violet). También en *Broderie anglaise* todo se apoya en una historia relatada por una sola persona —el relato que el amante le hace a Alexa, el joven lord Shorne—.

Lord Shorne es el equivalente masculino de Vita Sackville-West. Es un joven taciturno, desdeñoso, egoísta, un príncipe encantador con unas largas pestañas oscuras y unos labios muy gruesos, «un rostro heredado que parecía haber estado aburriéndose eternamente durante cinco siglos», y que pertenecía a una de las familias más ilustres del país. Tiene una belleza lánguida «con una especie de fuego latente que hace que su figura pase de ser ociosa a ser retórica». Tanto Anne como Alexa creen que pueden hacer crecer esa especie de fuego latente, darle contenido y salvarle así de sí mismo... y de su madre. Y es que se trata de un hombre que está dividido contra sí mismo. Se nos dice que el bueno de John Shorne «era el hijo de su padre, mientras que el malo John Shorne era el hijo de su madre».

Su enorme castillo, llamado Otterways, «era al mismo tiempo un palacio y una fortaleza» y estaba enclavado en un marco de cuento de hadas con muchas similitudes teatrales con Knoles. Alexa (que en ese momento tiene treinta y siete años) se había enamorado a primera vista de John Shorne (que era ocho años menor). Era su primer y único amor y también su primera relación sexual. Se la presenta como una escritora de enorme éxito y «una de las mujeres más distinguidas de toda Inglaterra». Pero a pesar de ser tan segura de sí misma frente a la página en blanco hay todavía mucha aprehensión sexual escondida bajo su vida aparentemente monástica; es toda inteligencia en un cuerpo muy pequeño. Su manera de relacionarse con John Shorne es antigua, sentimental y

desamparada. Parece casi determinada a hacer el papel de la víctima. Hay varias ocasiones en las que Violet juega con el nombre de Virginia para enfatizar su falta de feminidad. «No se trata de una cuestión de virginidad», protesta, «nada es tan sencillo. En realidad se trata de una actitud». Algo elegido.

En su prólogo a la primera edición inglesa de *Broderie anglaise* publicada en 1985, Victoria Glendinning sostiene la teoría de que Violet utiliza el pelo de sus personajes «como un símbolo de su sensualidad». El nombre de John Shorne da casi la sensación de que lo han rapado por completo, el pelo de Alexa es «fino, escaso y de poca iniciativa», es una figura delgada con un cuello envejecido, contemplativa y sin color a pesar de tener unos ojos juveniles y unas bonitas manos.

«No había ni un solo detalle de su persona que no fuese famoso: sus nostálgicos sombreros, sus manos medievales y aquella tímida expresión que siempre acababa dedicando a su pequeño bolso como si fuese una gallina clueca. La vaguedad y la flacidez de sus vestidos le otorgaban a sus movimientos la ondulación de una anémona. Era fluida pero elusiva, un trozo de alga marina, una nube de humo».

Lord Shorne está enamorado de la reputación literaria de Alexa mientras que Alexa está enamorada de su aristocracia. Violet hace una parodia del romance histórico de *Orlando* situando a los dos personajes en la habitación de Carlos II en Otterways en la que (al pensar que están solos) hacen el amor. Alexa es consciente de tener «la extrañeza de la amante y la falta de plenitud de una mujer», y lord Shorne se aprovecha con creces de su inseguridad. «¿Por qué no me sorprendes?», le dice. El tema de la novela es precisamente si ella llega o no a sorprenderlo.

La transformación de Alexa es el resultado de su encuentro con Anne. Antes de su encuentro, Alexa había odiado el fantasma de Anne: es una intrusa todopoderosa precisamente porque parece totalmente inalcanzable, un fantasma que no va a desvanecerse jamás. Anne es una década menor que Alexa y fue el amor de infancia de lord Shorne. Más que una figura se ha convertido en una leyenda, «la única que importaba», y es de una belleza sorprendente, asegura lord Shorne. Fue también la mujer que lo abandonó en el que, supuestamente, estaba destinado a ser el día de su boda para escaparse a Francia (una encarnación de la fantasía de la propia Violet de ser rescatada en el altar y llevada al extranjero por Vita).

Pero la mujer que acude a tomar el té con Alexa y se come sus bombones no es ninguna gran belleza al fin y al cabo. Está un poco gordita, tiene una nariz alzada, unos labios rojos y asiáticos y unos ojos pequeños «y cubiertos de velos». Pero tiene también una enorme masa primaveral de cabello, rizado como una parra «o un arbusto espinoso». Y también está esa voz «suave, llena de ocultas profundidades, crepuscular».

Violet se entretiene imaginándose una conversación un tanto irreal entre Alice Keppel y

Virginia Woolf. Utiliza ese recurso para enfatizar la vacuidad de los discursos de las dos protagonistas, pero en cuanto las dos mujeres se quedan solas, dicen lo que de verdad están pensando. Las dos «se las han arreglado para darle una apariencia de vida» a lord Shorne y para las dos esa hermosa marioneta vive esencialmente en su imaginación. Anne confiesa que todavía lo ama. ¿Por qué lo abandonó entonces? No lo abandonó en realidad. La mala de esta historia es la madre de lord Shorne.

«Había algo que no estaba del todo bien en aquella gran dama», siente Alexa. Tiene un aspecto casi ridículo cuando aparece «envuelta en una vieja bata de noche cubierta de joyas de la cabeza a los pies», pero resulta siniestra y peligrosa cuando adquiere el aspecto de «una enorme araña en su tela», descendiendo sobre la trama de la novela, atemorizando a su hijo y frustrando los planes amorosos de las dos protagonistas. Ese personaje corpulento, calculador e inquisidor es el retrato que Violet hace de lady Sackville (más devastadora y todavía reconocible será la descripción que hace en *No mires atrás*, en la que ni siquiera se la nombra ni se la cita en el índice onomástico). En *Broderie anglaise* lo único que hace es engrosar las filas de las villanas matriarcales. En su viejo corazón solo hay espacio en realidad para un solo amor: el castillo de Otterways, al que está unida de una manera verdaderamente fanática.

Al recibir una pequeña dosis de comprensión femenina, Alexa se convierte de pronto en un personaje más simpático. Anne ha ofrecido el interior de su corazón y sus conocimientos amorosos, lo que constituye su mejor virtud, pero ¿cómo puede Alexa agradecerle esa enseñanza? Con una promesa de intervenir a favor de la carrera literaria de Anne, exactamente el tipo de ayuda que Violet trató de conseguir en vano de Virginia.

En el párrafo final, Anne se marcha tras haberle regalado unas flores a Alexa. Violet hace un pequeño homenaje a su nombre al hacer pensar a Alexa en «esa flor que nunca debe ser mencionada por su nombre porque su aroma es demasiado intenso». Suspira agradecida por todas las enseñanzas que ha recibido. «La gente solo ama aquello que le ofrece seguridad», le había dicho lord Shorne al comienzo de la novela y él ya nunca podrá volver a estar seguro de Anne.

Broderie anglaise establece un ingenioso puente con *Orlando*, aunque no tenemos ninguna evidencia de que Virginia Woolf la leyera. A diferencia de *Orlando* y a diferencia también de *Desafío*, esta novela no está dedicada a nadie. Se trata de una obra posmoderna, la obra de una escritora en el exilio. No fue traducida al inglés durante cincuenta años, una época en la que se unió a tantos otros libros que, en palabras de Victoria Glendinning, «celebraron, justificaron, criticaron, satirizaron y deconstruyeron» la vida y la obra de Virginia Woolf, Vita Sackville-West y la propia Violet Trefusis. Esas relaciones enriquecen todavía más unas obras literarias que ya de por sí tendrían una fuerza reseñable.

Violet ya se había liberado a sí misma del *roman-à-clef* y había escrito en inglés la que es mi favorita de todas sus novelas. *La caza de la zapatilla* contiene tres personajes tradicionales: el marido, la mujer y su amante. Sir Anthony Crome es el apuesto, refinado y seco marido, un hombre «que posee la negligencia propia de una vida de lujo de la aristocracia inglesa» y a quien todos los sentimientos naturales y humanos le parecen siempre un poco vulgares. La crítica literaria Lorna Sage lo encuentra vinculado a la tradición del egoísta personaje de Meredith, de sir William Patterne, y vinculado al Osmond de Henry James en *Retrato de una dama*, ya que «comparte su capacidad letal de convertir tanto el arte como la sexualidad en listas de cosas y objetos que se pueden encargar y pagar (y casi preferiblemente por las generaciones previas a la suya)». Según la opinión de Violet, aquel hábito se le podía atribuir tanto intelectual como espiritualmente a la aristocracia inglesa al completo.

Cinco años antes de que arranque la novela, sir Anthony se ha casado con la joven Caroline Trude, a quien ha elegido por la buena familia a la que pertenece, porque es presentable y porque es, eso cree él, obediente. Tendrá por lo menos buen aspecto, eso piensa, llevando las joyas de la familia y conjuntará con los muebles de la mansión. En realidad él es una especie de comisario y su casa es su museo. Caroline es parte de la colección, pero comienza a deprimirle la idea de tener que pasar el resto de su vida junto a ese hombre disecado.

Para su asombro se enamora de un amigo de su marido, un hombre fornido, de nariz chata y cuarenta y nueve años llamado Nigel Benson, quien también se enamora de ella para su propia consternación. El personaje, con sus limitaciones y su potencial, está astutamente diseñado. Pertenece a otra clase de hombre inglés, uno que se aburre con facilidad en compañía de los hombres y que es manipulado por las mujeres. No es de sangre totalmente inglesa, ya que su poderosa abuela es francesa (a veces se refiere a sí mismo como si fuese «medio francés», cosa que en el vocabulario de Violet significa «medio simpático»). Nunca se ha casado y vive con su hermana Molly, que tampoco se ha casado nunca porque, si lo hubiese hecho, «nadie habría podido cuidarlo». Los dos hermanos aman todavía a su difunta madre y la prefieren a ninguna otra compañía, viva o muerta. Nigel «amaba apasionadamente a Caroline, pero su amor por su madre era distinto». Gracias a madres como esa hay hijos que no terminan de crecer nunca. Ninguno de los tres protagonistas principales de la novela es de verdad un adulto; ni Anthony, que colecciona cuadros y muebles como un niño colecciona sellos y soldaditos; ni Nigel, que ha sido educado «entre álbumes fotográficos, palmeras en macetas y pequeñeces» y está tan desamparado «como un genio» en un mundo inmenso. Su amor por Caroline es su oportunidad para crecer.

También Caroline es inmadura, pero de una manera disgustada, como si fuese una niña infeliz y ansiosa por pasar a otra etapa de la vida. Es una de las heroínas más aventureras

de Violet, deseosa de correr riesgos, endurecer sus músculos y exponerse mientras planea escapar de un mundo que, como apunta Lorna Sage, se inclina ante el poder «de ciertos lugares y objetos que coleccionan a unas personas que creen coleccionarlos a ellos». Sus hermanos y su madre, al igual que su marido y su amante, coleccionan cosas: monedas, llaves, huevos de pájaros, cristalería veneciana..., pero Caroline es una niña a la que sustituyeron por otra en la cuna y el único tesoro que desea lograr es el amor. ¿Conseguirá encontrar el zapato de cristal de cenicienta? Y en el caso de que lo consiga, ¿le cabrá en el pie? Anthony no tiene capacidad para amar, pero Nigel puede que la tenga. Violet lo guía con ojo experto a lo largo del desigual terreno del amor. (Hay un rasgo masoquista que se menciona varias veces y que podría provenir de la relación entre Violet y la princesa de Polignac. «No tengas miedo, recibirás bastantes golpes», le dice Nigel a Caroline, porque ella teme que él sea demasiado amable y no la golpee nunca, que sea demasiado conciliador o demasiado familiar como para comprometerse a esas cosas).

Al igual que en *Eco*, Violet utiliza tanto las cartas enviadas como las no enviadas, las leídas y las no leídas para ocultar y luego mostrar ciertas partes del territorio de su narración. Caroline tiene toda la intransigencia de Violet, no tiene ni la más mínima aprensión de abandonar ni a su hija ni a su marido para irse con su amante. Lo que quiere, eso dice (aunque no de una manera muy convincente) es tener un hijo de Nigel. Se puede escuchar todavía el eco de las primeras cartas amorosas de Violet cuando Caroline le dice a Nigel: «Me gustaría renunciar a todo por ti. Ojalá no fueses tan rico, podría renunciar perfectamente a todo este lujo». ¿Es capaz Nigel de aceptar el desafío que le plantea Caroline?

En una carta a Vita, Violet había comentado una vez las dificultades que tenía muchas veces para encontrar un final feliz a una novela seria. En las dos últimas páginas de *La caza de la zapatilla* reproduce el texto de una carta que Nigel ha recibido pero cuya lectura ha retrasado; una carta que le da al argumento un giro muy productivo y nos ofrece a los lectores el final de una tragicomedia.

En la segunda parte de sus memorias, titulada «Juventud», que abarca hasta el comienzo de 1940, es decir hasta los cuarenta y cinco años, se ve a Violet escribiendo distintas series de artículos para *Le Temps*. No para de moverse, pero sorteando ciertos accidentes que parecen señalar el final de la juventud: «Soy lo que se suele llamar propensa a los accidentes», escribió tras haber estado a punto de morir ahogada en el Sena, romperse la cadera y fracturarse una pierna, que le dejó una leve cojera «que durará ya toda la vida».

Pero estaba empezando a ser reconocida como novelista. En nueve años había publicado cuatro novelas en Francia y la quinta, *Les causes perdues* fue contratada por

Gallimard en 1941. Había ciertos rumores de que estaba abandonando el mundo de la política del amor para adentrarse en el mundo de la política real, un rumor que había nacido al acudir a los actos habitualmente acompañada de Paul Reynaud, quien a finales de la década de los treinta había sido ministro de Finanzas (el rumor se reactivó de nuevo en sus últimos años, cuando entabló amistad con François Mitterrand). Según Violet, Paul Reynaud «tenía una encantadora voz de tenor, una mirada burlona y un humor cáustico..., estaba acomplejado por su baja estatura y prácticamente andaba de puntillas. Sus trajes siempre estaban ostentosamente planchados y su ondulante cabello negro, peinado con raya al medio, casi se confundía con sus pobladas cejas... ¿Cuáles eran sus verdaderas convicciones? Fue, de hecho un *homme du centre*, con un respaldo político menor, por no decir inexistente. El exceso era, para una mente tan frugal y fastidiosa como la suya, siempre un motivo de asombro y de sospecha». No es esta una descripción propia de alguien que pertenezca al mundo de la política, pero en 1939 todo el mundo estaba fascinado con la creciente marea de políticos europeos. Los puntos de vista de Violet eran sencillos: «Yo, que nunca he sido otra cosa más que una mujer pesimista por naturaleza..., conocía a los alemanes... Es un error fatal dar pie a un bravucón o a un falsario y los alemanes son las dos cosas. Yo me daba cuenta de que nos habíamos metido “dentro” por esa razón». (Su rechazo a los alemanes había nacido el mismo día en que fue abandonada junto a su hermana en Múnich para que completara su educación lejos de su madre y de Vita).

«Yo estaba en St. Loup cuando se declaró la guerra», escribió Violet. «No había señales de excitación por ninguna parte, más bien una sombra de resignación, un aire de fatalidad, un anticlímax... Mi casa se encontraba en línea recta a la zona de invasión...».

Se unió a la brigada de ambulancias de la Cruz Roja, «un gesto más bien quijotesco si se piensa que ni siquiera sabía conducir», comenta Philippe Jullian. Había terminado de escribir *Les causes perdues* a finales de enero de 1940 y estaba en París cuando las tropas alemanas rompieron la línea defensiva francesa, cerca de Sedan, y se dirigieron hacia Amiens y Arras. Paul Reynaud, que era primer ministro desde marzo, quiso transferir el gobierno al norte de África, pero no lo apoyó ninguno de sus colegas y se rindió ante Pétain cuando entraron los alemanes en París. Poco después fue encarcelado.

Violet se enfureció cuando se enteró de que Pétain había pedido el armisticio. «No podía creer lo que estaba oyendo. ¡Francia! Era increíble... De entre todas las naciones del mundo la menos dócil, la más insumisa, el único país del mundo que se tomaba en serio a sí mismo... Y ese *enfant terrible* entre las naciones, ese niño mimado de Europa con toda su impudicia, su terquedad y su coraje iba a declararse vencido sin ni siquiera un murmullo ante ese asesino del espíritu, ese gigante altanero, el intruso de Europa... ¿Qué había impulsado a Reynaud a rendirse ante Pétain? ¿Por qué no había intentado provocar una *levée en masse* si no era demasiado tarde?». El destino de Francia

conmovía enormemente a Violet, se identificaba totalmente con la nación y sentía que tenía muchas cosas en común con ella. No es menos cierto que para ella habría resultado imposible unirse a esa *levée en masse* que pretendía que provocara Reynaud porque, llegado aquel momento, ya había abandonado St. Loup cubierta de joyas bajo la ropa, como si se tratara de una armadura exótica, y se había unido al éxodo que dejaba París.

«Estoy aterrorizada por mis padres». Su madre, la señora Keppel, estaba aterrorizada por su dinero. «Cariño, tenemos que sentarnos a charlar sobre nuestras finanzas», escribió. Los Keppel habían abandonado el Ritz de Londres en la primavera de 1940 para negociar su estado con los banqueros de Florencia y Montecarlo, y para dejar en lugar seguro muchas de las posesiones que tenían en Villa dell'Ombrellino. Cuando Mussolini le declaró la guerra a Inglaterra, y bajo la protección del consulado británico, habían logrado llegar a Biarritz. Violet hace un relato entusiasta de lo que hizo por sus padres y por ella misma para conseguir un pasaje seguro de vuelta a Inglaterra. Sacó a relucir toda su fortaleza, iniciativa y determinación, pero su intento de obtener desesperadamente un visado español o portugués resultó infructuoso comparado con los contactos que tenía su madre y que les proporcionaron unas plazas seguras en un barco del ejército que partía desde San Juan de Luz en julio de 1940.

En *No mires atrás* hay unas treinta páginas en las que se describen los cinco años en los que Violet vivió en Inglaterra durante la guerra, que se encuentran entre las más encantadoras y generosas de todo el libro. Asegura que desearía «ser justa» con todas las personas que fueron amables con ella porque en aquel momento estaba al borde de una depresión y se «sentía en Inglaterra como si estuviera en el exilio». Era un lugar de doble exilio: un país del que había sido expulsada en 1920 y en el que ahora se encontraba encarcelada. Su melancolía sale a relucir en esas frases sencillas, casi medias frases, que parecen estar relatando anécdotas entretenidas. «Todo ocurrió en una época en la que yo estaba de luto por el final de una relación innombrable... ansiaba cualquier tipo de salida, encontrar a alguien con quien no fuera necesario ocultar mi terrible anhelo por Francia como si se tratase de una enfermedad espantosa... Estaba básicamente triste y melancólica... Las noches eran una tortura...».

James Lees-Milne comenta que, a pesar de que estaba perdiendo su buen aspecto, la gente seguía cayendo bajo su encanto, incluyendo a la biógrafa de la realeza Doreen Colston-Baynes, quien llegó a confesarse desesperadamente enamorada de ella.

Violet se enfrentó a un intermitente aislamiento en Somerset. «Siempre me había encantado la campaña inglesa», escribió, «era soñolienta, tenía un encanto hipnótico..., es algo parecido a que alguien pose una mano fresca sobre tu frente... ¿Qué había hecho yo para merecer esa calma relativa en el campo?... Me sentía particularmente inútil».

Trató de retomar algunas de las amistades que había abandonado quince o veinte años atrás. Fue un ejercicio al estilo *le temps retrouvé*. «Durante el verano de 1941 visité la

encantadora Sissinghurst por primera vez, y me maravilló encontrar allí un colgante de la misma época que St. Loup. *Chacun sa tour*». Tras una breve referencia de pasada no se hace ni una sola mención más a nada referente a Vita.

Anhelaba volver a sumergirse en los alegres días de su infancia, los amables días y noches en compañía de Vita, pero en ocasiones el pasado nos la juega. Alice Keppel ya no era aquella figura resplandeciente de la época eduardiana. ¿Quién podría haber adivinado que aquella mujer que ya había pasado los setenta años, gruesa, demasiado abrigada y pasada de moda, con su bronquitis y sus botellas de ginebra había sido en algún momento La Favorita del Príncipe de Gales? Tampoco parecía ser ya la maravillosa madre que había iluminado los primeros años de la vida de Violet, sino sencillamente «tu vieja y triste madre» que estaba siendo castigada, eso pensaba ella, por haber abusado demasiado de sus privilegios durante su juventud. Los dioses lo otorgan, los dioses lo arrebatan, algo de eso se dice también en *No mires atrás* a pesar de que la delicadeza de Violet fue precisamente darle ese título al libro. Uno nunca se recupera de su propia infancia. «Si fue demasiado feliz, como es mi caso, tiene un perfume con el que el presente no puede competir; si es demasiado infeliz, envenena la vida desde su raíz. Sea como sea, lo más sabio de todo es siempre *no mirar atrás*».

Momentáneamente, en lo que se refiere a Vita, sí se permite mirar atrás. Se encuentran de nuevo a sus cuarenta y cinco años. Las dos están nerviosas, se quieren encontrar, pero reculan y de pronto se llenan de nuevo de esperanza, como si se hubiesen convertido en sombras de su propio pasado y estuviesen haciendo un baile fantasmal. ¿Podrían, se pregunta Violet, escribir un libro juntas en el que recordaran lo que habían vivido? Pero los ingenuos días de *Desafío* habían pasado ya. Vita no parece haber mencionado el diario secreto de amor que había escrito y que solo se iba a publicar en cuanto estuviesen muertas las dos, y tampoco Violet parece haberle llevado una copia de *Broderie anglaise* porque no se encontró ninguna copia en la biblioteca de Sissinghurst. Uno de los peligros que corrían era el de modificar demasiado sus recuerdos y dañar la belleza que todavía tenían. Violet temía que encontrarse de nuevo con Vita fuese a revivir a la antagonista de su madre. Vita temía que un nuevo encuentro con Violet fuese a reavivar sentimientos que pusiesen en peligro su asentada vida matrimonial con Harold y su exitosa carrera literaria. Escribió sobre «su absurda felicidad de tenerte a mi lado en el coche... Tenía miedo de ti... No quería volver a enamorarme de ti... Tú y yo no podemos estar juntas... Tu mordedura ha dejado una marca indeleble en mi alma». Y Violet se tuvo que contentar con eso.

La escritura apareció para rescatarla, pero hubo que pagar un precio. Se unió a una sociedad llamada los Luchadores Franceses y, como al fin comenzó a sentirse útil, dio conferencias para *France Libre* en la British Broadcasting Corporation. Hablaba de sus viajes y seguía escribiendo para *Le Temps* sobre su amor por Francia, sus amistades

literarias y sus amigos francófilos en Inglaterra como Osbert Sitwell, Duff Cooper, Raymond Mortimer. Llegó incluso a llevar a Harold Nicolson (cuyo primer libro había sido una biografía de Paul Verlaine), insistiendo en sus «servicios a Francia» y presentándolo como «el más elocuente de sus intérpretes y una persona que, por temperamento propio, cultura y espontaneidad está más capacitado que nadie para entender Francia». A pesar de su vergonzosa costumbre de repetir siempre los chistes y volverlos cada vez peores en su desesperado intento de mejorarlos, Violet se había convertido en una «vieja amiga», le confesó Harold a una sorprendida Vita (quien por su parte estaba describiéndola de una manera muy distinta en una carta a su hijo Ben, como «una de las personas más peligrosas que conozco»). Muchas de las piezas que Violet emitió en esa época se solapan con unas piezas autobiográficas llamadas *Preludio a un infortunio*, dedicadas a «los leales franceses que permitieron que sus familias lucharan en nuestro lado». El libro fue publicado por Hutchinson en 1942 y reseñado por Raymond Mortimer en el *New Statesman*. «La autora es realmente sensible a la hora de captar el genio de ciertos lugares», escribió, «...ha vivido en Francia durante veinte años y es evidente que piensa en francés con más naturalidad que en su lengua materna..., aun así sigue siendo incorregiblemente inglesa».

Violet escribió muy poca ficción durante los años que pasó en Inglaterra, pero entre lo poco que hizo se encuentran dos relatos cortos para *Horizon*, la revista de arte y literatura que dirigía Cyril Connolly. *El carillón*, que apareció en junio de 1943, es una triste y poderosa historia situada a finales del invierno de 1940. En su lecho de muerte la duquesa hace una lista de la gente a la que más desprecia mientras espera ansiosamente el final de sus días. Está muriéndose de «rabia, humillación, desesperación y frustración, y también, casi a título decorativo, de un tumor hereditario que casi tiene un simbolismo heráldico». La duquesa muere por fin y todos aquellos a los que desprecia acuden a su funeral como si fuesen una plaga de termitas negras. Hay un cierto tono antigermánico en la historia. ¿Cómo saldrá Francia de entre las sombras? «El carillón era como el alma de Francia, fríamente lejano, impenetrable, perdurable», exactamente las cualidades que Violet necesitaba en 1940. De nuevo transcurre el tiempo: el mundo de Violet se extingue y la comodidad se desvanece. Siente la rabia, la humillación, la desesperación y la frustración de esa duquesa cuyo destino parece una profecía del suyo.

Su segunda entrega a *Horizon* apareció en noviembre de 1943 bajo el título de *Tríptico*, una relación de tres párrafos que contenían las cualidades de Inglaterra, Francia e Italia, algo que le divirtió escribir. Le dio licencia para jugar con las similitudes de pronunciación de algunas palabras que le gustaba utilizar como *snuhs* y *snohs*¹⁴ (para Inglaterra), *forms* y *formality*¹⁵ (para Francia) *bells* y *smells* y también *quirinals* y *urinals*¹⁶ (para Italia). Puede que sea una pieza de ficción pero desde luego no se trata de un relato. «No podía trabajar con regularidad», reconoce en sus memorias, «había

perdido el sentido del ritmo».

Su novela *Les causes perdues* se publicó poco después de que los alemanes comenzaran a ocupar Francia y el mismo texto parece representar en sí mismo una causa perdida. Se trataba de un libro sombrío y se presentaba frente al público en una época infeliz.

La novela se sitúa en una pequeña población cercana a Poitiers. Cada uno de los personajes tiene su propia causa perdida, algo que debía de parecer casi un signo de indulgencia en aquel país bajo la ocupación alemana. La envejecida y coqueta Solange de Petitpas tiene algo del aspecto juvenil de la propia Violet. «Si aquella pequeña niña envejecida conservaba algo de la terquedad de su infancia», escribe, «es porque era la única cosa que no habían conseguido arrebatarse. Y cada vez se encerraba más y más en ella». La novela tiene numerosas subtramas y está cargada de violencia. La señora de Norbières, la dueña de una colección de cajas de rapé de incalculable valor, es asesinada en su propia cama. La criada de Solange dispara y mata a su señora al confundirla con un extraño. *Adieu* a la vejez, *adieu* a la soledad. El dolor de las causas perdidas afecta a todos los personajes. El amor en sí es una causa perdida y hacer bien a los demás es el colmo de la locura. Nadie se merece ningún bien, nadie es amable. Se trata del libro más oscuro de Violet. La crítica y traductora Judith Landry lo emparenta con la novela para adultos de Daisy Ashford titulada *Jóvenes visitantes*. Raymond Mortimer comentó que Violet tuvo el buen juicio de ser capaz de disfrutar de su vida de privilegio y la habilidad de hacer que los lectores disfrutaran con su alegría. *Les causes perdues* muestra la flaqueza que hay bajo esa pátina de felicidad. Fue la última novela que escribió en francés y sigue aún hoy inédita en lengua inglesa.

«No voy a gustarles menos a mis amigos ingleses si dejo de escribir (para algunos, de hecho, creo que sería una especie de alivio)», escribió Violet. «Si hubiese vivido toda mi vida en Inglaterra, en vez de en Francia, es posible que no hubiese llegado a publicar nada».

Aun así comenzó a escribir una nueva novela mientras estaba en Inglaterra, cuyo primer manuscrito fue mecanografiado por la secretaria de Harold Nicolson («realmente los caminos que a veces acaba tomando la vida son más que extraños», comentó Vita).

Juego de piratas es el relato moral de unas mujeres jóvenes de la misma clase social de Violet durante el comienzo de la década de 1920, entre Inglaterra e Italia. No pertenece, como parecía probable al principio, a la tradición romántica de Charlotte Brontë, sino que perpetúa más bien la tradición de Jane Austen. Es una novela de cortejo con un argumento muy cercano a *Orgullo y prejuicio*. La consigna es la paciencia (*pazienza*), una cualidad que brilló dramáticamente por su ausencia durante la juventud de Violet. Se nos muestra de qué manera una cultura extranjera, que puede llegar a ser

tremendamente atractiva a primera vista, es capaz de actuar sobre nuestros instintos como un imán y alejarnos por completo «de todo lo que merece la pena en la vida». Parece una frase extraña para que alguien se la dirija a un lector y levanta la sospecha de que tal vez Violet, que tan profusamente utiliza términos franceses e italianos en su prosa, esté sufriendo de la misma dolencia de la que sufre un personaje francés menor en esta novela, quien «había vivido tanto tiempo en Inglaterra que no era capaz de hablar correctamente ninguna de las dos lenguas». Aun así «lo que merece la pena en la vida» sigue sin parecer una frase demasiado apropiada para un relato moral.

Haciendo gala de una destreza parecida en algunos aspectos a la novela de Dryden titulada *Marriage-à-la-mode*, Violet manipula sus dos tramas solapadas para que ambas acaben de modo simultáneo en un final feliz, el primer y único final feliz de todas sus novelas. El relato implica a dos familias y dos heroínas, Ludovica (Vica), la única hija mujer de una familia de seis hijos del dentista del papa, y Elizabeth (Liza), la hija de una familia de cazadores de zorros inglesa, lord y lady Canterdown. Estos envían a su hija a Florencia para que termine su educación (en vez de enviarla a Taunton) aunque, como es lógico, no parecen muy dispuestos a tener como yerno a un «heladero».

Las dos jóvenes son impresionantemente hermosas. Vica, con sus ojos de topacio y su hipnótica voz, es una belleza temible como un caballo salvaje. Tiene la habilidad de ser capaz de actuar como personajes muy distintos («un día soy Lucrecia Borgia y al día siguiente soy Isabella d'Este») y ha comenzado a entender el poder que le otorga su belleza; le parece divertido «grabar las iniciales de mi nombre en los corazones de los demás» y luego «no pensar más en ellos». No es, tal y como ella misma confiesa en un momento de infelicidad, «una buena persona».

Liza es menos sofisticada. No sospecha la licencia poética que le da su belleza, pero posee a su favor una franqueza desarmante interrumpida por estallidos de unas carcajadas masculinas (aunque las marcas del humor no llegan a doblegar nunca la solemne belleza de su rostro). «Todo lo que tenía que ver con Liza emitía un brillo fulgurante; su pelo, sus ojos, sus dientes, su piel. Estaba hecha de oro».

Vica y Liza pertenecen a mundos diferentes y su comedia de situación comienza cuando las dos empiezan a considerar a la otra «una etapa necesaria en su formación». Las dos muchachas son «totalmente diferentes, y aun así se completaban la una a la otra». Su educación se convierte en una especie de carrusel amoroso que es propio de las novelas de Violet, alimentado de celos y maldad, de altivez, esnobismo y cálculos mezquinos, también de la explotación promovida por los poderosos y las aprehensiones de las víctimas de la explotación así como de los peligros del amor entre hermanos. Lo que finalmente aprenden es cómo separar lo que es primordial y auténtico de los poderosos pensamientos secundarios. La melancolía de Violet queda representada en el personaje del grotesco hermano de Vica, despreciado por su hermosa familia florentina.

Rigo es el bufón de la corte, un sabio idiota a quien se ha dado licencia para decir la verdad, una criatura que a ratos recuerda a Calibán, con aspecto de enano, extraño, enfermo de mal de amores y amable a la vez, con unas cualidades extraordinarias para ser un cómico y un músico imaginativo que toca detrás de las cortinas del mismo modo que Cyrano de Bergerac hablaba tras la sombra de los árboles.

La Violet Trefusis que escribió esta novela hacía mucho tiempo que había dejado de estar bajo la influencia de Vita. En una carta que escribe a Pat Dansey a comienzos de mayo de 1921, durante su exilio inglés y bajo la vigilancia constante a la que estuvo sometida en Italia para impedir que se comunicara con Vita, describió Florencia como «un lugar pestilente». De nuevo, a mitad de junio escribe: «¡Y en cuanto a Florencia...! Jamás en toda mi vida había odiado a una ciudad de este modo... Un día, si todavía estoy viva, tengo intención de escribir un libro sobre Florencia. ¡Va a ser corrosivo!». *Juego de piratas*, publicado cuarenta años después, es ese libro. Los recuerdos de la juventud de Violet aún no han desaparecido del todo, especialmente los de la anciana gobernanta que, siguiendo las instrucciones de la señora Keppel, la vigiló durante aquellos años florentinos (una gobernanta a la que se refiere como una *miss* a la que los italianos llaman «miis»). Pronuncia entonces su sentencia, una sentencia de una justicia vengadora, sobre ella y sobre toda la colonia inglesa afincada en Florencia.

Son increíbles las viejas solteronas casadas con la ciudad de Florencia desde que vieron su luz por primera vez, hace cincuenta años, viviendo del aire y renunciando a todo menos a su tacita de té. Año tras año, a medida que se hacen cada vez mayores, sus sombreros se van haciendo cada vez más jóvenes, más florales, más desesperadamente infantiles... Siguen admirando las cosas que les dijeron que debían admirar la primera vez que vinieron a esta ciudad a estudiar, o a enseñar...

Hasta la familia más pobre de Florencia dispone de una secuestrada «miis» como si se tratara de un extraño animal de compañía. El siempre creciente número de niños van de visita como si se los llevara a ver una jirafa al zoo. Trepan sobre ella..., jamás habían visto nada tan plano, tan estéril, tan sin límites...

... De cuando en cuando llega todavía alguna carta procedente de Bournemouth o Sevenoaks. Durante unos minutos, los ojos azul pálido en el exilio se ven sumergidos en el recuerdo de un prado florido en junio o de un paseo ventoso por el muelle, pero luego levantan la mirada y se vuelven a encontrar con el Duomo al otro lado de la ventana y todo se desvanece de nuevo. ¡Merecía la pena!

Ese tipo de pasajes sobre los miserables expatriados ingleses son una buena demostración de lo que Tiziana Masucci denomina la sensibilidad de Violet «para la fragilidad, su lengua sarcástica». Pero su diatriba no es muy aplaudida en Italia. «¿Qué

saben de Italia los que solo conocen Florencia?», pregunta Violet. Su desprecio por los restos ingleses esparcidos por las petulantes colinas florentinas se queda corto cuando se lo compara con su diatriba contra los ingleses que se han quedado en sus casas: una raza amanerada y sin desarrollar, carente tanto de virilidad como de imaginación.

Todo es como la cocina inglesa; neutral, aséptica, castrada. Todos los jugos naturales y auténticos son eliminados. A pesar de tener uno de los vocabularios más ricos de la tierra solo utilizan quinientas palabras... Su vocabulario no solo es restringido, sino que también es cobarde. Se refieren a las enfermedades utilizando solo sus iniciales como si fuesen niños de escuela: T. B., V. D.¹⁷ Son incapaces de decir que alguien ha muerto y dicen que “se ha marchado” o que “ha pasado a mejor vida”... Su infantilismo llega a alcanzar cotas impensables.

... Son demasiado vagos para odiar, sería un esfuerzo demasiado grande para ellos. El ambiente es de una afectada indiferencia, no están particularmente interesados en nadie y tampoco es que ellos mismos sean muy interesantes.

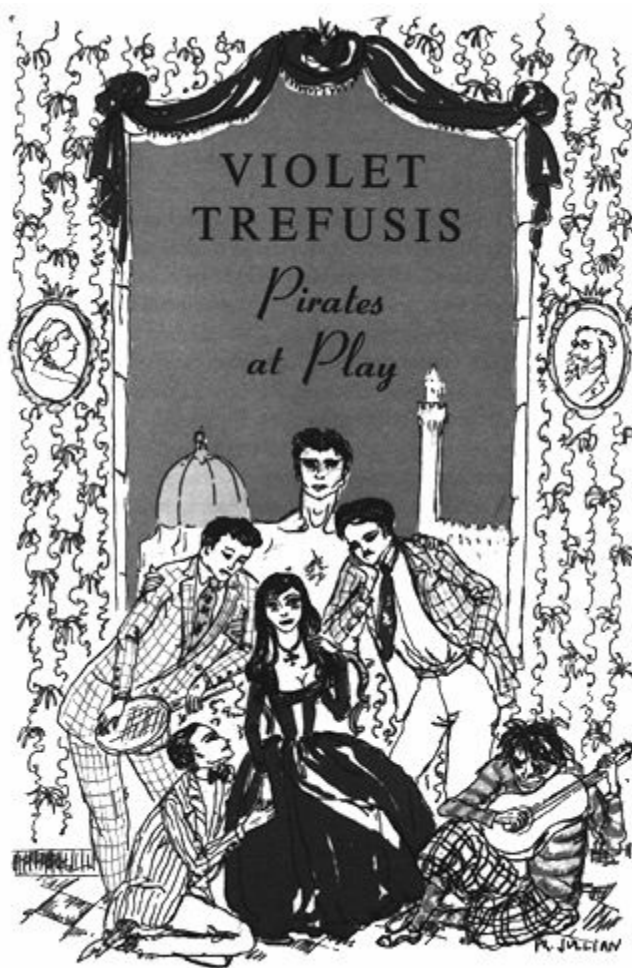
Ese es el veredicto de Violet sobre los compatriotas que habían estado murmurando sobre ella durante todos aquellos años y que habían acabado provocando que la expulsaran del país, pero la venganza «es como un alga muerta». Lo que tal vez resulte más reseñable sea la ausencia total de sentido crítico contra sí misma o contra su madre. Cuando leemos sobre ciertas disposiciones de la princesa Arrivamale para una fiesta en el Palazzo Arrivamale, podemos llegar a tener una idea aproximada de lo que debieron ser las fiestas de la señora Keppel en la Villa dell’Ombrellino (*arrivamale* significa lo opuesto de «bienvenido»). La parte de la fiesta que más le gustaba a la princesa, se nos comenta, era la de colocar las tarjetas en la mesa para la cena. A pesar de ser respetuosa en principio con las leyes del protocolo, se permitía la libertad de distribuir castigos y premios a su antojo, promocionando a Z o degradando a Y. «Aquello le daba una maravillosa sensación de poder».

La cínica manipulación de los personajes por parte de la princesa es la versión de Violet sobre cómo su madre manipuló a sus dos hijas (por aquel entonces Sonia Keppel se había separado de su marido). La vieja dama revela también algunas de las cualidades menos atractivas que la propia Violet estaba adquiriendo a sus cincuenta y tantos años, como el maltrato sistemático a la servidumbre.

Juego de piratas es un libro sutil y abarrotado. Solo en las primeras páginas ya se ha presentado a un asombroso número de personajes que, tras unas pocas líneas, buscan sus destinos fuera del curso de la novela a pesar de que sus paraderos, que a veces se consignan, contribuyan al desarrollo de la trama que nunca se pierde. El estilo está orquestado por ese choque de nombres y adjetivos de sonido similar que tanto le gustaba

utilizar a Violet: *anonymous-unanonimous, muddler-meddler, monastic-scholastic*¹⁸.

Lisa St. Aubin de Teran describe a Violet como una pirata social que se especializó en una especie de «eliminar con lija toda esperanza y aspiración» en *Juego de piratas*. «Tal y como se plantean la autora y los personajes –diseñados cada uno de ellos para engañar, perturbar o ser desleal– el efecto final es una especie de microcosmos del mundo organizado mediante los prejuicios y malentendidos que se producen en las distintas fases de la alienación». Pero ahora Violet ha ganado cierta confianza, habilidad y autoridad para ser capaz de rescatar a sus dos heroínas de las maquinaciones del argumento y rescatarlas de la alienación manipulando a sus lectores y haciendo que hasta sus propias protagonistas se diviertan «siendo manipuladas» concluye Lisa St. Aubin, «cosa que desde luego no es tarea fácil».



*La portada de Philippe, Jullian
para «Juego de piratas»
(Cortesía de Tiziana Masucci)*

Las referencias autobiográficas de la novela son como las paradas requeridas en un descenso en espiral, una característica que entusiasmaba a George Painter, el biógrafo de Proust. «Su prosa es tan pura y reluciente como un carámbano de hielo puesto al sol», escribió, «pero hace que nos movamos hacia una especie de suave precipitación que se desliza rápidamente y se recupera en los términos de usos coloquiales, en las rimas internas, en los epigramas de una sola palabra, de modo que casi se podría comparar la experiencia de esta lectura con la de viajar en un coche a más de cien kilómetros por hora sobre una superficie de hielo en la que el conductor supiera cómo derrapar por pura diversión... La belleza tanto de las muchachas como del estilo de la prosa nos presenta una novela cuyo efecto podría describirse como cruel en términos generales, pero evitando el peligro del patetismo».

Mirar atrás

Fue la mejor época de todas. «No tengo ninguna duda al afirmar que aquella fue la mejor época de toda mi vida», escribió Violet recordando el día de 1946 en el que regresó a Francia. «Imagen tras imagen, sonido tras sonido, el pasado iba volviendo poco a poco; fue como una auténtica reencarnación... ¡Por fin regresaba a París!... Francia me había rescatado».

Temía contemplar lo que había sido de St. Loup durante la ocupación alemana: «No hay nada más desagradable que la certeza de que la propia casa ha sido ocupada por el enemigo». Al parecer le habían comentado que el juego favorito había sido vestirse con su ropa interior y montar repetidos desfiles de modelos sobre su mesa del comedor, una especie de parodia pornográfica de las fiestas de disfraces de Violet. Aunque había algunos muebles de la casa que habían quedado maltrechos, muchos de sus libros habían desaparecido, algunos de sus cuadros tenían desperfectos y las paredes estaban cubiertas de pintadas. «El lugar daba la impresión de haber ganado en vitalidad en vez de haberla perdido». Durante aquel año St. Loup fue «pintada y restaurada y comenzó a parecerse a lo que había sido antaño».

También en París trató de recuperar el pasado. Se alojó en la embajada inglesa como invitada del embajador Duff Cooper y su esposa lady Diana Cooper (quien, bajo el nombre de Diana Manners y antes de la Primera Guerra Mundial, le había regalado a Eve Fairfax su extraordinario libro de visitas). Lady Diana le había proporcionado a Violet dinero para vivir durante la guerra y Violet le devolvió el favor de varias formas: dejando a su hijo (para su enorme sorpresa) una hermosa cantidad de dinero en su testamento y, en el caso de que el heredero oficial de St. Loup, John Phillips, vendiera la casa, tendría que darle a lady Diana la mitad de la suma que obtuviera.

Diana Cooper organizó una enorme fiesta de bienvenida para Violet en la embajada, a la que invitó «a mis amigos de antes de la guerra». Se encargó también de entretener a Alice Keppel y a su marido cuando, con más cautela, regresaron a Europa. Alice Keppel no tardó en renovar la Villa dell'Ombrellino cuando regresó a Florencia, «mi madre y yo hicimos unos planes maravillosos para el futuro».

Pero a la señora Keppel no le quedaba mucho futuro. Tenía el hígado enfermo de cirrosis y solo vivió unos pocos meses más. «Se estableció la terrible rutina de la

enfermedad», escribió Violet. El contraste entre la luz de Florencia y el sombrío color de la habitación de su madre (como el contraste entre las escenas de interior y exterior en *Eco*) se hizo insostenible. Pese a todo, Violet estaba impresionada por la serenidad de su madre y por la manera en la que las arrugas de su rostro, aquellos misteriosos canales de la vejez, se iban disipando. «No podía evitar tener cierto pensamiento involuntario: el de que iba a conseguir que su muerte fuera todo un triunfo», recordaba Violet. Permaneció en la habitación de su madre leyéndole en voz alta todo lo que pudo, desde luego mucho más tiempo del que había sido capaz de estar junto al lecho de Denys Trefusis. La señora Keppel murió el 11 de septiembre de 1947. «Aun así, yo no estaba a su lado cuando murió... Cuando entré en la habitación, vi su cabeza, con aquel manojito de rizos blancos, enterrada en la almohada como si fuese la de una niña».

En la descripción de la muerte de su madre que aparece en *No mires atrás*, Violet se describe a sí misma inclinada sobre ella hasta el último instante, preguntándole si deseaba cualquier cosa, a lo que su madre le contestaba en un susurro: «A ti, a ti...». El último capítulo de sus memorias es un elogio de su progenitora. Está muy cambiada. «Mi madre nunca trató de influir en mis decisiones», escribe, «precisamente por esa razón el resultado fue que lo consiguió». Recuerda también la religiosidad de su madre, su caridad, su generosidad, su humildad. Jamás en toda su vida, asegura Violet, «abandonó a nadie». Y concluye: «Mi deuda con ella es inabarcable». No parece muy sorprendente que su padre muriese poco después. Tampoco Violet parecía tener grandes deseos de seguir viviendo. «Lo que me ha sucedido desde entonces no es más que un epílogo».

«En mí se ha producido algo parecido a un derrumbe», escribió. Y en ese paisaje derruido y baldío ella vive una vida de epílogo que ya no puede ser la de una escritora de novelas. Ya no puede mirar atrás y utilizar algunos aspectos de su pasado para crear una obra de ficción, ya que una gran parte de su ficción había sido una manera de criticar el estilo de vida de su madre y eso ya no es posible. Apenas se mencionan sus propias novelas en *No mires atrás*, pero todavía le quedan en ese momento veinticinco años más de vida. En 1960 se publicaron las relativamente entretenidas *Memorias de un sillón*, escritas por Violet y Philippe Jullian (que también se encargó de ilustrarlas). Se trata de una estratagema que permite a los autores evadir el presente para ofrecernos una íntima visión de ciertos acontecimientos históricos elegidos por ellos. Una serie de episodios aristocráticos que comienza en París en 1759 (con Luis XV) y abarca hasta el periodo de la Regencia en Londres y los «felices años veinte» en los Estados Unidos. Se describen breves encuentros con Voltaire, Talleyrand, Balzac, Byron, lady Hamilton, Diaghilev y otros tantos.

El último libro de Violet fue *Del crepúsculo al amanecer*. Tiene su nombre en la portada, a pesar de que fue escrito en colaboración con Frank Ashton-Gwatkin, un diplomático retirado (que añade también un prólogo hagiográfico) y está dedicado a él

(«mi compañero, mi guía, mi familiar y amigo»). Se trata de una novela gótica carente de interés y fue publicada póstumamente, pocos meses después de la muerte de Violet.

Las memorias de Violet llegan hasta sus cincuenta y nueve años, momento en el que fue publicado *No mires atrás*. «Si aguanto un poco, podré entrar en la década de los sesenta», escribió. Se veía a sí misma: «rica, con el pelo teñido de azul, acogedora y exitosa». Pero en otro sentido fueron años «menos exitosos», años espantosos en realidad, aquellos «secretamente obscenos sesenta años..., escondiendo aquellos reveladores pasaportes como si se trataran de un crimen..., ojerosa y temiendo perderse, frotándose todo el día contra los tópicos, los hombres y las mujeres de moda de cada momento..., esa triste multitud... rica en experiencia tanto como en indulgencia... La vejez extrema es tan solitaria como Dios. No hay nadie con quien hablar..., sobrevivir es la única satisfacción». A no ser, como la Solange de *Les causes perdues*, que uno se crea que va a encontrar el amor después de la muerte.

Violet había llegado al declive de una larga tradición costumbrista y puede decirse que había añadido un pequeño pero sincero subgénero dentro de ella: la tragedia coqueta. Combinó el encanto francés con la seriedad inglesa y no se limitó a comentar las costumbres de un siglo que ya ni siquiera existe, sino que se centró en la forma en la que la naturaleza humana se relacionaba en numerosas situaciones amorales. Fue una cronista del corazón humano. La escritora que trabajó a solas durante dos o tres horas todas las mañanas diseccionó sin piedad a la mujer que podía pasarse el resto del día vacuamente entretenida en la alta sociedad «y sin preocuparse en lo más mínimo por absolutamente nadie». Al final, como era incapaz de escribir, acabó encallando: «absolutamente perdida, miserablemente incompleta, condenada a una existencia fútil y sin sentido» tal y como predijo en una de sus cartas a Vita.

«¿Es St. Loup un descanso?», le escribió Winnaretta Polignac, «espero que sí. No me gustaría tener que pensar que estás triste y *dépaysée* (desanfrancesada)». Pero lo cierto es que es así como se encuentra. Alice Keppel le había dejado a Violet el usufructo de por vida de la Villa dell'Ombrellino, pero ninguno de sus muebles, y Sonia insistió en venderlos todos. Violet solía pasar la primavera y el otoño en Florencia y el resto del año en St. Loup, de una casa a la otra la llevaba un chófer en un traqueteante coche repleto de compras. En 1958 añadió una nueva complicación a su vida al comprarse un apartamento en París. Se trataba del ala de una mansión situada en la calle Cherche Midi, que en su momento había pertenecido al duque de Saint-Simon (y más tarde fue comprada por Andy Warhol). Ella misma se encargó de decorar el cuarto de estar, el invernadero y las habitaciones con bustos de mármol, alfombras de Aubusson, sillas Luis XV y retratos del siglo XVIII. Desde aquel lugar ya no había una gran distancia hasta Londres y Violet no tendría necesidad de alojarse, como había hecho su madre, en el hotel Ritz. Fuera adonde fuera, viajaba con su chófer y una sirvienta. Era incapaz de

estar sola y aun así, no importaba lo caóticamente abarrotada de gente que estuviese su vida, «siempre era como la gata solitaria».

Tanto en un lugar como en el otro organizaba y disponía a todo un ejército de sirvientes; cocineros, jardineros, mayordomos... Los trataba sin ninguna ceremonia e informándolos muy rara vez sobre cuánta gente iba a comer en casa o si cenaría o no fuera. Los despedía sin contemplaciones y contrataba a otros nuevos a los que despedía a su vez para empezar de nuevo. Pero en mitad de todo aquel desorden había una excepción. Madame Alice Amiot, su coqueta sirvienta, era —eso decía Violet— la sobrina de Proust. Se rumoreaba que había sido la amante de un gran duque y tenía el mismo nombre que la madre de Violet. Su presencia se convirtió en algo totalmente imprescindible para una Violet que ya solo se comportaba como una niña mimada e inestable, que solía ir todas las noches al dormitorio de Alice a despertarla. Vita visitó St. Loup tras la muerte de la señora Keppel y se quedó muy sorprendida por la forma en la que Violet trataba a su criada. «Se trata de algo más que una pequeña locura», le comentó a Harold. Alice se quejó de que su salud se estaba resintiendo debido a aquel trato y Vita predijo que «Alice no tardará en marcharse y Violet va a hundirse cuando eso ocurra». Pero Alice no se fue. Se trataba de un juego extraño en realidad. Alice trataba a Violet como si fuese una dama de la realeza, pero en realidad era ella la que mandaba y organizaba todo. Se convirtió en «su suplente, su madre, su enfermera, su confidente y su dama de compañía», escribió Diana Souhami.

Durante aquellos últimos años Violet vivió en un mundo casi totalmente de fantasía. De joven había acudido en una ocasión a una fiesta de disfraces envuelta en un tapiz que, al desenrollarlo, la había revelado ante los invitados como Cleopatra. Ahora hacía su entrada a lo grande y con la enorme solemnidad de una reina madre como la reina Victoria. Lord Grimthorpe se había volatilizado en su recuerdo y el lugar de su padre lo había ocupado el Príncipe de Gales y luego el rey Eduardo VII. Le decía a todo el mundo, como si se tratara de una confidencia secreta, que era la número trece en la línea sucesoria al trono británico. Su pertenencia a la realeza, le confesó a su amigo John Phillips, era el verdadero motivo del complejo de inferioridad que tenía su hermana con respecto a ella y que la había «envenenado toda la vida». Sonia «no podía aceptar que yo fuera quien soy». Lo que no podía mencionarse bajo ningún concepto era que si existía la posibilidad de que una de las dos fuese la hija ilegítima del Príncipe de Gales, esa era Sonia, nacida en 1900, fecha en la que el príncipe y Alice Keppel tuvieron su célebre romance. Y para dar credibilidad a esa hipótesis, ha sido precisamente la nieta de Sonia, Camilla, quien se ha casado —tras otra relación clandestina— con Carlos, el Príncipe de Gales a comienzos del siglo XXI.

Tras la guerra, Violet continuó coleccionando «novios». Uno de los más temibles fue un célebre torero capaz de hacerle asumir a ella el papel de Carmen. La mayor parte de

sus amigos más cercanos eran hombre homosexuales que, según Vita, «todos se odiaban entre ellos». (La propia Vita había mostrado un enorme desprecio por «esos frívolos y baratos amantes de Harold..., esos intrusos que habitan en los peores antros»). Y fue a Vita, muchos años antes, a quien Violet había confesado en una ocasión que prefería cien veces antes a los hombres heterosexuales que a los homosexuales. Sobre los homosexuales no tenía ningún poder, pero tras la muerte de su madre a sus antiguos poderes se añadió el de la riqueza. Se vio rodeada de gente que dedicaba su vida a halagarla y admirarla, y ella se dedicaba a su vez a jugar con ellos haciendo que sus halagos y piropos se convirtieran en una farsa. ¿Quién iba a heredar aquel apartamento de París, aquella casa en St. Loup de Naud, sus cuadros y, sobre todo, su camión de joyas? La rueda giraba y con ella cambiaba la distribución de los bienes, y volvía a girar y cambiaba todo de nuevo. El juego no terminó hasta que llegó el punto final en mitad de aquel caos de testamentos contradictorios.

Se había convertido en una *snob* subversiva. En la Villa dell'Ombrellino se seguían unas leyes de preferencia y vestimenta muy estrictas. Todo era correcto, todo era ridículo. Como si se tratara de un miembro de la realeza, solo se acercaba a la mesa cuando todo el mundo se había sentado en el lugar que le correspondía. Avanzaba apoyándose en un bastón o en el brazo de un viejo mayordomo o del favorito del momento, con Alice a su alrededor yendo de un lado a otro, susurrando indicaciones sobre los bolsos o los pañuelos. Durante la cena solía actuar como si fuese una actriz, se maquillaba una docena de veces mientras sus invitados estaban cenando (durante las comidas le gustaba ponerse a hojear sus fotos con Cecil Beaton y otros, aunque nunca le prestaba atención a los retratos que le habían hecho pintores como James Lavery, Jacques-Emile Blanche, Ambrose McEvoy, entre otros). Cuando se levantaba de la cena se producía una cascada de migas a su alrededor. Le gustaba llevarse a un aparte a algún diplomático o a algún viejo miembro de la aristocracia inglesa para comentarle sus ideas políticas: «China me inquieta», solía decir. Mantuvo activa la hostilidad de su madre por Bernard Berenson y se creó un nuevo enemigo: Harold Acton. Pero en los días alegres era luminosa, divertida, generosa, entretenida e irremediablemente coqueta con todos los hombres que le gustaban. Todos sus amigos (entre los que se incluía también la nieta de su hermana, Annabel, que era estudiante de Arte en Florencia) utilizaban aquellos términos para describirla.

Vita murió en 1962, y la salud de Violet se deterioró. Fue la peor de todas las épocas. Todo era un derroche: «un derroche de amor, de talento, de iniciativa». En medio de la atmósfera gótica de St. Loup, con aquella gran torre por la que pasaban todas las aves migratorias, tenía a veces la sensación de estar rodeada por sombras de fantasmas de antiguos amantes, como si estuviese haciendo un registro de aquellas pasiones, como si se trataran de gritos procedentes de una mazmorra. Hay una descripción muy evocadora

de Philippe Jullian de aquellos años¹⁹:

Cuando estaba en la Villa dell'Ombrellino, solía pasear entre los cipreses como si fuese una reina en el exilio que solo pudiera confiarse a las estatuas que decoraban las terrazas. Cuando estaba en St. Loup, subía hasta lo alto de la torre para comprobar que todo estaba en orden en aquellas encantadoras habitaciones en las que había casi siempre encantadores amigos. Pero nunca, oh, el amante esperado... a quien tanto anhelaba... Sus leales amigos eran una parte del decorado, secundarios en aquella obra de teatro de la imaginación en la que ella era siempre la protagonista principal. Con el advenimiento de la edad, el insomnio y la enfermedad el público cada vez fue menos capaz de adoptar aquellos papeles, a pesar de que se seguían representando una y otra vez. Ocultaban a la verdadera Violet bajo un maquillaje de payaso aplicado por un hombre ciego. A sus amigos les hacía sufrir lo que veían... A pesar de no haber cumplido los setenta, Violet parecía tener ochenta años.

En 1970 murió Alice Amiot y Violet se presentaba en las fiestas como una especie de figura fantasmagórica, decidida a perpetuar las humillaciones que afligían a la duquesa en aquel relato que publicó en la revista *Horizon* titulado *El carillón*. Asolada por las enfermedades y sometida a tratamientos de transfusiones sanguíneas, casi incapaz de caminar y a la espera de la muerte, se sentaba entre su grupo de invitados a St. Loup como si fuese una reliquia maltrecha de un pasado remoto, incapaz de comer pero todavía hambrienta de rumores, como un esqueleto viviente presidiendo la mesa, jugando siempre con el pan, como una figura todavía más espantosa que la señorita Havisham de Dickens. Las farsas y las fantasías hacían que sus días fuesen soportables y la mantenían con vida. «No me aferro a la vida» insistía, pero en realidad era eso lo que hacía, no podía evitarlo. Cuando llegó a la Villa dell'Ombrellino a finales de 1971, con todas sus fuentes vacías de agua y las flores secas y muertas sobre los parterres, se retiró a su habitación (que en otra época había sido la de su madre) con todos sus animales de Fabergé y sus estatuillas de jade en las paredes, y ayunó hasta su muerte el 1 de marzo de 1972.

Epílogo

El tiempo recuperado

Este libro tiene su origen en el descubrimiento que hice en Villa Cimbrone de la vida de algunas de las mujeres que habían pasado por la vida de su dueño, Ernest Beckett. En retrospectiva aparece en mis sueños casi como una especie de milagro, como un lugar que existe pero exactamente en el espacio en el que se encuentra. Mientras escribía este libro, la Villa representaba para mí una mezcla entre un desafío y una oportunidad; una oportunidad para encontrarme con el desafío de la biografía, pero sobre todo la imposibilidad de aprehenderla, tal y como sostuvo Virginia Woolf en su *Orlando*.

Cimbrone es un lugar de una enorme belleza y dispersión, no precisamente el lugar apropiado para una investigación. Mientras trabajaba en una de las terrazas y a la luz del atardecer, descubrí por casualidad una fotografía de Eve Fairfax que fue tomada en la época en la que estaba comprometida con Ernest Beckett (y posando para Rodin), pero ninguna de las cartas de amor que Ernest Beckett le escribió en aquella época y que muchos años después le entregó a Lucille, la hija de Ernest, han sobrevivido. Tampoco había ninguna señal en Cimbrone del paso de la esposa americana de Ernest, Luie, que había muerto tan joven, mucho antes de que él se retirara a la Villa (a pesar de que trasladó allí muchos de los recuerdos de su pasado). Encontré una firma de su hija Violet, pero ninguno de sus libros en la biblioteca y ninguna señal del romance que tuvo con su madre, Alice Keppel. A pesar de que no pude sacar en claro prácticamente ningún hecho de la Villa, ninguna información de ningún tipo, nada de lo que Virginia Woolf llamaba «el granito»; los días que pasé en Cimbrone generaron en mí una especie de determinación de encontrar a esas mujeres y de escribir, no tanto una biografía tradicional, como una serie de historias interconectadas. Necesariamente quedaron al final muchos espacios en blanco en los lugares en los que había cosas ocultas u olvidadas, perdidas o malinterpretadas, lugares misteriosos que se han acabado convirtiendo ellos también en una parte necesaria en esta recreación de sus vidas.

Violet Trefusis siempre aclaraba en sus novelas el peligro de darle más importancia a los sitios que a las personas, como si enamorarnos de una ubicación concreta pudiese protegernos contra la agonía del sufrimiento. En Cimbrone no se reveló tampoco ninguna

información útil que ayudara a resolver las inquietudes de Catherine Till, la nieta de Ernest, pero el espíritu de aquel emplazamiento consiguió intensificar todavía más su amor por aquella figura ausente. En la Villa no hay nada definitivo, pero su atmósfera motiva siempre a la especulación y a rescatar el pasado, y yo creo que lo que lleva a escribir a un biógrafo es precisamente esa sensación de sentirse involucrado en la vida de alguien ausente.

En cuanto a Tiziana Masucci, no podría haberse imaginado un marco más apropiado para su exposición dedicada a Violet Trefusis que los claustros de la Villa Cimbrone. Cuando posó su hipnótica mirada sobre mí, no fue en nombre propio, sino en nombre de la persona que había tomado posesión de ella. En ningún otro lugar creo que habría estado tan receptivo, para sentir el deseo de recuperar la vida y la obra de Violet en mi libro, como en aquel.

Este libro jamás tuvo un programa cerrado. No creo que las mujeres sean mejores que los hombres ni considero que aquel pasado haya sido más glorioso que este presente, aunque la palabra «ilegítimas» haya sido piadosamente abolida en nuestra época y ahora nos contentemos con expresar nuestra indignación moral sobre el comportamiento de las personas con la burocrática e impotente palabra «inaceptable» que, por supuesto, también acabará desapareciendo.

Si van ustedes a Villa Cimbrone, lo más probable es que se topen con un enclave muy distinto, en él hay un helipuerto, una piscina, una terraza para tomar un cóctel, un rico té y toda la pródiga parafernalia de un hotel de cinco estrellas. Eso sí, la vista al golfo de Salerno es la misma que contempló Ernest Beckett en 1905. Hay partes del jardín que permanecen intactas y es fácil de comprobar porque detrás de cada árbol y de cada esquina uno se encuentra constantemente con alguna excentricidad de Ernest Beckett. La estatua dorada de una Eva desnuda y regordeta, a la que D. H. Lawrence cubrió de lodo, todavía sigue protegida tras su jaula tal y como estaba la primera vez que la vi.

En la villa que yo visité hace ahora más de diez años no había huéspedes de pago y en aquellas hermosas habitaciones, decoradas con unos muebles espantosos, resultaba más sencillo conjurar la presencia de la familia Beckett que había vivido allí de forma intermitente durante más de medio siglo. Recuerdo estar de pie en el pequeño templo en el que habían sido enterradas las cenizas de Ernest Beckett y pensar en Luie, en Eve, en José, en Alice y en tantas otras mujeres que habían pertenecido a su mundo durante años, al igual que él había pertenecido al de ellas. En mi segunda visita, di mi conferencia en uno de los pabellones del jardín convocando a los espíritus del grupo Bloomsbury; Lytton Strachey, Virginia Woolf y Vita Sackville-West; todos ellos habían jugado con el tiempo, la fantasía y el cambio de identidades.

Ahora, como si fuese una película, tengo la sensación de que soy capaz de recuperar a todos los personajes que componen este, mi último libro. Puedo imaginármelos llegando

a una Villa Cimbrone que reconozco y escucharlos rellendo todos los huecos en blanco que no puede completar mi narrativa. Todos se acabarán conociendo entre ellos al final, explicarán lo que parecía inexplicable y tendrán noticia con gran asombro y sacudiendo las cabezas de lo que no habían sabido hasta entonces. Luego, tras un silencio, se escucharán las risas. Todo será comprendido y donde hubo sufrimiento y tragedia se cambiarán las tornas y surgirá la comedia de la vida.

Post-scriptum

Una historia de libros

En 1973, Nigel Nicolson publicó Retrato de un matrimonio y el nombre de Violet Trefusis, que había sido olvidado durante muchos años en Inglaterra, surgió de nuevo y recuperó cierta notoriedad.

Mientras leía el diario secreto de amor de Vita Sackville-West tras la muerte de su madre en 1962, Nigel quedó convencido de que habría deseado que se publicara póstumamente. «Podría haberlo destruido», escribió, «pero tenía potenciales lectores». El problema era que Violet Trefusis y el padre de Nigel, Harold Nicolson, todavía estaban vivos. En realidad, el que más le preocupaba era su padre y, cuando Harold falleció en 1968, solo se interponía Violet en el camino. Había dejado leer el preciado manuscrito de Vita a algunos de sus amigos y la mayoría de ellos (no todos) le habían recomendado que lo publicara. «Es uno de los textos más extraordinarios que escribió tu madre», constató Peter Quennell. «No debes tener ningún miedo de que perjudique su reputación. Puede que hubiese sido un perjuicio en 1950 o incluso en 1960, pero no ahora. Y no te preocupes por Violet Trefusis, se encuentra entre las mujeres más estúpidas y arrogantes con las que me he cruzado en toda mi vida y sospecho que lo único que sucederá es que se sentirá halagada».

Aun así, Nigel decidió no publicar el diario mientras Violet estuviese viva. En aquella decisión fue apoyado por la hermana de Violet, Sonia, quien le escribió una gélida carta sobre aquel «libro repulsivo» que podía provocarle a él un gran enfrentamiento «con los amigos literarios de Violet», entre los que se encontraba, por ejemplo, Cyril Connolly. Pero lo cierto es que Connolly ya pensaba que Vita Sackville-West no era más que «una escritora pasada de moda», de modo que tampoco suponía una gran pérdida. Había conocido a Violet Trefusis a finales de la década de los años veinte y la había descrito como una mujer «muy atractiva, con aspecto de viciosa y la única persona por aquí (Floencia) que tiene apariencia de ser verdaderamente moderna». Más tarde la utilizaría para construir su personaje de la «malvada y gorda pelirroja» Geraldine de su novela *En el fondo del estanque* (1936), donde la describe con «un tono de voz libertino y musical, de una belleza infantil» y «una boca enorme y sensual, como una puta de Rowlandson».

La Geraldine de Connolly no es más que una travesura y aunque en ocasiones pueda llegar a ser seductora, conoce los «trucos para llevar a la gente hasta un lugar en el que acaban siendo ridículos».

Tras la muerte de Violet, en 1972, Nigel comenzó a preparar el manuscrito de Vita para su publicación. Ni alteró ni suprimió nada de cuanto había escrito su madre, pero las treinta mil palabras que añadió al libro como coautor situó aquel romance entre Violet y Vita, que según sus estimaciones no había durado más de tres años, frente a un matrimonio que había durado cincuenta y cinco. Y para dejar claro su propósito tituló el libro *Retrato de un matrimonio*. El suyo es el único nombre que aparece en la portada y dedica el libro a alguien a quien amó enormemente: Shirley Anglesey. El único episodio que olvida comentar en su relato es la enfermedad venérea que tuvo Harold Nicolson en 1917 y que, creía Nigel, había favorecido el romance que Vita había tenido con Violet. Pero finalmente «la crisis del matrimonio lo convirtió en algo todavía más exitoso y firme», escribió, y su propio libro demostraba «el triunfo del amor sobre el enamoramiento».

Aun así admitía que, más adelante, Violet Trefusis había cambiado y había llegado a escribir «algunas novelas inteligentes», pero no por eso dejaba de odiar la campaña que había realizado para intentar separar a su madre de su padre y de su familia. En su autobiografía *Larga vida* escribió que el egoísmo que Violet había demostrado en su juventud no tenía excusa posible. «Intentó destruir el feliz matrimonio de su mejor amiga y se casó con un hombre decente, Denys Trefusis, con la única intención de humillarlo. Despreciaba el matrimonio y lo consideraba una especie de fachada hipócrita para encubrir la infidelidad, tal y como había sido el matrimonio de su madre, Alice Keppel...». y también, cabría añadir, no de manera muy distinta a la forma en la que tanto Vita como Harold se habían planteado su propio matrimonio.

Vita siempre situó a otras personas por delante de sus hijos en sus prioridades emocionales. Si hubiera que atribuir su insatisfacción como madre y sus tremendas ausencias a una persona, esa persona no habría sido Violet Trefusis, sino la propia madre de Vita, lady Sackville, quien también era una hija ilegítima y había tenido que gestionar sus propias dificultades. Bajo la fachada de celebrar su matrimonio con Harold, el lector de *Retrato de un matrimonio* es guiado de la mano para que acabe pensando que aquella unión feliz y poco convencional había sido amenazada por una sola persona llamada Violet. La pasión más fuerte que tuvo Vita en su vida fue la que sintió por Violet, tal vez por eso Nigel la considere una amenaza, pero sus motivaciones a la hora de publicar aquel manuscrito se volvían más complejas cuando se pensaba que tal vez pudiera ser leído como una especie de venganza filial. La gente a la que le gustaba Vita, y sabía poco o nada de su amor por Violet, podía leer *Retrato de un matrimonio* y cambiar la opinión que tenían de ella. Lord Sackville, por ejemplo, que siempre había tenido «una gran

admiración por tu madre», le escribió para decirle que aquellos sentimientos habían sido «mancillados por tu libro».

Nigel Nicolson fue una persona tan ausente con sus propios hijos como su madre lo había sido con él. «Tanto mis hermanas como yo orbitábamos alrededor de la triste y central ausencia de nuestro padre», escribe Adam Nicolson en *Sissinghurst: Una historia inconclusa*. Nigel tenía muchas cualidades fantásticas, muchos talentos y virtudes, pero aun así había cierta calidez humana que parecía faltarle. «Es un hombre frío que intenta ser cálido», escribió James Lees-Milne, «y es incapaz de serlo». Y ese hombre se disponía ahora a avergonzar a sus propios hijos, revelando un secreto que iba a hacer bailar a los esqueletos familiares para entretenimiento público y, tal y como lo acusó Sonia, la hermana de Violet, «para obtener beneficios».

Aun así, ¿quién habría creído que hacía un acto noble al destruir aquel manuscrito de su madre? La forma en la que decidió elaborar aquel libro era realmente original; lo desarrolló dentro de un artefacto híbrido como el que había utilizado su padre para escribir *Ciertas personas*. Cada uno de esos libros tiene un lugar asegurado en la historia de la no-ficción y de la literatura de semificción. *Ciertas personas* no solo fue alabado por Virginia Woolf, sino que resultó ser una enorme influencia a la hora de escribir su *Orlando*. *Retrato de un matrimonio* ofrece una narrativa asociada, es como la clave para entender un lenguaje secreto utilizado en varias historias interrelacionadas entre las que se incluyen *Broderie anglaise*, la novela que Violet Trefusis había publicado originalmente en francés en 1935 como una respuesta a *Orlando*.

Nigel Nicolson, que fue editor, señaló como biógrafo de su padre a James Lees-Milne. Lees-Milne había tenido un breve flirteo amoroso con Harold Nicolson, que había terminado en un afecto que perduró entre ambos (su mujer Alvide tuvo romances con Violet Trefusis y con sus dos amantes principales: Vita Sackville-West y Winnaretta Polignac). Y más sencillamente, Nigel eligió como biógrafa de su madre a Victoria Glendinning. Son biografías excelentes las dos (yo mismo las reseñé) y mientras aquellos dos navíos salían a la mar a finales de los ochenta, zarpó junto a ellos, como si se tratara de un barco pirata, una película para televisión realizada por Penelope Mortimer.

En mitad de aquella conmoción también se presentaron en Inglaterra las novelas de Violet Trefusis *Eco* y *Broderie anglaise*, que se tradujeron por primera vez del francés. Hubo dos motivos principales para que sucediera aquello; el hecho de que la historia de Violet aparecía de repente en las noticias y la sensación de que las recientes publicaciones de no-ficción habían sido realizadas exclusivamente desde la perspectiva de Vita Sackville-West. Los libros que habían salido al mar desde el puerto Trefusis estaban todavía dispersos o mal anclados y, por si fuera poco, habían zarpado bajo una tormenta terrible. «El “gran romance” fue con toda seguridad uno de los episodios más absurdos de la historia de la literatura inglesa y de toda su historia social», escribió un reseñista de

la *Literary Review*, que reseñaba en ese momento una de las novelas de Violet Trefusis y no *Retrato de un matrimonio*, que no obstante dominó el clima en el que todos aquellos libros fueron recibidos. A contracorriente se publicaron dos volúmenes de las cartas que Violet le había escrito a Vita. Las dos ediciones estaban acompañadas por pequeñas biografías y un intento infructuoso de permanecer al margen del «gran romance». Uno de aquellos libros cambió de título al pasar de Estados Unidos a Inglaterra. Empezó titulándose *La otra mujer* y acabó como *Violet Trefusis: Vida y correspondencia* (aunque añadía el subtítulo de *Correspondencia con Vita Sackville-West*). Hubo un proyecto de reedición de las novelas de Violet en la colección de Virago Classics con prólogos realizados por novelistas contemporáneos que se vio interrumpida por una cuestión de derechos de autor. Sus memorias *No mires atrás* fueron presentadas en Estados Unidos por Peter Quennell (quien no era precisamente un amigo de Violet, a juzgar por la carta que le envió a Nigel Nicolson), quien también escribió un entretenido retrato suyo (aunque un tanto burlón) en su libro de retratos contemporáneos titulado *Disfraces y personajes*. Victoria Glendinning contribuyó con un excelente prólogo a la edición de *Broderie anglaise*, aunque es evidente que está escrito desde la simpatía al personaje de Vita. Nicholas Shakespeare sugirió en su reseña para *The Times* «una historia que sin duda tiene mucha más carga de la que Victoria Glendinning le atribuye». Fuera cual fuera el navío que saliera del puerto de Trefusis, no importaba con cuánto entusiasmo lo hiciera, era inmediatamente atrapado por el enemigo: Sophia Sackville-West escribió una espantosa reseña de *Eco* y lo mismo ocurrió con la que escribió James Lees-Milne sobre la doble biografía de Alice Keppel y Violet Trefusis de Diana Souhami, no ayudó la amable pero inevitablemente modesta reseña de Henrietta Sharpe de *Vida de Violet Trefusis*, en 1981 (un libro que fue defenestrado con mucha más rotundidad por Harold Acton). «[Violet] Tenía un temor patológico a quedarse a solas con su conciencia», sentenció, para añadir luego que «Madame Très Physique», como la apodaban a medida que se le acumulaban los años, se iba pareciendo cada vez más a «un caniche».

Con el paso de los años, Harold Acton se fue volviendo cada vez más hostil. En el comienzo de uno de sus relatos cortos titulado «Documento anexo», que apareció en su libro de relatos *El gimnasio de las almas* (1982), podemos ver a Muriel, un retrato ficticio de Violet, escribiendo su testamento. Como su médico le había dicho que estaba enferma, se había pasado los últimos días y noches reorganizando su última voluntad, ya que sus amigos se están muriendo todos irremediabilmente (un ataque cardíaco aquí, un accidente allá) y Muriel se ve obligada a ir rellenando los huecos que van quedando con nuevos herederos. El otro entretenimiento habitual de Muriel es el de escribir una monumental autobiografía. «Mi vocación es la de ser una leyenda», le dice a su secretaria, «he olvidado mi parentesco exacto con Carlomagno..., incluso cuando estaba

en la cuna mis mejillas ya eran besadas por bigotes de la realeza». Pero el sinsentido de ese libro, al igual que el sinsentido de su vida completa, es algo que sobrecoge al personaje. Cuando se llega al final del relato todos sus amigos han muerto. Le ordena a la sirvienta que saque todas sus joyas y penosamente se las va poniendo sobre su frágil anatomía hasta «acabar jadeando por el esfuerzo de la transformación». A continuación contempla en el espejo el grotesco ídolo en el que se ha convertido. «La ruina de sus rasgos envuelta en el fulgor de sus joyas producía un efecto intensamente dramático». La sirvienta le asegura que está muy guapa y Harold Acton concluye al final: «Y sí, lo cierto era que Muriel era un bonito cadáver».

El relato de Acton se centra en los últimos años de la vida de Violet. Sus memorias de Nancy Mitford, publicadas en 1975, abarcan de forma intermitente un periodo más amplio de la vida de Violet. «Aun sabiendo que eso le iba a provocar una gran infelicidad» Violet había suplicado a Vita. Harold Acton, que por lo general es un escritor cortés, no lo es aquí. Siente lástima por ella pero no por su dolor, la contempla como si siempre hubiese sido quien fue en sus últimos años, una persona triste, un epílogo. Las memorias contienen una fotografía de «La señora Violet Trefusis y su criada» que muestra a una figura envejecida, que parece una anciana bailarina de ballet puesta sobre una acera, como si estuviera esperando al autobús con su criada Alice Amiot, a unos cuantos pasos por detrás de ella, mirando directamente a la cámara con una especie de mirada cómplice, como si nos invitara a reírnos. Acton escribe que había habido una «extrañeza total» entre Violet Trefusis y él «debido a la absoluta mala educación de Violet». En el libro se hace un retrato de ella como si fuese una persona socialmente intratable. Aunque «tampoco hay necesidad de rememorar ese asunto», observa Rebecca West, «a través de tantas anécdotas despiadadas». Se nos dice que llevaba «la condecoración de la Legión de Honor día y noche», se nos habla de su «altanera ostentación» y de que su escritura «no era más que un ejercicio de exhibicionismo». Añade que Philippe Jullian, autor del *Diccionario del esnobismo*, debería haber sido el biógrafo de aquella mujer que era el colmo del esnobismo y para quien la literatura no era más que un simple entretenimiento.

El libro de Acton no hace ninguna referencia a la primera época en la que Nancy Mitford se divertía yendo a las fiestas de Violet. Nancy la había emparentado con la Matilda de Hilaire Belloc quien «mentía de una manera tan flagrante que a una se le abría la boca de admiración», pero aun así añade «no podía evitar que me gustara muchísimo». Ese sentimiento está totalmente ausente en el libro de Acton. La Violet Trefusis que se nos muestra es «una cabeza hueca» que irrita tanto a Nancy Mitford con sus llamadas de teléfono cuando ella estaba intentando trabajar que «estoy empezando a odiarla». Acton considera que esa persona odiosa no era más que una intrusa en el territorio privado y dietario de Nancy Mitford, pero en *No mires atrás* Violet hace de ella

un retrato admirable, alabándola por tener «el valor de romper con toda la parafernalia familiar (de la novela), con el decoro, las bromas familiares y hasta el vocabulario». La describe como «la conquista más ingeniosa de Francia», pero los cumplidos no fueron correspondidos. Nancy sugirió en una ocasión que *No mires atrás* se debería haber titulado *Aquí yace la señora Trefusis*.

Nancy Mitford utilizó a Violet Trefusis como base para construir su personaje de lady Montdore en su novela *Amor en clima frío* (Violet es «exactamente lady Montdore», le comentó en una ocasión al librero Heywood Hill). Había nacido con el nombre de Sonia Perrotte, la hermosa hija de un hacendado rural «de poca importancia», pero su matrimonio con el títere de lord Montdore la había elevado hasta codearse con una gran aristocracia a la que ella fingía despreciar, pero que en realidad era el único motivo de su existencia. Cuando se nos presenta al personaje en la novela, ya tiene sesenta años y se ha hecho célebre por su apabullante vulgaridad y su proverbial mala educación. La mayor parte de la gente que la odia son personas que nunca la han conocido y desean hacerlo. Siente debilidad por la realeza y también por los banqueros que tal vez no sean gran cosa en el exterior, pero de los que «podía librarse con facilidad». Piensa que sea quien sea quien haya inventado el amor «deberían fusilarlo». Todo está descrito con un talentoso encanto superficial y se adapta a lo que Nancy Mitford consideraba que era el ambiente familiar de los Keppel.

Lady Montdore tiene una hija, la hermosa e insensible Polly Hampton. Repartidas entre las dos protagonistas, Mitford vuelca un buen número de cualidades de las Keppel, muchas de ellas basadas directamente en rumores (hay de hecho un rumor muy conocido sobre que Polly «no es hija de lord Montdore, sino del rey Eduardo, eso me han dicho»). Tanto la madre como la hija son totalmente indiferentes a los niños y cuando el hijo de Polly nace muerto, lady Montdore afirma: «Supongo que el drama no es para tanto, los niños cuestan un auténtico dineral hoy en día». El amor secreto que durante muchos años Polly siente por su lujurioso tío, y a quien se ofrece tan pronto como su esposa está «fría en su tumba», es considerado aquí tan «antinatural» como el amor que Violet había sentido por Vita; es descrita por otro de los personajes como «una pequeña zorra incestuosa». Polly se había enamorado de su tío cuando tenía catorce años sin saber que había sido previamente el amante de su propia madre. Ese amor por un hombre mucho mayor que ella la hace totalmente indiferente al amor de los otros hombres. Es una debutante irresponsable, capaz de provocar duelos entre sus pretendientes, atraer a hombres casados e insatisfechos o romper compromisos de amistades suyas por puro juego, exactamente el mismo tipo de cosas que había hecho su madre antes de acomodarse en el matrimonio de conveniencia.

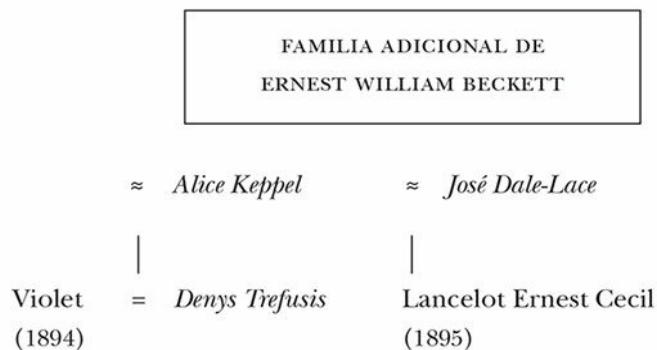
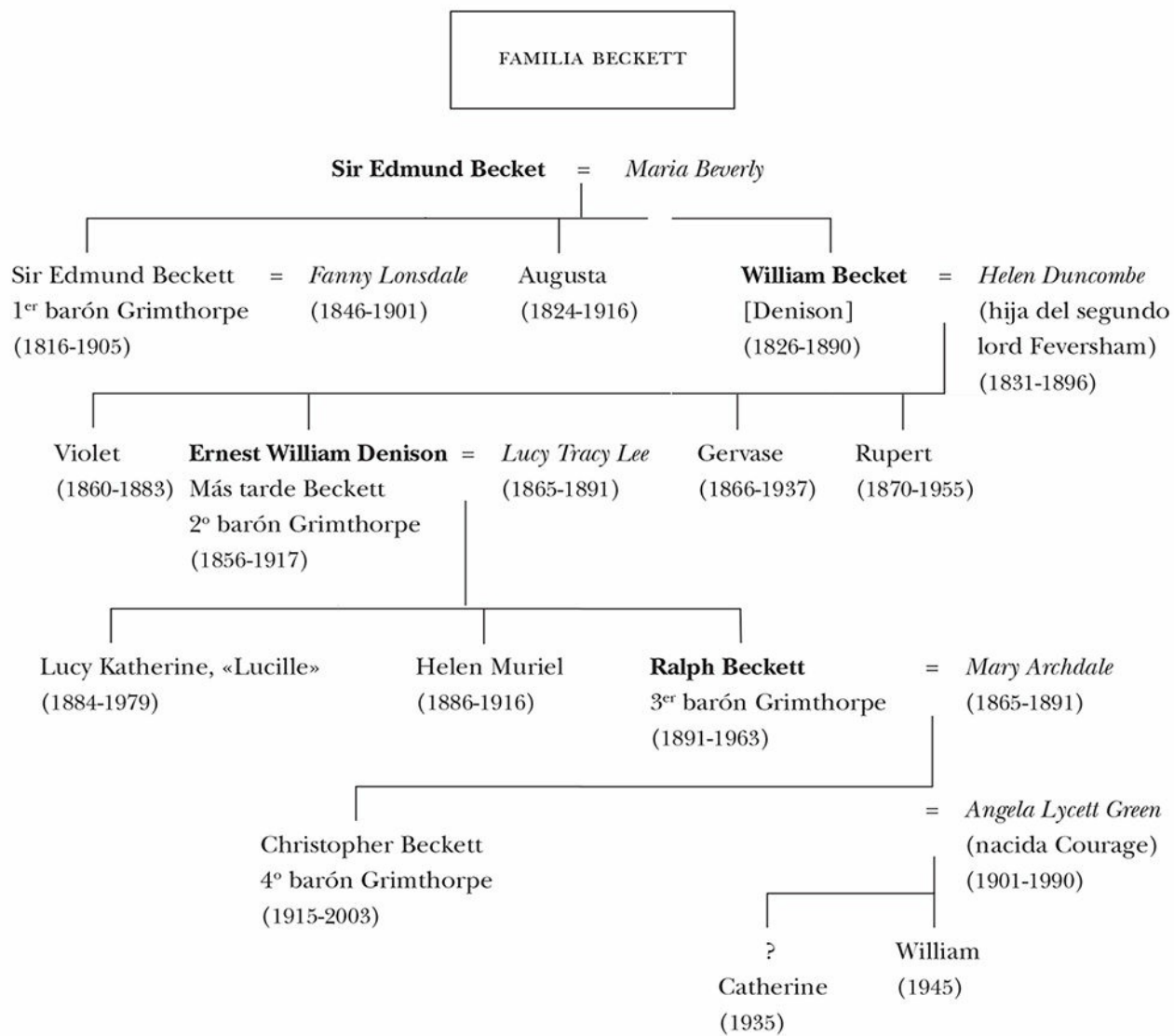
El giro dramático e inesperado de la trama es la llegada del «terriblemente ofensivo mariquita Cedric», que hasta ese momento había sido dependiente de los caprichos de

barones, un muchacho alemán temperamental y alcohólico. Él acabará consiguiendo que lady Montodore pase de ser «un temible ídolo de sesenta años a una deliciosa jovencita de cien». Y con ese destino concluye la sátira.

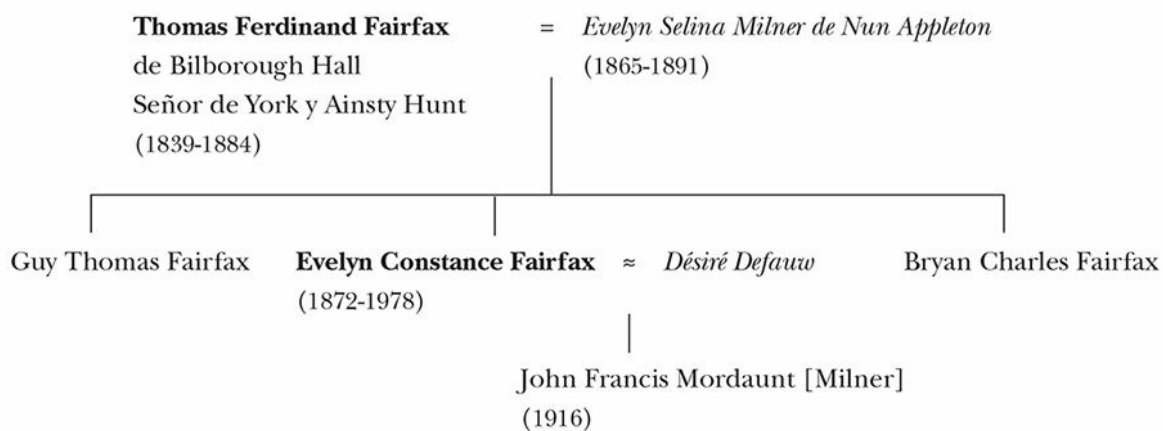
La relación lésbica que mantuvieron Violet y Vita ha sido muy bien reivindicada por Diana Souhami en *La señora Keppel y su hija*, pero no era su trabajo hacer un estudio de sus novelas. Sus novelas han sido descritas muchas veces como piezas periódicas en las que los personajes salían directamente de su agenda. Su estilo es sardónicamente ligero, cómico y levemente coloquial, con unos escenarios basados en textos de autores como Ronald Firbank y Angela Thirkell, y un ingrediente francés tomado tal vez de Paul Morand. Ha sido criticada muchas veces por sostener su narrativa con ensayos escolares sobre virtudes nacionales, por incluir numerosas e innecesarias referencias culturales, documentos, comentarios y descripciones minuciosas de muebles, comida y edificios que muchas veces dejan de ser sencillamente el marco y pasan a primer plano, pero esos «defectos» son también parte de un tapiz muy original.

La reivindicación de su obra comenzó con Lorna Sage, quien en su publicado póstumamente *Momentos de verdad* (un estudio sobre doce mujeres novelistas) incluye un gran ensayo sobre *La caza de la zapatilla* que sitúa a Violet a la altura de nombres como Edith Wharton, Christina Stead y Jane Bowles, entre otras. En su prólogo a ese libro comenta que Violet Trefusis es hoy casi más conocida «como personaje en los libros de otros». Su intención no era otra que la de sacar algunas de sus novelas de esa especie de condena de reclusión y afirmaba también su deseo de encargar nuevas traducciones de *Broderie anglaise*, la discordante *roman-à-clef*. Yo he tratado de coger el relevo que dejó Lorna y correr una vuelta más para llamar la atención sobre el valor de sus mejores novelas –*Eco*, *Broderie anglaise*, *La caza de la zapatilla* y *Juego de piratas*– antes de pasárselo a mi vez a una nueva generación de lectores.

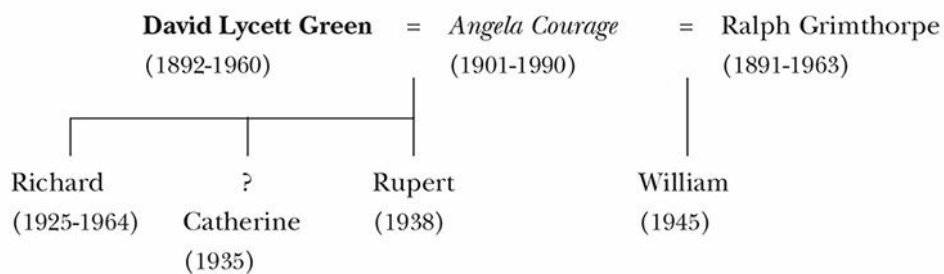
Árbol genealógico



FAMILIA FAIRFAX
DE SEETON Y NEWTON KYME



FAMILIA LYCETT GREEN



Agradecimientos

Estoy especialmente agradecido a las dos mujeres a las que dedico el libro, Tiziana Masucci y Catherine Till, por haberme guiado con tanta compasión como perseverancia durante la larga y con frecuencia interrumpida búsqueda que fue necesaria para escribir este libro.

Otras personas que también me resultaron de gran ayuda fueron Vivien Allen, Lucy Beckett, el difunto sir Martyn Beckett, Michael Berry, Mary Rose Blacker, Simon Blow, Virginia Charteris, Judy Collingwood, Douglas Croft, Peter Dench, Charles Dodsworth, Paul Evans, la difunta Fiona Fairfax, James Fergusson, el reverendo sir Timothy Forbes-Adams, Ken Giggall, Victoria Glendinning, el difunto Christopher Grimthorpe, Marion J. Hare, Felicity Harrison, Marjorie Harrison, Frances Holt, David Hughes, la difunta lady Serena James, Judith Landry, Helen Langdon, Rupert Lycett-Green, Adam Nicolson, el difunto Nigel Nicolson, Suzanne O'Farrell, Roger Packham, John Phillips, la difunta Georgina Ratcliffe, David S. Rymer, Harvey Sachs, Anne Sidamon-Eristoff, el difunto sir Reresby Sitwell, Diana Souhami, Alexander y Serena Sparks, Jean Strouse, Hugo Vickers, Gore Vidal, Giorgio Vuilleumier, Jane Wellesley, Ursula y David Westbury.

Me siento además en deuda con las siguientes librerías, galerías e instituciones: Eton College Library (con la archivera Penelope Hatfield), Fairfax House (con Peter Brown), Johannesburg Art Gallery (con Jillian Carman, Eleanor Lorimer y Thembinkosi Mabaso), Leeds Metropolitan Library (con la profesora Lori Beckett), The Retreat at York (con el director ejecutivo Derek Thomson), Tate Library and Archive, Millbank (con Lisa Cole, ayudante del comisario de la Gallery Records, y con John Langdon), City of York Library Service (con la bibliotecaria de estudios municipales Amanda Howard) y el Victoria and Albert Museum (con Marjorie Trusted, encargada del departamento de escultura, y con Linda Lloyd-Jones).

Me gustaría agradecerle también a Caradoc King y a Robert Lescher, mis agentes literarios en el Reino Unido y en Estados Unidos, por la cariñosa manera en la que han corregido este libro para su publicación. El texto se ha beneficiado del entusiasmo de mi editora Clara Farmer y del riguroso trabajo de edición de Juliet Brooke de Chatto & Windus; también de la atención y el estímulo de Jonathan Galassi y Courtney Hodell de Farral, Straus y Giroux. Agradezco la vista de águila de la correctora Ilsa Yardley, que me

salvó de varias humillaciones, y el trabajo de Kris Potter por su diseño de cubierta.

Quiero darle también las gracias por último a Margaret, mi mujer, por su paciencia y su increíble aliento.

Bibliografía

- ACTON, HAROLD; *Memorias de un esteta* (Valencia, Editorial Pre-Textos, 2010)
- ACTON, HAROLD; *Nancy Mitford* (Londres, Hamish Hamilton, 1975)
- ALSOP, SUSAN MARY; *To Marietta from Paris, 1945-1960* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1976)
- ALSOP, SUSAN MARY; *Lady Sackville: A Biography* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1978)
- ASQUITH, LADY CYNTHIA; *Diaries 1915-1918* (Londres, Hutchinson, 1968)
- BEAUMAN, NICOLA; *Morgan: A Biography of E. M. Forster* (Londres, Hodder & Stoughton, 1993)
- BECKETT, LORI (ED.); *City of Leeds Training College: Continuity and Change 1907-2007* (Leeds, Leeds Metropolitan University, 2007)
- BLANCHE, JACQUES-EMILE; *Portraits of a Lifetime* (Londres, Dent, 1937)
- BLOCH, MICHAEL; *James Lees-Milne: The Life* (Londres, John Murray, 2009)
- BREWSTER, E. Y. BREWSTER, A.; *D. H. Lawrence: Reminiscences and Correspondence* (Londres, Secker, 1934)
- BRIGGS, JULIA; *Virginia Woolf: An Inner Life* (Londres, Allen Lane, 2005)
- BRITTAIN, VERA; *Testament of Youth* (Londres, Gollancz, 1933)
- BUTLER, RUTH; *Rodin: The Shape of Genius* (Londres, Yale University Press, 1993)
- CHURCHILL, LADY RANDOLPH; *Reminiscences* (Londres, Edward Arnold, 1908)
- CONNOLLY, CYRIL; *En el fondo del estante* (Barcelona, traducc. Jordi Fibla. Ediciones Versal, 1990)
- CONNOLLY, CYRIL; *La sepultura sin sosiego* (Barcelona, Mondadori, 2000)
- CORNWALLIS-WEST, G.; *Edwardian Hey-Days* (Londres, Putnam's, 1930)
- COSSART, MICHAEL DE; *The Food of Love: Princess Edmond de Polignac (1865-1943) and Her Salon* (Londres, Hamish Hamilton, 1978)
- DESALVO, LOUISE Y A. MITCHELL LEASKA (EDS.); *The Letters of Vita Sackville-West to Virginia Woolf* (Nueva York, William Morrow, 1985)
- EDEN, TIMOTHY; *The Tribulations of a Baronet* (Londres, Macmillan, 1933)
- FERRIDAY, PETER; *Lord Grimthorpe 1816-1905* (Londres, John Murray, 1957)
- FORSTER, E. M.; *Relatos* (Valencia, Albatros Ediciones, 2003)
- FORSTER, E. M.; *Selected Letters: Volume One 1879-1920*, eds. Mary Lago and P. N. Furbank (Londres, Collins, 1983)
- FURBANK, P. N.; *E. M. Forster: A Life* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1978)
- GLENDINNING, VICTORIA; *Vita: The Life of V. Sackville-West* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1983)
- GRUNFELD, FREDERIC V.; *Rodin: A Biography* (Londres, Hutchinson, 1988)
- GUTSCHE, THELMA; *No Ordinary Woman: The Life and Times of Florence Phillips* (Cape Town, Howard Timmins, 1996)
- HARE, MARION J.; *The Sculptor and His Sitter: Rodin's Bust of Eve Fairfax* (Johannesburgo, Johannesburg Art Gallery, 1994)
- HARRISON, MARJORIE J.; *Four Ainsty Township* (Appleton Roebuck, Ainsty Books, 2000)
- JULLIAN, PHILIPPE Y PHILLIPS, JOHN (EDS.); *Violet Trefusis: Life and Letters* (publicado originalmente como *The*

- Other Woman: The Life of Violet Trefusis* (Londres, Hamish Hamilton, 1976)
- KAHAN, SYLVIA; *Music's Modern Muse: A Life of Winnaretta Singer, Princesse de Polignac* (Rochester, University of Rochester Press, 2003)
- KEPPEL, SONIA; *Edwardian Daughter* (Londres, Hamish Hamilton, 1958)
- LAMONT-BROWN, RAYMOND; *Edward VII's Last Loves: Alice Keppel and Agnes Keyser* (Stroud, Sutton Publishing, 1998)
- LAWRENCE, D. H.; *Correspondencia Tomos I y II* (Barcelona, Nuevo Arte Thor, 1984)
- LEASKA, MITCHELL A. Y PHILLIPS, JOHN (EDS.); *Violet to Vita: The letters of Violet Trefusis to Vita Sackville-West, 1910-21* (Londres, Methuen, 1989)
- LEES-MILNE, JAMES; *Harold Nicolson: A Biography* (Londres, Chatto & Windus, 1980, 1981)
- LEES-MILNE, JAMES; *Ancestral Voices* (Londres, Chatto & Windus, 1975)
- LEES-MILNE, JAMES; *Prophesying Peace* (Londres, Chatto & Windus, 1978)
- LEES-MILNE, JAMES; *Caves of Ice* (Londres, Chatto & Windus, 1983)
- LESLIE, ANITA; *The Fabulous Leonard Jerome* (Londres, Hutchinson, 1954)
- MASUCCI, TIZIANA; *Violet, Vita, Virginia: Passaggi a Ravello* (Roma, Mephite, 2007)
- MASUCCI, TIZIANA; *Violet's Rhapsody* (Roma, Mephite, 2008)
- MASUCCI, TIZIANA; *D. H. Lawrence: A Trespasser in Ravello* (Roma, Mephite, 2008)
- MITFORD, NANCY; *A la caza del amor* (Barcelona, Libros del Asteroide, 2008)
- MORRELL, LADY OTTOLINE; *The Early Memoirs*, ed. Robert Gathorne-Hardy (Londres, Faber & Faber, 1963)
- MOSLEY, DIANA; *A Life of Contrasts* (Londres, Hamish Hamilton, 1977)
- NICOLSON, ADAM; *Sissinghurst: An Unfinished History* (Londres, HarperCollins, 2008)
- NICOLSON, HAROLD; *Some People* (Londres, Constable, 1927)
- NICOLSON, NIGEL; *Retrato de un matrimonio* (Barcelona, Grijalbo, 1989)
- NICOLSON, NIGEL; *Long Life: Memoirs* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997)
- NICOLSON, NIGEL (ED.); *Vita and Harold: The Letters of Vita Sackville-West and Harold Nicolson, 1910-1962* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1992)
- PEARSON, HESKETH; *The Pilgrim Daughters* (Londres, William Heinemann, 1961)
- PULLAR, PHILIPPA; *Frank Harris* (Londres, Hamish Hamilton, 1975)
- QUENNEL, PETER; *Customs and Characters* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1982)
- ROSE, NORMAN; *Harold Nicolson* (Londres, Jonathan Cape, 2005)
- SACKVILLE-WEST, VITA; *Los eduardianos* (Madrid, Espasa Libros, 2001)
- SACKVILLE-WEST, VITA; *Toda pasión apagada* (Madrid, Ediciones Alfaguara, 2004)
- SACKVILLE-WEST, VITA; *Challenge* (Londres, Collins, 1974)
- SAGE, LORNA; *Moments of Truth: Twelve Twentieth-Century Women Writers* (Londres, Fourth Estate, 2001)
- SAUL, DAPHNE; *Bird of Paradise: José Dale Lace* (Johannesburgo, Parktown and Westcliff Heritage Trust, 1993)
- SEBBA, ANNE; *Jennie Churchill: Winston's Mother* (Londres, John Murray, 2007)
- SHARPE, HENRIETTA; *A Solitary Woman: A Life of Violet Trefusis* (Londres, Constable, 1981)
- SITWELL, OSBERT; *Great Morning* (Londres, Macmillan, 1948)
- SOUHAMI, DIANA; *Mrs. Keppel and her Daughter* (Londres, HarperCollins, 1996)
- SQUIRES, MICHAEL; *D. H. Lawrence and Frieda: A Portrait of Love and Loyalty* (Londres, André Deutsch, 2008)
- ST. AUBYN, GILES; *Edward VII: Prince and King* (Londres, Collins, 1979)
- STEIN, GERTRUDE; *Autobiografía de Alice B. Toklas* (Barcelona, Lumen, 2000)
- STRACHEY, LYTTON; *Eminent Victorians* (Londres, Chatto & Windus, 1918)
- STROUSE, JEAN; *Morgan: American Financier* (Nueva York, Random House, 1999)
- TREFUSIS, VIOLET; *Sortie de Secours* (París, Editions Argo, 1929)
- TREFUSIS, VIOLET; *Echo*, trad. Siân Miles (Londres, Methuen, 1988)
- TREFUSIS, VIOLET; *Tandem* (Londres, Heinemann, 1933)

TREFUSIS, VIOLET; *Broderie anglaise*, trad. Barbara Bray (Londres, Methuen, 1986)

TREFUSIS, VIOLET; *Hunt the Slipper* (Londres, Heinemann, 1937)

TREFUSIS, VIOLET; *Les causes perdues* (París, Editions Gallimard, 1941)

TREFUSIS, VIOLET; *Prelude to Misadventure* (Londres, Hutchinson, 1942)

TREFUSIS, VIOLET; «The Carillon» (*Horizon*, junio de 1943)

TREFUSIS, VIOLET; «Triptych» (*Horizon*, noviembre de 1943)

TREFUSIS, VIOLET; *Pirates at Play* (Londres, Michael Joseph, 1950)

TREFUSIS, VIOLET; *Don't Look Round* (Londres, Hutchinson, 1952)

TREFUSIS, VIOLET Y ASHTON-GWATKIN, FRANK; *From Dusk to Dawn* (Londres, Tom Stacey, 1972)

TREFUSIS, VIOLET Y JULIAN, PHILIPPE; *Memoirs of an Armchair* (Londres, Hutchinson, 1960)

WAJSBROT, CÉCILE; *Violet Trefusis* (París, Mercure de France, 1989)

WEBB, GERRY; *Fairfax of York* (York, Maxiprint, 2001)

WOOLF, VIRGINIA; *Orlando* (Madrid, Alianza Editorial, 2012)

WOOLF, VIRGINIA; *Diarios 1925-1930* (Madrid, Siruela, 2003)

WOOLF, VIRGINIA; *The Letters of Virginia Woolf 1923-1928; 1932-1935; 1936-1941*, eds. Nigel Nicolson and Joanne Trautmann (Londres, The Hogarth Press, 1977, 1979, 1980)

Notas

¹ Ley de gobierno autónomo. (*N. del T.*)

² En memoria de su mujer, Ernest donó tres mil libras para la construcción de una nueva iglesia de Inglaterra que funcionara como hospicio para huérfanos y delincuentes juveniles en Hollin Road, Headingley. Hoy es uno de los edificios que componen la escuela primaria de Weetwood. Puede verse el escudo de armas de los Beckett en la entrada y pueden verse todavía las tres piedras fundacionales en las que están grabados los nombres de los tres hijos de Luie: Lucille, Muriel y Ralph. (*N. del A.*)

³ Ganó la Cruz Militar al mérito en la Primera Guerra Mundial y murió en Londres, al final de la Segunda Guerra Mundial.

⁴ En un principio, Ernest había ofrecido la mansión con sus doscientos sesenta y cuatro acres por una suma de doscientas cuarenta mil libras, pero los contribuyentes se opusieron firmemente, e incluso llegaron a escribir un panfleto en el que se denunciaba el «escándalo» de aquel precio exorbitante. El asunto se convirtió en el tema principal de un amargo debate en el que Ernest pidió la intervención de Winston Churchill (recientemente nombrado presidente de la Cámara de Comercio) para que lo ayudara con el apoyo de la Cámara Gubernamental («lo dejo en tus manos, Winston, para que hagas lo que te parezca más razonable»). Churchill consiguió en el último minuto un regalo para Ernest de cuarenta acres que podían ser destinados a un parque público. «Me alegro de que todo haya acabado bien», escribió a Churchill, «un amigo necesitado es un amigo de verdad» (*a friend in need is a friend indeed*). Hoy en día el Beckett Park está abierto al público y tiene una extensión de noventa y dos acres.

⁵ A pesar de que a Ernest se le describe con mucha frecuencia como un protector de las artes, resulta realmente difícil encontrar en las colecciones públicas cuadros que le hayan pertenecido. En 1913 cedió una pintura naval llamada *Las paredes de madera de Inglaterra* al Training College de Leeds. El autor era, eso dijo él mismo, un pinto de Yorkshire, pero era incapaz de recordar su nombre (aunque sí recordaba haber pagado mil seiscientas libras por el cuadro). Un cuadro con ese mismo nombre pintado en 1891 por John William Buxton Knight (de unos barcos en el puerto de Plymouth) se presentó en la Tate Gallery en 1931. En 1896 Ernest donó un busto de Napoleón realizado por Joseph Gott (más tarde llamado Canova) a la Art Gallery de Leeds. A finales del siglo XX la galería compró un desnudo masculino realizado por Rodin, *La edad de bronce*, una pieza fundida que había pertenecido originariamente a la familia Beckett.

⁶ *The pilgrim's progress from this world to that which is to come* es una alegoría cristiana escrita por John Bunyan en 1678. (*N. del T.*)

⁷ Page-Turner. Literalmente: Pasa-Páginas. (*N. del T.*)

⁸ Hay ejemplares de bustos de Eve Fairfax realizados por Rodin en el Fine Arts Museum de San Francisco (*La nature*), en el Victoria and Albert Museum de Londres, en la Art Gallery de Johannesburgo, en la Galleria Communale d'Arte de Roma y varias versiones en el Musée Rodin de París. (*N. del A.*)

⁹ Maestros en el entrenamiento de la raza foxhound, utilizada tradicionalmente para la caza. (*N. del T.*)

¹⁰ Película de Henry-Georges Clouzot, *Le salaire de la peur* (1953). (*N. del T.*)

¹¹ En español en el original. (*N. del T.*)

¹² Véase el comienzo del capítulo «Una historia de libros». (*N. del A.*)

¹³ Aunque la novela de Maggie *La reina roja* fue publicada en Italia, en 2009, traducida por Tiziana. (*N. del A.*)

14 Desairados y arrogantes.

15 Formas y formalismos.

16 Campanas y olores y quirinales y orinales.

17 Tuberculosis, enfermedades venéreas.

18 Anónimo-unánime; atolondrado-entrometido; monástico-escolástico.

19 Tras la muerte de Violet, la vida de Philippe Jullian entró en decadencia. Unos ocho meses más tarde hubo un incendio en su casa en el que se perdieron casi todos sus cuadros. Se convirtió en alguien cada vez más dependiente de Hamoud, su criado marroquí y compañero, quien lo ayudó a instalarse en su apartamento de París. El 23 de septiembre de 1977, Hamoud fue apuñalado hasta la muerte por un desconocido y cinco días después la policía encontró el cuerpo de Philippe Jullian colgando de un gancho frente a la puerta principal de su nuevo apartamento.

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
UN LIBRO DE SECRETOS	5
Índice	6
Dedicatoria	7
Citas	8
Prólogo. El mundo al revés	9
Primera parte	11
La importancia de llamarse Ernesto y algunas mujeres sin importancia	12
Ernest se va al extranjero	47
Todo sobre Eve	61
Con Catherine en Cimbrone	84
Segunda parte	106
Emociones, terremotos y fugas	107
Mujeres enamoradas	121
Ultravioleta	147
Salidas de emergencia	158
Mirar atrás	179
Epílogo. El tiempo recuperado	185
Post-scriptum. Una historia de libros	188
Árbol genealógico	195
Agradecimientos	198
Bibliografía	200
Notas	203